



MAYA BANKS
FERVOR

SEGUNDA PARTE
DE LA TRILOGÍA SIN ALIENTO



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Jace, Gabe y Ash son tres de los hombres más ricos y poderosos del país. Están acostumbrados a conseguir todo lo que desean. Absolutamente todo. En el caso de Jace, es una mujer cuyos encantos lo pillan por sorpresa...

Jace Crestwell, Ash McIntyre y Gabe Hamilton han sido amigos y socios de negocios durante todas sus vidas. Ellos son poderosos e irresistiblemente sexys. Además Jace y Ash lo comparten absolutamente todo, incluyendo sus mujeres.

Cuando conocen a Bethany, Jace comienza a sentir cosas que nunca antes había experimentado, enfermo de celos y de una poderosa obsesión que lo traicionan y sobrepasan hasta perder el control.

Jace no quiere compartir a Bethany con nadie. Está obsesionado con ser el único hombre en su vida y está dispuesto incluso a poner en juego su amistad de años con Ash. Bethany será únicamente suya. Incluso si esto significa darle la espalda a su mejor amigo.

L≡**LIBROS**

Maya Banks

Fervor

Sin aliento II

*Para esos amigos tan fantásticos que siempre están ahí.
Vosotros sabéis quiénes sois.
¡Os quiero!*

Capítulo

1

Jace Crestwell le dio unos golpecitos en el hombro a Gabe Hamilton, y, cuando este se giró, Jace le sonrió.

—Ya has acaparado a mi hermana lo suficiente. Ahora es mi turno de bailar con ella.

Gabe no parecía muy feliz por la interrupción. Él y Mia habían estado pegados el uno al otro como lapas durante la última hora, pero se apartó a regañadientes y Mia sonrió radiante mientras Jace lo reemplazaba.

El salón de baile del hotel Bentley había sido decorado para la Navidad, sobre todo porque a Mia le encantaba la Navidad, y, como todo el mundo sabía, Gabe era capaz de hacer casi cualquier cosa por complacer y ver feliz a su prometida.

Y, bueno, Gabe actuaba deprisa cuando quería algo. Había empezado a planificar la fiesta de compromiso en el mismo momento en que le había colocado a Mia el anillo en el dedo. Casi como si tuviera miedo de que ella cambiara de opinión a menos que pusiera manos a la obra de inmediato.

Para Jace ver a su amigo perder tanto la cabeza por una mujer era bastante raro. Además, el hecho de que la mujer en cuestión fuera su hermana lo hacía más extraño todavía. Sin embargo, Mia era feliz y eso era todo lo que podía pedir.

—¿Te lo estás pasando bien, peque?—le preguntó Jace mientras ambos daban vueltas en la pista de baile.

El rostro se le iluminó.

—Es fantástico, Jace. Todo. Es... inmensamente perfecto.

Jace le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de que seas feliz. Gabe se portará bien contigo, o le daré una buena patada en el culo. Ya se lo he dejado bien claro.

Ella entrecerró los ojos.

—Si no se porta bien conmigo, tú no eres el que se tiene que preocupar. Yo misma me encargaré de darle una buena patada en el culo.

Jace echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—De eso no tengo ninguna duda. Se lo hiciste currar, y eso es algo que admiro.

El rostro de Mia se ensombreció y Jace frunció el ceño. Se preguntaba qué era lo que la había puesto tan seria en una noche en la que debería estar loca de felicidad.

—Sé que tuviste que renunciar a muchas cosas por mí —le dijo con voz queda—. Siempre me he preguntado si la razón por la que nunca te has casado ni tenido hijos era yo.

Él se la quedó mirando como si se hubiera vuelto loca.

—Quizás ahora puedas dejar de preocuparte tanto por mí, y... y sabes...

—No, no sé —contestó Jace. Luego sacudió la cabeza—. Estás chiflada, Mia. En primer lugar, solo porque te vayas a casar no significa que vaya a dejar de preocuparme por ti y cuidar de ti. No va a pasar, es un hecho. Supéralo. En segundo lugar, ¿no crees que si me hubiera casado antes, especialmente cuando eras más joven, hubiera hecho que las cosas fueran más fáciles tanto para ti como para mí? Habrías tenido una figura materna en vez de tener que estar con un hermano sobreprotector y controlador como única fuente de apoyo.

Mia se paró justo en el medio de la pista de baile y le lanzó los brazos al cuello para abrazarlo con fuerza.

—No me quejo de cómo me criaste, Jace. En absoluto. Llevaste a cabo un trabajo maravilloso y siempre te estaré agradecida por todos los sacrificios que hiciste por mí.

Él le devolvió el abrazo mientras seguía moviendo la cabeza con gesto de sorpresa. Loca de atar. La felicidad resplandecía en su rostro por su inminente matrimonio con Gabe, y ahora deseaba que todos aquellos a los que quería estuvieran envueltos en el mismo halo de felicidad. Que Dios lo ayudara. Ash y él deberían probablemente empezar ya a correr y a huir...

—No fue un sacrificio, Mia, y tampoco me arrepiento de nada. ¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que realmente no quería casarme ni tener hijos?

Ella se separó de su hermano con el entrecejo fruncido y luego desvió la mirada hacia donde Ash y Gabe se encontraban, al otro lado del salón.

—Sí, supongo que sí.

Jace apenas pudo contener un suspiro. Era obvio que Mia algo sabía de las preferencias sexuales que compartía con Ash y que se concretaban en hacer tríos con la misma mujer. No era exactamente algo que un hermano quisiera que su hermana supiera sobre su vida sexual, pero ya no había remedio. No se disculparía por el estilo de vida que llevaba, pero tampoco iba a entablar una conversación con su hermana pequeña sobre ese asunto.

—Juega duro y vive libre —le dijo como explicación.

Mia frunció el ceño y ladeó la cabeza.

Jace se rio entre dientes.

—Es nuestro lema. El de los tres, Gabe, Ash y yo. Solo porque has cambiado la forma de actuar de Gabe no significa que Ash y yo queramos seguir su ejemplo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, haces que Gabe parezca un calzonazos.

Jace se aclaró la garganta.

—El que se pica...

Mia le dio un golpe en el hombro.

—¡Voy a contarle lo que acabas de decir!

Jace se volvió a reír.

—Seguro que admitirá ser un completo calzonazos en lo que a ti se refiere. Y no es algo malo. Quiero que te trate bien.

Los interrumpieron cuando Ash se acercó y acogió a Mia entre sus brazos.

—Mi turno —proclamó Ash—. Gabe no va a esperar mucho tiempo antes de que la vuelva a acaparar, así que voy a bailar con ella ahora mientras sus padres lo tienen ocupado.

Jace se echó hacia delante y besó a Mia en la frente.

—Esta es tu noche, peque. Quiero que la recuerdes para siempre. Diviértete.

Su sonrisa iluminó todo el salón.

—Gracias, Jace. Te quiero.

Él le tocó la mejilla y luego retrocedió cuando Ash la alejó de sus brazos.

Jace se fue hasta el fondo del salón y se quedó observando lo que ocurría en la fiesta. Era una celebración íntima, tal como Gabe y Mia querían. Una noche para celebrar su amor con amigos.

Sonaba muy cursi, pero solo había que mirarlos a los dos para saber que ya no tenían solución. Aún no estaba del todo seguro de saber cómo se sentía al ver a su mejor amigo liado con su hermana pequeña. Los separaban catorce años y Jace sabía perfectamente bien cuáles eran las exigencias sexuales de Gabe.

Entonces apareció una mueca en su rostro al recordar la escena que había interrumpido cuando había ido al apartamento de Gabe sin previo aviso unas semanas atrás. Necesitaba que le echaran lejía en los ojos porque había cosas que un hermano nunca, jamás, debería ver de su hermana pequeña.

Jace aún estaba preocupado por si Mia de verdad sabía dónde se estaba metiendo, pero Gabe era un auténtico blandengue en lo que a ella se refería. Joder, si hasta el hombre se había sincerado delante de media ciudad de Nueva York para volver a tenerla, así que Jace se imaginaba que Mia sería perfectamente capaz de lidiar con lo que fuera que Gabe le echara encima.

Lo que iba a hacer era no pensar más en ello.

Suspiró mientras su mirada vagaba sobre los invitados y el ambiente festivo que había. Mia había sido una parte esencial de su vida desde que sus padres habían muerto en un accidente de coche. Había venido por sorpresa cuando sus padres eran ya mayores y no esperaban más descendencia, pero todos ellos la habían adorado. Sin embargo, cuando murieron, tanto su vida como la de ella se vieron alteradas de forma irreversible.

Estando él en la universidad centrado únicamente en cervezas, chicas y en pasárselo pipa con Gabe y Ash, se había visto forzado a responsabilizarse de una Mia de seis años. Tanto Gabe como Ash habían sido un gran apoyo para él, y quizá Mia de muchas maneras había sido la que había cimentado esa relación de amistad entre ellos. Así que supuso que era lógico que dejara que su mejor amigo cuidara de ella ahora que era una adulta y estaba viviendo su propia vida.

Sería un cambio al que ajustarse ya que ahora Mia no era únicamente de su

responsabilidad. Jace no había planeado irse a ninguna parte, pero las cosas eran diferentes ahora. Ella había iniciado una relación seria y ya no consultaría con él sus problemas. Debería ser un alivio para Jace, pero en su lugar sintió una tristeza en el pecho al pensar que su hermanita pequeña ya no volvería a necesitarlo como anteriormente lo había hecho.

Su mirada se posó en una mujer joven que recogía vasos y platos de las mesas. Era ya la segunda vez que sus ojos se habían detenido en ella esa noche, aunque la chica no había estado mucho a la vista, simplemente de vez en cuando para limpiar el salón. No era una de las camareras. No la había visto rondar por el salón con las bandejas de entremeses o de champán. Iba vestida con unos pantalones negros, una camisa blanca y un delantal.

La estudió durante un buen rato antes de darse cuenta de qué era lo que le atraía de ella. Parecía completamente fuera de lugar. Y Jace no estaba del todo seguro de qué era lo que le daba esa impresión. Cuanto más la miraba, más pensaba que esa mujer debería ser una invitada de la fiesta. No la que iba limpiando lo que dejaban los invitados.

Llevaba el cabello recogido en un moño desordenado, como Mia cuando lo sujetaba algunas veces con unas horquillas. En aquella mujer parecía una sugerente maraña de cabello que no hacía más que pedir a gritos que un hombre lo soltara. Era de un color negro como la medianoche, con rizos rebeldes que se escapaban de la sujeción de las horquillas y caían a lo largo de su cuello.

Era menuda y no tenía tantas curvas como a él normalmente le gustaba en las mujeres. Caderas estrechas y pechos pequeños, pero con suficiente protuberancia tras la camisa blanca abotonada como para ser una tentación. Todo en ella era pequeño. Delicado. Casi frágil.

Cuando se dio la vuelta y pudo ver la belleza de su rostro, a Jace se le cortó la respiración. Su estructura ósea era pequeña y delicada. Tenía pómulos altos y prominentes, casi como si estuviera por debajo del peso adecuado, y una barbilla diminuta. Pero sus ojos... ¡Madre mía sus ojos! Eran enormes en comparación con su pequeño rostro. De una tonalidad azul brillante. Un azul impactante, como si se tratara de hielo. Eran impresionantes en contraste con el color negro azabache de su pelo.

Era cautivadora.

Entonces la mujer se alejó con prisas y aguantando con los brazos el peso de la bandeja llena de platos y vasos que había recogido de las mesas. Jace la siguió con la mirada a través del salón hasta que desapareció por la puerta de los empleados de cocina.

—No es de las que te atraen normalmente —murmuró Ash a su lado.

Jace despertó de su ensoñación, se dio la vuelta y vio que Ash ya había terminado de bailar con Mia. Un breve vistazo a la pista de baile le dijo que Gabe había vuelto a reclamar a Mia y los dos estaban una vez más pegados el uno al

otro como con cola. Los ojos de Mía brillaban de felicidad y risas, hecho que consiguió que parte de su anterior tensión se suavizara. Estaba en buenas manos y era feliz.

—¿De qué diablos hablas?—dijo Jace con una voz un tanto apremiante.

—La muchacha que está limpiando y recogiendo las mesas. Te vi haciéndole un buen repaso. Joder, prácticamente la estabas desnudando con los ojos.

Jace frunció el ceño y permaneció en silencio.

Ash se encogió de hombros.

—Me apunto. Está buena.

—No.

La negativa salió con más énfasis del que a Jace le habría gustado. No estaba siquiera seguro de dónde venía todo ese ímpetu, ni de por qué se había puesto tenso de repente.

Ash se rio.

—Relájate. Ha pasado ya tiempo desde la última vez. Iré a poner en práctica mi encanto.

—No quiero que te acerques a ella, Ash—gruñó Jace.

Pero Ash ya se había encaminado con paso tranquilo hacia la cocina dejando a Jace ahí, de pie, solo y con las manos apretadas en puños a ambos lados de su cuerpo. ¿Cómo narices le iba a explicar a su mejor amigo, un amigo con el que compartía las mujeres regularmente, que no lo quería a un kilómetro de distancia de esa mujer?

Capítulo

2

Bethany Willis se frotó las palmas de las manos en los desgastados pantalones y cerró los ojos por un breve instante, mientras se balanceaba delante del barreño que contenía todos los platos y vasos vacíos que había recogido del salón de fiestas.

Estaba cansada. Muy cansada. Y hambrienta. La mejor parte de este curro —además de que pagaban en efectivo— era la comida. Tenía permiso para llevarse las sobras, y a juzgar por la cantidad de comida que salía y entraba de este lugar, iba a sobrar muchísima.

La gente rica siempre hacía las cosas en exceso. El reducido número de invitados no justificaba en lo más mínimo la cantidad de comida y bebidas alcohólicas que se estaban sirviendo. Bethany se encogió de hombros mentalmente. Al menos conseguiría comer decentemente aunque todo fuera demasiado extravagante para su paladar.

Habría suficiente para Jack también.

Una ola de tristeza la arrolló y, a continuación, un sentimiento de culpa. No tenía derecho a sentirse así porque Jack hubiera vuelto. Él era así. Desaparecía durante días y luego reaparecía, normalmente cuando necesitaba un lugar en el que pasar la noche, una cara conocida. Comida. Dinero... especialmente dinero.

El pecho se le encogió porque sabía lo que hacía con el dinero que pedía aunque odiara hacerlo. Jack nunca la miraba a los ojos, sino que bajaba la mirada y le decía: «Bethy... Tengo esto. Necesito...». Y eso era todo lo que decía. Ella le daba el dinero porque no podía hacer otra cosa. Pero odiaba la forma en que pronunciaba «Bethy». Odiaba ese apelativo, aunque una vez lo hubiera adorado porque se lo había puesto una persona que se preocupaba por ella.

Jack La única persona en el mundo que había intentado protegerla de cualquier cosa. La única persona a la que le había importado.

Su hermano. No de sangre, pero sí para lo que realmente contaba. Era suyo al igual que ella era de él. ¿Cómo podría darle la espalda?

No podía. Y no lo haría.

Se oyó un ruido tras la puerta de al lado, la que llevaba al callejón donde se sacaba la basura. Levantó la mirada y vio a Jack apoyado contra el marco y la cabeza echada hacia atrás para controlar el callejón. Ese era Jack Siempre con un ojo en la salida. Nunca se metía en ningún sitio sin precaución o una ruta de escape planeada.

—Bethy —le dijo en voz baja.

Ella se encogió, sabía por qué había venido. Sin decir nada se metió la mano en el bolsillo del pantalón y cogió los billetes arrugados que había guardado allí.

La mitad por adelantado. La mitad de lo que cobraría por trabajar esa noche. Jack se quedaría esa mitad, y con la otra Bethany tendría que salir adelante hasta que encontrara otro curro, que no sabía cuándo iba a ser.

Apresurándose hasta donde él se encontraba, Bethany le puso los billetes en la mano y observó incómoda cómo su mirada se desplazaba lateralmente para no tener contacto visual directo con ella mientras se metía el dinero en los rasgados y rotos vaqueros. Su postura era incómoda. Sabía que Jack odiaba esto. Ella también lo odiaba.

—Gracias —susurró—. ¿Estás bien? ¿Tienes dónde dormir esta noche?

No, no lo tenía pero no se lo iba a decir. Así que mintió.

—Sí.

Parte de su tensión se esfumó y asintió.

—Bien. Estoy en ello, Bethy. Tendré un lugar para los dos pronto.

Ella sacudió la cabeza en señal de negación. Sabía que eso era lo que siempre decía, y también sabía que era una patraña.

Jack se inclinó hacia delante y la besó en la frente. Durante un momento, ella cerró los ojos y se imaginó en otras circunstancias muy diferentes. Pero era inútil. La situación era la que era y desear que fuera otra era como caminar en el viento.

—Estaré pendiente de ti —le dijo.

Ella asintió. Y luego, cuando él empezó a mezclarse con las sombras del callejón, alzó la mirada y le dijo:

—Ten cuidado, Jack. Por favor.

Su sonrisa era tan sombría como la noche.

—Siempre, nena.

Bethany lo observó marcharse mientras el nudo que sentía en la garganta se hacía cada vez más grande. Maldita sea. La rabia estaba ahí pero también sabía que era una emoción que no servía para nada. Cerró y abrió las manos repetidamente a ambos lados de su cuerpo mientras el desasosiego la invadía. La necesidad, el ansia. Luchó contra eso pero era una dura batalla. Una victoria que no estaba del todo fraguada. No había pensado en las pastillas en bastante tiempo, pero esta noche la necesidad estaba ahí, hambrienta y llena de dolor emocional.

La necesidad de olvidar. Ese pequeño espacio de tiempo en el que todo parecía mejor y resultaba más fácil lidiar con la realidad. Una tregua en la que las cosas podían ir mejor aunque solo fuera por unas pocas horas.

No podía volver a lo de antes. Había luchado muchísimo para salir de aquello y lo había perdido todo en el proceso. Algunos dirían que eso le daba más razón todavía para dejarse envolver lentamente en su oscuro pasado. Pero tenía que ser fuerte. Ella ya no era esa persona.

—¿Tu novio?

La pregunta tan seca la asustó y el corazón le dio un vuelco. Se dio la vuelta y

se encontró con un hombre que se hallaba de pie al otro lado de la cocina, con la mirada fija en ella.

Se trataba de uno de esos ricachones. Un invitado de la fiesta. Más que un invitado, ya que Bethany lo había visto muy pegado a la pareja que celebraba su compromiso. Y Dios, el hombre era guapísimo. Refinado. De modales perfectos. Como si hubiera salido directamente de una revista que únicamente se dedicara a todo lo bonito y rebosante de dinero. Un mundo al que no pertenecía ni en sus mejores sueños.

Él metió las manos en los bolsillos de sus caros pantalones y continuó escrutándola con una pose indolente y arrogante. Sus ojos verdes se posaron sobre ella como si la estuviera juzgando, casi como si estuviera valorando si considerarla digna o no. Pero ¿de qué? ¿De su atención? Era un pensamiento ridículo.

Tenía el cabello rubio. Y ella nunca se había sentido muy atraída por los hombres rubios, pero el pelo de este hombre no era simplemente rubio. Tenía por lo menos cuatro tonalidades diferentes que iban del castaño claro al color del trigo y a todos los tonos intermedios. Era tan guapo que dolía mirarlo.

—¿Me vas a responder? —le preguntó amablemente.

En silencio, ella negó con la cabeza y, para su sorpresa, él se rio.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que no me vas a responder? ¿O que no es tu novio?

—No es mi novio —susurró.

—Menos mal —murmuró él.

Bethany parpadeó con gran sorpresa y luego entrecerró los ojos mientras él se acercaba. Rápidamente se movió hacia un lado para que no la atrapara contra la puerta. No se podía ir, así que huir no era una opción. Necesitaba muchísimo cobrar la segunda mitad de su paga y quería la comida.

Pero él se volvió a acercar a ella igual de rápido que antes, invadiendo su espacio hasta que los latidos de su corazón se aceleraron erráticos y comenzó a mirar la puerta que daba al callejón. De repente ya no le importaba si cobraba o no.

—¿Cómo te llamas?

Ella levantó la mirada hacia él.

—¿Acaso importa?

Él se paró por un momento, ladeó la cabeza hacia un lado y luego dijo:

—Sí, importa.

—¿Por qué? —susurró la joven.

—Porque no tenemos la costumbre de follarnos a mujeres que no sabemos cómo se llaman —dijo abruptamente.

¡Hala! Esa afirmación era tan incorrecta que no sabía siquiera por dónde empezar. Levantó la mano automáticamente como defensa antes de que pudiera acercarse ni un milímetro más.

—¿Tenemos? —exigió—. ¿En plural? ¿De qué estás hablando? ¿A quién te refieres? Y yo no me voy a follar a nadie. Ni a ti. Ni a vosotros. Ni a ellos. Ni de coña.

—Jace te desea.

—¿Quién diablos es Jace?

—Y yo he decidido que te deseo.

Ella apenas pudo contener un gruñido de rabia. Apenas. Rechinó los dientes y luego decidió pasar al ataque.

—No voy a consentir acoso sexual en el trabajo. Voy a rellenar una hoja de reclamaciones y luego me piro de aquí.

Para su sorpresa, él se limitó a sonreír y luego levantó la mano para tocarle la mejilla.

—Baja esos humos, cielo. No te estoy acosando. Te estoy haciendo una proposición. Hay una gran diferencia.

—Quizás en tu pueblo —señaló Bethany.

Él se encogió de hombros como si particularmente no le importara que estuviera de acuerdo o no.

—¿Quién narices es Jace? —repitió—. ¿Y quién eres tú? No se le hace una proposición a una mujer sin darle antes el nombre. ¿Y tú tienes problemas con no saber el nombre de la mujer que quieres llevarte a la cama? ¿Qué pasa contigo? Ni siquiera te has presentado.

Él se rio otra vez. El sonido de su risa era como música para sus oídos, la hacía sentirse bien y querer escucharlo para siempre. Era una risa despreocupada, y ella se sintió ofendida. Estaba tan celosa que quería quemarse de la envidia. Este era un hombre sin problemas. No tenía preocupaciones, excepto el saber con quién se iría a la cama después.

—Me llamo Ash. Y Jace es mi mejor amigo.

—Yo soy Bethany —dijo de mala gana. Luego entrecerró los ojos—. ¿Y ambos me deseáis?

Él asintió.

—Sí. No es tan raro. Nosotros compartimos a las mujeres. Mucho. Hacemos tríos. ¿Alguna vez has hecho uno? Porque si no, te garantizo que haremos de ello una experiencia que no olvidarás.

Las fosas nasales se le abrieron.

—Sí, he hecho tríos. No es nada extraordinario.

Algo brilló en los ojos de Ash. Bethany podía decir que lo había sorprendido. Él debería esperar que se la devolvieran cuando hacía proposiciones tan escandalosas como esta.

—Entonces a lo mejor te estás tirando a los hombres equivocados.

Ella abrió los ojos como platos ante la afirmación porque, ¿qué podía decir en respuesta? No había duda de que había tenido la costumbre de tirarse a los

hombres equivocados. No era ningún secreto.

—Ash.

El sonido sonó explosivo en esa zona cerrada de la cocina. Bethany volvió la cabeza y se encontró a otro hombre en la puerta arrancándole la piel a tiras a Ash con una mirada oscura y pensativa. Ash no parecía extremadamente molesto al darse cuenta de que el hombre estaba obviamente cabreado.

Bethany sí lo estaba.

Este tío era el que ella había sorprendido mirándola cuando había salido a la terraza a recoger los platos y cubiertos de las mesas. Dos veces. Había sentido su mirada sobre su cuerpo. Quemándole la piel hasta que le recorrieron escalofríos de la intensidad. Si Ash resultaba más ligero, despreocupado, y con aires de ser un buen partido del tipo « soy rico, lo sé y no voy a hacer nada más que lo que me dé la gana », este hombre parecía... totalmente lo opuesto a Ash.

Intenso no era la palabra correcta. No se acercaba siquiera a describirlo. Parecía más un canalla, y ella conocía muy bien a los tipos como él. Tenía muchísima experiencia con hombres de la calle y en la misma calle, y tuvo el repentino pensamiento de que prefería lidiar con los diablos que ella conocía antes que con este hombre que la estaba atravesando con la mirada.

Tenía los ojos negros y el pelo oscuro. Un cabello realmente genial. Desordenado y rebelde, y era casi largo. Un mechón le caía por la frente y ella se lo imaginó apartándose con impaciencia sin importarle si se despeinaba más o no. Le caía por el cuello, y eso le daba una apariencia salvaje y desenfadada que probablemente hacía que las mujeres quisieran intentar domarlo. Tenía la piel bronceada, pero no era ese bronceado falso que los atractivos chicos metrosexuales iban buscando. Tenía una robustez firme a pesar de que toda su apariencia gritara riqueza y refinamiento tal y como lo hacía Ash. Pero era un tipo de refinamiento diferente.

Si Ash llevaba la riqueza como una segunda piel, como si siempre la hubiera tenido, este otro tío parecía como si la hubiera acumulado tarde y aún no estuviera tan cómodo con ella como Ash.

Era una valoración ridícula, pero era lo que le transmitía. Ese hombre tenía algo peligroso. Algo que la hacía estar atenta y no bajar la guardia.

—Jace. —Ash se dirigió a él amablemente—. Te presento a Bethany.

Oh, mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

¿Este era el tío del trío? ¿El mejor amigo de Ash? ¿El hombre que formaba el tercer vértice en la escandalosa proposición que Ash le acababa de hacer?

Los labios de Jace se tensaron y comenzó a acercarse. Bethany instintivamente dio un paso atrás.

—La estás asustando —dijo Ash a modo de reprimenda.

Para sorpresa de Bethany, Jace suavizó las facciones de su rostro pero aun así siguió atravesándolo con la mirada. Al menos no era a ella.

—Te dije que no lo hicieras —dijo Jace con un tono de voz bajo y cabreado.

—Sí, bueno, pero no te escuché.

Bethany estaba completamente confundida. Pero entonces Jace se volvió hacia ella y hubo algo en su mirada que hizo que se le cortara la respiración.

Interés.

No era la simple mirada que un hombre le dirigía a una mujer a la que solo se quería tirar. Era algo diferente a lo que no podía ponerle nombre. Y bueno, la había estado observando toda la noche. Lo sabía porque ella lo había estado observando también.

—Lo siento —comenzó Jace.

—¿La oferta incluye la cena? —soltó ella de repente.

Bethany se avergonzó por un instante, pero también supo por esa mirada que no quería que se fuera. No esta noche. Esta noche quería pasarla en el sol. Donde el tiempo era cálido y las cosas malas no pasaban. Quería una noche para olvidarse de su vida, de Jack y de todos los problemas que venían con ambos.

Este hombre le podía dar eso. Estaba completamente segura de ello. Y si venía con Ash, pues tendría que aceptarlo también.

No quería salir de este hotel y encontrarse con el frío y con lo que le esperaba fuera.

—¿Qué?

Jace se la quedó mirando como si le hubieran crecido dos cabezas. Arqueó las cejas y la mirada se volvió mucho más penetrante, como si la estuviera desnudando de dentro afuera.

Ella hizo un gesto hacia Ash.

—Él dijo que queríais hacer un trío. Y yo pregunto si la oferta incluye cena.

—Bueno, sí —dijo Ash con un tono que dejaba entrever que había sido insultado.

—Entonces, de acuerdo —dijo antes de que cambiara de opinión.

Sabía que era una estupidez. Sabía que era una de las cosas más estúpidas que había hecho nunca, pero no iba a retroceder.

—Tengo que terminar aquí primero —dijo mientras Jace se quedaba ahí, en silencio, taciturno, y sin apartar la mirada de ella ni una sola vez. No miró a Ash, ni a cualquier otra cosa. Mantuvo la mirada fija en ella.

—No —intercedió Ash—. Puedes irte cuando quieras.

Ella sacudió la cabeza.

—Cobraré la segunda mitad de la paga cuando termine. Así que tengo que quedarme.

—La fiesta está a punto de acabar. Gabe no se va a quedar en esa maldita pista de baile cuando lo que de verdad quiere es a Mia en casa y en su cama — continuó Ash—. Yo cubriré tu segunda parte de la paga.

Bethany se enfrió y dio un paso atrás, el hielo pareció formársele en el rostro.

Entonces sacudió la cabeza.

—He cambiado de idea.

—¿Qué narices dices? —exigió Ash.

Y aun así, Jace se quedó ahí, en silencio y tan imponente, observándola todo el tiempo. Era perturbador. De repente, esa puerta que daba a la calle tenía mejor pinta que lo que le esperaba dentro.

—No estoy en venta —dijo en voz baja—. Sé que he pedido cenar. No debería haberlo hecho. Estabais pidiendo sexo. Pero no voy a cobrar por ello.

El dolor se adueñó de ella lentamente. Los recuerdos lejanos que no desaparecían. Las elecciones. Las consecuencias. Todo ello se unía y mezclaba hasta convertirse en una oscuridad turbia e impenetrable que la rodeaba. Un día. Un día en el sol. Pero el sol no era para ella. Nunca lo había sido.

Una maldición murmurada en voz baja salió de los labios de Jace. El primer sonido que había hecho después de una eternidad. Y entonces tensó la boca. Estaba enfadado.

Su mirada se dirigió hacia donde estaba Ash y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba enfadado con él. Muy enfadado.

—Te dije que no lo hicieras —soltó Jace apagando la voz—. Joder, tío. Tenías que haberme escuchado.

Esto se estaba poniendo peor. Evidentemente Ash quería acción. Jace, no. Ash quería acercarse a ella. Jace, no. ¿Podía llegar la situación a ser más humillante todavía?

—Tengo que volver al trabajo —dijo ella mientras retrocedía apresuradamente hasta que su ruta de escape por la puerta que llevaba al salón fuera segura.

E igual de rápido Jace apareció ahí, delante de ella como una barrera entre ella y su libertad. Estaba tan cerca que podía hasta olerlo, podía sentir su calor abrazándola, y se sentía tan bien que Bethany quiso hacer algo tan estúpido como inclinarse hacia él para poder sentirlo justo sobre la piel.

A continuación, Jace deslizó los dedos por debajo de su barbilla con un gesto tan dulce que ella no pudo evitar corresponder y levantó la barbilla para encontrarse con su mirada.

—Termina el trabajo. Esperaremos. Luego cenaremos. ¿Quieres algo en particular? ¿Prefieres salir a cenar o mejor en la habitación del hotel?

Pronunció las preguntas con mucha suavidad. Sonaron como íntimas. Y en ningún momento miró a Ash ni una sola vez. Su mirada estaba fija en ella y ella estaba tan hipnotizada que no podía siquiera apartar los ojos de él. De repente olvidó que había cambiado de parecer sobre lo de acostarse con ellos.

Apartándose de la intensidad del momento, Bethany bajó la mirada y comprobó la ropa que llevaba puesta. No había posibilidad alguna de ir a casa y cambiarse. No tenía casa, ni ropa. Y menos aún nada adecuado que pudiera

llevar en cualquier sitio que esos dos tipos normalmente frecuentaran.

Entonces se aclaró la garganta.

—En el hotel está bien, y no me importa. Si está caliente y bueno, me lo voy a comer. Nada demasiado extravagante. De hecho, lo que de verdad quiero es una hamburguesa. Y patatas fritas.

Mataría por ese menú ahora mismo.

—Y zumo de naranja —terminó de decir apresuradamente.

La diversión se reflejó en los labios de Ash, pero Jace seguía estando completamente serio.

—Hamburguesa. Patatas fritas. Zumo de naranja. Creo que puedo apañármelas —dijo Jace. Y entonces miró su reloj—. La gente se habrá ido en quince minutos. ¿Cuánto tiempo necesitas para acabar?

Ella parpadeó.

—Eh... no todo el mundo se habrá ido en quince minutos. Me refiero a que incluso si los invitados de honor se van, la gente siempre se queda después. Especialmente si hay comida y bebidas.

Él la cortó antes de que pudiera decir nada más.

—Quince minutos, Bethany. Y se habrán ido.

Era una promesa, no había especulación por su parte.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó con impaciencia.

—Treinta, quizá —supuso.

Jace la tocó otra vez. Deslizó los dedos por su mejilla y luego los subió hasta la sien, donde jugó con esos tirabuzones que se le habían salido de la horquilla.

—Entonces nos vemos en treinta minutos.

Capítulo

3

Veinticinco minutos fue el tiempo que le llevó darse cuenta de que estaba completamente loca. Veinticinco minutos para saber que había cometido un error enorme.

Bethany se lavó las manos y luego hundió una en el bolsillo de su pantalón para sentir el tacto de los billetes doblados. La cocina se había quedado tranquila y la mayor parte de los empleados se había ido excepto aquellos que tenían que acabar de limpiar. Esa no era su obligación, menos mal. Su trabajo había acabado.

Dudó por un momento al mirar alternativamente la puerta que daba al callejón y la que la llevaría directa hasta Ash y Jace.

Jace no había mentido. El salón se vació en quince minutos. No estaba segura de cómo se las había apañado para conseguirlo, pero bueno, sí que parecía ser de esa clase de hombre que siempre conseguía lo que quería.

Ahora todo lo que quedaba entre ella y una noche de sexo ardiente y buena comida era esa puerta.

La puerta que daba al callejón se abrió y uno de los empleados sacó una bolsa de basura y la tiró en el contenedor. Una racha de aire frío entró en la cocina y le caló hasta los huesos. Bethany tembló mientras un escalofrío le recorría los brazos.

Esa era su otra opción. El frío. La soledad. Otra noche de inseguridad.

Visto de esa manera, la segunda puerta que se le ofrecía parecía su única opción lógica.

Se apartó del extremo de la encimera en la que estaba apoyada y caminó hacia la salida. Cuando llegó a ella, respiró hondo y se dejó llevar.

Jace la estaba esperando con las manos metidas en los bolsillos y con un hombro apoyado en la pared. Su mirada se encontró con la de ella y la penetró tan rápidamente como el aire frío lo había hecho momentos antes. Solo que esta vez, en lugar de sentir un escalofrío por todo el cuerpo, el calor se extendió como fuego por sus venas sin control alguno.

—¿Estás lista?

Incluso antes de que ella respondiera, él se movió, se incorporó y se puso a su lado. Deslizó la mano por su nuca y comenzó a acariciarle la suave piel por donde le nacía el pelo con el dedo pulgar.

Joder... las caricias de este hombre eran letales.

—Ash está en la habitación encargándose de la cena.

Bethany alzó la cara hasta Jace y lo miró directamente a los ojos por primera vez.

—Entonces, ¿nos vamos a quedar aquí?

Una sonrisa se formó en la comisura de sus labios.

—El hotel es mío. Es tan buen lugar como cualquier otro para pasar la noche.

El hotel era suyo. De acuerdo, no es que no hubiera sabido ya que tanto él como Ash estaban estratosféricamente fuera de su alcance, pero escuchar esas palabras, « el hotel es mío », había reafirmado que debería haber elegido el frío antes que la calidez temporal.

—Obviamente no estoy vestida para esto —murmuró mientras se dirigían hasta los ascensores—. No tengo otra ropa... ni nada más aquí.

Bethany quería reírse porque la conversación entera era absurda. Incluso sabiéndolo no habría podido vestirse bien porque no tenía nada. No tenía más que la esperanza de que el día siguiente fuera mejor que el anterior.

Los labios de Jace se arquearon de nuevo y los ojos le brillaron mientras la empujaba hacia el interior del ascensor.

—No necesitarás ropa. Ni... nada más.

Las manos de Bethany temblaron y sus rodillas se sacudieron. Esta era su última oportunidad para retractarse. Jace se inclinó hacia delante para presionar el botón que los llevaría hasta la última planta del hotel. Las puertas aún estaban abiertas. Sería fácil salir, decir que había cambiado de opinión e internarse en el frío de la noche para abrazar lo que para ella era la realidad.

Jace, de repente, la miró inquisitoriamente, casi como si le hubiera leído los pensamientos en ese mismo momento. Se la quedó mirando durante un buen rato y pulsó con un dedo el botón de la última planta. Como ella no se movió, él se reincorporó y se echó contra la pared más alejada para seguir estudiándola mientras las puertas se cerraban.

—Estás nerviosa —dijo aún con la mirada puesta en ella.

Ella lo miró como si fuera tonto y él sonrió de nuevo. Dios, tenía una sonrisa letal. No era relajada y encantadora como la de Ash. Sonreír parecía ser algo natural para Ash, como si ya le viniera de fábrica el ser ese tipo abierto y ligado por el que las mujeres se volvían locas. Bethany no tenía la impresión de que Jace fuera tan sonriente. Parecía ser mucho más serio que Ash. Y si tenía que ser honesta consigo misma, ese aire melancólico e imponente la ponía mala, malísima. Porque era la clase de hombre con el que se sentiría segura durante la noche. Un hombre con el que una mujer se sentiría protegida.

—No tienes por qué estar nerviosa —murmuró cuando el ascensor se detuvo al llegar a la planta indicada.

Cuando fue a salir, Jace estiró el brazo para detenerla y luego la atrajo hasta sus brazos. Bethany aterrizó contra su pecho y Jace inclinó la cabeza de manera que su boca estuviera cerca de la de ella. Tan cerca que ella podía sentir la estridente exhalación de su aliento.

—Bethany, no tienes motivos por los que estar nerviosa —le dijo otra vez con la boca moviéndose de forma tentadora sobre la de ella.

Le recorrió la mejilla con un dedo hasta llegar a la comisura de sus labios justo cuando el ascensor comenzó a quejarse porque las puertas se habían mantenido abiertas durante demasiado tiempo. Él lo ignoró, solo estaba centrado en ella, observándola y absorbiéndola como si pudiera llegar a introducirse en sus pensamientos. O como si quisiera hacerlo, al menos.

—Estoy bien—susurró Bethany.

Y entonces Jace sonrió. Y fue una sonrisa sincera. No uno de esos amagos que hacían que pareciera que iba a sonreír o que estaba luchando contra ello. Era una sonrisa abierta, de oreja a oreja. Y Dios santo, el hombre tenía una dentadura preciosa. Perfecta. Inmensamente blanca. Una sonrisa de oro. Pero bueno, todo en él era perfecto. Desde la cabeza hasta los pies.

Estaba completamente fuera de su alcance. Tanto que no hacía ni gracia.

Imágenes de *Pretty Woman* inundaron su mente. *Cenicienta*. Un cuento de hadas que duraba un solo día. Pero ella sabía que no debía soñar con finales felices. Los cuentos de hadas eran bonitos cuando se leían. Cuando se pensaban. Pero no eran ni remotamente realistas. Los cuentos de hadas no ocurrían para chicas como Bethany.

Así que ella aprovecharía su única noche y mañana volvería a hacer lo que mejor se le daba. Vivir el presente, día a día, soportando lo que le viniera encima. Sobreviviendo.

Él le hizo un gesto para que saliera del ascensor, y nada más puso un pie fuera, Jace se colocó junto a ella y le pasó el brazo firmemente alrededor de la cintura. La sensación era buena. Demasiado. Era demasiado fácil perderse en la fantasía. A este hombre no le importaba ella lo más mínimo. Solo quería sexo, y Bethany quería la calidez y la comida y un medio para olvidar su asquerosa existencia. Era un trato que podía asumir.

Un momento después, Jace abrió la puerta de una suite lujosa. Ella vaciló justo en la puerta al ver a Ash poniendo los platos de comida encima de una impecable mesa. Había tres cubiertos, y estaba claro que ella se sentaría entre ambos. Su vaso de zumo de naranja se erguía junto a un plato con una hamburguesa y patatas fritas, y a cada uno de los lados había dos platos con bistecs.

El olor a comida llegó hasta ella y su estómago se sacudió al instante. Se estaba muriendo de hambre y no había olido nada tan sabroso en su vida.

Ash se dio la vuelta y le regaló una sonrisa vaga mientras sus ojos rebosaban encanto.

—¿Lista para comer?—preguntó Ash.

Oh, sí. Estaba lista. Era todo lo que podía hacer para asentir calmadamente con la cabeza y no lanzarse directamente sobre la mesa y empezar a zamparse a bocados esa hamburguesa.

Jace le puso la mano en la espalda y la guio hasta la mesa. Bethany cerró los

dedos para disimular los temblores, se sentó en la silla y luego se pegó a la mesa y a ese delicioso plato que tenía frente a ella. Cogió el vaso de manera informal, como si no estuviera famélica ni muerta de ganas de hincarle el diente a la comida. Le dio un sorbo al zumo pero lo volvió a dejar en la mesa cuando el líquido llegó con fuerza a su estómago vacío.

Quizá saborear primero la comida sería la mejor opción.

Tener una hamburguesa, patatas fritas e incluso zumo de naranja era un lujo del que iba a disfrutar cada segundo.

Mientras Jace y Ash se sentaron cada uno a un lado, Bethany le echó el guante a una patata, la mojó en el pequeño cuenco de ketchup que tenía junto a su plato y luego se la metió en la boca.

—¿Estás segura de que no quieres bistec? —preguntó Ash, mirando en dirección a su plato.

Cuando le echó una mirada a la succulenta carne de ternera de su plato su boca se hizo agua. Y ese olor... Dios, ese olor tan delicioso la estaba matando.

—Pues... —comenzó.

Sin pronunciar otra palabra, Ash cortó un trozo de su filete y luego se lo puso en su plato. Estaba un poco más crudo por el centro que como a ella le gustaba, pero ¿qué más daba? Le daba incluso igual hasta cómo supiese. Era comida.

—Gracias —murmuró.

Fue consciente de la mirada de Jace durante todo el tiempo que estuvo comiendo, así que tuvo mucho cuidado de controlarse y asegurarse de tomarse su tiempo y de no parecer demasiado ansiosa. Masticó cada trozo con calma. Se bebió sorbo a sorbo el zumo de naranja, y agradeció, cuando se lo acabó, que Ash trajera más.

Quería comérselo todo, pero su estómago se rebeló. Había pasado mucho tiempo sin comer en abundancia y ya se había acostumbrado a sobrevivir con lo justo. Su estómago rechazó acoger otro bocado cuando ella apenas se había comido la mitad de la hamburguesa y solo unos pocos trozos del bistec.

—No has comido mucho —observó Jace cuando ella empujó el plato hacia el centro de la mesa.

—Picoteé algo de comida antes en la fiesta —mintió—. Pero estaba todo muy bueno. Gracias.

Jace se la quedó mirando durante un momento, y ella se movió nerviosa e incómoda en la silla. No parecía que la creyera, pero no volvió a tocar el tema. ¿Y por qué debería importarle si comía o no? Estaba aquí porque querían sexo. Querían marcarse un tanto. Aunque por qué precisamente con ella era algo que nunca llegaría a entender. Dudaba mucho de que tuvieran algún problema para conseguir a las mujeres que querían tener en la cama, y eso significaba que podían ser tan tiquismiquis como quisieran.

—Algunas cosas que debes saber —habló Ash.

Su mirada se desvió hacia la de él y vio que había perdido esa mirada juguetona y ligona. Sus ojos se mostraban serios. Tan desbordantes de calor que hizo que la respiración se le cortara. En ese momento parecía justo como Jace. Muchísimo más taciturno e... imponente. Algo que era raro teniendo en cuenta que la palabra «imponente» nunca la habría incluido en ninguna descripción de Ash.

—Nosotros tenemos el control en el dormitorio. Lo que nosotros decimos va a misa. Cuidaremos de ti. Velaremos por tus necesidades. Nos aseguraremos de que disfrutes y grites como nadie, pero nosotros tenemos las riendas. Si tienes algún problema con eso, dilo ahora antes de que nos metamos de lleno.

Una embriagante excitación atravesó todo su cuerpo. ¿Estaba de broma? Luchó contra la abrumadora respuesta a su afirmación y se obligó a ser lista e inteligente. Sí, que la cuidaran esta noche no le importaba. ¿Ceder poder y control por una sola noche en la que no tuviera que pensar, ni hacer nada más que sentir? No la echaba para atrás.

Pero sí que tenía que saber exactamente qué era lo que abarcaba este acuerdo y lo lejos que llegaban sus perversiones.

—Creo que eso depende de lo que queráis —dijo en voz baja—. No me va nada algo que se acerque a tener que jugarme la vida.

Jace frunció el entrecejo y le lanzó una mirada de reproche a Ash.

—La has acojonado ahora, tío. Te dije que te relajaras y dejaras que yo me encargara.

—Se merece saber dónde se está metiendo —dijo Ash calmadamente—. No le he mentado ni la he llevado por caminos equivocados.

—Te lo agradezco —dijo Bethany con sequedad.

Jace alargó la mano para coger la de ella y la rodeó con los dedos. Fue un gesto... dulce y que extrañamente no iba con ese aire imponente y esas miradas solemnes que le había lanzado antes. Este era el hombre del que había esperado que viniera el discursito que había soltado Ash. El tío que esperaba que le hubiera explicado sus normas y comunicado cómo iban a suceder las cosas por las buenas, o por las malas.

—No te haremos daño, Bethany. Lo que Ash quiere decir es que nos gusta el control. Nos gusta... la sumisión. Lo que no quiere decir que esta noche tenga que ser todo relacionado con eso. Solo estamos dejándotelo claro.

—Lo entiendo —dijo ella suavemente.

—¿Y? —la animó Jace.

—¿Y qué?

—¿Estás de acuerdo con eso? ¿Lo podrás soportar?

Ella respiró hondo y asintió.

—Me parece bien.

—Menos mal —murmuró Ash—. Ahora, si ya hemos terminado con toda la

charla, ¿podemos pasar a la parte donde nos desnudamos?

—Ash.

Jace pronunció el nombre de su amigo como una advertencia. Luego se volvió hacia Bethany sujetando su mano todavía.

—Vete al dormitorio. Puedes usar el baño para ponerte cómoda o hacer lo que necesites. Desvístete y espéranos en la cama.

Las suaves palabras recorrieron toda su piel e hicieron que el cuerpo entero le vibrara de excitación. Este hombre era del todo letal.

Sin pronunciar palabra alguna, se encontró obedeciendo su sosegada orden y levantándose de la silla. Su mano se deslizó sobre la de él cuando retrocedió, pero luego se dio la vuelta y desvió la mirada de Jace mientras se encaminaba hacia el dormitorio.

Capítulo

4

Estaba sentada en el centro de la cama, desnuda y con las sábanas a su alrededor mientras tiraba de ellas para cubrir su desnudez. Jace fue el primero en entrar y su mirada inmediatamente la encontró. Ash entró justo después con los dedos ya dirigiéndose a los botones de su camisa.

Aunque Ash se estuviera desnudando sin dejar muy claro qué era lo que quería, Bethany fijó su mirada en Jace. Se embebió de él en silencio y con tanta concentración que era irrompible. Jace abrió las aletas de la nariz y apretó la mandíbula. Había ya un hombre desnudo en la habitación y en todo lo que ella podía fijarse era en el que estaba completamente vestido. Estaba tan expectante y deseosa que hasta le dolía.

—Suelta la sábana —dijo con voz suave—. Quiero verte.

Fue suave, pero no dejaba de ser una orden, una que envió escalofríos directamente sobre su piel. Con cuidado, Bethany deslizó la sábana con dedos temblorosos. Se la quitó de encima hasta la cintura y dejó los pechos desnudos bajo su atenta mirada.

—Ponte de rodillas —continuó—. Quita las sábanas de en medio. Quiero verte entera.

Si fuera lista, temería a este hombre. Y la situación en la que se encontraba. Había sido una decisión impulsiva fruto de la desolación y la necesidad de tener un momento de descanso de su realidad. Nadie sabía que estaba aquí, a merced de estos dos hombres. Y a nadie le importaba. Nadie se preocuparía ni siquiera si simplemente desaparecía. Excepto Jack. ¿Y cómo iba él a saberlo? No le había dicho nada más que tenía un sitio donde quedarse esa noche, y eso no había sido más que una burda mentira.

—¿Te lo estás pensando mejor?

Bethany levantó la mirada y vio que Jace la estaba escrutando con intensidad con una expresión indescifrable en el rostro. Desvió la vista hacia donde se hallaba Ash, desnudo, guapo a más no poder y con la erección sobresaliendo. Cuando volvió a mirar a Jace, este frunció el ceño como si no le hubiera gustado que hubiera apartado los ojos de él.

Tenía la boca seca, así que se relamió los labios y luego negó con la cabeza.

—No.

Era otra mentira. Le había estado dando vueltas y vueltas, pero siempre terminaba volviendo al hecho de que esta noche quería olvidarse de todo y encontrar esa sensación de abandono en otra droga diferente. Quería sentir calor. Conocer un momento de paz. ¿Era mucho pedir?

Jace comenzó a andar hacia la cama cuando ella se puso sobre las rodillas y dejó que las sábanas dejaran al descubierto su cuerpo por completo. Cuando él

llegó al extremo del colchón, alargó la mano hasta ella y luego la estrechó entre sus brazos al mismo tiempo que bajaba el rostro y atrapaba sus labios con los suyos con un ansia fiera.

Bethany cerró los ojos y se rindió a él mientras se deshacía entre sus brazos. El aire crepité a su alrededor. El deseo que sentían era una entidad viviente que crecía hasta proporciones desmesuradas.

Su lengua se movió, suave y aterciopelada, con fervor por encima de la de ella. Se sentía estupendamente. Deslizó las manos por debajo de sus brazos, sujetándola más fuerte y luego apretándola incluso más contra él mientras aumentaban los ardientes sonidos de sus besos e inundaban sus oídos.

Entonces Ash apareció ahí y obtuvo la atención de Bethany durante un momento. Recorrió su espalda desnuda con las manos y la cama se hundió cuando él se colocó detrás de ella. Bethany se tensó contra Jace, pero luego Ash posó sus cálidos labios sobre la curva de su cuello y se relajó de inmediato. Fue lento para no abrumarla. Parecía contento con dejar que Jace llevara las riendas.

Jace se apartó y la boca le hormigueó debido a su violenta posesión. Bajó la mirada hasta ella y sus ojos oscuros le abrasaron la piel. A Bethany se le cortó la respiración. Le devolvió la mirada con el pecho tenso por la ansiedad.

Las manos de Ash recorrieron sus hombros mientras que su boca seguía sobre su cuello, pero ella solo tenía ojos para Jace mientras esperaba al momento en que él la reclamara. Ella quería que sus manos la tocaran. Quería sentir su boca sobre la piel. A él en su interior, cubriéndola con su cuerpo. Era un tipo de hombre que siempre hacía que la mujer bajo sus cuidados se sintiera segura, y ella era una mujer que quería sentirse segura y protegida.

Mientras las manos de Ash se deslizaban a lo largo de sus brazos y luego con mayor firmeza hasta sujetar sus hombros una vez más, Jace comenzó a desabrocharse los botones de la camisa. Ash la estrechó contra su pecho, acunándola contra su cuerpo mientras Jace se deshacía de su ropa.

Su bajo vientre ardió ante la imagen que tenía frente a ella mientras el calor de Ash la envolvía. Este deslizó las palmas de las manos para acoplarlas sobre sus pechos. Levantó y sopesó ambos senos en sus manos y luego rozó con sus pulgares los pezones, lo que provocó que se pusieran dolorosamente enhiestos al instante.

Bethany cogió aire cuando los pantalones de Jace tocaron el suelo y se quedó delante de ella únicamente con un par de bóxers negros. Le quedaban ceñidos. La tela cubría parte de sus marcados muslos y dejaba entrever claramente la longitud de su rígida erección.

El hombre era tan guapo que asustaba. La había dejado tan boquiabierta como nunca había experimentado antes. Esos dos hombres eran el cielo y la noche. Ash y Jace. Dos personalidades completamente distintas.

Jace era extremadamente taciturno. Su mirada la devoró mientras se llevaba

las manos a la cinturilla de los calzoncillos. Bethany se olvidó de respirar. Se olvidó del sensual asalto de Ash sobre sus pechos. El miembro de Jace, grueso y vibrante, surgió de sus bóxers y salió disparado hacia arriba.

Jace dio un paso hacia delante, se inclinó hacia abajo y la arrancó del abrazo de Ash para volver a estrecharla entre sus brazos. Bethany aterrizó contra él y sintió el contraste de sus pieles como una descarga eléctrica. Sus rodillas apenas rozaron el colchón cuando él la sostuvo a su altura para besarla. Puso sus brazos firmemente alrededor de ella y dejó una mano abierta de forma posesiva sobre su trasero, y la otra entre los dos omóplatos.

Bethany tenía los pechos aplastados contra el duro torso de Jace, e inmediatamente se olvidó de todo lo que le habían hecho antes las manos de Ash, de esas suaves caricias y jugueteos con sus pezones. El cuerpo entero le ardía. Era... una locura. Trascendía más allá de la simple lujuria o necesidad. No conocía ni sabía nada de este hombre y aun así sabía que lo necesitaba como ninguna otra cosa que hubiera podido necesitar antes.

—Su coño es mío.

Bethany parpadeó cuando escuchó el leve gruñido que salió de la garganta de Jace. Sus palabras sonaron simples y claras en contraste con el silencio de la habitación y luego la risa entre dientes de Ash atravesó sus oídos.

—No es muy propio de ti ser tan egoísta —dijo Ash con la diversión aún patente en su voz—. Pero está bien. Su boca es placentera y me apuesto a que su culito lo es aún más.

Jace se movió y la fuerza comenzó a apoderarse de sus brazos. Ella casi esperaba que la tirara encima de la cama y se la follara hasta decir basta, pero su contacto fue exquisitamente suave mientras la dejaba tumbada sobre la cama. Había una especie de reverencia en la forma en que la cogía que la desconcertaba.

Su espalda tocó el colchón y seguidamente Jace deslizó las manos por encima de su cuerpo para acariciarla y tocarla como si no pudiera controlarse. Las palmas de sus manos pasaron por encima de sus pechos y bajaron hasta su vientre y, por último, hasta sus caderas. La colocó de manera que su trasero estuviera justo al borde de la cama y sus piernas quedaran colgando por fuera.

Para su completa sorpresa, Jace se arrodilló sobre la moqueta del suelo para quedar entre sus piernas. Bethany soltó con violencia el aire acumulado en su garganta cuando él bajó la boca hasta su entrepierna.

Oh, Dios.

—Voy a saborear este coñito tan dulce —dijo en voz baja.

Cuando la lengua de Jace tocó su clítoris, ella se sacudió. Usó los dedos para exponerlo más a él y volvió a lamerla hasta que le entró un escalofrío y el placer comenzó a recorrerle todo el cuerpo.

Ash pasó una mano suavemente por el mentón de Bethany y le hizo girar la

cabeza. Sus labios tocaron la punta de su miembro y ella vaciló.

—Abre la boca, cariño —dijo Ash.

Aunque las palabras sonaron bonitas, no eran una petición. No había ni una pizca de adulación en su voz. Era una orden. Una que ella no tenía intención de rechazar. Abrió los labios y Ash colocó la verga en su boca, introduciéndola en su garganta mientras le ponía una mano en la cabeza para mantenerla quieta en el sitio.

—Eso es. Chúpala —dijo Ash internándose más en ella.

Soltó un leve gemido e hincó los dedos contra el cuero cabelludo de Bethany. Ella cerró los ojos y permitió que Ash dictara el ritmo de los movimientos. Le parecía bien porque en esos momentos ella apenas podía concentrarse como para estar al mando. Jace la estaba arrollando con su boca. Con esa boca y esa lengua tan preciosas y perversas.

Jace no parecía dudar en ningún momento. La acariciaba con la lengua sobre su clitoris y sobre la entrada de su vagina, y luego la introdujo dentro de su cuerpo, succionándola y lamiéndola como si fuera un dulce caramelo. Ash se inclinó por encima de ella para colocarse en una posición mucho más dominante y que ella no tuviera más elección que recibir su miembro tan adentro de su garganta como él quisiera.

La boca de Jace, entonces, la abandonó por un breve instante.

—No le hagas daño, Ash.

Ash se quedó paralizado al momento. Bethany podía sentir la tensión recorrer todo su cuerpo. Se puso rígido, abandonó su boca y pudo ver cómo se giraba hacia Jace con una expresión llena de furia en el rostro.

—¿Cuándo le he hecho yo daño a una mujer, Jace?

Su voz implicaba muchas cosas. Un macho alfa gruñón y enfadado que se alza y sale a la superficie. Todo ese comportamiento juguetón y ese ligoteo previo se habían esfumado y en su lugar se hallaba frente a algo totalmente diferente.

—Joder, tío. ¿En serio? ¿Tenías que decir eso? ¿En qué narices estás pensando?

Bethany intentó sentarse ya que de repente no quería verse entre esos dos hombres, pero Jace colocó una mano con delicadeza pero con firmeza en su vientre y la mantuvo tumbada en la cama. Él ni siquiera la miró, sino que dejó la mano ahí en su cuerpo, una orden sin palabras para que se quedara justo dónde y cómo estaba.

—Era solo una advertencia —dijo Jace con voz queda—. No quiero abrumarla.

Ash se quedó en silencio cuando los dos hombres se miraron con dureza. Sonrió y entonces pareció leer algo en la mirada de Jace que lo hizo retroceder. Sus ojos perdieron toda expresión y luego bajó su boca hasta la de Bethany para besarla de una manera claramente tranquilizadora y de consuelo.

—No te haré daño —susurró contra su boca.

—Lo sé —le respondió ella. Y sí que lo sabía. Porque Jace no dejaría que lo hiciera.

—A cuatro patas —pronunció Jace interrumpiendo así el breve momento de ternura que estaba teniendo lugar entre ella y Ash.

Bethany bajó la mirada para ver la intensidad que tenía la mirada de Jace y tembló una y otra vez.

Incluso cuando se disponía a colocarse, Jace estaba ahí con las manos pegadas contra su piel mientras la ayudaba a ponerse sobre manos y rodillas. Tan pronto como estuvo colocada en la posición requerida, Jace depositó un beso en la parte baja de su espalda.

—Tengo que coger un condón, nena.

Entonces se separó de ella y el aire frío le recorrió la piel y le provocó otra oleada de escalofríos.

Ash hundió los dedos en su cabello y le acarició los mechones con movimientos repetitivos y suaves mientras se posicionaba frente a ella. De rodillas, Ash colocó bien su polla para deslizarla de nuevo en el interior de su boca. Mantuvo una mano en su pelo y con la otra le acarició la mejilla y el mentón para estimularla mientras se hundía centímetro a centímetro en su garganta.

El olor de Ash inundó su nariz al mismo tiempo que su sabor se adueñaba de su boca.

Y entonces Jace volvió y le cubrió y acarició el trasero con las manos. Le dio otro beso en la parte baja de la espalda y deslizó la lengua por toda su columna vertebral. Bethany tembló de la cabeza a los pies y cerró los ojos mientras Ash se clavaba más adentro de su boca.

Bethany quería a Jace en su interior. Lo necesitaba. Quería que la llenara una y otra vez, que hiciera desaparecer la oscuridad y que la hiciera entrar en calor de dentro afuera.

Por fin, Jace dejó una mano sobre su trasero y con la otra guio su verga hasta la entrada de su cuerpo. Restregó el glande ya cubierto con el condón sobre la entrada de su vagina hasta llegar al clitoris y luego en sentido contrario para deslizarse entre su humedad. Estaba probándola, asegurándose de que estaba preparada. Bethany se movió, inquieta, y seguidamente soltó un «por favor» en un jadeo alrededor de la erección de Ash.

Jace se quedó quieto. Tan quieto que por un momento Bethany pensó que había hecho algo mal. Pero luego se introdujo en ella. Su mano se endureció sobre su trasero y Bethany se dio cuenta de lo que le estaba costando controlarse. Parecía tener mucho miedo de hacerle daño. ¿Tan frágil la veía? ¿Qué habría visto en sus ojos para incluso llamar la atención a su mejor amigo y obligarlo a tratarla con tanta reverencia?

—Es preciosa —murmuró Ash mientras seguía moviéndose dentro su boca.

—Sí, realmente preciosa —repitió Jace.

Jace se introdujo al máximo hasta que los testículos estuvieron presionando contra su monte de Venus. Y entonces se quedó ahí mientras deslizaba las manos por su espalda y provocaba fuertes escalofríos desde el centro de su ser. Bethany cerró los ojos, le encantaba la sensación de estar llena, tanto que tenía que abrirse para acoplarse a su erección. Cada movimiento a través de sus tejidos hipersensibles la hacía estremecerse y retorcerse.

Jace salió de su cuerpo y luego volvió a impulsarse hacia delante lenta y sensualmente, totalmente controlado. Ella no quería control. Ella quería que lo perdiera. Que se enterrara en ella con fuerza y con ferocidad. Bethany quería perderse tanto en la experiencia que no pudiera pensar en nada más que en el increíble placer que le harían sentir.

Se movió hacia atrás contra Jace y su boca se deslizó sobre el rígido pene de Ash. Su sabor era masculino y el tacto rugoso sobre su lengua.

Jace le dio un azote en el culo que consiguió sorprenderla, pero la sensación le sacó un gemido de la garganta y vibró por toda la superficie del miembro de Ash.

—Paciencia, nena —murmuró Jace—. Quiero que sea bueno. Eres tan inmensamente genial... no quiero que se acabe tan rápido.

—Joder... —gimió Ash cuando Bethany deslizó la lengua alrededor de la cabeza hinchada de su verga—. No voy a durar mucho así. Su boca es pura seda.

Ella sonrió. De repente se sentía segura de sí misma y de su habilidad para volverlos a ellos tan locos como la estaban volviendo a ella.

—Cariño, como sigas chupando mi polla de esa forma me voy a correr sobre tu lengua, y como Jace ha dicho, no quiero que esto termine tan pronto. Quiero follarte esos labios tanto como sea posible.

Las manos de Jace se apretaron sobre su trasero. El cuerpo se le tensó pero ella supo que no era de estar a punto de correrse. Parecía... inquieto y agitado. Cada vez que Ash hablaba, Jace se ponía tenso. Casi como si quisiera olvidar que el otro hombre estaba presente. Qué raro. Estaba claro, por lo que había dicho Ash, que esto no era algo inusual entre ellos. Bethany se preguntó brevemente si les iban los dos bandos, pero siempre mantenían una cierta distancia entre ellos. Sin embargo, ¿por ella? Por ella sí que se sentían evidentemente atraídos, al menos físicamente.

Jace retomó sus cuidadosas embestidas. Su miembro crecía en tamaño cada vez que se introducía en su interior. Parecía estar a punto de explotar y Bethany se preguntó si sería siquiera capaz de acomodarlo en su interior si se agrandaba un solo centímetro más. Pero la sensación de tener tanta carne masculina metida en su interior era increíble.

Jace se retiró hasta dejar el glande justo en la entrada de su cuerpo, y luego

un poco más hasta que la punta apenas tocara su carne. A continuación, se enterró en ella con fuerza, rapidez y pasión.

Bethany jadeó y su cuerpo tembló. Se sacudió sin control alguno, las manos las sentía repentinamente débiles e incapaces de soportar su propio peso. Se le doblaron los brazos y Ash la cogió mientras se sentaba sobre los talones para que su boca estuviera aún bien segura alrededor de su erección. Él le acarició el pelo. Tenía una mano en su barbilla y la otra le acariciaba los tirabuzones. Era... agradable. Ambos parecían ser muy cariñosos; pensamiento bastante estúpido como para siquiera considerarlo. A los dos no les importaba ella lo más mínimo. Bethany era simplemente un coño para ellos. Un culo.

—No dijimos que tú no pudieras correrme, cariño —dijo Ash con voz ronca—. Solo que Jace y yo queríamos durar un poco más. Te correrás otra vez. Eso te lo garantizo. No te contengas. Quiero que me chupes la polla mientras te corres y Jace quiere que lo aprietes como un puño.

—Ash... cállate —gruñó Jace.

Ash se calló, pero el cuerpo de Bethany, ansioso, pareció despertarse aún más debido a las palabras roncas de Ash. El orgasmo la encendió como fuego sobre madera seca, crepitando y ardiendo sin control alguno. Bethany no se podía quedar quieta. La mano de Ash sobre su barbilla se afianzó más cuando ella amenazó con dejar que su miembro se saliera de su boca. Se introdujo más adentro, buscando toda la profundidad que pudiera mientras la empujaba frenéticamente contra Jace.

—Por favor —dijo ella en un grito ahogado alrededor de la verga de Ash—. Más fuerte, Jace. Lo necesito más fuerte. Por favor.

—Joder, Jace. Dáselo —soltó Ash con voz tensa.

Las grandes manos de Jace se deslizaron sobre su espalda, acariciándola antes de bajarlas hasta su culo para sujetar los dos cachetes de su trasero con deliciosa posesión. Comenzó a embestirla con fuerza. Con mucha velocidad. Estaba llegando hasta lo más hondo de su ser; la fricción era tan deliciosa que la visión de la habitación comenzó a darle vueltas.

Cerró los ojos y succionó a Ash con más profundidad, cerrando la boca con más fuerza a su alrededor. Su cuerpo se sacudía debido a la fuerza de la posesión de Jace. La presión era exquisitamente insoportable. El éxtasis comenzó en la parte baja de su vientre desde el verdadero centro de su cuerpo, la golpeó con brutalidad, arrollándola, fustigándola como si se tratara de un látigo, extendiéndose como las llamaradas de un fuego descontrolado.

—¡Maldita sea! —gimió Ash—. A la mierda, me voy a correr.

Justo cuando el propio orgasmo de Bethany estalló, una onda expansiva que rápidamente se convirtió en una enorme explosión, el primer chorro de semen golpeó la pared de su garganta. Bethany gritó, pero el sonido se amortiguó rápidamente cuando Ash embistió hacia delante y se hundió en ella hasta que sus

labios estuvieron tocando los ásperos vellos de su entrepierna.

Ella se retorció de forma descontrolada y oyó cómo Jace maldecía en voz baja. Sus manos le agarraron el trasero con más fuerza hasta que Bethany supo que le iban a quedar las marcas de sus dedos. Los sonidos de su miembro, más rápidos y húmedos, al introducirse en su sexo se percibían con fuerza en contraste con el silencio de la habitación.

Bethany se tragó el líquido caliente que seguía saliendo de la polla de Ash aunque se le derramó un poco por encima de los labios. A continuación, él le levantó la cabeza y se retiró de su boca. Con suavidad le dejó que apoyara la mejilla contra el colchón y continuó acariciándole el pelo. Los dedos eran muy suaves y tiernos contra su cuero cabelludo mientras que Jace seguía con su incesante asalto a sus sentidos.

Jace ganó intensidad y fuerza, incluso más velocidad mientras seguía golpeando los cachetes de su trasero con sus caderas. Bethany cerró los ojos y se quedó ahí tumbada, lacia, completamente saciada, y embebiéndose en los temblores secundarios de su orgasmo al mismo tiempo que Jace seguía moviéndose.

Y entonces se tensó contra su trasero, enterrándose bien hondo dentro de ella y manteniéndose ahí mientras su cuerpo se retorció y se sacudía. Luego cayó encima de ella, tapándola y dándole calor como si se tratara de una manta. Depositó un tierno beso en su hombro. Era... agradable. Tan gentil. Realmente cariñoso.

—No pretendía que pasara tan rápido —murmuró Jace contra su piel—. Pero joder, nena, eres tan placentera...

Sus palabras la golpearon y la calentaron más que sus caricias o su orgasmo. Le estaban llegando al corazón y levantando sentimientos que era mejor que no investigara más. El sexo no era una experiencia nueva para ella. Tener sexo sin ataduras era algo a lo que se había vuelto claramente adepta en sus días de tener que lidiar con todo y de buscar respuestas que no tenía ningún sentido que buscara. Pero esto...

Bethany tuvo que poner un alto a ese proceso mental tan estúpido. Esto no significaba nada. No era nada diferente a las otras sesiones de sexo fascinante y sin ataduras. Que ella pensara algo diferente ahora era solo una puerta abierta para el sufrimiento y la miseria.

Ash bajó la cabeza y le recorrió la mejilla con sus labios suavemente.

—Iré a traerte algo de beber. ¿Quieres más zumo?

—Sí —dijo ella con voz soñolienta, aún deleitándose en la sensación de tener a Jace dentro de ella, con su calor recorriéndola y su cuerpo duro extendido de forma tan protectora sobre el de ella.

Ash se alejó de la cama y cuando se fue Jace le dio otro beso en el hombro. Entonces, para su consternación, se levantó y se separó de ella. Un quejido de

protesta que ella no tenía ninguna intención de soltar se escapó de su garganta.

—Tengo que tirar el condón, nena —le susurró—. Vuelvo enseguida.

Se quedó helada de frío en el mismo instante en que la calidez de Jace la abandonó. Incluso por dentro. Se estiró bocabajo en la cama y se quedó así, insegura de qué era lo que se suponía que iba a pasar ahora. ¿Se levantaba y se iba? ¿Esperaban que se quedara a pasar la noche? En el pasado, había sabido cómo iba el asunto. Esto era completamente nuevo para ella. Además, no tenía ningún otro sitio al que ir. Solo el frío de la calle. Bethany no quería que esta noche acabara. La tristeza se apoderó de ella. Nunca debería haber aceptado la proposición. Aunque hubiera sido un aplazamiento temporal y un cambio más que bienvenido de su solitaria vida, ella sabía que todo sería mucho peor cuando tuviera que verse forzada a irse.

Jace volvió a la cama y ella levantó la cabeza, atemorizada por lo que pudiera ver. Abrió la boca para preguntar si debería irse, pero él la estrechó entre sus brazos y la pegó contra su costado.

De acuerdo, a lo mejor no quería que se fuera todavía. Le servía.

Bethany se acurrucó contra su cuerpo. El calor que desprendía el cuerpo de Jace era un lujo del que se negaba a privarse.

Un momento más tarde Ash volvió y se subió al otro lado de la cama. El roce de Jace al instante se volvió más firme a su alrededor. Los brazos eran como una barrera para evitar que Ash la tocara de alguna manera.

—Te he traído el zumo —dijo Ash.

Jace, con cuidado, la incorporó para que se pudiera sentar, y él también lo hizo pero manteniendo el brazo firme a su alrededor. Era un poco raro estar sentada entre dos hombres desnudos mientras bebía zumo de naranja, pero también decadente.

Le dio un sorbo al zumo, agradecida, ya que tenía la boca seca y un poco dolorida de tener que acomodar todo el tamaño de Ash. Otras partes de su cuerpo estarían doloridas también. Había pasado tiempo desde la última vez, pero esta nueva experiencia era una sensación que no olvidaría, un recuerdo de una noche alejada de la realidad que era su vida.

—¿Debo irme ya? —preguntó ella de forma incómoda mientras le devolvía el vaso a Ash.

Los labios de Ash formaron una fina línea y el brazo de Jace se volvió como una banda de acero alrededor de su cintura.

—Ni pensarlo —soltó Jace—. No estamos siquiera cerca de terminar. Te vas a quedar esta noche. Hace demasiado frío fuera hoy y es tarde. No quiero que vayas por ahí sola a estas horas.

Bethany intentó con todas sus fuerzas reprimir el suspiro de alivio que amenazaba con salir, pero su cuerpo se adaptó al de Jace y este le dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—Danos un minuto para que nos recuperemos y empezaremos de nuevo — anunció Ash.

El deseo brillaba en sus ojos verdes. Él la estudió por un momento mientras la mano de Jace se deslizaba hasta uno de sus pechos, lo cubría con la palma y le rozaba con el pulgar ligeramente el pezón. Acababa de tener el orgasmo más increíble de su vida y su cuerpo ya quería más.

—Dijiste que habías hecho tríos antes —comentó Ash de manera informal—. ¿Crees que puedes acoger a Jace por delante y a mí por detrás? ¿Lo has hecho alguna vez?

Sus mejillas se tiñeron de rojo y el calor se adueñó de su rostro. Bethany negó con la cabeza; estaba demasiado avergonzada como para vocalizar su respuesta. La imagen que su pregunta había evocado en su mente la quemó como el fuego. La idea de acoger a ambos hombres de esa manera al mismo tiempo hacía que una embriagante ola de deseo la embargara.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó Ash con una amplia sonrisa.

—No tienes por qué —murmuró Jace junto a su oído.

—Si has tenido otros tríos, ¿cómo eran si no acogías a los dos hombres al mismo tiempo? —preguntó Ash curioso.

Sus mejillas se encendieron de nuevo y no pudo siquiera mirarlo a los ojos. Para alguien tan experimentada en el sexo como ella, se sentía como una estúpida virgen.

—Como antes —respondió en voz baja—. Como lo hicimos antes.

—Ah —dijo Ash—. Uno se follaba tu boca mientras el otro a ti.

Ella asintió.

—¿Has tenido sexo anal alguna vez?

—Ash —gruñó Jace a modo de advertencia—. Por el amor de Dios, corta el rollo. La estás avergonzando.

Ash se encogió de hombros.

—No hay mucho por lo que estar avergonzada. Estamos aquí sentados con el culo al aire y acabamos de follárnosla.

Ahí llevaba razón.

—Sí, he tenido sexo anal —dijo ella.

—¿Te gustó? —preguntó Ash.

—En realidad no —admitió.

—Entonces no lo haremos —afirmó Jace.

Su mentón estaba apretado y su mirada fija en Ash como si le estuviera retando a que siguiera con el tema.

Bethany se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Me gustaría intentarlo. Me refiero a que el tío con el que estaba no era exactamente... bueno. Ya sabéis, nada comparado con vosotros dos.

Ash se rio entre dientes.

—No, nena —dijo Jace quedamente—. No tienes por qué hacer nada solo porque pienses que es lo que queremos.

—Vosotros lo convertiríais en algo bueno —susurró.

—Ya te digo —contestó Ash poniendo una mueca en los labios como si lo hubiera insultado—. No vamos a hacerte daño, cariño. Nos lo tomaremos con calma y, si no te gusta, pararemos, pero es inmensamente erótico.

Sí, eso lo podía entender perfectamente. ¿Qué mujer no querría que hombres como Ash y Jace la iniciaran en una situación como esta?

—¿Tienes hambre? —preguntó Jace—. No comiste mucho antes. ¿Quieres comer algo antes de que volvamos al tema?

Le apartó un mechón de pelo y se lo puso tras la oreja mientras hablaba. Ella levantó la mirada hacia él y se embebió en sus preciosos ojos de color marrón chocolate.

—Sí que me entraría algo —murmuró. Y era verdad. De repente, se sentía famélica y la idea de terminarse lo que se había dejado antes de hamburguesa le hizo la boca agua.

—Te pediré algo más del servicio de habitaciones —dijo Ash al tiempo que se movía hacia el teléfono de la mesita de noche.

—No tienes por qué hacerlo —protestó ella—. Me dejé media hamburguesa.

—Te pediremos algo recién hecho y caliente —dijo Jace inclinándose hacia delante para besarla en la comisura de los labios.

—¿Quieres otra hamburguesa o algo diferente? —preguntó Ash con el teléfono pegado a la oreja.

—Cualquier sándwich que haya —dijo sin querer ser muy tiquismiquis—. Y chocolate caliente, si no es mucho pedir.

Ash sonrió.

—En absoluto.

Capítulo

5

Jace se quedó observando a Bethany mientras ella se sentaba con las piernas cruzadas en la cama y se comía el bocadillo de jamón, beicon y queso que le habían pedido al servicio de habitaciones. Parecía saborear cada uno de los bocados y comía con una reverencia que él no veía muy a menudo. No se apresuró, pero había una urgencia en sus movimientos que Jace no terminaba de descifrar.

Y cada vez que le daba un sorbo al chocolate caliente la expresión de su rostro se volvía soñadora. Ojalá le hubieran traído más de una taza.

No habían querido que se vistiera. Jace la quería en su cama, donde pudiera verla, sentirla y tocarla cuando quisiera. Ash sí se vistió cuando fue a recibir al servicio de habitaciones.

Sería fácil decirle a Ash que se fuera para poder disfrutar del resto de la noche a solas con Bethany. Le gustaba la idea de estar solos ellos dos, en la cama y desnudos, disfrutando el uno del otro y de hacer el amor tanto como quisieran.

—Estaba buenísimo —dijo ella cuando le dio el último sorbo al chocolate caliente—. Gracias.

—De nada —dijo Jace con voz grave.

Ash se llevó los platos y los dejó en el salón. Cuando volvió se desnudó de inmediato y a Bethany se le cortó la respiración de la ansiedad que la invadió cuando Ash hubo regresado.

Jace la observó detenidamente y buscó alguna señal de vacilación o duda sobre lo que estaba a punto de ocurrir. Si la veía lo más mínimamente reacia, iba a poner fin a toda esa maldita situación y no le importaba si cabreaba a Ash o no. Nada de esto tendría que estar ocurriendo. Él no quería que su mejor amigo estuviera aquí, compartiendo a su mujer.

Su mujer.

Jace ya la había reclamado y aun así estaba a punto de dejar que Ash se la follara. Otra vez. La palabra retorcida no comenzaba siquiera a describir la escena.

—Ponte de rodillas y usa esa boca con Jace, cariño. No quiero que nos precipitemos. Iremos a paso lento pero seguro para prepararte y no hacerte daño.

Bethany abrió los ojos como platos y los sentidos de Jace se pusieron en alerta. No iba a dejar que Ash llevara las riendas de la situación ni en sus mejores sueños. Lo harían a la manera de Jace, aunque, para empezar, ni siquiera fuera eso lo que él quería.

Jace negó con la cabeza y detuvo a Ash cuando este se dirigía a la cama.

Luego simplemente se giró hacia Bethany y la besó en esa increíble boca que

tenía antes de deslizar la lengua entre sus labios. Sabía al chocolate que se acababa de beber. Deliciosa y caliente. Su respiración escapaba en pequeños jadeos hasta la de él. Jace quería más. Mucho más.

—Voy a prepararte —le informó repitiendo las palabras de Ash—. Pero lo vamos a hacer a mi manera. Te quiero caliente y húmeda. Y la forma en que me voy a asegurar de que eso es así es lamiéndote hasta que estés a punto de correr.

Ella tembló con delicadeza ante sus palabras. Era tan receptiva... A Jace le encantaba pensar que era de esa manera solo con él. Sabía que no eran imaginaciones suyas el hecho de que estuviera más centrada en él que en Ash. El otro estaba allí, sí, pero la conexión entre Jace y Bethany había sido intensa. No había ninguna duda.

—Túmbate y abre las piernas —dijo Jace añadiendo un ápice de orden en su voz. Ella había respondido bien a su voz autoritaria antes, y ahora hizo lo mismo. Los ojos se le habían oscurecido y el rostro suavizado debido a la sumisión.

Olvidándose de Ash —Jace no sabía siquiera dónde se encontraba en ese momento—, bajó por el cuerpo de Bethany besándola y lamiéndole el cuello, luego los pechos, más abajo hasta llegar a su vientre plano y finalmente hasta los leves rizos que tenía entre las piernas.

Jace inhaló y saboreó el almizclado olor de su excitación. Ya estaba húmeda y con el sexo brillante cuando le abrió los afelpados labios vaginales. Su sexo era sonrosado y perfecto, pequeño y tan delicado como el resto de su cuerpo. Era como abrir los pétalos de una flor y encontrar rocío en su interior. Jace sopló ligeramente sobre su clitoris y observó cómo se arrugaba y se tensaba.

Entonces pasó la lengua por encima del erecto botón y disfrutó de la instantánea sacudida que el cuerpo de Bethany experimentó. La lamió con delicadeza, prestando atención a no ser demasiado brusco con sus partes más sensibles. Exploró cada centímetro de su aterciopelada carne desliziéndose hacia abajo para describir círculos con la lengua alrededor de su entrada y luego la acarició con los labios.

Bethany se sacudió descontroladamente debajo de él y arqueó la espalda hacia arriba en busca de más de lo que le daba su boca. Jace levantó la mirada para cerciorarse de que era a él a quien estaba respondiendo y vio, satisfecho, que Ash estaba ahora empezando a apoderarse de sus pechos. Ash no la había tocado todavía. Su reacción le pertenecía únicamente a él.

Jace devolvió su atención al sexo de Bethany, deslizó la lengua en su interior y la poseyó con movimientos rápidos y cortos. Ella se humedeció bajo su lengua y el dulce éxtasis llenó la boca del hombre. Jace podría tirarse toda la noche haciendo esto. Le encantaba su sabor. Le encantaba sentirla en la lengua. Suave. Sedosa. Como nada que se hubiera imaginado nunca.

Sabía que Bethany se estaba acercando a la liberación. Su cuerpo se tensó

más y su respiración se aceleró. Jace volvió a levantar la mirada y vio que Ash tenía la boca cerrada sobre uno de sus enhiestos pezones. Por un momento se paró y los observó. Podría no gustarle que Ash estuviera con esta mujer, pero la imagen de su amigo succionando los pezones de Bethany era increíblemente erótica. Ver a otro hombre dar placer a la mujer que él se estaba follando siempre daba un morbo increíble.

—¿Te gusta lo que te está haciendo, Bethany? —preguntó Jace con la voz ronca y llena de deseo. No, no quería que Ash estuviera allí, pero por el momento podría perderse en el puro erotismo de verla reaccionar ante el hecho de tener a dos hombres haciéndole el amor—. ¿Te gusta lo que te hacen nuestras bocas, nena?

—S... sí —siseó—. Me gusta mucho, Jace. Nada había sido nunca tan bueno...

La satisfacción lo golpeó de lleno. Ella había podido tener otros tríos... sexo quinquí, o cualquier cosa que le hubiera ido antes, pero esos hombres nunca le habían dado la clase de placer que ellos sí le estaban dando. Jace se aseguraría bien de ello.

La acarició con el pulgar por encima del clitoris y luego depositó un beso justo en la entrada de su cuerpo. Metió la lengua con brusquedad en su interior y la llevó un poco más al abismo. Jace la quería a punto. Quería volverla loca antes de que ambos la poseyeran a la vez. Hacerle daño no estaba en sus planes. A él le gustaba el dolor. A Ash también. Le gustaba infligirlo, pero con la mujer adecuada. Y no es que Bethany no fuera esa mujer; Jace se moría de ganas de hacerle un millón de cosas a ella y con ella. Pero no esta noche. Hoy todo iba sobre el placer. Y no de esa clase que acompañaba al dolor embriagante y agudo cuando se infligía de la forma correcta.

Habría muchísimo tiempo para eso después. Porque iba a haber definitivamente un después. Esta no iba a ser cosa de una noche para él. Jace volvería a tener a Bethany en su cama. Mañana por la noche, para ser exactos. Pero serían solo él y ella. Sin Ash. Sin nadie más. Solo él y Bethany explorando las muchas, muchísimas formas en las que él quería poseerla.

Succionó una última vez su clitoris y luego se puso de rodillas con las manos sosteniéndole a ella las suyas para controlar sus temblores.

—Así es como lo vamos a hacer, nena. Ash va a jugar con tu culo durante un ratito para prepararte un poco. Tú vas a usar tu boca conmigo mientras él está a lo tuyo. Después él se introducirá en ti y se asegurará de que puedes acogerlo de esa forma. Una vez que estemos seguros de que nos sigues el ritmo, te pondrás encima de mí y poseeré tu coño. Luego Ash se introducirá de nuevo en tu culo. ¿Aún quieres seguir adelante?

Ash se apartó para que Jace pudiera verle el rostro. Los ojos de Bethany brillaban de pasión. Estaban neblinosos y un poco intoxicados, pero ardientes de

necesidad.

Bethany se relamió los labios y luego asintió.

—Las palabras, nena. Quiero oír las palabras. Necesito estar seguro de que estás de acuerdo.

—Sí —murmuró con voz ronca—. Sigamos.

—Joder, menos mal —expresó Ash—. Me muero por enterrarme en ese culito. Seré suave, Bethany. Esta vez lo vas a disfrutar.

Su boca se arqueó en una embriagada y torcida sonrisa.

—Yo ya sabía que lo haría.

Jace se subió a la cama y luego ayudó a Bethany a ponerse de rodillas.

—Ponte entre mis piernas, nena. El culo arriba para Ash.

Ella se puso entre las piernas de Jace y este se quedó mirando lo cerca que esa cabeza morena estaba de su polla. Estaba a punto de correrse por todo su rostro y ni siquiera lo había rodeado con la boca todavía. Iba a tener que poner todo de su parte para durar sin liberarse hasta que no estuviera en su interior.

Ash fue al baño y volvió con un bote de lubricante antes de posicionarse detrás de su trasero. La mirada de Jace se encontró con la de Ash por encima del cuerpo de Bethany y le mandó a su amigo una advertencia sin palabras. Ash puso los ojos en blanco y soltó un suspiro antes de empezar a mojar sus dedos con el gel.

En el momento en que estos tocaron a Bethany, ella se quedó quieta. Levantó la cabeza para mirar a Jace y este pudo ver fuego ardiendo en sus ojos. Sus dedos rodearon su miembro y él inmediatamente reaccionó, endureciéndose mucho más debido a su contacto.

—Chúpala —murmuró—. Despacio y profundamente.

En el momento en que su boca se cerró sobre su glande y la lengua se deslizó como áspero terciopelo sobre su parte inferior, él cerró los ojos y alargó los brazos para hundir las manos en su pelo.

Luego se quedó quieta de nuevo y tensó la boca brevemente a su alrededor. Jace levantó la mirada y vio a Ash colocándose y guiando su verga por entre los dos cachetes de su trasero.

—¿Es demasiado, nena? Si quieres que pare, dímelo.

Ella sacudió la cabeza y lamió el tallo de su erección. Cerró los ojos y lo acogió más profundamente en su garganta para prodigarle un dulce placer bien abajo hasta los testículos. Maldita sea, sí que tenía una boca llena de talento.

Entonces Bethany ahogó un grito. Alzó la cabeza, alarmada, y los ojos se le abrieron como platos. Una mirada hacia Ash le decía que ya estaba en su interior. Jace le tocó el rostro y le acarició las mejillas con sus pulgares.

—Mírame, nena. Céntrate en mí y respira hondo. Eso es. No luches contra ello. Déjalo hacer. Irá despacio. No te prives de lo bien que te puedes sentir y luego piensa en lo placentero que será cuando ambos estemos dentro de ti.

Sus ojos se oscurecieron y respiró hondo. Luego los cerró y dejó escapar un suspiro. Ash no había cambiado su postura. Seguía teniendo la cabeza echada hacia atrás y las manos las tenía sobre su trasero mientras se impulsaba hacia delante para introducirse esos pocos centímetros que quedaban.

—Dios —dijo ella ahogadamente—. ¡Los dos la tenéis muy grande!

Ash se rio entre dientes.

—Nos alegramos de complacerte, cariño.

Los movimientos de Ash eran lentos y suaves, dos cosas que él normalmente no era. Pero Jace apreciaba que Ash hubiera bajado la intensidad con Bethany. Ash podría parecer el más abierto y simpático de los dos, pero en lo que se refería al sexo, a Ash le gustaba duro, bruto y quería estar totalmente al mando. Los dos siempre elegían a mujeres a las que no les importara ese hecho porque ni Ash ni Jace eran hombres fáciles. Y, aun así, esta noche, Jace se había encontrado yendo en contra de sus instintos. Quería ser gentil y cariñoso y guiar poco a poco a Bethany en la experiencia. Y le había ordenado a Ash hacer lo mismo.

Con cualquier otra mujer, Ash ya estaría hundiéndose hasta el fondo de su trasero y follándose la sin parar.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Jace a Bethany—. ¿Crees que ya estás lista para acogernos a los dos al mismo tiempo?

Bethany abrió los ojos de repente y tragó saliva alrededor de su miembro, con lo que consiguió volverlo casi loco.

—Joder, nena, como sigas mamándomela así, no voy a durar hasta estar dentro de ti.

Ella sonrió y succionó casi dejando que cayera de su boca. Seguidamente lo rodeó con la lengua y jugueteó con el glande.

—Estoy lista —dijo con voz excitada y casi sin aliento—. Os quiero a los dos.

Ash inmediatamente se retiró con la impaciencia haciéndose patente en sus ojos. Él quería volver a estar en su interior tanto como Jace quería acomodarse dentro de ella.

—Ven aquí —ordenó Jace alargando la mano hacia ella.

Bethany se subió a su cuerpo y se sentó a horcajadas sobre sus caderas. Él bajó una mano para agarrar con toda la mano su polla desde la base mientras ella se ponía sobre sus rodillas para dejar que se colocara bien.

—Híncate en mí con cuidado, nena. No quiero hacerte daño.

Ella apoyó las manos sobre el abdomen de Jace; su contacto era fuego sobre su piel. Luego fue bajando lentamente y él observó cada expresión que se reflejó en su rostro y en sus ojos mientras se deslizaba por su erección, rodeándolo y acogiéndolo dentro de su sedosa carne.

Bethany medio cerró los párpados; el azul de sus ojos se volvió grisáceo mientras bajaba gradualmente sobre él. Ella se paró por un momento y abrió de

nuevo los ojos mientras intentaba terminar de acomodar los últimos cinco centímetros de Jace.

Bajó la mirada, controlando cómo iba, y luego, como si estuviera empuñada en introducirlo entero, volvió a alzar la mirada con la determinación reflejada en sus ojos con fuerza. Se echó hacia delante, ajustando el ángulo, y luego Jace se encontró enterrado por completo con una simple pero firme estocada.

Jace estaba bañado en su fuego. Su miel lo rodeaba y lo empapaba. Lo agarraba y aferraba como una boca avariciosa.

Movió su mano y agarró las caderas de Bethany con los dedos extendidos por su encorvada espalda. Seguidamente, incapaz de permanecer quieto, levantó las manos de nuevo deslizándolas por sus costados hasta llegar a los pechos. Los acomodó y acarició, tirando de sus pezones hasta que estuvieron bien enhiestos y erectos.

—¿Es demasiado? —le preguntó con la voz ronca.

—Joder, espero que no —dijo Ash en un tono de voz igualmente ronco.

La mirada de Jace se movió por encima del hombro de Bethany y vio que Ash estaba de rodillas con los rasgos faciales totalmente tensos. Los ojos de Ash brillaban de calor y lujuria, luego alargó la mano y la plantó justo en el centro de la espalda de Bethany. Esta se encogió como reacción al contacto de Ash. La respuesta de Jace fue inmediata. La atrajo más hacia él, no quería que las manos de su amigo la tocaran, lo que era gracioso considerando que Ash iba a poner una parte mucho más íntima de sí firmemente dentro del cuerpo de Bethany en cuestión de segundos.

Aun así, Jace miró a Ash a los ojos y volvió a advertirle en silencio para que tuviera cuidado. No le importaba si cabreaba a su amigo o no. Bethany era demasiado importante. Ella no era uno de sus típicos ligues o polvos de una noche. Jace tenía planeado estar con ella más tiempo y casi seguro que iba a ser en la cama. Lo último que quería era que se asustara y que no quisiera tener más contacto con él.

—Necesito que te relajes, cariño —dijo Ash moviendo las manos hasta la espalda de Bethany otra vez. Las palmas de sus manos le recorrieron los hombros y le dieron un pequeño apretón para tranquilizarla.

—Tendré cuidado e iré tan lento como necesites. Va a estar mucho más estrecho con Jace dentro de ti. Tu cuerpo no querrá tenerme ahí.

A Bethany se le cortó la respiración por como se le tensó el cuerpo y por el hecho de que su pecho no se movía. No había miedo en su mirada, pero Jace podía ver inseguridad, como si dudara de que Ash pudiera introducirse dentro tal como lo había hecho antes.

Jace le pasó las manos, suaves y delicadas, por el cuerpo y por los pechos en un intento de relajarla más. Le hizo un gesto de asentimiento a Ash y tiró más de Bethany hacia él para que el ángulo fuera mejor para la penetración de Ash.

Ash aplicó lubricante sobre el condón que cubría su pene y luego suavemente introdujo un dedo en el interior de Bethany, restregándole el gel por dentro y por fuera y ensanchándola con los dedos.

—Está bien, cariño, allá voy. Empuja contra mí si puedes y no luches contra ello. No quiero que te duela más de lo que tiene que doler. Y una vez que esté dentro, te sentirás muy bien. Te lo prometo.

Los ojos de Bethany se abrieron como platos y soltó un pequeño quejido cuando Ash comenzó a presionar contra su ano. Jace pudo sentir inmediatamente el incremento de presión mientras Ash buscaba su entrada. Gimió cuando el sexo de Bethany se apretó alrededor de su verga. Los labios de Bethany formaron una línea y ella cerró los ojos. El esfuerzo y la tensión se hacían patentes en su frente.

—¿Estás bien? —susurró Jace.

Ella abrió los ojos y dijo en voz baja:

—Sí, genial. No paréis.

—Dios, no —soltó Ash—. No voy a parar ahora. Respira hondo, cariño. Voy a introducirme de una sola estocada. Ya estoy casi. Mejor hacerlo cuanto antes.

Incluso antes de que ella pudiera tomar aire, Jace sintió la sacudida que experimentó su cuerpo al abrirse para la invasión de Ash. Sentía la exquisita estrechez de sus paredes vaginales contrayéndose a su alrededor. La presión era increíble, su sexo se había convertido de repente en un puño extremadamente apretado. Jace no sabía cómo se iba a mover, pero se imaginó que le dejaría a Ash todos los embates.

—Dios, está estrechísima —dijo Ash en voz baja—. Sabía que su culo iba a ser bueno, pero esto es increíble. —Ash se paró, ya estaba totalmente clavado en ella. Se inclinó sobre su espalda y le rozó el cuello con la nariz para darle tiempo a que se acostumbrara a la sensación de tener a dos hombres enterrados en ella al mismo tiempo.

—¿Qué hago? —susurró Bethany—. ¿Qué es lo que se supone que tengo que hacer? Siento que no me puedo siquiera mover. Que si lo hago me voy a partir en dos.

Jace apoyó una mano en su mejilla y le rozó los pómulos con el pulgar con delicadeza.

—No tienes que hacer nada, nena. Nosotros haremos todo el trabajo. Yo solo quiero que te relajes y disfrutes del viaje.

—De acuerdo —contestó en voz baja—. Me parece bien.

Ash se echó hacia atrás, de modo que consiguió que el sexo de Bethany se extendiera sobre el miembro de Jace. Este apretó la mandíbula y respiró por la nariz mientras luchaba contra su orgasmo. Luego Ash volvió a empujar hacia delante suave y lento. Bethany gimió y se echó más contra Jace. Sus pechos casi tocaban ya su torso.

Jace bajó las manos hasta su cintura, luego metió los dedos por debajo de su

trasero y se elevó ligeramente arqueando la espalda. No mucho después tanto él como Ash encontraron un ritmo al que se acostumbraron muy bien turnándose para hundirse o retirarse.

—Nunca me había imaginado esto —dijo Bethany con voz tensa—. Nunca antes había sido así de bueno.

Ash se rio entre dientes.

—Te lo dijimos, cariño. Te has estado follando a los hombres equivocados.

Ella se tensó por un momento y Jace quiso golpear a Ash por sacar un tema claramente delicado para ella. Pero bueno, ¿qué mujer quería que le recordaran a otros hombres con los que se había acostado mientras lo hacía con otra persona? Y por esa misma regla de tres, lo último que quería Jace era que le recordara a los otros hombres que habían poseído a Bethany antes.

Jace levantó la cabeza y tomó posesión de su boca. La besó con profundidad, imitando los movimientos de su miembro mientras se enterraba en su interior. Rodeó su nuca con los dedos y los entrelazó en el pelo para pegarla más contra su boca y así profundizar el beso. Quería estar tan dentro de ella como pudiera en todas las formas posibles. Con la boca, la lengua, o la polla. Quería estar dentro de ella y no solo físicamente.

Su boca se movió arriba y abajo sobre la de Jace mientras Ash ponía más ímpetu en sus embates. Bethany jadeó cada vez que Ash salía de su trasero; el suave suspiro siempre se escapaba al interior de la boca de Jace. Él se apoderó de todos y respiró el aire que ella soltaba.

A Jace le dolían los testículos, su verga estaba hinchada y rígida, preparada para hundirse bien adentro y explotar. Luchó contra ello, quería que ella se corriera a la vez y asegurarse de que recibía placer antes de que él se corriera.

Las manos de Ash se deslizaron por el cuerpo de Bethany y el de Jace, apoderándose y moldeando sus pechos. Le dio pequeños tirones a sus pezones y ella aumentó la urgencia del beso contra la boca de Jace. Bethany se arqueó y se movió tanto como pudo al estar tan llena con la carne de esos dos hombres tan enormes. Jace sabía que ella estaba cerca de llegar porque se había puesto increíblemente húmeda, lo que le estaba permitiendo moverse con mucha más facilidad.

—Duele —gimió Bethany—. Pero Dios... me siento tan bien...

—Ya ves que sí... —convino Ash.

Jace se negó a separarse de su boca tanto tiempo para decir algo, así que la reclamó en el mismo momento en que se calló y entonces se arqueó hacia arriba y se plantó dentro de su cuerpo hasta que los testículos no le dejaron avanzar más.

—Jace —susurró apenas mientras cogía aire.

Pero Jace lo había oído y una ola de triunfo se apoderó de él, mandándolo casi por las nubes. Bethany no había pronunciado el nombre de Ash en la pasión

del momento. Sino el suyo.

—Me voy a correr —soltó él apretando los dientes—. Conmigo, nena. Córrete ya.

Las manos de Bethany, que estaban tan firmemente presionadas contra su pecho, de repente abandonaron su piel y se hundieron en su pelo para agarrarlo con fuerza. Le devolvió el beso, casi salvaje, cuando ella tomó posesión de la boca de Jace con la misma fuerza que él lo había hecho antes.

Estaban sin aliento, frenéticos, calientes. Sus lenguas se movían y colisionaban entre ellas y los labios se arqueaban y moldeaban contra los del otro.

Su grito fue alto y se oyó por toda la habitación. Echó hacia atrás la cabeza y los pechos se combaron hacia arriba. Bethany cerró los ojos y soltó otro grito cuando se deshizo a su alrededor, arrastrando con su orgasmo a Jace para que alcanzara el suyo.

Él la siguió y su grito se mezcló con el de ella. Jace apenas percibió el gruñido de Ash, pero luego la cama tembló mientras Ash seguía embistiendo su trasero y forzaba que ella se echara hacia delante contra el pecho de Jace.

Jace la cogió y le rodeó el torso con los brazos, mientras Ash se hundía en ella una y otra vez. Bethany se acurrucó contra su cuello y se agarró a él como si temiera caerse. Entonces Ash se tensó, su rostro agonizante del esfuerzo. Se inclinó hacia delante hasta presionar su pecho contra la espalda de Bethany y los tres se quedaron ahí tumbados, en silencio, temblando y aún sacudiéndose debido a las secuelas de esos explosivos orgasmos.

Maldita sea, Jace se sentía como si su mundo hubiera dado un vuelco de ciento ochenta grados. Se había puesto tan duro que se había sentido como si cada litro de líquido que contuviera su cuerpo se hubiera eyaculado dentro de ese condón. Jace nunca se había resentido tanto de un condón en su vida. Él quería correrse dentro de Bethany. Quería sentir cómo acogía cada gota de semen que su verga derramaba.

Alargó la mano hasta un mechón de pelo de ella y jugó con él perezosamente mientras intentaba recuperar el control de sus derrotados sentidos. No estaba seguro de saber qué acababa de pasar ahí exactamente. Todo lo que sabía era que Bethany le había cambiado completamente las reglas del juego.

Estaba tumbada sobre su pecho, entre los dos hombres. Tenía los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba con dificultad en busca de aire. Ash soltó un gemido y por fin se irguió, le dio un beso a Bethany en el hombro y se retiró de su trasero para aliviar la intensa presión que tenía Jace sobre su miembro, que aún estaba bien enterrado dentro de Bethany.

Ella gimió dulcemente y Jace inmediatamente la rodeó con sus brazos para cubrir la desnudez de su espalda ahora que Ash no estaba encima.

—Estoy muerto —dijo Ash—. Ha sido un día largo, y una noche larga. Os

dejo a los dos y me voy a dormir a la otra habitación.

Jace asintió, aliviado. Ash nunca se quedaba después. Nunca dormía con las mujeres. Se las follaba y luego las dejaba con Jace. Y no es que a Jace le fuera mucho eso de acurrucarse en la cama tampoco, pero al menos la compartía con ellas tras el sexo.

Sin embargo, no hizo ningún amago de separarse de Bethany. Le gustaba sentirla a su alrededor. Aún estaba duro incluso después de haber tenido ese fascinante orgasmo, y también sabía que debía retirarse antes de que el condón se pinchara o rompiera debido a la presión, pero no encontraba las fuerzas para hacerlo. Al menos no todavía. Jace quería pasar un rato más con ella en brazos, con su cuerpo lacio y calentito acurrucado tiernamente contra el suyo.

Bethany se movió y Jace la acarició y le dio un beso en la frente mientras ella se agitaba a su alrededor. Dios, lo estaba poniendo incluso más duro.

—Tengo que ocuparme del condón —dijo.

Cuando ella se levantó de encima de él, Jace la rodeó con sus brazos y la hizo girar de manera que ahora estuviera debajo de él. Luego salió de su cuerpo lamentándose por cada centímetro de carne que estaba perdiendo de ella.

Los ojos de Bethany estaban entre adormilados y confusos, casi como si no pudiera procesar del todo lo que acababa de pasar. Y con él ya eran dos. Jace no tenía ni idea de qué era lo que había ocurrido. Podía decir con total seguridad que nunca se había sentido tan... tremendamente posesivo... con una mujer, y mucho menos con una que había conocido apenas unas horas atrás y de la que no sabía nada.

Era una situación que remediaría inmediatamente.

En su naturaleza estaba llevar el control. Él iba y se hacía cargo de todo. Y eso era lo que quería ahora. Era su primer instinto. Dejar claras las normas e informarle a Bethany que era suya y que ahora él se ocuparía de ella.

Había varios problemas que venían con ello y todos ellos le dieron vueltas y vueltas en la cabeza mientras se levantaba de la cama, se quitaba el condón y lo tiraba. No se molestó en ponerse ropa interior, sino que volvió a la cama y estrechó a Bethany entre sus brazos antes de alargar la mano hasta agarrar las sábanas y la colcha para taparse los dos.

Jace no quería asustarla y se hacía una idea bastante clara de que ella no era como las otras mujeres. Bethany era diferente. Más frágil. Lo último que quería era agobiarla y asustarla.

El otro problema era... Ash. ¿Qué debía hacer con su mejor amigo? Un amigo con el que lo compartía todo y con el que nunca había tenido ningún problema al compartir a una mujer.

Nunca más volvería a compartir a Bethany con Ash.

Jace cerró los ojos y respiró su dulce olor mientras la volvía a rodear con su cuerpo y con sus manos. Maldita sea, ¿a quién estaba engañando? No era que él

la estaba rodeando a ella. No, sino que él mismo se estaba rodeando de... ella.

Suspiró. Sabía que no iba a ser fácil. Iba a ser exactamente todo lo contrario. Hablaría con Ash por la mañana. Le haría saber a su amigo cómo se sentía y partiría de ahí. No tenía ni idea de cómo iba a responder Ash, esta situación no se había dado antes entre ellos. Los dos siempre estaban muy compenetrados y Jace nunca se había tenido que preocupar de cansarse de una mujer antes que Ash o viceversa. O de que él deseara a una mujer que Ash no quisiera también. Estaban sincronizados. Tenían un lazo que iba más allá de la amistad.

Pero ahora las cosas habían cambiado bastante. Ash era su amigo. Su hermano. Igual de cercano que Mia. Y aun así, por primera vez, Jace quería quitarlo de en medio. No quería nada de Ash en lo referente a Bethany. Y eso estaba mal. Él sabía que estaba mal. Pero no cambiaba nada.

Él solo esperaba que Ash lo entendiera. Tenía que entenderlo.

Bajó la mirada hasta Bethany ya que sabía que había estado muy callado. No le había dicho nada desde que Ash se había ido, solo que tenía que ocuparse del condón. Que no era nada exactamente romántico.

A la mierda. ¿Ahora se preocupaba por ser romántico?

No se debería haber preocupado. Bethany estaba profundamente dormida, con las pestañas descansando suavemente sobre sus mejillas. A Jace se le cortó la respiración al ver lo guapa y lo vulnerable que estaba. De repente se apoderó de él una fiera actitud protectora que desafiaba toda lógica.

Sea lo que sea que hubiera entre ellos, no iba a desaparecer. Estaba ahí, era tangible y sólido. Ahora solo tenía que averiguar cómo lidiar con todo, porque cuando la mañana llegara, Jace no iba a dejarla ir.

Capítulo

6

Jace se despertó sin esa agudeza mental que usualmente poseía. Normalmente se levantaba temprano. No tenía siquiera un despertador, siempre se despertaba a la misma hora sin importar si tenía que trabajar o no.

Sin embargo, esa mañana se despertó con desgana, con el cuerpo saciado y sin fuerzas y con una feliz satisfacción recorriéndole las venas. Alargó un brazo automáticamente hacia Bethany al anhelar sentir su piel bajo sus dedos.

Pero al encontrarse con un hueco vacío, Jace frunció el ceño y se despertó por completo mientras se apoyaba en un codo para mirar al lado de la cama que había quedado vacío junto al suyo. La única evidencia de que había estado allí era la almohada hundida, aunque hubiera pasado la mayor parte de la noche con la cabeza apoyada contra su hombro y el cuerpo acurrucado contra su costado.

¿Cómo había salido Bethany de la cama sin que él se hubiera dado cuenta? Sacudió la cabeza y lanzó las piernas hacia fuera del colchón. Se sentó y se estiró antes de levantarse e ir en su busca.

Caminó hacia el salón sin prisa ninguna mientras se pasaba una mano por el cogote y luego por la coronilla. Todo estaba completamente silencioso. Y vacío.

Su mirada se paró en la puerta cerrada del otro dormitorio que había al otro lado del salón y le golpeó el pensamiento de que era muy posible que Bethany estuviera dentro de esa habitación. En la cama con Ash. Apretó los puños con fiereza y respiró con dificultad. Acortó la distancia y, una vez hubo llegado a la puerta, apoyó la mano en el pomo y vaciló un instante.

Lo último que quería ver era a Bethany en los brazos de Ash. La sangre le hervía de furia en las venas. Respiró hondo varias veces en un intento de controlarse. Apretó la mano alrededor del pomo de la puerta hasta que los nudillos estuvieron blancos del esfuerzo.

Lo giró rápidamente y abrió la puerta. Sus ojos buscaron inmediatamente la cama. Los entrecerró y alzó ambas cejas cuando vio a Ash desparramado sobre la cama. Solo. Sin señales de Bethany por ningún sitio.

Ash se movió y abrió los ojos. Levantó la cabeza y gruñó cuando vio a Jace.

—¿Se está incendiando el hotel?

Jace no respondió y Ash apoyó de nuevo cansadamente la cabeza sobre la almohada.

—¿No? Entonces vuelve a la cama de una puta vez y déjame en paz — refunfuñó Ash—. Es muy temprano.

—Estaba buscando a Bethany —dijo Jace quedamente.

Ash volvió a levantar la cabeza y lo miró con ojos cortantes.

—La dejé contigo, tío.

—No está allí. No está en la suite.

Ash se incorporó sobre los codos y la sábana le cayó hasta la cintura.

—¿Se ha echado atrás?

Los labios de Jace formaron una fina línea.

—No lo sé. Quizás ha ido abajo a por algo.

Ash arqueó una ceja dando a entender que Jace era un imbécil. Jace soltó la respiración y se dio la vuelta para abandonar la habitación de Ash.

—Espera un segundo, tío, y te ayudará a buscarla —añadió Ash.

—Está bien.

La mirada de Jace recorrió la habitación una vez más en busca de algo. Cualquier pista. Algo que le dijera que iba a volver. Cuando volvió al dormitorio donde él y Bethany habían dormido, se percató entonces de que su ropa no estaba donde ella la había lanzado la noche anterior. No había nada que sugiriera que había estado allí toda la noche.

—Jace, ha dejado una nota.

La voz de Ash penetró los oídos de Jace y este salió de golpe del dormitorio otra vez y vio a Ash en el salón, frente a la pequeña mesita, con una hoja de papel con el logo del hotel en la mano. Ash se la tendió a Jace mientras este se acercaba para cogerla.

La abrió con un movimiento y frunció el ceño al leer la letra cursiva tan femenina de la nota.

Gracias por la maravillosa noche y la cena.

Hiciste que fuera especial.

Nunca la olvidaré, ni a ti tampoco.

BETHANY

—Joder —murmuró Jace.

Le dio la espalda a Ash y luego lanzó la nota con rabia al otro lado de la habitación. Dio contra la pared y cayó al suelo. ¡Se había ido! Sin decir ni una palabra. Sin despertarlo. Había salido de la cama y se había marchado. Jace no conocía siquiera su apellido. Ni sabía dónde vivía. Ni cómo encontrarla.

Había pensado que tenía tiempo de sobra para averiguar todas esas cosas. Había planeado preguntarle todo lo que pudiera en el desayuno. Todo estaba organizado: desayuno en la cama, mimarla sin parar, hacerle el amor otra vez, preferiblemente cuando Ash se marchara. Y luego le dejaría claro que volverían a verse otra vez.

—¿Cuál es el problema, tío? —preguntó Ash con voz queda.

Jace se volvió hacia él.

—Se ha ido. Ese es el problema.

Los labios de Ash formaron una fina línea y envió una mirada inquisidora en

la dirección de Jace.

—¿Qué querías tú exactamente de todo esto? ¿Otra noche? ¿Dos? ¿Y luego qué? Nosotros nunca tenemos relaciones duraderas. Soy consciente de que la cosa no ha ido de la forma que tú querías, pero tienes que apreciar la ironía de que haya sido ella la que se haya ido porque normalmente siempre lo hacemos nosotros. Nos lo ha puesto muchísimo más fácil.

Jace rechinó los dientes y ensanchó las fosas nasales mientras una furia al rojo vivo le recorría la columna vertebral. Le llevó toda la fuerza que tenía y más no lanzarse contra su mejor amigo. Soltó el aire con demasiada fuerza y luego alzó la mirada para encontrarse con la de Ash.

—Sí. Más fácil.

Jace no pudo eliminar el tono disgustado de su voz. Y tampoco era que le importara. Se dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio para vestirse. Se colocó de un tirón la camiseta y los pantalones y ni siquiera se molestó en ducharse o afeitarse. No tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que Bethany se había ido y quería asegurarse de interrogar a los empleados en la recepción y al portero.

Su mente ya estaba considerando todas las opciones cuando volvió a salir del dormitorio para dirigirse a la puerta de la suite.

—¿Jace? —lo llamó Ash.

Jace se paró, se giró y vio a Ash aún en el salón con una expresión preocupada en el rostro.

—¿Qué está pasando, tío? Has actuado diferente con ella desde el momento en que la viste en la fiesta. Nos hemos tirado a un montón de tías juntos, pero anoche no actuaste como si estuvieras de acuerdo con lo que estábamos haciendo para nada.

—Y no lo estaba —contestó Jace en voz baja.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Jace se lo quedó mirando durante un rato.

—Porque era lo que tenía que hacer para poder tenerla.

Sin siquiera esperar una respuesta, Jace se dio la vuelta y salió de la habitación. Entró en el ascensor, pulsó el botón de la planta de recepción muy enfadado e impaciente mientras esperaba a que las puertas se cerraran.

Sí, Ash pensaría que había perdido la cabeza. Y a lo mejor sí que la había perdido. Sabía con certeza que no podía explicar lo que le pasaba... y desconocía siquiera cómo llamarlo. ¿Obsesión?

Lo que sí sabía era que no era simple lujuria. La había experimentado un montón de veces y no tenía nada que ver con lo de ahora. La lujuria iba sobre sexo y sobre saciar una necesidad. Una liberación física sin emociones de por medio.

¿Pero cómo podía siquiera pensar que tenía una conexión emocional con Bethany cuando no sabía nada de ella?

Salió del ascensor con determinación. Bethany podría haber huido, pero él iba a traerla de vuelta.

Media hora después el enfado se había convertido en furia, con ganas de atravesar la pared de un puñetazo. Tras interrogar a cada uno de los empleados que podrían haberla visto, había conseguido saber exactamente... nada. El portero le informó que la había visto salir del hotel justo después del amanecer. No había pedido un taxi, ni tampoco lo había cogido ella misma al salir. Simplemente se había ido a pie.

Sin un maldito abrigo.

Estaba medio lloviendo, medio nevando y hacía un frío que pelaba. Y ella se había ido a pie y sin un abrigo.

Y lo que lo frustraba incluso más era que quería interrogar al servicio de *catering* y exigir que le dieran información sobre Bethany, pero era domingo. Lo que significaba que hasta el lunes no había nada que pudiera hacer.

Capítulo

7

Jace se bajó del coche tras decirle a su chófer que diera la vuelta a la manzana y lo esperara. A continuación, se alzó el cuello del abrigo para evitar que la llovizna se colara por su cuello y espalda. Se metió rápidamente en un centro de acogida de mujeres que se encontraba entre una antigua iglesia católica y un comedor para indigentes en la periferia del barrio Hell's Kitchen.

Oscurecería pronto, un hecho que le deprimía no porque la noche se acercara, sino porque le había costado todo el día obtener la información que quería. Y esta le había llevado a encontrar la pista hasta Bethany.

La única información que el servicio de *catering* tenía en el archivo era su nombre completo y su dirección. ¿Habría puesto a otra empresa como información de contacto? Podría haber llamado al centro de acogida para conseguir más información, pero en el mismo momento en que había logrado obtener la más mínima pista sobre dónde podría encontrarse, había salido disparado de la oficina y había venido directamente hasta aquí.

Abrió la puerta y pasó dentro antes de sacudirse los restos de la lluvia. Una mujer mayor alzó la mirada desde donde se encontraba sentada delante de un escritorio a poca distancia de la puerta. Había alarma en sus ojos. Jace supuso que no era algo ordinario que un hombre entrara tan de repente en un centro de acogida de mujeres, y si sus empleados tenían algo a lo que atenerse era que había estado todo el día pensativo y de mal humor, así que estaba seguro de que no tenía una apariencia muy agradable tampoco.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó la mujer rápidamente.

Jace desvió la mirada hacia el interior y se percató de la pequeñez y la disposición del lugar, que no era más que una habitación. Había catres por toda la estancia y un área para sentarse al fondo, con un sofá desvencijado y unas cuantas sillas viejas situadas alrededor de una televisión.

Había más o menos diez mujeres a la vista, y Jace se quedó estupefacto al ver lo hundidas y sumisas que aparentaban. Las edades oscilaban entre muy jóvenes y bastante ancianas, y todas tenían una mirada cansada y sin esperanzas que hizo que el corazón le diera un vuelco.

¿Esto era lo que Bethany hacía? ¿Era voluntaria aquí y luego cogía pequeños trabajos que le pudieran dar algún dinero extra? Sintió de repente una oleada de orgullo. Recordaba la reacción que había tenido cuando pensó que le estaban pagando de una forma u otra por tener sexo. Y tampoco se había quedado con ellos cuando supo claramente que tanto él como Ash tenían dinero. Ash había tenido razón en una cosa. Nunca antes una mujer los había dejado sin importarle el dinero que pudiera ganar.

Incluso con el abrigo puesto, Jace sentía el interior del refugio bastante frío.

Entrecerró los ojos cuando vio que la mayoría de las ocupantes no llevaban más que una simple capa de ropa. Incluso la mujer mayor que había frente a él solo llevaba puesta una chaqueta y unos guantes.

—¿Por qué narices no tiene la calefacción encendida?—exigió Jace.

La mujer pareció sorprenderse. Y luego se rio. Jace parpadeó, no se esperaba esa clase de respuesta.

—Tendrá que hablarlo con el ayuntamiento —dijo la mujer con el enfado patente en su voz—. Han recortado tanto las subvenciones que no nos podemos permitir arreglar la calefacción. Se estropeó la semana pasada. Todo lo que tenemos son unos pocos calefactores portátiles y los usamos por la noche para que las mujeres puedan al menos dormir calientes.

Jace soltó una maldición por lo bajo.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle, señor...?

Él extendió su mano.

—Crestwell. Mi nombre es Jace Crestwell, y sí, hay algo en lo que puede ayudarme. Estoy buscando a alguien que trabaja aquí. Su nombre es Bethany Willis.

La mujer le estrechó la mano pero frunció el ceño.

—Yo soy Kate Stover. Encantada de conocerle, señor Crestwell, pero no tenemos a nadie que trabaje aquí con el nombre de Bethany.

Jace alzó las cejas.

—Puso este refugio como su dirección de contacto en un documento de trabajo.

La señora Stover frunció los labios por un momento y luego suspiró.

—Muchas mujeres usan esta dirección —dijo con voz queda—. Les ayuda a conseguir trabajo. Algunos negocios no quieren contratar a mujeres sin techo.

Jace se la quedó mirando sin comprender completamente lo que la mujer estaba sugiriendo. No. No podía ser. Pero si efectivamente era... La señora Stover lo estaba mirando con sospecha y sus labios se habían cerrado y formado una fina línea, como si ya se arrepintiera de haberle facilitado la poca información que le había dado.

Jace se aclaró la garganta y puso todo su empeño en parecer inofensivo y como si no se hubiera sorprendido sobremanera por la posible idea que se estaba formando en su mente.

—Señora Stover, estoy muy interesado en contratar a Bethany. Es un trabajo muy bien pagado y con toda seguridad mejoraría sus circunstancias. Si está preocupada de que pueda ser un amante celoso, un antiguo novio loco, o su actual marido, le puedo asegurar que no lo soy. Le puedo facilitar el nombre de mi negocio y varias referencias, y también puede llamar a mis socios o a mi recepcionista para verificar mi identidad y mis intenciones.

Mientras hablaba, le tendió su tarjeta y observó cómo sus ojos se abrieron

como platos por la sorpresa. Volvió a alzar la mirada hacia él y se quedó estudiándolo durante un buen rato. La incertidumbre era evidente mientras se debatía entre confiar en él o no. Jace contuvo la respiración, expectante, hasta que ella finalmente pareció relajarse y suavizó la mirada al tiempo que le devolvía la tarjeta.

—Dijo que su nombre era Bethany. ¿Puede describirmela?

Jace se aclaró la garganta, apenas capaz de hablar debido al nudo que se le estaba formando.

—Pequeña. Muy delgada. Joven. ¿Quizás alrededor de los veinticinco? Pelo negro por debajo de los hombros. Lo llevaba en un moño con una pinza. Y tenía los ojos de un color azul muy vívido. Inolvidables.

Ante esa referencia, los ojos de la mujer brillaron con reconocimiento y luego suavizó el rostro.

—Sí, conozco a Bethany. Estuvo aquí el sábado por la mañana para ver si teníamos una cama para pasar la noche. Fue una pena, pero le tuve que decir que no. —La tristeza estaba bien patente en el rostro de la mujer mayor. Levantó una mano para apartarse los plateados mechones que le caían sobre la cara—. Es lo que más odio de trabajar como voluntaria aquí, negarles la entrada porque no tenemos más espacio para acogerlas. Un trabajo sería más que bienvenido en sus circunstancias, estoy segura. Habló de usar esta dirección para futuros trabajos, pero eran más bien pequeñas cosas. Uno permanente sería maravilloso.

La boca de Jace se abrió por la sorpresa y la conmoción. Esto no era lo que había esperado ni en lo más mínimo. Quería refutar el hecho de que Bethany fuera una sin techo incluso aunque la sospecha se había instalado en su sexto sentido desde el primer momento en que había comenzado a hablar con la señora Stover, pero luego recordó con más detalle cómo la había visto el sábado por la noche. El desaliño de su ropa. La mirada cansada de sus ojos. La forma en que preguntó si la cena formaba parte de la proposición. Virgen santa, madre de Dios. Se sentía enfermo. ¿Había aceptado la oferta de Ash porque era la única manera de tener un lugar en el que pasar la noche? ¿Había sentido que no tenía otra elección?

—¿La ha visto desde entonces? —preguntó Jace con la voz tensa.

La señora Stover negó con la cabeza con tristeza.

—No. Pero viene muy a menudo. Ya se ha quedado aquí otras veces.

—¿Sabe algo sobre ella? ¿Cualquier cosa que me pueda ayudar a encontrarla? —le preguntó Jace con urgencia. Entonces moderó su ansiedad y adoptó un tono mucho más calmado—. Preferiría contratarla a ella, pero no puedo mantener el puesto de trabajo abierto durante mucho tiempo. Es imperativo que la localice de inmediato.

Se iba a ir al infierno por mentirle a una mujer anciana, especialmente una que dirigía un centro de acogida para mujeres, quienes no había duda alguna de

que habían sido víctimas de abusos de cabrones que habían mentido tal y como él lo estaba haciendo en ese momento. Pero él no iba a maltratar a Bethany nunca. Si podía encontrarla, se aseguraría bien de que nunca más pasara una noche en la calle. La idea de que ahora estuviera ahí le hacía querer estampar el puño contra la pared, y eso definitivamente no beneficiaría en nada al centro de acogida de mujeres.

—Lo siento, pero no. Ella es muy reservada cuando está aquí. Apenas habla. Le di unos cuantos nombres de otros centros de acogida pero estoy segura de que ya los conocía todos.

—Quiero esos nombres —dijo Jace con un tono de voz neutro—. ¿Cuánto tiempo?

Ella alzó las dos cejas y lo miró con interrogación.

—¿Desde cuándo ha estado viniendo aquí?

—Yo solo llevo trabajando aquí un año, pero en todo ese tiempo ha venido, quizás, como unas seis veces.

El pecho de Jace se le encogió tanto que le costaba hasta respirar. Bethany, su Bethany, era una mujer de la calle. Ella había estado entre sus brazos, segura, por una noche, y él, con toda su riqueza y capacidad de poder darle lo que ella más necesitaba, la había dejado escapar. La había dejado volver al frío y a la incertidumbre.

Dios, Bethany ahora mismo estaba en algún lugar de Nueva York. Sin abrigo. Con frío y hambre. Sin protección.

—Tenga la amabilidad de hacerme un favor, señora Stover.

Él le volvió a tender la tarjeta y le cerró la mano alrededor del cartoncito.

—Si la vuelve a ver, llámeme inmediatamente. Sea de día o de noche. El número de mi teléfono móvil está ahí. Llámeme en el momento en que la vea y no se aleje de su vista hasta que yo haya llegado aquí. ¿Puede hacer eso por mí?

La señora Stover frunció el ceño y lo miró con desconfianza. Él fue rápido en excusar la urgencia en su voz antes de que ella sospechara otra vez y mandara toda la historia al traste.

Ya casi lo había hecho. Jace parecía un novio demente, obsesivo y abusivo en busca y captura de su amante huida. Dios. Si Ash lo viera y lo escuchara, haría que Gabe bajara hasta aquí y ambos le darían una paliza y lo sacarían de este lugar. Y luego le contratarían un maldito psicólogo.

—Soy bastante solidario con su situación, señora Stover. Bethany es una candidata cualificada y ahora que conozco que sus circunstancias son las que son, es incluso más importante que ella sea la que reciba la oferta. Podría contratar a otra persona, pero ella necesita el trabajo. ¿Me avisará, por favor?

Jace estaba orgulloso de su tono calmado. Incluso se las había arreglado para convencerse de que no se le había ido completamente la cabeza.

La señora Stover se relajó y luego sonrió metiéndose la tarjeta en el bolsillo.

—Le llamaré si la veo.

—Gracias —dijo Jace.

Seguidamente recorrió la mirada por toda la estancia donde las mujeres estaban apiñadas en los catres, en las sillas y en el sofá, e intentó controlar la furia que se le instaló en las venas.

—Tendrán la calefacción arreglada enseguida, señora Stover.

Ella abrió los ojos como platos.

En cuanto se dio la vuelta para volver al coche, Jace sacó el móvil de su bolsillo y empezó a hacer las llamadas pertinentes.

Capítulo

8

Bethany estaba temblando violentamente cuando dio un traspies al cruzar una intersección. Tenía que usar toda la concentración para poder mantenerse erguida. Un pie detrás del otro. Si se caía ahora, la atropellarían. Los conductores de Nueva York no es que fueran muy clementes con los peatones.

Alzó la cabeza, su aliento emanaba condensado por el frío, haciéndose visible en el ambiente. Pudo ver que la iglesia estaba solo a una manzana de distancia. Ya casi había llegado. Una oración salió entonces como un susurro de sus labios. « Por favor, Señor. Haz que tengan una cama libre hoy » .

Parte del entumecimiento se le había pasado. También el estado de conmoción casi había desaparecido y en su lugar la realidad se adueñó de ella con fuerza. Giró las palmas de las manos hacia arriba y vio los arañazos y la sangre en la superficie. Sus pantalones estaban rotos por la rodilla y, en la cadera, tenía los mismos arañazos y la sangre estaba seca y pegajosa sobre su piel. Hacía que los vaqueros se le pegaran a las piernas y eso la dejaba más helada aún.

Algunas lágrimas se formaron en sus ojos. ¿Cómo había sido capaz Jack de hacerle eso? La visión se le emborronó y respiró profundamente. Estaba decidida a caminar esa última manzana hasta llegar al refugio. Aunque solo le pudieran ofrecer cobijo durante una hora, un lugar donde entrar en calor, limpiar las heridas y el resto de su amoratado cuerpo, sería suficiente.

No tenía dinero. No tenía nada. El poco efectivo que había administrado con tanto cuidado ya no estaba. Jack le debía dinero a gente bastante ruin y se habían presentado para cobrar. Pero pretendían cobrárselo a ella. Mientras Bethany estaba echada sobre el frío suelo, aturdida, ellos le habían quitado los dólares que tenía en el bolsillo. Uno le había dado una patada en el costado y luego se largaron tras recordarle muy claramente que Jack les debía mucho más y que tenía apenas una semana para reunir el dinero.

Bethany se mordió los labios cuando más lágrimas amenazaron con caer. Estaba agotada. Le dolía el alma. Le dolía todo y tenía tanto frío y hambre que solo quería acurrucarse en algún lado y morir.

El alivio casi la tiró de rodillas cuando llegó a la puerta del refugio. Por un momento tuvo miedo de entrar porque si la rechazaban no estaba del todo segura de que fuera a tener la fuerza suficiente como para salir de nuevo.

Cerró los ojos e inspiró hondo, luego sacó una mano y empujó la puerta hasta que logró abrirla.

Una ráfaga de calor la golpeó de inmediato, la sintió tan placentera que casi languideció en el sitio. No se había sentido tan cálida desde la última vez que había venido. La calefacción no funcionaba.

Dentro podía oír a las otras mujeres. Sonaban casi... felices. Y los refugios no eran generalmente lugares muy felices. Apetitosos olores se adentraron por las fosas nasales de su nariz. Bethany inspiró hondo y su estómago rugió. Sea lo que fuere que estuvieran comiendo, olía maravillosamente bien.

Se adentró vacilante y dejó que la puerta se cerrara a su espalda. La calidez la hacía sentirse tan bien que por un momento largo no pudo moverse mientras la sensibilidad volvía a sus manos y pies. La recibió bien y mal al mismo tiempo porque con ella también vino el dolor.

—Bethany, ¿eres tú, cielo?

Bethany levantó la cabeza y frunció el ceño. Nunca había dado su nombre aquí, ¿no? Buscó en su memoria pero no pudo recordar si le había dicho algo a la voluntaria del refugio.

Sin embargo, ella asintió, no quería hacer nada que pudiera restarle alguna oportunidad de quedarse.

—¿Qué te ha pasado, niña?

La voluntaria ahogó un grito cuando se acercó a Bethany y esta se encogió ante la expresión de la mujer.

—Estoy bien —dijo Bethany en voz baja—. Solo me caí. Esperaba... —La garganta amenazaba con cerrársele—. Esperaba que tuvierais sitio para mí esta noche.

En cuanto hubo terminado de hablar, Bethany se abrazó a sí misma y temió el rechazo. No podía siquiera soportar el simple pensamiento.

—Por supuesto que sí. Ven y siéntate. Te traeré una taza con chocolate caliente y podrás comer en cuanto entres en calor.

El alivio fue impactante. Le recorrió todo el cuerpo y casi logró derrumbarla justo en el sitio donde se encontraba. Bethany vio amabilidad y calidez en los ojos de la mujer y se relajó mientras la euforia se instalaba en sus huesos. ¡Tenían una cama para ella! Tendría un lugar calentito en el que dormir. ¡Y comida! Con eso ya era suficiente para que llorara de emoción.

Bethany siguió fatigosamente a la voluntaria y frunció el ceño al ver a todas las ocupantes. Parecía haber más mujeres hoy que la última vez que había venido buscando refugio. Y por aquel entonces le habían dicho que no tenían sitio para ella. ¿Habrían ampliado las instalaciones? ¿O habrían conseguido más camas?

—Me llamo Kate —dijo la mujer justo cuando se paró junto a una silla separada de las otras mujeres—. Siéntate. Iré a por tu chocolate caliente y luego me haré cargo de que comas algo. También vas a necesitar que alguien le eche un vistazo a esos cortes.

—Gracias, Kate —dijo Bethany con voz ronca—. Te lo agradezco mucho.

Kate la apresuró a sentarse y luego le dio golpecitos en la mano.

—Vuelvo enseñuida. Todo va a ir bien, cielo.

Perpleja por la extraña promesa, Bethany se hundió en la silla y rápidamente se acomodó en ella. Todas las fuerzas la habían abandonado. Las manos le temblaban, así que las pegó junto a su fina camiseta en un intento de calentarlas más rápido. Los cortes le escocían pero no eran serios.

Encontró a Kate con la mirada mientras esta se movía de un lado a otro en la cocina para prepararle el chocolate caliente. Estaba hablando por el teléfono móvil y era obvio que sea lo que fuere que estuviera hablando era urgente. Tras un momento volvió a guardar el teléfono en su bolsillo y sacó la taza del microondas. Tras remover el chocolate, llevó la humeante taza hasta donde Bethany estaba sentada y con gentileza se la puso entre las manos.

—Toma, cielo. Bebe. Está caliente. Todo va a ir bien ahora. No quiero que te preocupes.

Era la segunda vez que le ofrecía esa ciega promesa, pero Bethany estaba demasiado cansada como para ver más allá. Si no estuviera tan hambrienta y helada, simplemente se acurrucaría en uno de esos catres y dormiría durante las siguientes veinticuatro horas. O hasta cuando la volvieran a echar otra vez.

Jace estaba sentado en su oficina mirando pensativo la pila de documentos que tenía frente a él. Habían pasado dos semanas desde que Bethany se le había escapado de las manos y no estaba ni un poquito más cerca de encontrarla ahora de lo que había estado aquella primera mañana, y no era por falta de insistencia por su parte.

El trabajo lo sufría también. La mayoría de los empleados lo evitaba. Incluso Gabe y Ash habían estado manteniendo las distancias. Menos mal que Mia estaba tan inmersa en sus planes de boda que parecía ignorar la preocupación y el mal humor de Jace.

Faltaba apenas una semana para la Navidad y no podía soportar que Bethany estuviera fuera sola, con ese frío, sin cama y sin comida. Sin absolutamente nada.

Cerró una mano en un puño y estuvo tentado de hacer un agujero en su mesa con los nudillos.

La puerta se abrió. Jace se preparó para gruñir que lo dejaran en paz a quien fuera que hubiera invadido su privacidad pero luego vio que se trataba de Ash, y algo en la expresión de su amigo lo hizo retraerse.

Ash era... bueno, el típico Ash. Irreverente. No le importaba nada. Y apenas se ponía serio. Hoy, sin embargo, sí que parecía... serio. Como si tuviera algo que le estuviera rondando la mente.

—Joder, ¿te está acosando tu familia para las Navidades?—gruñó Jace.

Solo había en realidad una cosa que pudiera metérsele a Ash bajo la piel. Su familia. Ash pasaba la mayor parte del tiempo —y las vacaciones— con Jace y

Mía. Se la habían llevado al Caribe el Día de Acción de Gracias apenas unas semanas atrás para ayudarla a recomponer su corazón roto cuando Gabe la había echado de su vida —y menos mal que ese rechazo había sido corto— pero era verdad que Ash pasaba más tiempo con Gabe, Jace y Mía que con su propia familia.

—Hay algo que deberías ver —dijo Ash en un tono de voz bajo y serio que no era muy típico de él.

La señal de alarma se le encendió en la cabeza y bajó por toda la espina dorsal de Jace.

—¿Pasa algo con Mía y Gabe? —preguntó más como una orden. Mataría al imbécil si volvía a romper el corazón de Mía otra vez.

Ash arrojó una carpeta encima de la mesa de Jace.

—Probablemente te enfades conmigo por esto, pero soy tu amigo y esto es lo que los amigos hacen. Tú harías lo mismo por mí.

Jace entrecerró los ojos.

—¿De qué cojones estás hablando, Ash?

—Mientras te has pasado las últimas dos semanas buscando a Bethany Willis, yo he estado buscando información sobre ella. Tienes que parar, tío. Aléjate ahora. No te conviene.

El calor recorrió sus venas mientras se quedaba mirando a Ash.

—Voy a hacer como que no has dicho que debería olvidarme de una mujer sin techo a la que nos hemos follado. Una mujer de la que claramente nos hemos aprovechado, sabiéndolo por entonces o no. Una mujer que no tiene un lugar donde dormir, ni comida, ni siquiera un maldito abrigo para mantenerla caliente.

Ash levantó una mano.

—Solo lee el informe, Jace.

—¿Y por qué no me dices tú por qué no me conviene? —rebatía Jace con acidez.

Ash suspiró.

—Tiene antecedentes por posesión de drogas. No ha tenido un trabajo estable. Jamás. Ha estado en centros de acogida la mayor parte de su vida. Se graduó en el instituto pero nunca fue a la universidad.

Jace apretó la mandíbula mientras miraba la carpeta que tenía sobre la mesa. Luego levantó la mirada hasta Ash, que lo estaba mirando fijamente.

—¿Y no crees que esas son muy buenas razones por las que debería ayudarla ahora?

—Si solo fueras a ayudarla, sí —dijo Ash—. Pero tanto tú como yo sabemos muy bien que no solo la vas a ayudar. Estás terriblemente obsesionado con ella, Jace. Nunca te he visto así. Necesitas volver a la puta realidad. Nos la tiramos, sí. Nos hemos tirado a muchas mujeres. No estoy muy seguro de qué es lo que tiene esta tía para que te llame tanto la atención.

Jace se puso de pie, listo para arrancarle la cabeza a su amigo, justo cuando su teléfono móvil sonó. Lo sacó y comprobó el número, pero no le era familiar y tampoco estaba en su agenda de contactos. Normalmente lo hubiera ignorado, pero no lo había hecho desde que estaba buscando a Bethany.

—Jace Crestwell —dijo simplemente, aun fulminando a Ash con la mirada.

—Señor Crestwell, soy Kate, del centro de acogida de mujeres de Saint Anthony.

El pulso de Jace se aceleró y volvió a hundirse en su silla a la vez que ignoraba a Ash.

—Sí, señora Stover, ¿cómo está?

—Está aquí —soltó Kate abruptamente—. Acaba de llegar. Está... herida.

El estómago se le encogió y el miedo lo cogió por sus partes bajas.

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Como le he dicho, acaba de llegar. La tengo sentada y le estoy preparando una taza de chocolate caliente ahora mismo. No tiene buen aspecto, señor Crestwell. Está claramente asustada y agotada y, como le he dicho, está herida.

—Reténgala ahí si es necesario —gruñó Jace—. No me importa lo que tenga que hacer. Pero por nada del mundo permita que se vaya hasta que yo llegue.

Jace volvió a guardar el teléfono móvil en el bolsillo y se levantó de la silla. Mientras pasaba al lado de Ash, la mano de su amigo se alzó y lo agarró del brazo.

—¿Qué haces, tío? ¿Qué narices pasa?

Jace dio un tirón del brazo y se soltó del agarre de Ash.

—Voy a buscar a Bethany. Está herida.

Ash blasfemó y sacudió la cabeza.

—Es una mala idea.

Jace salió de la oficina y se adentró en el pasillo. Podía oír a Ash seguirlo corriendo a sus espaldas mientras se acercaba al ascensor.

—Voy contigo —informó Ash con voz seria.

Jace se subió al ascensor y cuando Ash fue a seguirlo, Jace sacó el brazo y bloqueó a su amigo. Con la otra mano presionó el botón de la planta baja y luego empujó a Ash hacia fuera.

—Mantente fuera de esto, Ash —le advirtió Jace con suavidad—. No te incumbe.

Las fosas nasales de Ash se extendieron y sus ojos brillaron por un momento. Jace sabía que era un comentario de muy mal gusto, pero Ash había estado comportándose así también.

—Sí, tienes razón. Tú no me incumbes —soltó Ash con bastante sarcasmo en la voz.

Este se alejó del ascensor y dejó que las puertas se cerraran. Tenía los labios

apretados en una fina línea mientras Jace desaparecía de su vista.

Capítulo

9

Jace le ordenó a su chófer que lo llevara al centro de acogida y le pidió que aguardara allí fuera. No podía estar seguro de que Bethany fuera a quedarse con él, y no podía correr ningún riesgo. No cuando ya se había escapado de sus manos una vez.

Kate le había dicho que Bethany estaba herida y su mente se llenó de imágenes, ninguna de ellas buena. No le había especificado mucho, así que Jace estaba impaciente por llegar hasta ella. ¿Cómo diablos había llegado a hacerse daño?

Una mujer sola en las calles... Había mil y una formas para que se hiciera daño y todas hacían que las tripas se le revolvieran.

Cuando el coche se detuvo delante del centro de acogida, le volvió a pedir al conductor que esperara. Con mucha suerte no le llevaría mucho tiempo, pero estaba preparado para todo.

Se acercó a la entrada a zancadas mientras el viento golpeaba su abrigo. Cuando abrió a la puerta, su mirada inmediatamente recorrió toda la estancia en busca de Bethany. Luego, por fin la vio. Estaba al fondo, en un extremo y separada de las otras. Estaba sentada en una silla, pálida y parecía estar perdida. Aun así, se embebió en su imagen, aliviado a más no poder de que estuviera ahí. Podía ver que sus pantalones estaban rotos por las rodillas y en un lado. También se dio cuenta de las manchas de sangre en la ropa y las feas heridas de sus codos. ¿Qué demonios había pasado?

Antes de que pudiera acercarse, Kate se plantó frente a él con el rostro lleno de preocupación.

—¿Se la llevará con usted, señor Crestwell?

—Oh, sí —dijo en voz queda—. Se viene conmigo. Yo cuidaré de ella, se lo prometo.

La expresión del rostro de Kate se relajó.

—Bien. Me preocupo por ella. Por todas ellas.

Jace empezó a acercarse, ansioso por llegar hasta ella y ver cuán herida estaba, pero Kate le paró una vez más.

—Quería agradecerle —pronunció con voz suave— todo lo que ha hecho. La calefacción. La comida. Su generosa donación. Mire a su alrededor, señor Crestwell. Todas estas mujeres tienen un lugar caliente donde dormir y comida para comer gracias a usted.

Jace hizo una mueca, se sentía incómodo con su gratitud. Asintió levemente y luego se dirigió hacia Bethany. Esta tenía los ojos cerrados. Parecía como si se hubiera quedado dormida sentada en la silla. Aprovechó la oportunidad para estudiarla más de cerca y maldijo ante lo que vio.

Estaba más delgada, si cabía. Había ojeras bajo sus ojos. Estaba pálida.

Y estaba herida.

Jace se arrodilló frente a ella en silencio. En cuanto ella se percató de su presencia, abrió los ojos y se encogió. El pánico ardió en sus ojos.

—No pasa nada, Bethany —murmuró.

Los ojos se le abrieron como platos y él vio con gratificación cómo el miedo desaparecía, pero rápidamente la confusión lo reemplazó.

—¿Jace?

Su nombre salió como un cauto susurro, casi como si no se creyera que fuera él el que estaba arrodillado frente a ella. Luego se irguió y escondió las palmas de las manos para que no viera los cortes ni la sangre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con voz temblorosa.

La expresión del rostro de Jace se endureció y se puso de pie. Bethany lo siguió con la mirada y, sin decir nada, él simplemente alargó los brazos hacia ella y alzó su ligero peso de la silla.

Aterrizó suavemente contra su pecho y él la acunó con posesividad, decidido a que nada más le hiciera daño. Bethany se quedó petrificada y abrió la boca para soltar un grito ahogado.

—¿Qué estás haciendo? —siseó ella.

Él la llevó hasta la puerta y afianzó su agarre sobre ella cuando la joven comenzó a removerse para soltarse.

—Voy a sacarte de este sitio —soltó.

Bethany comenzó a protestar con más ímpetu y Jace vio la mirada preocupada que le echó Kate. Él asintió para que la mujer mayor se tranquilizara y luego afianzó su agarre mucho más.

—Ya es suficiente —la regañó—. No luches contra mí. Estás preocupando a Kate. No voy a hacerte daño. Le prometí que cuidaría de ti. No montes una escena. ¿Quieres asustar a todas las mujeres?

Ella se mordió el labio y se relajó. Lentamente negó con la cabeza.

—No —susurró—. Pero no puedes sacarme de aquí sin más, Jace.

—Mira cómo lo hago.

La estrechó bien fuerte para salir por la puerta y volvió a adentrarse en el aire frío que la hizo estremecerse al instante. Jace maldijo por lo bajo, cabreado ante el hecho de que no estuviera mejor protegida contra el frío. Sus ropas no eran barrera suficiente para soportar aquella temperatura.

—Me estás asustando.

Su voz era casi inaudible y Jace la pudo sentir temblar en sus brazos. Si era de frío o de verdadero miedo, no estaba seguro.

—No te voy a hacer daño, y lo sabes muy bien.

La mirada de Bethany estaba llena de tortura cuando la levantó para mirarlo directamente. Jace se paró en el bordillo de la acera mientras su coche se

acercaba a ellos e ignoró las miradas de las personas que pasaban a su alrededor.

—¿Y cómo puedo saberlo?

Jace apretó los labios.

—Si todavía no lo sabes, lo harás pronto.

El coche se paró y el conductor se precipitó a abrir la puerta de los asientos traseros. Jace se inclinó hacia delante para colocar a Bethany en el asiento y luego se sentó a su lado. Ella suspiró en el momento en que su piel hizo contacto con los cálidos asientos.

Un momento después, el coche se adentró en el tráfico de la ciudad y el silencio se instaló entre ellos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bethany, con la voz aún claramente temblorosa.

Jace la cogió de las manos y le giró las palmas de modo que pudiera inspeccionar los cortes y las heridas.

—¿Qué ha pasado, Bethany?

Ella se quedó tan quieta junto a él que Jace tuvo que mirar para asegurarse de que estuviera respirando. Había tal oscuridad en sus ojos —algo parecido a la desesperanza— que la respiración se le cortó. Él supo sin ninguna duda que había hecho lo correcto. No importaba los demonios contra los que hubiera luchado, ni las circunstancias de su pasado o presente. Había hecho lo correcto al buscarla, hasta localizarla y llevársela con él.

Bethany apartó las manos de Jace y giró su rostro hacia la ventanilla. ¿Qué demonios estaba haciendo Jace? ¿Cómo la había encontrado? ¿Por qué la había encontrado?

Verlo en el centro de acogida había supuesto una conmoción enorme. Una sensación que la había dejado sin poder procesar ningún pensamiento, ni siquiera el más simple. Ella apenas había opuesto resistencia cuando se la había llevado de allí y la había metido en el asiento trasero de su coche. ¿No se podía considerar esto un secuestro?

—Bethany, mírame.

Aunque su tono era amable, no había duda de que era una orden. Una que no pudo evitar obedecer. Giró el mentón y lo miró por debajo de sus pestañas. Entonces la respiración se le cortó.

Era un hombre muy guapo. Muy misterioso y pensativo. El poder emanaba de él. Cualquiera que no percibiera su fuerza sería un imbécil. Todo él era autoridad. Era como si hubiera nacido para ello.

Aunque ella había jurado que era un hombre que siempre haría que una mujer se sintiera segura, en este momento no era más que un manojo de nervios. La mirada que tenía en los ojos sugería que no estaba a salvo en lo más mínimo,

aunque no sabía realmente con seguridad de qué era de lo que no estaba a salvo.

Él no le haría daño. De eso sí que estaba segura. Pero había otras muchas formas de hacer daño además de las físicas.

—No me tengas miedo.

Bethany hizo una mueca.

—Eso no es algo que puedas ordenar. ¡Decirle a alguien que no te tenga miedo no hace que ocurra sin más!

Jace enfureció la mirada.

—¿Te he dado algún indicio de que vaya a hacerte daño?

—¡Acabas de sacarme del centro de acogida en contra de mi voluntad! ¡Lo que has hecho se llama secuestro! ¿Por qué estabas siquiera allí, Jace? ¿Cómo y por qué me has encontrado? No lo entiendo. —Las palabras salieron mucho más altas de lo que ella pretendía. Había una estridencia en su voz que salía directa de sus miedos.

Jace posó los dedos sobre su mejilla y presionó lo justo para que ella sintiera su contacto y que era inútil que apartara la mirada.

—Me necesitas —dijo simplemente.

Ella abrió la boca y se lo quedó mirando con asombro. No tenía ni idea de qué contestar a eso. ¿Qué podía decir?

Seguidamente él se inclinó hacia delante, presionó los labios contra su frente y le dio uno de los besos más dulces. Bethany cerró los ojos y saboreó la dulzura del gesto. Este hombre solo le traería problemas con mayúsculas. De hecho, ella ya se hallaba llena de problemas. Y uno de ellos era muy gordo.

—Esta noche estarás en mi apartamento —dijo Jace mientras volvía a echarse atrás en el asiento. Habló con una calma que ella no sentía para nada—. Mañana te llevaré al apartamento de mi hermana. Ella ya no vive allí. Está amueblado, así que no necesitarás nada más.

Ella abrió la boca de nuevo ante la seguridad de su voz. No era una pregunta. Jace no le estaba preguntando nada, sino que hablaba como si ya estuviera decidido. Como si ella no tuviera ni voz ni voto en su destino.

—Esto es una locura —susurró Bethany—. No puedes reorganizar mi vida así. No me puedo quedar en el apartamento de tu hermana.

Jace alzó una ceja y la miró de una forma que la hizo sentirse estúpida.

—¿Tienes algo más que decir?

Ella se ruborizó.

—Sabes que no.

—Entonces no veo por qué es un problema. Mía no está viviendo en su apartamento. Está en el de Gabe hasta que se casen. Su compañera de piso se mudó con su novio. Está vacío y pagado. Te quedarás allí, al menos por ahora.

Ella arqueó una ceja ante el «por ahora».

Jace sonrió como si se hubiera percatado de la fuente de su confusión.

—Con el tiempo te vendrás a vivir conmigo pero acepto que necesites tiempo para ajustarte a nuestra... situación.

—Estás completamente loco —murmuró—. Me ha secuestrado un loco.

Jace gruñó mientras el coche se detenía junto a un edificio ultramoderno bastante alto justo frente a Central Park. Ahora una llovizna empezaba a caer. Jace alargó el brazo y la cogió de la mano antes de arrastrarla hasta la puerta del coche mientras él se bajaba.

—Date prisa para no mojarte —le dijo mientras se apresuraba a llegar a la entrada.

Bethany se vio forzada a correr para mantener el ritmo que Jace llevaba, así que para cuando llegaron al interior estaba sin aliento. Hizo un mohín al ver cómo los pantalones, rotos por las rodillas, se le pegaban a la piel y agravaban los arañazos una y otra vez.

Jace se percató de su expresión y maldijo mientras bajaba la mirada hasta sus pantalones rajados. Cogiéndola del brazo, la condujo hasta el ascensor y entró con ella. A pesar del esfuerzo para llegar al interior del edificio sin mojarse, sus ropas estaban empapadas y ella temblaba de frío.

El ascensor se abrió y salieron a un vestíbulo elegante con el suelo de mármol y una araña enorme de cristal suspendida del techo. Jace la alentó a seguir adelante y ella se adentró, vacilante, en su apartamento.

—Necesitas quitarte esa ropa y que te mire las heridas —le dijo con seriedad.

Su afirmación la hizo abrazarse a sí misma con más fuerza como si pudiera quedarse con la ropa puesta solo por ese gesto. Sí, él la había visto desnuda, pero la idea de estar desnuda delante de él otra vez la hacía sentirse extremadamente vulnerable.

Lo había llamado loco, pero ella estaba más loca aún porque estaba permitiendo que se diera esa situación. Podía decirse que él no es que le hubiera dado otra opción, pero ella tampoco había luchado demasiado.

—Tenemos que hablar, Jace —dijo firmemente—. Esto no tiene sentido. No puedo estar aquí contigo. No sé siquiera por qué estabas en el centro de acogida, ¡ni cómo supiste que estaba allí!

Él colocó un dedo sobre los labios y su expresión no admitía discusión alguna.

—Ya habrá bastante tiempo para discutir nuestra situación después de que te hayas dado una ducha caliente y te haya mirado esas heridas. Tienes razón. Tenemos un montón de cosas de las que hablar, y créeme, lo haremos. Pero mi principal prioridad es asegurarme de que estés bien.

Ella bajó la mirada para observar su desaliñada apariencia y decidió que la ducha caliente no le vendría nada mal. Sea cual fuere su explicación, ya lidiaría con ella mucho mejor cuando estuviera caliente y seca.

—De acuerdo —murmuró.

Jace torció los labios con sospecha.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿a que no?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—El cederme el control. Te voy a advertir ahora, Bethany. Estoy muy acostumbrado a salirme con la mía.

¿Qué demo...? ¡Ella no había dicho nada sobre cederle el control!

Abrió la boca para decirle justo eso pero él acercó sus labios a los de ella y la besó, callándola totalmente en el proceso.

Capítulo

10

Bethany se sentó en el taburete del cuarto de baño mientras Jace examinaba meticulosamente cada herida y corte que había en su cuerpo. Y era concienzudo. Ella estaba completamente desnuda y él no le había dejado un simple centímetro de piel sin inspeccionar.

Apretó los labios en una fina línea pero se quedó callado mientras atendía sus heridas. Bethany aún tenía frío. Por dentro. En los huesos. No estaba segura de si podría volver a sentirse bien de nuevo.

Tras pasar varios minutos con escalofríos, Jace maldijo —algo que hacía con bastante frecuencia— y la levantó del taburete.

—Voy a prepararte una buena ducha. Necesitas entrar en calor. Cuando salgas te vendaré las heridas. No creo que sea necesario poner puntos de sutura en los cortes pero te aplicaré crema antibiótica para que no se te infecten. Mientras te duchas, iré a buscar algo para cenar.

Jace no esperó a que ella aceptara. Tenía bastante gracia porque no le había pedido su opinión ni una sola vez. Él se inclinó hacia delante, abrió el grifo y luego volvió a donde ella estaba sin ninguna prenda puesta. Y pensar que a ella no se le había ocurrido que su día podría volverse incluso más raro...

Jace deslizó una mano por su brazo desnudo hasta llegar al hombro y lo apretó para darle seguridad antes de abandonar el baño. Ella se acomodó en el taburete y luego se giró para observar su reflejo en el espejo. Parecía como si la muerte hubiera pasado por ella. Cansada. Demacrada. Preocupada. Asustada.

Había un millón de palabras que se le pasaban por la cabeza.

Bethany cerró los ojos y se balanceó precariamente hasta que finalmente se agarró al borde del lavabo para volver a recuperar el equilibrio. Por esta noche, al menos, estaba segura. Aunque no tuviera ni idea de con qué se había obsesionado Jace, estaba completamente aliviada de que la hubiera traído aquí. Donde nadie podría encontrarla. Donde ni siquiera Jack sería capaz de dar con ella.

Tiempo extra. Y por muy corto que fuera, lo acogería con los brazos abiertos.

Sabiendo que estaba desperdiciando el agua caliente, se adentró en la ducha y gimió cuando el calor se precipitó como una cascada sobre su doliente cuerpo. Era puro gozo. La cosa más maravillosa que había sentido nunca.

Levantó la cabeza y dejó que el chorro de agua le cayera en la cara y en el cuello. Los cortes y las heridas le escocieron cuando el agua caliente las tocaba, pero ella las limpió con sumo cuidado.

Se quedó en la ducha hasta que el cuerpo se le hizo pesado y le flojearon las piernas al estar expuesta al intenso calor por tanto tiempo. Tras enjuagarse el pelo por última vez, de mala gana cerró el grifo y salió de la bañera.

Un aire cálido la rodeó, sorprendiéndola. Levantó la mirada y vio que Jace había encendido la calefacción del baño y tras su ducha de treinta minutos el ambiente era muy agradable y acogedor. Jace tenía toallas lujosas. Enormes y acolchadas, tan suaves que se sentía como rodeada por una nube. Podía casi enrollarse dos veces con ellas.

Era un total despilfarro pero usó dos toallas, una para el cuerpo, y la otra para la cabeza. Era un lujo frívolo que le daba una atolondrada felicidad en la que poder recrearse.

Parpadeó de sorpresa cuando se dio cuenta de que había ropa nueva sobre el taburete que antes no estaba y un grueso albornoz colgaba de los ganchos que había en la parte alta de la puerta. Había también un par de zapatillas de ir por casa. El hombre había pensado en todo.

Su mirada volvió a la ropa otra vez y frunció el ceño. ¿Tenía ropa de mujer en su apartamento así como si nada?

Cogió los vaqueros y la camiseta y rápidamente vio que eran demasiado grandes. No por mucho, aunque en realidad, un año o así atrás seguramente habrían sido de su talla. Por aquel entonces no estaba tan delgada. Tenía más carne y una mejor figura.

Ahora estaba reducida a unos pechos y poco más. No tenía caderas, ni tampoco un buen trasero. Tenía rasgos angulosos debido a la pérdida de peso. La vida en las calles era dura. Envejecía a la persona antes de que tuviera que hacerlo.

Después de tomarse su tiempo secándose por completo, se puso las braguitas que estaban entre los vaqueros y la camiseta, avergonzada de estar cogiendo prestada la ropa interior de alguna otra mujer. No había ningún sujetador, pero ella pensó que no era imprescindible. Solo tenía dos y ambos estaban ya destrozados. El que se había quitado —o más bien, Jace le había quitado— estaba sucio y roto. No podría volver a usarlo.

¿Acaso no había estado lo suficientemente cerca y de una forma muy íntima como para no saber cómo eran sus pechos? Verla sin sujetador no sería un trauma.

Se puso la camiseta por encima de la cabeza y vio como le quedaba colgando por las caderas. No se ceñía siquiera a sus pechos, así que significaba que fuera de quien fuera la camiseta estaba aún más dotada que ella.

Tras ponerse los pantalones, se quitó la toalla de la cabeza y pasó los dedos por entre los mechones en un intento de cambiar un poco ese aspecto de gato mojado y desaliñado. Lo consiguió a medias, ya que tampoco iba a rebuscar en los cajones de Jace para encontrar un cepillo.

Respiró hondo, echó los hombros hacia atrás y luego se dio la vuelta hacia la puerta. Allí vaciló con la mano colocada sobre el pomo. Era una gallina total. La idea de enfrentarse a Jace la aterrorizaba. No porque pensara que le fuera a

hacer daño, sino porque sabía que no tendría ninguna oportunidad contra él.

Peor aún, no estaba segura de si quería enfrentarse a él. Era mucho más fácil dejar que llevara el mando. Que alguien cuidara de ella era una situación tan extraña que la simple posibilidad le agradaba. La incentivaba de la misma manera que la zanahoria incentivaba al burro del dicho popular.

Bethany dio un brinco cuando la puerta vibró en su mano.

—¿Bethany? ¿Has terminado?

Tragando saliva, abrió la puerta y se encontró a Jace a unos pocos centímetros de distancia. Él bajó la mirada hasta su cuerpo y frunció el ceño.

—Necesito que te quites esos vaqueros otra vez. Se suponía que iba a vendarte antes de que te vistieras.

—Se me olvidó —dijo en voz baja—. Asumí que como me habías dejado la ropa ahí querías que me vistiera.

—No pasa nada. Ven al salón. Lo haremos allí.

Jace alargó la mano para cogerla del codo y luego la guio fuera del baño hasta el dormitorio y desde ahí hasta el gran salón.

Tenía una vista espectacular de la ciudad con esos ventanales.

—Quítate los pantalones —le dijo—. Y luego ponte cómoda en el sofá. La cena está casi lista. Cuando haya terminado contigo, podremos comer.

Sabiendo que era inútil discutir, ella se desabrochó los pantalones y dejó que se deslizaran por sus piernas hasta caer en el suelo.

—Sé que son demasiado grandes —admitió Jace mientras los apartaba. Le tendió la mano y luego la sentó a su lado en el sofá—. Iremos mañana a comprarte lo que necesites. Lo primero será un abrigo. Está helando fuera y has estado por ahí dando vueltas por la ciudad sin la ropa adecuada. Eso termina hoy.

Su tono era de acero y aun así parte del atrincherado frío que sentía comenzó a disiparse al escuchar la preocupación que denotaba su voz. Hablaba como un hombre que genuinamente se preocupaba de su bienestar.

Mentalmente Bethany se sacudió porque esa clase de fantasía era terreno peligroso. Ya había aprendido por las malas que no se podía confiar en absolutamente nadie excepto en sí misma para cuidarse. E incluso ella misma había sido capaz de defraudarse. Igual que todos los demás.

Jace se inclinó hacia la mesita donde había un botiquín de primeros auxilios. Pasó largo rato en silencio mientras le aplicaba la pomada a todos y cada uno de sus arañazos y luego tapaba con una gasa los más grandes y con una tirita los cortes más pequeños.

Antes de que Bethany se percatara de sus intenciones, él la empujó hacia atrás en el sofá y le levantó la camiseta.

—¡No tengo heridas ahí! —gritó ella cuando la mano de Jace le recorría la tripa.

Su expresión era asesina mientras alzaba su mirada hasta la de ella.

—No, pero tienes moratones. ¿Qué te ha pasado ahí fuera, Bethany? ¿Quién te ha hecho esto?

Sonaba tan enfadado que ella empalideció ante la furia que denotaba su voz. Era instintivo retraerse. Supervivencia.

Un grave siseo se escapó de los labios apretados de Jace.

—Maldita sea, Bethany, no voy a hacerte daño. Nunca te haré daño. Pero quiero saber quién es el maldito capullo que te ha hecho esto.

—Estás muy enfadado.

—Joder, y tanto. ¡Estoy furioso! Pero no contigo, nena. —Su voz se suavizó cuando la llamó «nena», y algo en el interior de Bethany se suavizó también—. Estoy enfadado con el cabrón que te puso las manos encima. Y me vas a decir exactamente cómo ocurrió.

Ella empalideció y abrió los ojos como platos.

Entonces, cuando ella pensaba que Jace ya no podría hacer nada más para sorprenderla, se echó hacia delante y bajó la cabeza hasta sus costillas. Depositó un beso tan tierno en cada moratón que ella apenas sintió la presión en la piel.

Dios... ¿Cómo se suponía que iba a resistirse a este hombre?

—¿Necesitas algo para el dolor? —le preguntó.

—Estoy bien —susurró—. Solo tengo hambre.

Él inmediatamente levantó la cabeza y apretó la mandíbula una vez más.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que has comido? Y no me mientas.

Ella tragó saliva con fuerza, pero no le mintió.

—Tres días.

—¡Maldita sea!

La mandíbula le sobresalía de lo apretada que la tenía y luego Jace se giró como si tuviera que recomponerse antes de poder enfrentarse a ella de nuevo. Cuando volvió a mirarla a los ojos, había fuego en los suyos y aún parecía como si estuviera a punto de explotar en cualquier momento.

—Dame un minuto —murmuró.

Jace inspiró y exhaló exageradamente por la nariz antes de levantarse del sofá. Le tendió la mano con la palma hacia arriba y esperó a que ella se la cogiera y se levantara también. Cuando Bethany dejó que la ayudara a levantarse, Jace se agachó para coger de nuevo los pantalones que se había quitado antes. Luego le puso la mano sobre su brazo y le dijo que esperara mientras ella metía los pies por las aberturas de los vaqueros.

Después de abrocharle la cremallera, Jace la tomó de la mano y la guio hasta la cocina. Todo el apartamento era un concepto abierto de una habitación que dejaba paso a la siguiente con fluidez. El comedor, o mejor dicho, la zona para comer, estaba frente a la cocina y en el lateral del salón. Había una combinación entre mesa y barra de cocina que permitía que fuera quien fuera la persona que

estuviera cocinando pudiera ver tanto el comedor como el salón.

Jace la sentó en uno de los asientos de la mesa y luego caminó hasta la vitrocerámica donde había una olla y unas sartenes en las que estaba cocinando algo. Bethany observó con interés cómo escurría la pasta y luego la echaba dentro de una sartén con la salsa. Le dio como un toque experto y añadió las especias antes de servir dos platos. Por último, pinchó con un tenedor los filetes de pollo, que habían estado salteándose en la última sartén y los troceó en finos trozos antes de echarlos por encima de la pasta.

—*Voilà* —pronunció mientras le pasaba el plato por encima de la barra.

—Estoy impresionada —dijo ella con sinceridad—. Tiene una pinta estupenda y huele maravillosamente. No habría pensado nunca que cocinabas.

Él levantó una ceja.

—¿Por qué no?

Bethany sintió cómo el calor se instalaba en sus mejillas.

—No veo a muchos solteros ricos cocinar.

Él se rio.

—Yo crie a mi hermana pequeña y en aquel entonces no nos podíamos permitir comer fuera o pagar a alguien para que nos cocinara. Yo solo era un estudiante de universidad pobre intentando sobrevivir.

—¿Dónde estaban tus padres?

Sus ojos parpadearon.

—Murieron en un accidente de coche cuando Mia tenía seis años.

Bethany frunció el ceño con cierto pesar.

—Debes de ser mucho mayor que ella si entonces ya estabas en la universidad.

—Catorce años —confirmó él—. Mia vino de sorpresa cuando mi madre estaba en los cuarenta. Ella me tuvo bastante joven y pensaron que ya habían tenido suficiente.

—Es impresionante que hayas criado a tu hermana —dijo con voz queda.

Él se encogió de hombros.

—No tenía más opción. No iba a abandonarla. Yo soy la única familia que tiene.

Jace se acercó hasta donde estaba ella y se sentó en el taburete a su lado. Le echó una mirada y vio que no había pegado bocado, entonces frunció el ceño.

—Come, Bethany.

Ella hundió el tenedor en la succulenta pasta y la olió mientras se lo llevaba a los labios. Olía divinamente.

Cuando tocó su lengua, Bethany cerró los ojos y suspiró.

—¿Buena?

—Deliciosa —contestó.

De repente Jace se levantó y Bethany lo vio volver al otro lado de la cocina

para coger dos vasos que estaban en la encimera. Puso un vaso de zumo de naranja frente a ella y Bethany se derritió. Se había acordado de que había pedido zumo de naranja la otra vez.

Bethany saboreó cada bocado, cada sorbo hasta que se sintió más que llena. Apartó el plato y soltó un suspiro de satisfacción.

—Gracias, Jace. Ha sido maravilloso.

Él se la quedó mirando un largo y silencioso momento.

—Me gusta cómo dices mi nombre.

Ella frunció el ceño. ¿Qué se suponía que debía contestar a eso?

Sabiendo que tenían mucho de lo que hablar —¡le tenía que decir sí o sí que no podía instalarse en el apartamento de su hermana!— entrelazó los dedos nerviosamente y le echó un vistazo a Jace.

—¿Jace? —dijo suavemente—. Tenemos que hablar.

Él asintió y apretó los labios con firmeza.

—Desde luego. Volvamos al salón. Hay preguntas a las que aún no tengo respuesta.

Bethany parpadeó y luego levantó ambas cejas. Antes de que pudiera decirle que ella era la que planeaba hacerle las preguntas, él la urgió a levantarse de la silla y le puso una mano firmemente en la espalda para guiarla hasta el salón.

Después de dejarla en el sofá, Jace encendió la chimenea. Ella suspiró cuando las llamas comenzaron a surgir. Le daba a la habitación ese punto hogareño, pero luego sacudió la cabeza ante ese pensamiento tan absurdo. ¿Qué iba a saber ella de cómo era un hogar? Un hogar era lo que uno quisiera que fuera, y ella y Jack habían llamado hogar a bastantes sitios de mala muerte.

Desoladamente, Bethany pensó en aquellos lugares, o más bien escondrijos, que habían considerado como hogar durante años. En unos pocos casos, ella había tenido la suerte de conseguir un trabajo por un período de tiempo más largo y habían llegado a vivir en un motel degradado. No había sido mucho, pero había estado encantada de poder tener una residencia permanente y no una de la que tenían que ir o venir dependiendo de la ocupación que tuvieran.

—¿Por qué estás negando con la cabeza? —preguntó Jace con el ceño fruncido.

Ella alzó la mirada y vio que él se había sentado a su lado en el sofá. Estaban muy cerca —casi tocándose— y el calor y el olor de Jace la rodeó y la llenó de cariño de dentro a fuera.

Sin pensar en las consecuencias, fue instintivamente honesta.

—Estaba pensando en cómo el fuego hacía que la habitación pareciera tan hogareña, y luego me di cuenta de lo ridículo que era ese pensamiento ya que yo no tengo ni idea de lo que significa tener un hogar.

Bethany escuchó la tristeza en su voz antes de que pudiera darse cuenta de que estaba ahí. Al instante se mordió el labio y supo que no debería haber dicho

nada.

Jace parecía como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la cara. Luego soltó otra maldición. Esta fue larga y produjo un escalofrío en el menudo cuerpo de Bethany.

La joven se encogió de dolor cuando Jace alargó la mano para tocarle la mejilla y luego la bajó hasta su cintura, donde la camiseta cubría los moratones. Encontró el lugar exacto donde dolía más y descansó la palma sobre él.

—¿Quién te hizo esto, Bethany? ¿Qué te ha pasado ahí fuera? Y no me mientas. Quiero saber toda la cruda verdad.

Ella inspiró y lo miró con intensidad. No podía contárselo. ¿Cómo podría? La echaría de aquí tan rápido que la cabeza le daría vueltas. ¿Pero no era eso lo que ella quería? ¿Poder irse? Él no podría quedarse con ella. Pero incluso pensándolo, tenía sus dudas. Jace parecía tener tanta... determinación.

Jace la estaba mirando con mucha fuerza, en silencio y expectante. No iba a dejar que se escaqueara.

—No te lo puedo contar —dijo con voz ahogada—. Por favor, no me preguntes, Jace.

Este apretó los labios todavía más y la furia inundó sus ojos.

—Dejemos algunas cosas claras, ¿de acuerdo? Ya sé un montón de cosas sobre ti. No tienes casa. Tienes antecedentes por posesión de drogas. No has comido en tres días. No tienes dinero, ni un lugar donde dormir y alguien ahí fuera te ha puesto las manos encima.

Toda la sangre se le fue de la cara. El estómago se le encogió con fuerza y la vergüenza apareció tan pesada como siempre sobre sus hombros y la agarró del cuello. Bethany le echó una mirada apenada a Jace, la humillación era patente en sus ojos llorosos.

Jace movió la mano de su abdomen hasta su mejilla. La acarició suavemente con el dedo pulgar en los pómulos y su mirada se suavizó cuando percibió el miedo que ella tenía.

—Bethany —dijo con voz queda—. Ya sabía todo esto antes de ir a por ti. ¿No te dice eso nada?

—No sé —susurró sin poder mirarlo a los ojos por más tiempo.

Bajó la mirada y cerró los ojos. Se sentía tan... indigna, y odiaba ese sentimiento. Lo odiaba con pasión. Se había pasado toda una vida sintiéndose no merecedora, odiosa. Poca cosa.

—Mírame —dijo Jace con firmeza.

Cuando ella vaciló, él le alzó el mentón con su mano hasta que su rostro estuvo justo frente al de él. Sin embargo, los ojos aún los tenía cerrados.

—Abre los ojos, nena.

Cuando lo hizo, su visión estaba oscurecida debido a las lágrimas que amenazaban con caer.

—No llores —le pidió con voz ronca—. Lo que quiero decir es que no me importa. Ya sabía eso sobre ti y aun así fui al centro de acogida de mujeres. He estado buscándote durante dos semanas enteras. He rastreado cada maldito refugio que pude encontrar, esperando encontrarte en alguno de ellos. Y cuando no di contigo en ningún sitio, me puse lívido porque sabía que estabas ahí fuera en las calles, pasando frío, hambre y sola. En algún lugar donde yo no podía protegerte. Donde no podía cerciorarme de que tuvieras suficiente para comer. Donde no tenías siquiera un abrigo que te mantuviera caliente.

A pesar de la orden de que no llorara, una lágrima se le escapó y cayó por su mejilla hasta caer en la mano de Jace. Él se inclinó hacia delante y depositó un beso en su rostro. Luego fue subiendo y borró el rastro salado que había dejado su lágrima.

—Ahora dime quién te ha hecho esto —insistió con el enfado haciéndose patente en la voz otra vez—. Quiero saberlo todo. Voy a cuidar de ti, Bethany, pero tengo que saber en dónde me estoy metiendo.

Ella sacudió la cabeza con un ademán de incomodidad.

—No puedes. Jace, no puedo instalarme en el apartamento de tu hermana. No puedes simplemente entrar en mi vida y llevar las riendas. La vida no funciona así. Nunca lo ha hecho.

La impaciencia se hizo eco en esos ojos oscuros.

—La vida funciona como tú quieras que funcione. Y claro que puedo llevar las riendas. No es por herir tus sentimientos, nena, pero no has estado haciendo un buen trabajo en lo que a cuidarte se refiere. Voy a cambiar eso.

—¿Pero por qué? —soltó ella—. No lo pillo. Yo solo fui un lío de una noche para ti y Ash. No puedo hacer eso de nuevo. Fuiste mi recaída. No puedo volver por ese camino. No lo haré. He trabajado muy duro para llegar a donde he llegado.

Bethany estaba temblando cuando terminó de hablar. Y terriblemente avergonzada de lo que acababa de soltar. ¿No era ya bastante malo que supiera del arresto? Ahora pensaría que era una puta además de una drogata.

—¿Y adónde has llegado? —inquirió Jace—. ¿A una situación en la que no tienes casa? ¿Ni nada para comer?

—A una situación en la que me puedo ganar de nuevo el respeto —respondió quedamente.

Bethany se echó hacia atrás en el sofá, preparada para salir disparada hasta la puerta. Jace pareció saber exactamente qué era lo que estaba planeando. Se movió rápido, antes incluso de que ella pudiera parpadear. De repente estaba justo a su lado de nuevo, con un brazo alrededor de su cintura. Atrapada. No se iba a ir a ninguna parte.

—Empieza a hablar. Todo, Bethany. Cuéntame lo que quieres decir con «recaída». Y luego vas a dejar de evitar la pregunta que te he hecho ya cuatro

veces. Quiero saber quién te ha puesto las manos encima —comentó amenazante.

Sin saber qué más hacer, Bethany se hundió en su pecho y escondió el rostro en su hombro. Jace pareció sorprenderse pero seguidamente la rodeó con ambos brazos firmemente y por lo tanto con su fuerza y su calor. Le acarició la espalda con una mano y depositó pequeños besos en su cabeza.

Y esperó. Se quedó ahí sentado con ella fuertemente entre sus brazos, ambos se quedaron callados, casi como si él pudiera ver lo mucho que le estaba costando sacar el coraje para decirle lo que quería saber.

No podía ser que Jace la siguiera queriendo después de contárselo todo. Imposible. Una parte de ella estaba aliviada. Resolvería el problema de que él se metiera en su vida y cogiera las riendas de la misma. Pero una gran parte de ella estaba devastada.

Jace era pura tentación. Hacía y decía todo lo correcto. Cosas que le llegaban a Bethany al corazón, y peor aún, que le inspiraban lo que ya había dejado de tener una vez. Esperanza.

—Es una larga historia —dijo contra su cuello.

—No voy a irme a ningún lado, nena. Tenemos toda la noche. Estoy aquí. Te escucho.

Dios mío, era demasiado bueno como para ser cierto. Bethany cerró los ojos e inspiró con fuerza para inhalar el olor de Jace. Y luego finalmente se apartó.

—¿Por qué no me dejas que vaya a por una manta? Nos pondremos cómodos en el sofá y nos sentaremos frente al fuego. Tú hablas y yo escucho. ¿De acuerdo?

Ella respiró hondo y acabó cediendo.

—Está bien.

Capítulo

II

Jace la estrechó entre sus brazos y ella se acurrucó en el hueco de su hombro. Colocó la manta sobre ambos y metió los bordes por encima de su cuerpo de forma segura. Cuando terminó la besó en la parte superior de la cabeza y ella supo que ya había llegado la hora.

La hora para desnudar su alma. Para contarle todos sus vergonzosos secretos. Las cosas que la torturaban en sus sueños hasta el día de hoy. Jace hervía de impaciencia —lo había estado haciendo toda la tarde— y aun así estaba haciendo uso de un autocontrol sobresaliente. Estaba más que listo para estrangularla, pero esto no era fácil para ella y quizás él lo sabía.

—Desde que puedo recordar, siempre hemos sido Jacky y yo —comenzó con voz queda.

Jace se tensó.

—¿Quién narices es Jack?

—Mi hermano —dijo sin duda alguna. No era una mentira porque era su hermano. No importaba que compartieran o no progenitores. Jack era su ángel de la guarda y ahora ella era el suyo.

La presión que Jace ejercía sobre ella se aflojó por un brevísimo momento y luego recorrió su brazo con la palma de la mano.

—Nadie nos quería cuando éramos jóvenes, y por eso siempre estábamos yendo de casa de acogida en casa de acogida. Algunas veces nos separaron. Otras estábamos juntos. Mayormente en casas medianamente más grandes. Cuando nos hicimos mayores, nos rebelamos con frecuencia, especialmente si nos iban a mandar a sitios separados. Por eso, nos metíamos en muchos problemas.

Jace la besó en la sien y dejó los labios allí durante un momento para ofrecerle su apoyo en silencio.

Ella ponderó por un momento cuál era la mejor forma de explicar lo peor de su pasado sin entrar en muchos detalles. La historia no era bonita. Y definitivamente no había sido de color de rosa. Lo último que quería Bethany era que Jace sintiera pena de ella, pero necesitaba saber lo suficiente para entender en dónde se estaba metiendo. Justo como él quería. Bethany sabía que él no la iba a querer una vez descubriera todo lo que ella era. Pero al menos viviría una noche más donde podría imaginar que las cosas eran muy diferentes para ella.

La tristeza se apoderó de Bethany y supo que se estaba reflejando en su expresión. Jace le rozó la mejilla con sus nudillos y ella pudo verlos por el raballo del ojo.

—Cuéntame, Bethany. No hará que sea diferente.

Pero ella sabía que sí. Siempre era lo mismo. Y siempre sería igual.

Ella cogió aire y volvió a lanzarse. Mejor terminar con ello rápido. Como el quitarse una venda rápido en vez de hacerlo poco a poco.

—Cuando tenía dieciocho años, tuve un accidente de coche muy feo. Estuve en el hospital durante meses. Me rompí ambas piernas. Era un asco, de verdad. Básicamente, tuve que aprender a andar de nuevo. Recibí terapia y rehabilitación durante mucho tiempo. El dolor era abrumador. Me enganché a los calmantes. Al principio cuando los tomaba era porque no soportaba el dolor y los necesitaba. Pero cuando me los tomaba, todo era mejor. No había dolor. Me hacían sentirme más segura y capaz de enfrentarme al mundo. Hacían que las cosas no parecieran tan malas ni tan desesperantes. Empecé a necesitarlos, no por dolor físico, sino por el mental. Cuando intenté dejarlos, fue horrible.

Un pequeño gruñido se escapó de la garganta de Jace y ella retrajo las lágrimas pestañeando. Por supuesto que no aprobaría su comportamiento. Probablemente estaba disgustado con su debilidad. Jace no parecía el tipo de persona que nunca necesitaba nada ni a nadie. Él era fuerte. Y ella no lo era. Nunca lo había sido.

—Esa fue la razón de los cargos por posesión de drogas —murmuró—. Ya no podía conseguir la prescripción médica por parte de mi médico y el dolor y los efectos psicológicos fueron horribles. No podía lidiar con nada. Así que hice algo estúpido y los compré... ilegalmente. Lo malo es que ni siquiera los usé. Me pillaron en una redada. No tenía la receta médica, así que me arrestaron por tener una sustancia de uso médico. No fue gran cosa, pero sí una lección dura de aprender. Aunque no me cayó mucho encima, sí que me jodió bastante la vida. Es difícil conseguir un trabajo cuando tienes un arresto en tu historial. Nadie quiere contratar a una adicta.

Jace le apretó la mano y ella lo sintió temblar. ¿Furia? Bethany no podía mirarlo. No podría soportar la censura que habría en sus ojos. Ella ya se había torturado lo suficiente durante todos estos años, así que no iba a dejar ahora que nadie más lo hiciera también.

—Dijiste que Ash y yo fuimos tu recaída. Dijiste esa noche que habías hecho un trío antes. ¿Cómo encaja todo eso en la historia? —preguntó Jace con voz queda.

Más vergüenza se instaló sobre sus hombros hasta que los hundió y sus labios se curvaron de abatimiento.

—Nena —dijo Jace con voz dolorosa—. Todo. Quiero que me lo cuentes todo. Nunca volveremos a hablar de esto a menos que tú quieras. Pero necesitas quitarte ese peso de encima. Es como veneno. Y hasta que no te des cuenta de que no me va a hacer cambiar en absoluto, te carcomerá por dentro. Tú siempre te preocupas. Así que ahora sácalo, mándalo a paseo y sigamos hacia adelante, ¿de acuerdo?

Ella asintió, la voz de Jace era como un gruñido en sus oídos. No podía creer

lo que estaba oyendo. Él aún no lo sabía todo. Estaba intentando ser honesta, pero no se sentiría igual cuando hubiera terminado.

—Cuando estuve intentando desengancharme de las pastillas, lo pasé muy mal al intentar cosas muy malas para lidiar con el problema y la dependencia psicológica de las drogas. Utilicé el sexo como un bálsamo, pero nunca funcionaba. Solo hacía que me sintiera peor conmigo misma. Tuve varias parejas por entonces —dijo con pena—. Tríos. Uno a uno. No me importaba mucho. Solo buscaba algo que me aliviara el dolor. Solo necesitaba encontrar un modo de escapar por un rato. Quería que me quisieran. Quería sentirme querida.

Jace la abrazó incluso con más fuerza, estrechándola contra su pecho para que no se pudiera siquiera mover.

—No fui tan estúpida como para no usar condón. Los chicos probablemente estaban preocupados de que les contagiara algo. Yo tenía una reputación, Jace —susurró—. Y no era buena.

Bethany casi se ahogó en las palabras. Odiaba tener que admitir eso. Odiaba tener que ponérselo de esa manera. Pero no iba a mentirle, Jace se merecía saberlo todo. Era un buen tío. Demasiado bueno para ser verdad. No se merecía tener que acarrear con alguien como ella.

—¿Qué demonios está pasando por tu cabeza ahora mismo? —inquirió Jace con una voz que atravesó sus taciturnos pensamientos.

—Te mereces algo mejor.

Jace maldijo con saña.

—Eres honesta. Directa. Normalmente son cosas que me gustan. Joder, me encantan. Aprecio la honestidad y alguien que vaya con la verdad por delante sin preocuparse de las consecuencias. Pero maldita sea, Bethany. «¿Que yo me merezco algo mejor?» ¿De qué narices va eso? ¿Qué pasa con lo que tú te mereces? ¿Alguna vez habías pensado en eso?

Bethany no tenía una respuesta para esa pregunta.

Jace sacudió la cabeza y la sujetó aún más firmemente.

—No me importa lo que te lleve, nena. Vas a verte como yo te veo. Vas a meterte en la cabeza que tú sí que te mereces algo mejor, y yo voy a asegurarme de que lo tengas.

Ella tragó saliva y volvió a retraer las lágrimas. ¿Cómo podía verla como algo? No la conocía.

—¿Qué más? —preguntó Jace—. Suéltalo todo. Llévame hasta donde estás ahora.

—No hay mucho más que contar —murmuró—. Después de los cargos por posesión de drogas y la época del sexo sin ataduras, las cosas simplemente se desintegraron. Fue por mi culpa. Pude haberlo hecho todo mucho mejor. Pude haber sido mucho más responsable. Pero no lo fui y pagué las consecuencias. Nadie quería contratarme y yo no tenía dinero suficiente como para poder ir a

clase y darme la oportunidad de tener una vida mejor gracias a la educación. El accidente se llevó muchos meses de mi vida. Estaba cansada y derrotada. No podía pensar más allá del día siguiente, y mucho menos pensar en lo que podría ser mi vida en un futuro.

—Dios... —murmuró Jace—. ¿Cuántos años tienes ahora?

Ella alzó las cejas.

—¿Tu investigación no te lo ha dicho?

—Dije que sabía muchas cosas, pero no todo —contestó secamente—. Mencionaba las cosas importantes. Tu edad no me importa en lo más mínimo, a menos que me digas que aún eres menor.

El intento de broma la relajó, le inyectó un poquito de ligereza en el pecho.

—Tengo veintitrés —dijo poniendo una mueca mientras pronunciaba esas palabras. Era demasiado mayor para tener que estar comportándose como la hacía. Muy mayor para ser una sin techo, sin educación y sin trabajo.

—Aún una niña —murmuró Jace.

Ella le envió una mirada dura.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Treinta y ocho.

Ella lo miró asombrada. Había quince años de diferencia entre ellos.
¡Quince!

—¿Y Ash? —dijo ahogándose.

—Igual. —De repente su voz sonó entrecortada y no parecía muy contento de que hubiera mencionado a Ash.

—Guau —murmuró ella—. Nunca habría adivinado que tuvieras treinta y ocho. Tienes quince años más que yo.

—¿Y?

Ella parpadeó ante el comentario. Levantó la mirada para ver el desafío en sus ojos.

—¿Te molesta? —preguntó él, aunque su tono sugería que no le importaba mucho si le molestaba o no. Parecía muy decidido y resuelto.

—¿Te molesta a ti? —le devolvió, vacilante—. Seguro que puedes relacionarte con mujeres más sofisticadas. Educadas. Mayores. Mejores.

Jace apretó la mandíbula con tanta fuerza que le sobresalía de su rostro.

—Ahora me estás cabreando.

Bethany suspiró con tristeza.

—No me has respondido a la pregunta. ¿Te molesta? —insistió Jace.

¿Qué podía decirle? Si decía la verdad solo haría que su futuro se sentenciara incluso más. Si decía que le molestaba, a él ni le importaría. O la haría parecer como una asquerosa superficial.

—¿Bethany?

—No —soltó de repente—. No me molesta. La diferencia de edad, me

refiero. Pero eso no quita que podamos hacer esto o que tú debas mezclarte conmigo. No soy buena para ti, Jace. Tienes que verlo. Vivimos en mundos completamente diferentes. Tan diferentes que no puedo siquiera empezar a enumerar las diferencias. Yo nunca me acercaré a tu vida.

—Solo hay un mundo —contestó Jace con la rabia haciéndose patente en su voz—. Vivimos en el mismo mundo, Bethany. Y lo más importante, tú estás ahí. Te veo. Te deseo. Estás justo frente a mí. Si eso no te hace existir en mi maldito mundo, entonces no sé qué lo hace.

Su pulso se aceleró hasta llegar a marearse y a luchar por introducir aire en sus pulmones.

—Ahora que nos hemos quitado todo eso de en medio, me vas a contar, por fin, quién demonios te ha puesto las manos encima y por qué.

Jace sonaba muy enfadado otra vez, solo que ahora ella ya sabía que no era con ella. Estaba furioso, sí. No cabía duda. Había una oscuridad y una rabia en sus ojos que la hacían estremecerse.

Se mordió los labios y apartó la mirada mientras su estómago se volvía a encoger. Jace nunca lo entendería. Hasta ahora había evitado hablar de su relación con Jack, solo había revelado que era su hermano y que eran cercanos. Jace nunca, jamás lo entendería. Ni en un millón de años. No le importaría lo que Jack hubiera hecho por ella o que ella le debiera tanto que haría lo que fuera, lo que fuera, para pagar esa deuda. Incluso ir al infierno y volver.

—Bethany.

Su nombre salió como un gruñido de advertencia. Estaba perdiendo la paciencia, aunque hasta ahora hubiera hecho gala de una muy buena cantidad de la misma. Tenía suerte de que no la hubiera estrangulado todavía. Se había dado cuenta de que él no estaba acostumbrado a que le negaran nada. Él era un hombre que conseguía lo que quería. La gente no le decía que no.

Bethany soltó un suspiro lleno de tristeza.

—¿En qué estás metida? —le preguntó con suavidad.

Ella abrió los ojos rápidamente con el semblante serio e implorante y se dio la vuelta para encontrarse con su mirada.

—No estoy metida en nada.

Su respuesta fue tan vehemente que era obvio que él la aceptó como verdad. Se relajó por un breve instante, pero aún tenía fuego en los ojos.

—Cuéntamelo, Bethany. No me obligues a preguntártelo otra vez.

La autoridad que resonó en su voz hizo que su pulso reaccionara. La fuerza emanaba de él. El corazón de Bethany latió dolorosamente contra su caja torácica y se relamió los labios repetidamente mientras luchaba por encontrar el coraje suficiente para contarle lo último.

—Jack debe dinero —susurró.

Jace entrecerró los ojos al instante.

—¿Perdón?

Ella se aclaró la garganta.

—Jack debe dinero. Lo quieren. Él no puede pagarlo, así que me amenazaron a mí. Dijeron que tenía una semana para conseguirlo.

Bethany lo soltó todo de carrerilla y no dejó que Jace respondiera. Tenía miedo de lo que pudiera decir así que se lanzó precipitadamente y lo soltó rápido. Probablemente estaba siendo incomprensible pero en ese momento no le importaba mucho.

—¡No puedo conseguir esa cantidad de dinero ni en un mes, y mucho menos en una semana! Los trabajos son difíciles de encontrar ahora mismo. Todo el mundo busca trabajos temporales durante las vacaciones y yo no es que tenga el mejor currículum. Se llevaron todo el dinero que tenía y eso era todo lo que me quedaba para comer. Para sobrevivir hasta que consiguiera el siguiente trabajo. No sé qué hacer, Jace. Tengo mucho miedo por Jack

Jace abrió la boca y se la quedó mirando, incrédulo.

—Estás asustada por Jack

Ella asintió.

—Estás asustada por Jack—repitió de nuevo con mayor énfasis.

Ella volvió a asentir.

—Joder. Esos capullos fueron a por ti. Te hicieron daño. ¡Te amenazaron! Y tú tienes miedo por Jack

—Sí—susurró.

Jace explotó en una letanía de maldiciones y palabrotas con tanto ímpetu que logró que ella se avergonzara. Él se giró y la dejó a ella más libre en el sofá mientras él se sentaba hacia delante con las manos en el regazo.

—Maldito capullo—soltó—. ¿Se te ha ocurrido alguna vez preocuparte solo por ti misma?

Ella tragó saliva y asintió.

—Después de hoy, sí.

Jace volvió a girarse rápidamente hacia ella. Sus ojos brillaban llenos de ira.

—Lo que quiero saber es cómo supieron de tu existencia—le preguntó con un tono de voz suave pero a la vez furioso.

Era una pregunta que Bethany se había hecho repetidas veces desde que la habían tirado al suelo, le habían robado el dinero y pegado en las costillas. ¿Por qué habían venido tras ella? ¿Cómo sabían siquiera de su existencia?

Jack no... Bethany sacudió la cabeza, porque estaba siendo estúpida. ¿Cómo si no lo hubieran sabido? ¿Cómo habrían sabido dónde encontrarla? Jack se lo tenía que haber dicho a alguien. Y eso le rompía el corazón.

—Cuéntame lo que pasó, Bethany—insistió Jace mucho más suavemente. La estaba abrazando otra vez. Se encontraba pegada a su pecho, envuelta entre sus brazos. Tenía los labios rozando su cabello y su tono de voz era suave e

infinitamente más tierno.

Bethany cerró los ojos y dejó que las cálidas lágrimas mojaran la camisa de Jace.

—Sabían cómo encontrarme —dijo ahogadamente—. No sé cómo. —Mentirosa, sí que lo sabía. Era la primera mentira que le contaba a Jace, pero de alguna forma el admitir la verdad hacía que fuera irrevocablemente más real.

Y no podía lidiar con ello ahora mismo. La negación resultaba más soportable.

—Me tiraron al suelo. Así es como me hice las heridas y los cortes. Me dijeron que tenía una semana para conseguir el dinero que Jack les debía. Luego me robaron el poco dinero que tenía en el bolsillo. Se fueron y dijeron que me buscarían en una semana y que no había lugar alguno en el que pudiera esconderme de ellos. Me dijeron que me encontrarían de una forma u otra.

—Cabrones —soltó Jace—. Asquerosos cobardes hijos de puta. Ir tras una mujer indefensa en vez de tras el gilipollas que les cogió prestado el dinero en un principio. Y Jack lo permitió.

Ella se tensó, preparada para defender a Jack, pero Jace la sujetó con mayor fuerza. Una advertencia para que se quedara callada.

—Ni siquiera lo intentes, nena —su tono era helado. Tan lleno de fuerza que ella obedeció al instante—. No te atrevas a defenderlo cuando ha hecho lo indefendible.

Bethany se hundió en su pecho y cerró los ojos una vez más. Giró el rostro y se agarró a él con ambas manos.

—¿Cuánto dinero debe? —exigió Jace.

Ella se separó lo suficiente para que sus palabras no sonaran distorsionadas.

—C... c... cinco mil dólares. —Como si hubiera sido un millón. Cinco mil dólares era una cantidad tan imposible de conseguir como lo eran diez millones de dólares—. Pensé en intentar traficar —dijo casi ahogándose al pronunciar las palabras—. He visto a otros hacerlo y sacan bastante dinero. Sin embargo, yo solo tengo una semana, así que necesitaría trabajar duro. Quizás tiendas ahora por qué no me puedo mudar al apartamento de tu hermana.

—Oh, ni de coña.

Jace explotó, su cuerpo de repente latía de la tensión. Se sentó completamente erguido y la acomodó hacia él. La apartó de su cuerpo un momento para que pudiera mirarlo a los ojos. Estaba enfadado. De hecho, muy enfadado. Se le enrojeció el rostro y tenía los labios blancos de apretarlos con tanta fuerza.

—Tú has acabado. Lo has dejado. No vas a volver a poner un pie en la calle otra vez. Has perdido la cabeza si piensas que voy a permitir que te vayas con esos capullos acechándote.

Bethany sintió cómo la sangre abandonaba su rostro.

—Le harán daño a Jack. No puedo dejar que eso ocurra, Jace.

—Tú déjame a Jack—soltó mordazmente.

Ella sacudió la cabeza, la histeria se estaba apoderando de ella. La situación se estaba descontrolando muy rápidamente y tenía que ponerle fin. Se puso de pie antes de que Jace pudiera volver a sentarla en el sofá y retrocedió varios pasos para que no pudiera tocarla.

—Tengo que irme —soltó de repente—. Gracias. Por todo.

Y luego dio media vuelta y salió corriendo rezando por que las puertas del ascensor se abrieran de inmediato.

Capítulo

12

Jace se lanzó a por Bethany, pero la joven se le escapó de las manos en una carrera loca y errática hasta el ascensor. La maldita mujer no tenía siquiera los zapatos puestos. ¿Adónde pensaba que iba?

La puerta del ascensor se abrió al instante y él se apresuró hacia delante con el brazo estirado para prevenir que se volviera a cerrar. Se le escapó por cinco centímetros.

Quería darse de golpes en la cabeza contra la maldita pared. Pero en cambio cogió el teléfono y llamó a la portería.

—Soy Jace Crestwell —informó con calma—. Una mujer está bajando en el ascensor. No lleva zapatos. No la deje salir del edificio bajo ninguna circunstancia. Bajaré tan pronto como el ascensor vuelva a llegar a mi planta.

—Sí, señor —respondió el portero tajantemente.

Satisfecho porque Bethany no se iba a escapar, pulsó el botón de llamada al ascensor con fuerza y esperó a que este volviera a subir. Mientras lo hacía, procesó todo lo que Bethany le había contado.

Estaba enfrentándose a una difícil batalla. Bethany no pensaba que fuera merecedora de él, lo cual tenía gracia. Él tampoco era un santo. Tanto él como Ash se habían follado a medio Manhattan y por ninguna otra razón más que porque querían hacerlo.

¿Cómo demonios podía juzgar a Bethany por usar el sexo como mecanismo de evasión cuando él esencialmente había hecho lo mismo? Y Bethany había tenido una vida mucho más dura que él. Ella al menos tenía una excusa. Jace no podía decir lo mismo.

Las puertas del ascensor se abrieron y Jace se precipitó al interior mientras presionaba con ímpetu repetidas veces con el pulgar el botón de la planta baja.

La situación con Jack era más complicada, pero no insuperable. Todo lo que tenía que hacer era mantener a Bethany fuera del asunto y asegurarse de que estaba a salvo. Tendría que pasar por encima de su cadáver si quería ir a salvar al maldito Jack. Ella no lo había dicho, no lo había admitido, pero Jace había visto la verdad en sus ojos. Esa aplastante tristeza que acompañaba a la comprensión de que había sido traicionada por alguien a quien amaba y en quien confiaba.

Jack la había lanzado a los lobos. El capullo la había usado como garantía para un dinero que no tenía intención de devolver. Jace se vio asediado por la urgencia de querer ir tras ese imbécil y tomarse la justicia por su propia mano, literalmente.

Cuando el ascensor llegó por fin a la primera planta, Jace se apresuró a salir y miró a derecha e izquierda en busca de Bethany. Para su alivio, la joven estaba sentada en un rincón del vestíbulo con el portero y el guardia de seguridad

flanqueándola.

Una sonrisa se dibujó extrañamente en sus labios cuando vio que tenía en las manos una taza de café y que el portero había entablado conversación con ella. Como si ver a una mujer descalza deseando salir de un edificio en pleno invierno fuera una ocurrencia diaria.

Los ojos de Bethany cayeron sobre él cuando lo vio acercarse y el miedo se instaló en esos brillantes ojos azules. Jace sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en las entrañas. Le tenía miedo.

—Bethany —dijo con calma—. Volvamos arriba y dejemos que estos dos caballeros sigan con su trabajo.

Luego se dirigió a los dos hombres y dijo:

—Gracias por cuidar de mi Bethany. No quería que saliera fuera con el frío que hace tal y como va vestida.

—No, por supuesto que no, señor —dijo el portero vigorosamente. Luego sonrió cálidamente a Bethany—. Fue un placer conocerla, señorita Willis. Espero volver a verla pronto. Si alguna vez necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Gracias, Roger —contestó con una sonrisa.

Jace levantó una ceja. Él había vivido aquí durante un tiempo y nunca había tenido la ocasión de conocer el nombre del portero. Se sintió avergonzado de ese hecho teniendo en cuenta que ella había averiguado el nombre de Roger en menos de cinco minutos.

El guardia de seguridad asintió cortésmente a Jace y luego sonrió en dirección a Bethany antes de volver a su puesto de trabajo. Bethany suspiró, se puso de pie y le entregó la taza a Roger.

—Gracias —le dijo de nuevo—. Fue estúpido por mi parte. Gracias por pararme y ser tan amable.

Jace cogió la mano de Bethany y tiró de ella hasta llevarla al ascensor. No dijo nada más durante todo el trayecto hasta el ático. Solo la acercó a él y la mantuvo bien cerca de su costado. Le gustaba sentirla junto a él, tan suave y maleable. Un complemento perfecto para su propio cuerpo, que era mucho más duro.

Pero luego frunció el ceño cuando se dio cuenta de que era dócil porque estaba... derrotada.

Oh, ni hablar. Bethany no iba a volver a su apartamento como un cachorrito maltratado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, le levantó el mentón para forzarla a mirarlo a los ojos.

—Vas a entrar en el apartamento con la cabeza bien alta y los hombros echados hacia atrás —le dijo—. No derrotada ni asustada. Esta es tu casa. Tu santuario. Este es el único lugar, más que ningún otro, donde estás

completamente a salvo del mundo exterior. De cualquier juicio y de que te hagan daño. ¿Lo entiendes?

Ella se lo quedó mirando durante un rato, sus ojos estaban serios y pensativos. Pero lo que más le dolió a Jace fue que por un breve instante la esperanza se hizo eco en ellos y rápidamente después desapareció. Como si fuera un concepto tan extraño para ella que no se permitía experimentarlo.

Entonces finalmente asintió y susurró:

—Lo entiendo.

Jace la besó en la frente y la sintió temblar.

—No, no lo entiendes, nena. Pero lo harás. Te lo prometo.

Tiró de ella hasta el apartamento y dejó que las puertas del ascensor se cerraran detrás de ellos. Bethany parecía cansada tanto física como emocionalmente. Era relativamente temprano según sus estándares, pero en ese momento no podía pensar en nada que le gustara más que llevársela a la cama y dejarla dormir en sus brazos. Quería que se sintiera protegida. Segura. Y más importante aún, querida. Como si ella de verdad importara.

Bethany no tenía ninguna experiencia en ninguna de esas cosas, y era más que evidente en esos dolorosos recuerdos que tenía de su infancia y de sus años adultos. Jace no podría cambiar su pasado, pero podía asegurarse de cambiar su presente y alterar el curso de su futuro.

—Vayámonos a la cama. Estás agotada —dició Jace.

Ella levantó la mirada nerviosamente hasta la de él. Tenía los ojos muy abiertos, lo que le daba una apariencia torturada. Estaba demasiado delgada pero su belleza... brillaba como un haz de luz. Había algo en su rostro y en sus ojos que era irresistible. Jace no podía explicar por qué se había sentido tan inexorablemente atraído hacia ella esa primera noche que la había visto al otro lado de la sala en la fiesta de Mía, pero había sabido incluso entonces que ella era suya.

—Nena, no voy a lanzarme sobre ti —murmuró.

Jace le cogió las manos y le acarició las palmas con sus pulgares con movimientos suaves y circulares.

Bethany tragó saliva y luego asintió.

—Estoy cansada.

—Estás agotada —repitió él.

Aún con las manos entre las suyas, Jace la guio hasta su dormitorio y una vez allí, cerró la puerta a sus espaldas. Luego se giró y cogió el borde de la camiseta de Bethany y comenzó a levantársela para quitársela por la cabeza.

Ella le sujetó el brazo con los ojos llenos de alarma.

Jace esperó un momento y la miró intensamente a los ojos.

—Nena, en esa cama no habrá nada que nos separe. Ni la ropa, ni barreras, ni nada. Dije que no iba a lanzarme sobre ti, y es cierto. No te voy a mentir. Pero

no vas a llevar nada de ropa puesta. Además del hecho de que no te hacen justicia, cada vez que duermas en mi cama estarás desnuda.

—Me entrará frío —contestó ella frunciendo el ceño.

Él sonrió ante la rápida excusa y el intento de mantener esa barrera entre ellos. Ella aprendería dentro de poco que él no permitiría que hubiera ninguna barrera entre ellos.

—Yo te mantendré caliente.

Bethany se mordió el labio con consternación y luego suspiró mientras bajaba el brazo en señal de rendición.

—Recuerda —continuó suavemente—. No entras aquí derrotada y abatida. Mantén la cabeza bien alta. Que te sometas a mí no significa que seas nada menos. Yo soy un capullo controlador. No hay duda sobre ello. Pero lo último que quiero es que seas una marioneta sin cerebro.

La confusión nubló sus preciosos ojos azules.

—Supongo que no entiendo nada de esto. Estoy confundida, Jace. Esto me resulta muy... abrumador.

Él la besó en la nariz y lentamente tiró de la camiseta hacia arriba.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Quiero que confíes en mí. Mientras seas capaz de hacer eso, todo irá bien. Yo cuidaré de ti y nunca haré nada que te pueda abrumar.

—¡Pero acabo de decir que lo estoy! —protestó.

Jace sonrió y terminó de quitarle la camiseta, dejando así sus pechos —y sus moratones— a la vista.

—Solo quiero tenerte desnuda. Abrumador sería que te fuera a follar esta noche. Eso ya vendrá mañana. Hoy es para que te adaptes a estar aquí.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Y no consideras que eso sea abrumador?

—No.

—Claramente tú y yo tenemos opiniones diferentes sobre lo que significa abrumador —murmuró Bethany.

—Así me gusta —dijo él con satisfacción.

Ella levantó una ceja mientras él comenzaba a bajarle la cremallera de los vaqueros.

—Que seas atrevida. Tienes fuego dentro, Bethany. No lo has perdido. Eres inmensamente perfecta para mí.

—Estás loco —murmuró otra vez—. O quizás yo soy la loca.

—Mientras estemos juntos, me parece bien.

Bethany lanzó las manos al aire mientras él le bajaba los pantalones por sus piernas.

—Siempre te sales con la tuya de verdad, ¿no es así?

Él sonrió otra vez y la ayudó a quitarse los pantalones.

—Ya te lo dije. Nada que merezca la pena va a ser fácil, nena. Y las cosas no se consiguen sin luchar por ellas —se inclinó hacia delante y rozó el moratón de las costillas con los labios—. Te lo advierto. Voy a luchar por tí y no tengo ninguna intención de perder.

Cuando volvió a levantar la cabeza, vio cómo la esperanza brillaba de nuevo en sus ojos, aunque esta vez sí se quedó ahí. Lo estaba mirando con asombro y con todo el cuerpo temblándole. Pudo ver entonces que por fin estaba calando en ella que esto era real y que él iba completamente en serio.

—Quítate la ropa interior —le ordenó.

Esta vez ella no opuso resistencia. Hubo un breve instante de vacilación cuando deslizó los pulgares por debajo del borde de la sedosa tela, pero un momento después las braguitas cayeron al suelo y ella las apartó con los dedos del pie.

—Sube a la cama y espérame ahí —dijo con voz suave pero firme—. Voy a ducharme y vengo. Ponte cómoda. Ah, y... ¿Bethany?

Ella alzó la mirada para encontrarse con la suya como respuesta a su llamada.

—No intentes ir a ninguna parte. He bloqueado el ascensor e incluso si te las ingeniaras para llegar abajo, no te dejarán salir sin mí.

—¿Soy una prisionera entonces? —preguntó con voz ronca.

Jace sonrió.

—Nunca. Pero haré lo que tenga que hacer para garantizar tu seguridad. Incluso si significa que me tenga que asegurar de que no te vas mientras estoy en la ducha. Ahora métete en la cama para que no cojas frío. Ajustaré la calefacción.

Dejándola ahí de pie, Jace se dirigió al cuarto de baño y abrió el agua de la ducha. Le estaba dando tiempo para entrar en la cama ella sola y unos pocos minutos para que se tranquilizara a propósito antes de que él se le uniera.

Iba a necesitar mucha paciencia, mucha más de la que estaba acostumbrado a darle a una mujer. Antes, si esta no estaba completamente metida en el tema, cortaba el contacto con rapidez. Él sabía lo que quería y no tenía ningún deseo de liarse con una mujer que no le daba exactamente lo que él pedía.

Bethany también iba a requerir mano firme, y eso a él no le importaba lo más mínimo. Se deleitaba en el pensamiento de cuidar de ella, y la joven terminaría por aprender lo que él esperaba de ella, y Jace disfrutaría de cada minuto que le otorgara su protección y cuidado. Y con el tiempo ella también lo haría.

Había cosas de las que tenía que ocuparse. Mentalmente repasó la lista mientras se duchaba rápidamente. La seguridad era su prioridad máxima. No podía permitir tener a Bethany desprotegida cuando esos cabrones no tenían ningún reparo en ir tras ella por el dinero que Jack les debía.

Y también necesitaba ropa y zapatos. Estaba el problema del apartamento de Mia, aunque Jace sabía que iba a pasar muy poco tiempo allí. Estaba tentado de instalarla en su apartamento, pero no quería abrumarla tanto desde el principio.

Bethany necesitaba tener cierta independencia antes de que Jace tomara el control por completo, aunque ya de por sí controlara todos los aspectos de esa independencia. Era un poco retorcido —bueno, vale, muy retorcido— pero él quería que Bethany volviera a recuperar su confianza. Que tuviera al menos la percepción de tomar sus propias decisiones aunque estas fueran en un ambiente completamente seguro.

Tendría su propio espacio. Tendrían citas. La ducharía con afecto. Pasarían tiempo juntos, y, al final, cuando ella estuviera más segura de cuál era su papel en la vida de Jace, la trasladaría a su apartamento. ¿A partir de ahí? Ni idea, eso era lo más lejos que había llegado. Y él sabía que hasta ese día en el que ella viviera con él no se iba a quedar tranquilo.

Hasta entonces tenía que asegurarse de que los problemas de Bethany desaparecieran. Frunció el ceño mientras salía de la ducha para secarse. Jack era un gran problema. Ella sentía mucha lealtad hacia él y ese tipo no era nada bueno. No podía permitir que Jack interfiriera en su vida y que la pusiera en peligro, lo que significaba que Jace tendría que romper esa dependencia. Y eso a Bethany no le iba a gustar.

Sin molestarse en vestirse, se enrolló una toalla en las caderas y salió del cuarto de baño.

Su mirada se suavizó y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio que ella ya estaba dormida profundamente. Tenía la cabeza apoyada en la almohada, o mejor dicho, en medio de todo el montón de almohadas y estaba bien acurrucada bajo las mantas. Estas le llegaban hasta la barbilla y las pestañas descansaban delicadamente sobre sus mejillas.

La imagen que tenía frente a él era perfecta. Bethany pertenecía a su cama. Nunca se había sentido tan satisfecho por el hecho de que una mujer estuviera en su cama. Esto estaba bien, ella era lo que necesitaba.

Dejó que la toalla cayera al suelo y luego cuidadosamente apartó las mantas lo suficiente para poder deslizarse dentro. Ella se removió ligeramente y dejó escapar un sonido adormilado que rozó agradablemente sus oídos. Jace la atrajo hacia él, la rodeó con sus brazos y luego recolóca su cabeza sobre su hombro.

Pasó una pierna por encima de las de ella para que estuviera completamente pegada a él y luego, y solo entonces, se relajó y se quedó dormido abrazado a ella.

Capítulo

13

Bethany se despertó junto al cuerpo duro de un hombre que la tenía completamente rodeada. Por un momento se asustó mientras intentaba recuperar su sentido de la orientación. Estaba desorientada y no pudo reconocer de inmediato el lugar donde se encontraba. Luego, cuando sus párpados se abrieron, se encontró con los ojos de Jace observándola mientras despertaba y todo lo que había pasado el día anterior volvió a ella de golpe.

Ella se lo quedó mirando sin decir nada, abrumada por el hecho de que Jace se hubiera afeitado de su vida sin más, y por lo mucho que esta había cambiado en menos de veinticuatro horas. No podía siquiera entenderlo todo. Parecía tan... surrealista, y aun así lo recibía con los brazos abiertos.

Aunque sabía que debería resistirse, una gran parte de ella estaba aliviada. Había estado sola, valiéndose por sí misma y viviendo una existencia espartana a duras penas durante tanto tiempo que tener ahora a un hombre haciéndole todas esas promesas de cuidarla y protegerla la hacía marearse. Y la tentaba también.

Su vida no era mucho, pero era a lo que estaba acostumbrada. ¿Cómo se suponía que iba a ajustarse al mundo donde Jace vivía?

Sí, él había insistido mucho en que vivían en el mismo mundo, pero ella no iba a caer en esa trampa. Ambos podrían ocupar el mismo universo pero su vida era tan diferente a la de ella que no podía siquiera concebir las diferencias. Él tenía riqueza y poder. Su vida estaba bien ordenada y tenía unos estándares más exigentes. ¿Qué demonios quería tener con ella? ¿Por qué narices la quería? No tenía ningún sentido para ella. Desafiaba toda lógica.

—¿Qué estás pensando? —murmuró.

—Que no tengo ni idea de por qué estás tan decidido a involucrarte en mis problemas —susurró—. No entiendo por qué un hombre como tú querría tener algo que ver conmigo. Es una locura, Jace. No puedo entenderlo. Nada. Es como un extraño giro en la historia de Cenicienta, solo que para chicas como yo no hay finales felices ni se comen perdicés.

—Estoy empezando a arrepentirme de cada vez que te pregunto en qué estás pensando —gruñó—. Eres demasiado honesta. Creía que iba más en la línea de que pensaras lo guapo que soy. O quizá que te has despertado fantaseando con que te follara mientras aún estabas medio dormida. Eso otro que estabas pensando es un sinsentido, y te juro que aunque me lleve una eternidad, voy a sacarte esas tonterías de la cabeza.

Ella esbozó una sonrisa y se relajó sobre la almohada. Sus ojos brillaron cuando se rió y su abrazo se reafirmó a su alrededor.

—Dios, tienes una risa preciosa —le dijo con voz ronca—. Y tu sonrisa... me quita la respiración.

El cuerpo de Bethany reaccionó ante la mirada que llevaba pintada en su rostro.

—No puedes hablarme así —dijo en voz baja—. Nadie dice esas cosas de una mujer que acaba de conocer. Es una locura.

—Acabo de hacerlo. Y planeo seguir diciéndotelo hasta que te creas cada palabra.

Ella sacudió la cabeza en un intento de sacar de su mente toda confusión. En cualquier momento se despertaría en el centro de acogida y todo eso habría sido solo un sueño.

—Eres real —susurró.

Él rodó en la cama y se colocó encima del cuerpo de ella para poder mirarla directamente a los ojos. Su cuerpo se ajustó al de ella y lo cubrió al mismo tiempo que las sábanas se quedaban arrugadas en sus caderas. Manióbró hasta que los muslos de Bethany se abrieron y ella pudiera sentir la enorme erección que asomaba justo entre las piernas.

—Soy real, nena. Esto es real. Somos reales. Cuanto antes lo aceptes, antes podremos seguir adelante y podrás ser feliz. Quiero que seas feliz. Quiero que estés contenta. Que no vuelvas a pasar frío. Que no te preocupes por la siguiente comida. Y, sobre todo, quiero que sepas sin ninguna duda que puedes confiar en mí. Yo te cubro las espaldas. Y el frente. Y los costados. Te tengo enterita y no te voy a dejar ir.

—¿Cómo puedes quererme después de lo que te dije anoche? —susurró.

Él se inclinó para besarla y ajustó su cuerpo al de ella con más intensidad. Alargó una mano por debajo de la almohada y sacó un condón. Ella lo observó, en estado de conmoción, mientras este alzaba su cuerpo tras rasgar el envoltorio con los dientes y se colocaba la goma de látex. Todo ocurrió tan rápido, con tanta destreza que todo lo que ella pudo hacer fue jadear cuando él se introdujo en su interior por completo.

Luego se paró, aún seguía mirándola directamente a los ojos con los suyos extrañamente tiernos.

—Todo lo que sé es que cuando te vi desde el otro lado del salón esa noche en la fiesta, todo cambió para mí. Hubo un reconocimiento instantáneo. No, no sabía nada de ti entonces, pero lo que sí sabía era que ibas a ser mía. Y con respecto a esa tontería de no quererte después de haberme contado tu pasado, bueno, es simplemente eso. Una tontería. Todos cometemos errores, nena. Nadie es perfecto. Yo no lo soy. Tú no lo eres. Sería aburrido a más no poder si ese fuera el caso.

Las lágrimas se acumularon en el lagrimal de Bethany y él la besó en los rabillos de los ojos antes de que pudiera soltar alguna.

—No llores, Bethany. No en nuestra cama. No cuando estoy dentro de ti. Quiero que bloques todo lo que no tenga nada que ver conmigo y contigo y lo

que te hago sentir. Olvídate de todo menos de esto.

Jace se retiró y luego volvió a hundirse en ella con delicadeza.

Su voz cambió, se volvió más seria, pero su mirada nunca abandonó la suya.

—No estoy diciendo que vaya a ser fácil. Yo cometeré errores. Tú cometerás errores, sobre todo por las mismas diferencias que dices que hay entre nosotros. Soy consciente de que te llevará tiempo cambiar el chip y quitarte de la cabeza que no eres suficiente para mí. Me cabrea, pero sé que no puedes cambiar toda una vida entera de verte como te ves de la noche a la mañana. Pero voy a trabajar en ello y te voy a derrotar por insistente, así que ya estás avisada. Soy un cabrón persistente y nunca me alejo de algo que quiero, ya sea en los negocios o en mi vida personal.

Ella alargó los brazos hacia arriba para rodearle el cuello y luego lo atrajo hacia ella para besarlo en los labios. Jace pareció sorprendido ante el gesto tan repentino pero dejó que ejerciera el control.

—Cállate y bésame —susurró contra su boca.

Él sonrió pegado a sus labios.

—Eso sí que puedo hacerlo, nena.

Se callaron cuando sus lenguas se entrelazaron y colisionaron, enredándose hasta que a Bethany le faltaba el aliento y comenzó a jadear. Jace soltó un leve gemido en la garganta y pasó los brazos por debajo del cuerpo de ella para poder tenerla más pegada a él.

Arqueaba las caderas con fluidez mientras deslizaba su erección dentro y fuera de ella hasta que Bethany estuvo más que mareada de placer. Él estaba muy cerca. No había parte de ella que no estuviera tocando de alguna manera. Su cuerpo estaba pegado al suyo, Bethany podía sentir cada sacudida, cada vez que los músculos de Jace se tensaban y se agarrotaban por el esfuerzo de sus movimientos.

Cuando él separó la boca de la suya y comenzó a dejar un reguero de besos por su mandíbula y luego por el cuello, Bethany se dio cuenta de que esto no era ni de lejos como el sexo sin ataduras que había experimentado. No había nada mínimamente sucio o falto de emoción en lo que estaban haciendo.

No era siquiera como el trío que había tenido con Jace y Ash.

Por primera vez en su vida estaba haciendo el amor.

Y sonaba absurdo. Sonaba cursi y romántico y otro montón de palabras que se le escapaban. La hacía sonar como una imbécil que no era capaz de separar las emociones del sexo.

Pero la simple verdad era que los únicos sentimientos que había experimentado previamente eran de vergüenza, de odio a sí misma, de desesperanza...

No sabía cómo procesar el bombardeo de emociones que Jace evocaba en ella. Estaba abrumada y no de la forma en que había mencionado el día anterior.

Él la rodeaba, la tocaba, la llenaba. Llenaba lugares que habían estado demacrados y dolientes durante mucho tiempo. Él llegaba hasta su mismísimo corazón y repartía cariño y felicidad.

Bethany lo abrazó y lo acercó más a ella. No quería que estuvieran separados ni un centímetro. Se colgó de él mientras este se enterraba en su interior con mayor profundidad y con mucha más fuerza hasta penetrarle el alma.

¿Abrumador? Totalmente. Todo lo que tuviera que ver con Jace removía los cimientos de su existencia. Le había cambiado radicalmente la vida en cuestión de horas y aun así no tenía miedo. Quizás debería tenerlo. Estaba en su cama otra vez, tras unas pocas horas de haber vuelto con él, y aun así no sentía que fuera algo malo. No sentía que fuera sucio. ¿Y no era eso lo que de verdad era importante?

—Nena.

La tierna voz de Jace la sacó de sus dispersos pensamientos.

—Mírame, nena.

Ella abrió los ojos y lo vio mirarla fijamente. Había preocupación en su expresión y una mirada de ternura que combinaba con el tono de su voz.

—¿Estás bien?

Ella simplemente asintió, no confiaba en su voz para responder.

—¿Estás segura?

Asintió otra vez y lo abrazó con más fuerza.

—Bésame.

—Nunca tendrás que pedirme eso.

Él la besó con fuerza, con posesividad. Bethany se estremeció y arqueó su cuerpo; ella solo quería estar más cerca de él.

—¿Cuán cerca estás?—susurró.

—Casi estoy —le contestó ella.

—Dime lo que necesitas para llegar.

—Tú —dijo—. Solo tú.

Los ojos de Jace brillaron y este apretó la mandíbula. Y entonces la volvió a besar otra vez con más fuerza y con más pasión hasta que ella estuvo respirando su aire y él el de ella.

Estaban encajados tan fuertemente que Bethany no sabía siquiera cómo se las había apañado para seguir penetrándola. Su orgasmo se fue formando poco a poco y con intensidad. Con tanta intensidad que sentía como si la estuvieran retorciendo.

Fue aterrador y enorme, abrumador de la mejor de las maneras. A esto no le tenía miedo. No esta vez. Lo sentía tan bien y tan perfecto... A lo mejor eso debería asustarla también. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sin importar lo ridículo que sonara, confiaba en él. Confiaba en que cuidaría de ella. Sin importar el que en realidad no lo conociera. Que solo habían estado juntos dos

veces y por cuestión de horas. Ella sabía que no haría nada que le hiciera daño. Simplemente lo sabía.

—Confío en ti —susurró.

Bethany le tenía que dar eso. Sabía lo importante que era. Él quería su confianza y al mismo tiempo reconocía que le iba a llevar tiempo. Pero quería dársela ahora porque él ya le estaba dando mucho y eso era lo único que ella podía darle a cambio. Nada más. No había nada que le pudiera dar que él no tuviera ya. Excepto ella misma. No era suficiente pero era lo que él quería —lo que él había dicho que quería— y era lo único que tenía para darle.

—Ah, nena —gimió—. Haces que me deshaga.

Jace comenzó a moverse más rápido y con más fuerza. Era como si sus palabras lo hubieran lanzado por el borde de un precipicio. Su control había desaparecido y ella se deleitó en la ferocidad de su posesión.

Bethany se hizo agua a su alrededor por lo que Jace se movía con mucha más facilidad, embistiéndola hasta que ella jadeaba debido a la profundidad de su invasión.

Luego ella comenzó a revolverse. Todo a lo que se había aferrado con tanta fuerza durante tanto tiempo empezó a aflojarse.

Era demasiado. Él le había dicho que se deshacía con ella, pero en realidad ella era la que se estaba deshaciendo por completo.

Bethany lo apretó en su interior; no quería que la abandonara. Quería vivir para siempre en este momento donde nada podía tocarla, donde nada más importaba. Era tan fácil olvidarse de su vida y de sus circunstancias... Porque en sus brazos ella era fuerte. Era digna.

Jadeando su nombre, Bethany cerró los ojos para reprimir la repentina riada de lágrimas, pero incluso entonces las sintió deslizarse, vehementes, por sus mejillas. Nunca había estado tan devastada por un orgasmo, y parecía una palabra un tanto suave, incapaz de describir lo que estaba ocurriendo completamente.

El mundo se volvió borroso a su alrededor. Todo lo que podía sentir era a él en su interior. Su boca sobre su piel. Su miembro enterrado en su cuerpo. Dos mitades de un todo.

Bethany se quedó como flotando. Parecía que su cuerpo no pesaba y que su mente se iba completamente a la deriva. No estaba siquiera segura de estar consciente.

Y entonces se percató del peso de Jace sobre ella. Estaba flácido y su pecho se movía arriba y abajo con bastante esfuerzo, pero lo sentía tan bien... tan sólido encima de ella. No quería que se moviera nunca.

Posó sus labios sobre el hueco que formaba su clavícula y saboreó la conexión. Saboreó la sensación de ser querida. De ser preciada y cuidada a un nivel emocional.

Él se movió y ella comenzó a protestar, pero entonces captó la expresión de su rostro y paró. Jace se levantó lo suficiente para llevar una mano al rostro de Bethany y ella se dio cuenta de que sus mejillas estaban húmedas debido a las lágrimas.

—Eh —dijo con gentileza—. ¿Qué es esto?

Bethany se avergonzó de su reacción. ¿Cómo podía explicar la enormidad de este sentimiento? Intentó apartar la mirada, pero él no la dejó. Bajó la mirada y comenzó a borrar el rastro mojado de su piel a besos, luego alzó la cabeza y la volvió a mirar directamente a los ojos otra vez.

—¿Bethany?

Había preocupación en su voz, que la hizo sentirse aún más estúpida si cabía.

—Estoy bien —dijo ahogadamente.

—¿Seguro?

—Nunca he estado mejor —dijo suavemente.

Él pareció entender entonces. Sonrió y la volvió a besar.

—Deja que me quite el condón y luego podemos hablar —dijo.

Alarmada, ella permitió que se incorporara y esperó a que tirara el condón. Luego volvió a la cama y la cogió para pegarla contra su costado.

Le acarició el pelo en silencio mientras la abrazaba.

—No quiero que nada nos separe —pronunció finalmente.

Sin entender por completo a qué se refería, ella se quedó callada mientras esperaba.

—Necesitamos pedir cita con el médico para que te puedas hacer pruebas y luego también empezar con algún método anticonceptivo. No quiero ponerme condones. No quiero ninguna barrera entre nosotros. Por supuesto seguiré usándolos hasta que sea seguro, pero eres mía y quiero total acceso a ti. En todos los sentidos. ¿Estás de acuerdo?

Aunque ya lo sabía —él se lo había dejado más que claro— el escuchar que tenía toda la intención de tener sexo con ella regularmente la asombró. Todo sonaba tan... permanente, y ella sabía que la relación entre ellos podía ser de todo menos eso.

—¿Nena? Háblame. Estás demasiado callada. ¿Estás asustada? ¿Estoy yendo muy deprisa?

Ella casi se rio. ¿Ahora se preocupaba por ir demasiado deprisa? Bethany no sabía siquiera si él tenía algún concepto de lo que era ir deprisa.

—No tengo ningún problema con lo del método anticonceptivo. Pero, Jace, tenemos que hablar.

Él la besó y la silenció en el proceso.

—No tenemos que hablar de nada más que de conseguirte lo que necesitas. Lo que necesitamos —se corrigió—. Es un hecho que vas a estar en mi cama, y terminarás viviendo en mi apartamento. Voy a intentar darte tu espacio para que

te adaptes. No quiero abrumarte pero tienes que saber que voy en serio con esto. Y voy a rebatir cada pega que pongas que empiece con que no puedes estar conmigo.

—Guau —dijo en voz baja.

—¿Algo más que añadir? —preguntó con la diversión haciéndose eco en su voz.

—Supongo que no —murmuró.

—Bien. Entonces desayunemos y luego te llevaré de compras.

—Pero Jace, ¿y qué pasa con tu trabajo? No puedes simplemente saltártelo para ir de compras conmigo por capricho.

—Ser el jefe tiene sus ventajas —dijo con suficiencia—. Una de ellas es que puedo tomarme algunas horas libres. No es que me vayan a despedir.

—Entonces, de acuerdo.

Jace le dio una palmada en el trasero y luego se levantó de la cama, dejándola ahí tumbada sobre un costado.

—Voy a ducharme rápido y luego puedes adueñarte del cuarto de baño mientras preparo el desayuno. ¿Suena bien?

Ella asintió, incapaz de mantener la sonrisa escondida por más tiempo.

Él se la devolvió y los ojos se le iluminaron.

—Tienes que hacer eso más a menudo, y si me salgo con la mía, lo harás.

Ella frunció el ceño, confusa.

—¿Hacer el qué?

—Sonreír.

Capítulo

14

Ir de compras con Jace fue una experiencia agotadora, excitante y completamente desconcertante. Él barriá las tiendas y las boutiques como un hombre con una misión de vida o muerte y era preciso en sus requisitos. Se le pasó a Bethany por la cabeza que tenía mucha experiencia en comprar ropa de mujer y no terminaron de gustarle los celos que la invadieron. Hasta que Jace comentó irónicamente que había acompañado a su hermana pequeña en incontables salidas de compras a lo largo de los años.

Cuando se hizo obvio que Bethany no iba a elegir ninguno de esos artículos tan asquerosamente caros que Jace estaba convencido que necesitaba, este se adelantó y fue preguntándole a la vez que tomaba las riendas de la situación. Arrasaba en las tiendas, señalaba lo que quería en la talla adecuada para ella y hacía que la dependienta se lo buscara todo.

La equipó por completo con todo lo que necesitaba, desde ropa interior —que fue terriblemente incómodo— hasta sujetadores —igualmente incómodo— y vaqueros, camisas y vestidos que Bethany no tenía ni idea de para qué los iba siquiera a necesitar alguna vez. Luego le compró sudaderas, dos abrigos —uno corto y otro largo— y tres pares de botas forradas en piel.

—No quiero que tengas los pies fríos —le dijo.

Bethany estaba absolutamente conmocionada pero a la misma vez el corazón se le derretía ante el cuidado que él ponía en elegir cada artículo en particular.

Cuando terminaron la maratón de cinco horas de compras, a Bethany le daba vueltas la cabeza y el conductor de Jace tuvo que ayudarle a llevar todas las bolsas hasta el coche. Había una verdadera montaña de bolsas y cajas en el maletero y aún había más cosas metidas en el asiento delantero.

Bethany se hundió en el asiento, embotada por la intensidad del día. Sí, él le había dicho que la iba a llevar de compras, pero ella se había imaginado que le iba a comprar un abrigo —y a que estaba muy enfadado de que no tuviera uno— y quizás unas pocas cosas más. ¡Nunca se habría esperado que fuera a llenar un armario entero con ropa suficiente como para llevar cada día del mes sin repetir! No quería siquiera saber cuánto había costado todo. Se negaba a mirar las etiquetas después de haber cometido el error de mirar la primera. Casi se había desmayado, así que Jace, que había fruncido el ceño, la instó a que desviara la vista hacia otra cosa.

Jace la cogió de la mano y le dio un pequeño apretón.

—¿Todo bien?

Ella asintió.

—Nunca había hecho esto antes. Lo digo en serio, ni siquiera a menor escala. La mayoría de mis compras, si es que se pueden llamar así, han sido en tiendas

de segunda mano y en Goodwill.^[1]

Él gruñó.

—Esos días se han acabado, Bethany. Quiero que los olvides.

Ella suspiró. Se habían terminado hasta que él pasara de ella y se le pasara esa... No estaba segura siquiera de cómo llamar a esa aparente atracción que tenía hacia ella. Fuera lo que fuese no iba a durar para siempre y volver a su antigua vida sería todavía más duro. Lo de antes había sido todo lo que había conocido, ¿pero ahora? Jace le estaba dando a probar lo diferentes que las cosas podían ser.

Se pararon frente a un elegante y moderno edificio en el Upper West Side y Jace salió del coche antes de ofrecerle a ella la mano para ayudarla a salir también. Tras ordenarle al conductor que se encargara de que subieran todas las bolsas al apartamento, él condujo a Bethany hasta la entrada.

Una vez dentro le presentó al portero. Evidentemente, Jace ya le había notificado que se iba a quedar en el apartamento porque fue más un caso de formalidad que de una situación nueva.

Luego le enseñó todas las instalaciones y servicios que ofrecía el edificio. No se podía imaginar lo que sería usarlos. Tener un apartamento de verdad era un lujo que no podía siquiera llegar a concebir. Tener todas esas cosas extra hacía que la cabeza le diera vueltas.

Se sintió aliviada cuando por fin subieron al ascensor y se dirigieron al apartamento. Se sentía nerviosa a flor de piel. Estaba hecha polvo de todo el día de compras y necesitaba desesperadamente un lugar silencioso donde relajarse.

Jace abrió la puerta y luego la mantuvo abierta para que ella entrara.

—Ven a ver tu apartamento, nena.

Su apartamento. Aún no entendía cómo le podía estar ofreciendo un apartamento. Era una locura. Jace estaba loco. Pero bueno, eso ya lo habían dejado claro antes.

Cuando puso un pie dentro, la respiración se le cortó y se quedó petrificada justo en mitad de la entrada. Entonces se quedó mirando fijamente a su alrededor. Las lágrimas se le formaron en los ojos y un sollozo creció en su garganta.

Jace la rodeó con un brazo y le dio un pequeño apretujón.

—Nena.

Pronunció la palabra con una voz tan dolorida que hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Es precioso, Jace —susurró.

—¿Sí?

—Es perfecto.

Él sonrió y la besó en la nariz.

—Y no lo has visto todo todavía.

Y ahí estaba. El salón y la cocina formaban una sola habitación grande con la idea de espacio abierto que a ella le encantaba. Pero la tonalidad de colores era lo que lo hacía absolutamente perfecto. Estaba todo diseñado con colores tierra; la habitación —todo el apartamento— tenía un ambiente hogareño y acogedor, un epitome de todo lo que ella había querido como un lugar en el que vivir.

La cocina era de última generación con electrodomésticos de acero inoxidable. La vitrocerámica era muy moderna y los armarios parecían estar completamente equipados con utensilios de cocina y cubertería. Las manos le dolían de ganas de entrar en esa cocina y comenzar a cocinar.

—Vamos —dijo—. Te enseñaré el resto mientras nos suben las bolsas.

Hicieron un breve recorrido por los dormitorios y los cuartos de baño y cuando volvieron se encontraron con que ya había una gran montaña de bolsas en el salón. Un momento después, un hombre alto y muy musculoso entró por la puerta seguido de otro más bajito y fornido. Ambos parecían sacados de una revista de culturismo. Tenían los brazos bien musculados. Aparentaban ser unos auténticos gorilas.

El hombre que parecía ser el líder llevaba unas gafas de sol que se subió a la cabeza y Bethany instintivamente se pegó al costado de Jace, buscando su protección. Esos hombres le recordaban mucho el encuentro que había tenido con los tipos que querían el dinero que Jack les debía.

—No te harán daño —murmuró Jace.

La rodeó con un brazo y la pegó contra él. Al instante se sintió... mejor. Más segura. No importaba que los hombres la doblaran en tamaño. Eran auténticas montañas y parecían... cuestionables, como poco. Ella estaba junto a Jace y él no permitiría que nadie le hiciera daño.

Ante las palabras de Jace, el más alto se acercó lentamente y frunció el ceño. Levantó la otra mano para pedir al otro hombre que se acercara y ambos se quedaron a una corta distancia de ellos, cuidando de mantener un espacio entre sí.

—Señor Crestwell —dijo el más alto—. Soy Kaden Ginsberg y este es Trevor Dixon.

Jace extendió su brazo y dio un paso hacia delante para estrechar ambas manos.

—Gracias a ambos por venir.

Se giró y le hizo un gesto a Bethany para que se acercara. Vacilante, ella dio un paso adelante y le echó una mirada de prevención a los dos recién llegados.

Jace alargó la mano hacia ella y Bethany deslizó sus dedos sobre los de él. Los entrelazó y tiró de ella para que estuviera nuevamente a su lado.

—Estos son tus guardaespaldas.

Bethany no podía formular una respuesta. ¿Guardaespaldas? ¿Por qué demonios necesitaba ella guardaespaldas? Lanzó una mirada llena de confusión a

Jace.

—¿Por qué?

La palabra salió entrecortada y ronca.

Sus labios formaron una fina línea, gesto que demostraba su impaciencia.

Luego se volvió hacia Kaden y Trevor.

—Sentémonos en el salón. Tenemos mucho de lo que hablar. Quiero vuestro absoluto compromiso de que Bethany estará protegida bajo vuestro cuidado cuando yo no pueda estar con ella.

Kaden asintió.

—Por supuesto.

Jace posó una mano en la espalda de Bethany y la urgió a acercarse al sofá. Él se sentó a su lado y volvió a entrelazar los dedos con los de ella. Estaban tan cerca que sus muslos se tocaban. Bethany se apretujó a su lado mientras miraba precavida a Kaden y a Trevor. Ambos estaban sentados frente al sofá en dos sillas que parecían demasiado pequeñas para sus voluminosos cuerpos.

—Parecéis luchadores profesionales —soltó ella de repente. Luego se sintió como una auténtica idiota y bajó la mirada para mirar las manos entrelazadas de ambos.

Kaden se rio entre dientes, lo que la obligó a alzar la mirada de nuevo. Tenía una risa bastante alegre, no sonaba para nada borde. Era suave y vibraba en sus oídos. Era... agradable.

—Eso ayuda para la clase de trabajo que hago, señora.

—Oh, sí —murmuró la joven.

Jace le apretó la mano y luego redirigió su atención a los guardaespaldas. Se sentía ridícula llamándolos así. La situación entera parecía ser tan completamente rara y extraña que no podía siquiera llegar a comprenderla.

Jace volvió a mirar a Bethany con los ojos serios.

—Kaden y Trevor te acompañarán a todas partes cuando yo no esté contigo. Escolarán todos tus movimientos, y sí, me refiero a todos tus movimientos. Cuando estés aquí, ellos estarán aquí. Y si sales fuera, ellos irán contigo.

Bethany lo miró consternada.

—¿Pero por qué? No lo pilló. Jace, esto es una locura. Yo soy una don nadie. Nadie se preocupa de mí. No tengo nada, así que nadie se fija en mí. No ganan nada secuestrándome o Dios sabe qué más has pensado.

Jace suspiró.

—¿Te olvidas de que hace un día esos cabrones te tenían en el suelo? ¿De que te pegaron y te amenazaron? Te dieron una semana para responder. ¿Qué crees que pasará cuando esa semana pase, Bethany? ¿Crees que simplemente se van a olvidar de ti porque de repente no pueden encontrarte donde solías estar? Me voy a asegurar de que no van a acercarse a ti y parte de eso significa que Kaden y Trevor van a estar contigo cuando yo no pueda. Lo que significa que no vas a ir a

ningún sitio sin ellos. ¿Lo entiendes?

—¿De verdad crees que me pueden encontrar aquí? —susurró.

—Digamos que no estoy dejando nada a la suerte.

Kaden se aclaró la garganta.

—Señora —dijo educadamente—. Hombres como esos no se rinden tan fácilmente. Tienen que demostrar su poder, y si no lo hacen pierden credibilidad en la calle. Si los demás averiguaran que han fracasado en recuperar el dinero de una deuda, significaría que más gente decidiría no pagarles. Ellos trabajan con el miedo y la intimidación. Si la gente deja de tenerles miedo, entonces se considerarían inútiles y dejarían el negocio. Ellos no van a dejar que eso pase, así que harán lo imposible por encontrarla. Trevor y yo nos aseguraremos de que no lo logren.

Su boca formó una «O» silenciosa y se quedó mirando fijamente a Jace con asombro en los ojos.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó este quedamente.

Ella asintió pero aún estaba un poco impresionada por todos los cambios tan repentinos que había sufrido su vida.

El chófer de Jace trajo una pequeña bolsa y se la entregó a Jace. No era ninguna que ella reconociera, aunque había habido tantas que ya había perdido la cuenta hacía horas.

Jace sacó una caja y la abrió para mostrar un teléfono móvil nuevo. Le puso la batería, lo encendió y luego jugueteó con él durante largos minutos. Luego sacó su propio teléfono móvil y presionó botones antes de pasarle el teléfono a Kaden.

—Programad vuestros números de teléfono en el móvil. Quiero que os tenga en la marcación rápida en caso de que algo vaya mal.

Bethany alzó ambas cejas mientras Kaden y Trevor rápidamente presionaban los botones antes de devolverle el teléfono a Jace. Luego este se lo dio a ella.

—He programado mi número. Es el número uno de la marcación rápida. Kaden es el dos y Trevor el tres. Mi oficina es el cuatro y mi apartamento el cinco. Lleva este teléfono siempre contigo, y si no quieres que me dé un ataque al corazón pensando que estás muerta en un callejón de cualquier sitio, mejor que contestes cuando te llame. ¿Entendido?

Aturdida, asintió. Maldita sea, la cabeza le estaba dando vueltas. Apenas podía respirar y la cabeza le estaba empezando a doler horriblemente. Los cuentos de hadas no existían para chicas como ella y aun así había aterrizado en medio de uno. Pero este no tenía destinado un final feliz. Eso solo pasaba en la ficción, y ella estaba muy familiarizada con el funcionamiento de las cosas en la vida real. La vida real era un asco. Pero era real. Imperdonable. No ponía excusas, sino que era tal cual era.

Jace se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

—Tengo que irme a la oficina. Tengo una reunión a la que no puedo faltar, pero no tardaré mucho. Kaden y Trevor se quedarán contigo hasta que vuelva. La compra de la comida te llegará pronto también. Asegúrate de que uno de ellos dos abra la puerta y quédate donde no puedan verte hasta que ellos te confirmen que no hay nadie al acecho. Y haz lo que tengas que hacer, escucha lo que tengan que decirte. Su trabajo es mantenerte a salvo. Pónselo lo más fácil posible cooperando, ¿de acuerdo?

—Está bien —murmuró.

—Si necesitas algo, llámame. Llevaré el móvil encima incluso en la reunión.

Ella asintió mecánicamente.

Jace la besó otra vez.

—Saldremos luego a cenar. Ponte uno de esos nuevos conjuntos y asegúrate de ponerte el abrigo. Por lo visto va a nevar esta noche. Luego pasaremos la noche aquí para que te puedas familiarizar con tu nuevo apartamento.

Bethany se asombró ante la arrogancia que había demostrado al asumir que se iba a quedar con ella esa noche. También se asombró ante el hecho de que ella no lo había corregido. No había opuesto resistencia. Y se asombró ante el alivio que sintió en las venas cuando supo que no estaría sola.

Perdida. Ya estaba perdida en él. Tan inmersa que no estaba segura de si volvería a encontrar la salida otra vez. Cuando Jace decidiera alejarse de ella, la rompería de una forma como nada antes lo hubiera hecho. Su vida. Su adicción. Sus miserias.

Jace tenía un poder sobre ella que nunca se hubiera imaginado que otro ser pudiera tener. Y eso la asustaba más que el volver a pensar en drogas, sexo o en los hombres que la habían amenazado.

Capítulo

15

Jace entró en el edificio que albergaba las oficinas de HCM y cogió el ascensor. Si no tuviera esa maldita reunión, se habría saltado el trabajo por completo. No le gustaba dejar a Bethany sola tan pronto tras haberla recuperado.

No, técnicamente no estaba sola, pero aun así no le gustaba dejar que se valiera por sí misma.

Cuando entró en la oficina de Gabe unos pocos minutos después, vio que Ash ya estaba allí, y por como Gabe lo estaba mirando, con un ápice de preocupación, supo que Ash se había ido de la lengua.

Jace apretó los labios en una fina línea y se sentó en la silla que había frente al escritorio de Gabe.

—Terminemos con esto —dijo Jace.

Ash no lo miró a los ojos, sino que siguió con la mirada fija en Gabe. A Jace le parecía bien. No tenía tiempo para la intervención de sus amigos, que claramente habían estado hablando de él.

Gabe frunció el ceño pero no opuso resistencia. Jace había llegado cinco minutos tarde, hecho que no era muy típico en él. Ash y Gabe estarían convencidos probablemente de que había perdido la maldita cabeza.

Y quizá por primera vez la había encontrado. Tanto él como Ash habían estado tirándose a las mismas mujeres durante años. ¿Cuán retorcido era eso? A Gabe no parecían importarle mucho esas actividades, ¿pero ahora sí se iba a poner a juzgar porque Jace hubiera finalmente encontrado a una mujer que no tenía intención de compartir? Y Gabe no era nadie para hablar tampoco. Él había perdido su propia cabeza por Mía. La hermana de Jace, por Dios. Jace no le había cortado la cabeza a Gabe aunque debería haberlo hecho. El desgraciado ya había sido lo bastante patético sin que Jace tuviera que castigarlo más.

Jace parpadeó cuando se dio cuenta de que la reunión ya estaba bien avanzada y él no tenía ni idea de lo que habían discutido hasta entonces. Cuando se produjo un prolongado silencio Jace se imaginó rápidamente que estaban esperando a que él hiciera su aportación. Maldición.

Ash le envió una mirada de disgusto y luego siguió adelante con la información que Jace debería haber dado. Ash se hizo cargo de la situación como un auténtico profesional. Sus encantadoras e impecables artimañas ganaron rápidamente al grupo de inversores que estaban al otro lado de la línea telefónica.

Jace suspiró de alivio cuando la reunión finalmente terminó. Ash guardó sus cosas y salió de la oficina de Gabe sin dirigirle la palabra ni una vez. Muy maduro. Jace sacudió la cabeza y se preparó para salir también. Ya estaba pensando a dónde quería llevar a Bethany a cenar, la llamaría cuando estuviera de camino y la avisaría para que pudiera arreglarse.

—Jace, un minuto, si no te importa.

El tono quedo de Gabe se filtró entre los pensamientos de Jace. Este frunció el ceño cuando vio la expresión en el rostro de su amigo.

Mierda.

No tenía ni las mínimas ganas de enfrentar un momento de acoso con Gabe. ¿Por qué sus amigos no podían simplemente dejarlo en paz?

Cuando lo estaba pensando, cayó en la cuenta de que él no lo haría si la situación fuera al revés. Él mismo había acosado a Gabe muchas veces mientras estaba con Mia. Pero, maldita sea, Mia era su hermana. Él se había interesado en cómo Gabe la trataba. Bethany no tenía ninguna relación con Gabe o Ash. Bueno, a menos que contara el hecho de que se había follado a Ash, pero Jace estaba intentando olvidarlo.

La imagen de su mejor amigo con la mujer que Jace consideraba suya lo quemaba por dentro. Era posible que nunca pudiera deshacerse de esa imagen donde Ash tenía la boca y las manos sobre su piel.

—Mejor que sea rápido —gruñó Jace.

Se quedó de pie, rechazando sentarse, porque precisamente eso haría que la conversación se prolongara más de lo que él quería. Jace tenía mejores cosas que hacer. Como llevar a su mujer a cenar y luego volver a casa y follársela.

—¿Qué demonios pasa contigo, tío? —le preguntó Gabe suavemente.

Jace profirió un sonido de impaciencia.

—No pasa nada conmigo.

—Eso no es lo que Ash dice.

—Ash necesita mantener cerrada esa boca que tiene.

La expresión de Gabe se intensificó.

—¿Qué pasa entre Ash y tú? No estás siendo tú, tío. Ash es tan reservado como tú, pero es obvio que estáis enfadados el uno con el otro. Dijo que estabas pirado por una mujer. ¿Hay ahora algo de lo que quieras hablar?

—Bethany no va a ser el centro de una discusión —dijo Jace en un tono frío—. Además, si hay algo que quieras saber, estoy seguro de que la investigación que le hizo Ash te dará la información suficiente para que podáis seguir chismorreando los dos.

La expresión de Gabe cambió de la preocupación al enfado en apenas dos segundos.

—¿Qué narices te pasa, Jace? Yo no estoy chismorreando de nadie. No sé nada sobre esa información. No sé siquiera quién demonios es Bethany y no estoy cotilleando de ella con Ash. Ash no ha dicho ni pío tampoco, por cierto.

Jace sabía que estaba comportándose como un gilipollas. Sabía que era un auténtico hipócrita. Él nunca dejaría que sus amigos continuaran con la actitud que él mismo estaba teniendo. Pero aún estaba enfadado con Ash por intentar advertirlo sobre Bethany. Y si tenía que ser completamente honesto, aún estaba

enfadado porque Ash se la hubiera follado también. Quizás nunca lograra perdonarlo por eso aunque por entonces Jace había estado de acuerdo. Incluso con sus instintos gritando a pleno pulmón, él había dejado que pasara. Había odiado cada maldito minuto, pero aun así había dejado que ocurriera. Quizás se odiaba a sí mismo más que a nadie.

—Bethany es alguien que me importa —dijo Jace obligándose a hablar con calma—. Eso es todo lo que necesitas saber. Ella necesita ayuda, mi ayuda, y no voy a darle la espalda.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó Gabe.

Y ahí estaba. La amistad incondicional que había existido desde que estaban en la universidad. Siempre ahí, cubriéndose las espaldas. Los tres se habían llevado buenos palos, sin duda. La relación de Gabe con Mia había sido la amenaza más reciente. Pero ni siquiera el hecho de que Gabe se estaba tirando a la hermanita pequeña de Jace, y que de paso le había roto el corazón, había podido destruir los cimientos de esa amistad que había entre ellos.

Gabe había hecho las cosas bien con Mia. Y las había hecho bien con Jace.

Jace suspiró y luego relajó las manos, abriendo los puños que había cerrado antes.

—No, tío, pero te lo agradezco —contestó en voz baja—. No estoy loco. Ni obsesionado. —Bueno, vale, a lo mejor sí lo estaba pero sonaba mucho más espeluznante de lo que era en realidad—. Es algo que tengo, que necesito hacer. Bethany es diferente. Ella es especial. Y ni siquiera comprendo bien por qué o cómo. Pero la vi y las cosas cambiaron. Todo cambió. Y tengo que ir a por ello ahora o pasarme toda la vida arrepintiéndome.

—Lo entiendo —dijo Gabe lentamente—. Créeme, lo entiendo.

—Sí, supongo que sí. Mia —pronunció Jace por la forma en que su amigo había dicho que lo entendía.

—Sí, Mia.

—Entonces entiendes por qué necesito espacio y tiempo para lidiar con esto a mi manera.

Gabe asintió.

—Sí, lo pilló. Ash también lo haría si se lo explicaras. Está enfadado, Jace. No por Bethany. Ni tampoco porque parezca que se te ha ido la cabeza. Está enfadado porque está preocupado por ti y tú te has cerrado a él. Tú más que nadie sabes que él haría lo que fuera por ti.

Jace cerró los ojos brevemente cuando la culpa empezó a recorrerle las venas.

—Sí, lo sé.

A la mierda. Odiaba cuando Gabe tenía razón. Era un cabrón engreído y petulante. Incluso ahora tenía ese brillo de sabelotodo en los ojos.

—Tengo que irme. Déjame a Bethany en el apartamento. Va a quedarse en el

antiguo piso de Mia.

Gabe levantó una ceja, claramente confundido.

—Me sorprende que no la hayas encerrado en el tuyo. Ash mencionó cosas bastante... intensas.

—¿Y cómo lo iba a saber él de todas formas? —murmuró Jace—. Quiero darle espacio. Tiempo para que se adapte antes de que la arrastre conmigo. Y sabes que eso es lo que va a ocurrir. El que me encargue de todo y la arrastre conmigo. Es inevitable y quiero que se sienta segura de sí misma y que confíe en mí antes de que esto se convierta en algo completamente diferente.

Gabe asintió. Sí, él lo entendía mejor que nadie. Excepto Ash. La necesidad y el deseo de control era un rasgo que los tres compartían. No solo en ciertos aspectos. Sino en todos. Tanto dentro como fuera de la cama. Pero sí, especialmente en la cama.

Bethany todavía no había visto nada de cómo serían las cosas con él, y ella era ya tan frágil, tan insegura de sí misma y del lugar que le correspondía en el mundo que Jace no quería hacer que todo fuera tan rápido. Si la asustaba y ella huía nunca se lo iba a perdonar.

—Arréglalo con Ash —añadió Gabe quedamente—. Sabes que os carcomerá a ambos hasta que no lo hagas. Y antes de que me mandes a tomar viento porque me estoy metiendo en detalles personales, esto también afecta a los negocios. No podemos permitirnos fallos porque tú y Ash estéis con las garras sacadas. Si no pensáis en mí, en el negocio, en vosotros mismos y en el hecho de que te sentirás como un completo gilipollas por tirar a la basura una amistad que es casi de por vida, piensa en lo que le hará a Mia. Ella os quiere a ambos. Piensa lo que le haría eso a Bethany si averiguara alguna vez que fue ella la que puso esa línea entre dos amigos y socios.

—Eres un maldito manipulador —soltó Jace con disgusto.

Gabe dibujó una media sonrisa torcida en el rostro.

—Mia ya me ha llamado eso una o dos veces.

Jace sacudió la cabeza. Luego cambió de tema porque ya estaba cansado de que su vida personal fuera diseccionada por su mejor amigo.

—¿Habéis decidido una fecha para la boda ya?

—Mátame —murmuró Gabe.

Jace alzó una ceja y se rio. Y entonces se rio más fuerte.

—Ojalá pudieras verte, tío. Estás más exprimido que un limón. ¿Qué está haciendo mi hermana contigo?

Gabe se pasó una mano por el cabello.

—Mira. Yo solo quiero casarme. Quiero que lleve mi anillo en el dedo, que su apellido sea el mío y su firma en el certificado de matrimonio. Todo lo demás es intrascendente. Haría todo lo que me pidiera, ya fuera organizar la madre de todas las bodas, una que aún no se haya visto en la ciudad o fugarnos a Las

Vegas.

Jace hizo una mueca.

—Eh, si yo tengo voto, ¿podemos no elegir la segunda? No es que suene demasiado bien.

—Dímelo a mí —murmuró Gabe.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Parece que estás siendo extrañamente comprensivo y condescendiente.

Gabe ignoró el comentario. Su expresión era de completa seriedad cuando respondió.

—La amo. Haría lo que fuera para que sea mía. Esa boda es para ella. Yo ya he tenido una, y no quería volver a tener ninguna hasta que llegó ella. El problema es que Mia no ha decidido lo que quiere. Y hasta que lo haga la boda está en espera. No sé la fecha porque no hay ninguna decidida. Parte de mí quiere tomar las riendas y decirle que nos vamos a casar en Año Nuevo, pero otra parte de mí quiere que esto sea especial para ella porque es la única maldita boda que va a tener.

Jace sonrió. Tenía gracia ver a su amigo loco perdido por una mujer. Especialmente si esa mujer en cuestión era su hermana pequeña. Parte de su tensión se disipó de su pecho. Esta era su familia. Gabe. Ash. Mia. Siempre lo había sido. Siempre habían sido ellos cuatro desde hacía casi veinte años. Y la familia miraba por la familia. Dios, él mismo se cabreaba cuando la familia de Ash le tocaba las narices. Además casi le había arrancado la cabeza a Gabe por hacerle daño a Mia. Y luego había sentido lástima por el desgraciado y había odiado ver cómo lo pasaba mal cuando Mia se negaba a aceptar sus disculpas.

—Eres mi familia, tío —susurró Jace—. Nunca voy a olvidar eso.

Gabe parpadeó pero apretó la mandíbula.

—Siempre. Seremos cuñados por la boda, pero ya fuimos familia mucho antes. Pero menos mal que nunca vi a Mia como una hermana pequeña, o al menos dejé de hacerlo cuando llegó a la edad adulta.

Jace se echó a reír y levantó las manos.

—De acuerdo, está bien, ¿podemos no tener esta conversación? Es mi hermana y no quiero saber cómo la ves. Ya es bastante asqueroso tener que veros a los dos juntos.

Gabe sonrió y luego se puso serio una vez más.

—Ve y haz las cosas bien, Jace. Ash lo está pasando mal. Su familia le está comiendo la cabeza. Ya sabes que siempre lo hacen por estas fechas. No les importa nada los otros diez meses del año y luego quieren aparentar ser una familia feliz en el Día de Acción de Gracias y Navidad. Y ahora esto contigo... Sé que los tres somos amigos. Nunca me lo he cuestionado. Pero también sé que vosotros dos sois más cercanos. Siempre lo habéis sido. Sea lo que sea lo que le hayas hecho, le ha dolido mucho. No se ha comportado para nada como es él.

Ha estado pensativo y callado. De ti me lo espero. Puedes estar taciturno y de mal humor incluso en uno de tus mejores días.

Jace le dedicó el dedo corazón.

—¿Pero Ash? No es lo tuyo. Él es irreverente a más no poder y tiene esa actitud que parece que todo le da igual. Arréglalo. Me preocupo por los dos y si a ti te da igual, ahora mismo yo no quiero estar preocupándome por vosotros dos. Solo quiero preocuparme por ponerle el maldito anillo a Mia y seguir con nuestra vida con los hijos que ella quiere.

Jace gimió.

—¿En serio, tío? ¿Tenías que tocar ese tema?

Gabe sonrió con suficiencia.

—Eh, no te he dado detalles.

—Y menos mal —murmuró Jace. Luego suspiró—. Y sí. Ash. Voy a ello.

Comenzó a caminar hacia la puerta pero una vez llegó se paró y se volvió a girar.

—Gracias, tío —le dijo sinceramente—. Sé que probablemente nunca te he dicho esto. Al principio estaba demasiado cabreado para hacerlo. Pero me alegro de que Mia te tenga a ti. No podría encontrar a nadie mejor. Y sé que tú cuidarás de ella.

Durante un largo rato Gabe se quedó en silencio. Se le formó un pequeño tic en la mandíbula como si quisiera mantener el rostro sereno. Luego simplemente asintió.

—Te lo agradezco. No sabes cuánto.

Jace sonrió ligeramente.

—Oh, creo que sí lo sé.

De nuevo hizo amago de irse pero entonces Gabe lo llamó cuando estaba ya en el pasillo.

—¿Jace?

—¿Sí?

—¿Cuándo voy a conocerla?

Jace agarró el picaporte de la puerta y respiró hondo. Luego miró a Gabe a los ojos y dijo:

—Cuando llegue el momento, lo harás. Por supuesto. Pero ahora tenemos mucho en lo que trabajar.

Gabe asintió.

—Buena suerte.

—Gracias, tío —murmuró Jace.

Luego se volvió y se fue en busca de Ash.

Capítulo

16

Jace se apoyó contra el marco de la puerta del despacho de Ash y esperó a que su amigo terminara de hablar por teléfono. Ash estaba de espaldas, así que no tenía ni idea de que Jace estaba allí o de que había abierto la puerta de su despacho. Lo cual quería decir que la llamada le estaba exigiendo toda la concentración porque no se había siquiera percatado de la presencia de Jace.

—No me importa una mierda lo que tú y papá queráis —dijo Ash ácidamente.

Jace hizo una mueca. Gabe tenía razón. La familia de Ash le estaba dando por saco otra vez. Estúpidos persistentes. Jace nunca había conocido a gente más superficial y egoísta que la familia de Ash. Estaba sorprendido por cómo Ash había podido salir adelante con semejantes víboras sin haberse dejado manipular ni influir por ellos. Dios sabía muy bien que sus hermanos no lo habían hecho tan bien.

Gabe y Jace solían bromear con Ash diciéndole que era adoptado. Era la única conclusión lógica. Ash era tan diferente de sus padres y de sus hermanos... Si bien ellos eran unos insatisfechos egoístas y calculadores, Ash era más relajado, tenía un corazón que no le cabía en el pecho y era leal a más no poder. ¿Su familia? Te darían la puñalada por la espalda antes de que te diera tiempo a volverte. Joder, te darían la puñalada incluso de frente. No les importaba. Te pisotearían y dejarían la huella de sus zapatos mientras se alejaban.

—Vuestra manipulación no va a funcionar. Ni de coña voy a pasar las Navidades con mi *amada* familia. Preferiría que me arrancaran las uñas de los dedos —soltó Ash.

Jace suspiró. Siempre era lo mismo. Cada mísero año. Él estaba convencido de que solo querían a Ash para poder tener a alguien nuevo a quien atormentar. Cuando Ash era más joven, había intentado mantener la paz y ser un buen hijo y hermano. Había asistido a todas las reuniones familiares, si es que se podían llamar así.

Los primeros dos años había ido solo. Gabe y Jace inmediatamente notaron una diferencia. Ash había estado pensativo durante semanas y le había llevado lo suyo volver a ser el que era. Tras el segundo año, Jace y Gabe se dieron cuenta de lo que pasaba y al siguiente año insistieron en ir con él. Tras esa experiencia, ambos juraron que nunca dejarían que Ash estuviera cerca de su familia sin un apoyo sólido que lo acompañara.

Parecía insólito, pero la familia de Ash era puro veneno.

Tras unos años en los que o Jace o Gabe o ambos lo acompañaron y experimentaron de primera mano la disfunción que sufría la familia McIntyre, Ash los envió a la mierda y no había vuelto a regresar. Y no es porque ellos no lo

hubieran intentado. Jace sabía que Ash estaba completamente avergonzado de que sus amigos tuvieran que ver a su familia y en vez de dejar que continuaran viéndola en acción, simplemente lo cortó de raíz. Lo cual a Jace le pareció bien. Ash era mejor persona cuando no estaba alrededor de ellos. Era más feliz.

—Hemos acabado con esta conversación. No vuelvas a llamarme. No voy a cogértelo a la próxima —advirtió Ash.

Colgó el teléfono de la oficina y luego se giró en la silla. Tuvo que mirar dos veces cuando vio a Jace de pie en la puerta, pero luego frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí? Habría jurado que tenías cosas que hacer.

Jace suspiró otra vez y se adentró más en la oficina. Se acomodó en una de las sillas junto a la pared y se llevó las manos a la espalda para poder echarse hacia delante y mirar a Ash a los ojos.

—Mira, tío, he sido un gilipollas. Lo sabes. Yo lo sé. También sé que acabas de terminar de hablar con la zorra de tu madre y ahora estás de mal humor, así que lo vas a pagar conmigo. Me lo merezco, así que no me importa. Pero lo que sí me importa es esta distancia que hay entre los dos.

Ash apretó los labios.

—Tú eres el que la pusiste ahí.

—Sí, eso también lo sé. Me estoy intentando disculpar, Ash. No te hagas el difícil y déjame hacerlo.

Ash se echó hacia atrás en la silla y habló con un tono familiar que hizo que el alivio atravesara el pecho de Jace.

—¿El todopoderoso, arrogante y cabrón controlador Jace Crestwell sincerándose e intentando disculparse? Continúa. Esto tengo que verlo.

—Que te jodan —murmuró Jace. Pero ya estaba sonriendo.

Familia.

Tal como había observado en el despacho de Gabe. Tal y como él lo sabía y había sabido ya. Esta era su familia. Y era la familia que quería que Bethany también tuviera.

—Esa es una disculpa un tanto inusual —dijo Ash—. Que te jodan... Lo siento... suenan casi igual.

Jace se rio.

—Dios, eres un imbécil.

Pero igual de rápido se puso serio de nuevo y miró a Ash a los ojos.

—Lo siento, tío. Fui un idiota. Sobreactué. Sé que estabas intentando ayudar y mirar por mí. Te lo agradezco más de lo que te imaginas. Pero estoy bien, te lo prometo. Puedes pensar que estoy loco y que he perdido toda perspectiva, pero lo tengo controlado. Estoy bien.

—¿Qué tienes controlado? —preguntó Ash con curiosidad—. Tienes que ver esto según mi perspectiva, tío. Tenemos un trío con una mujer. No es nada extraordinario. La mujer desaparece a la mañana siguiente. Tampoco es inusual.

Lo único raro en la ecuación es que ella fue la que se quitó de en medio en vez de ser nosotros los que le dijéramos adiós. Así que, bueno, cuando te dio de todo ante el hecho de que se había ido pensé, de acuerdo, está enfadado porque no fue él el que le ha dado largas. Y lo pilló. A lo mejor no habías terminado con ella. Eres un loco controlador como yo. Te gusta crear las reglas. Ella las rompió al irse. Lo que no me esperaba era que pusieras la ciudad patas arriba buscándola.

Jace suspiró. Sí, cuando Ash lo describía así sonaba mal.

—Si te pudieras haber visto estas últimas dos semanas, Jace... tenías un aspecto horrible. Estabas como abstraído. Lo último que tenías en la cabeza era trabajar. Mía vino a verte dos veces y la echaste de malas maneras en ambas ocasiones.

Jace alzó las dos cejas.

—Mentira. Ella no vino a verme.

Ash suspiró.

—¿No te acuerdas de que vino a verte? ¿O solo no te acuerdas de que fueras un cabrón con ella?

—Mierda. ¿De verdad vino a verme?

Ash asintió.

—Casi la muerdes, lo que hizo que Gabe quisiera partirte la cara. Le dije que bajara los humos, que solo tenías un mal día.

—Mierda.

—Así que ahí seguimos, apenas has existido en estas dos semanas. Actuaste como si fueras una persona totalmente loca y obsesiva. Así que hice la investigación, luego tú la encontraste y te volviste medio arrogante. Ya no te volví a ver hasta hace apenas unos minutos y actúas como si nada hubiera pasado. Todo esto después de que me dijeras que me mantuviera al margen y que este asunto no me incumbía.

Jace soltó la respiración y se pasó una mano por encima de la cabeza.

—Está bien, lo has dejado claro. Fui un imbécil. Estuvo fuera de lugar y ambos lo sabemos.

Ash hizo un ruido bastante grosero.

—No me importa una mierda que fueras un imbécil. ¿Piensas que este cabreo es porque hirieras mis sentimientos? Lo que pasa es que estoy preocupado por ti, Jace. Preocupado por lo obsesionado que estás con esa mujer. Estoy preocupado de que no sea buena para ti y no lo puedas ver porque te tiene bien cogido por los huevos.

Jace controló la instantánea oleada de ira que lo golpeó de lleno. Ash era su amigo. Estaba preocupado. Jace iba a ser racional con la situación aunque lo terminara matando.

—Me necesita —dijo Jace totalmente consciente de lo pobre que sonaba la excusa. Pero joder, no sabía siquiera cómo explicárselo a sí mismo. ¿Cómo se

suponía que lo iba a hacer con Ash?

Ash lo estudió durante un rato y luego abrió la boca para soltar un suspiro.

—Esto te va a cabrear pero alguien te lo tiene que decir. Podría quitarme de en medio y dejar que hagas lo que quieras, pero ambos sabemos que si la situación fuera al contrario y fuera yo el que estuviera actuando de la misma manera tú estarías detrás de mí y no cesarías de meterte en medio. Así que yo tampoco lo voy a hacer. Eres mi hermano. Más que uno de los de verdad. Tanto tú como Gabe. Casi le cortamos las pelotas por lo de Mia. Se lo mereció. Y ahora voy a hacer lo mismo contigo por Bethany. Porque alguien tiene que hacerlo.

Jace tensó los dedos de las manos y estuvo tentado de salir de la habitación. Pero las palabras de Ash habían penetrado con rabia y le habían hecho abrir los ojos. Eran hermanos. En todos los sentidos de la palabra. Y sí, no estaba tan cabreado como para no admitir que en caso contrario iría detrás de Ash si fuera él el que se estuviera comportando así.

—Dilo entonces —soltó Jace con resignación.

—Te has encargado de Mia durante muchos años —comenzó Ash con voz queda—. Siempre has cuidado de ella. Joder, fuiste tanto un padre como un hermano para ella. Te necesitaba. Y ahora de repente no lo hace. No de la forma que lo hacía antes. Ya no es tu responsabilidad. Tiene a Gabe y su centro de atención va a ser él sobre todo.

—¿Adónde quieres llegar?

Ash soltó una larga exhalación.

—¿No encuentras irónico que en cuestión de días después de que Mia se comprometa con Gabe te vuelvas loco por una mujer que te necesita? Y no te discuto que necesite ayuda, Jace. No soy un cabrón. Su situación es bastante mala. Pero el hecho es que tú eres un proveedor. Un cabeza de familia. Y Bethany es tu punto débil. Es tu tendón de Aquiles. Es guapa. Y te encanta la idea de que te necesite. ¿Has considerado que quizá necesites un descanso de tener que cuidar a la gente y que quizá debieras vivir un poco sin tener la carga de otra persona que te necesita?

—¿De dónde narices sale todo eso? —exigió Jace—. ¿Estás siquiera escuchándote a ti mismo? Mia no fue ninguna carga. Ella es mi hermana. Mi única familia. Nunca me he arrepentido de tener que cuidar de ella.

Ash levantó una mano.

—Sabes perfectamente bien que eso no es a lo que me refiero. Quitate la venda de los ojos. Mia nos pertenece a todos nosotros. Yo nunca sugerí ni por un instante que fuera una especie de carga desagradable. Yo estuve ahí mientras crecía. He invertido en su felicidad casi tanto como tú, ¿lo entiendes? Esa no es la cuestión. Mia nunca lo ha sido. La cuestión es que te sientes como perdido ahora que Mia tiene a Gabe y ya no te necesita de la misma manera que lo ha hecho hasta ahora. Y te has enganchado a Bethany, que es como Mia solo que diez

veces peor. Viste en ella a una mujer necesitada y eso llamó la atención en el benefactor que hay en ti. No estoy diciendo que no sea noble. No digo que seas un imbécil por querer ayudarla. Lo que estoy sugiriendo es que estás metido hasta el fondo y que necesitas parar el carro y mirar las cosas con algo de perspectiva. Puedes ayudarla sin tener que involucrarte tanto emocionalmente. ¿Qué sabes de ella? Estás actuando como si fuerais almas gemelas y lo supieras todo sobre ella.

—Voy a pedir que te calles ahora antes de que me cabrees de verdad —soltó Jace.

—¿Así que me equivoco?

Por supuesto que sí. ¿No?

Mierda.

Toda esa tontería psicológica que Ash había soltado no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Jace. Y sus palabras no eran más que estupideces.

Cuando todo lo demás fallaba, la honestidad era la mejor manera de proceder. No es que él y Ash no fueran directos el uno con el otro. La idea de intentar diseccionar fuera lo que esto fuera —esta obsesión con Bethany, como Ash lo había etiquetado— lo estaba poniendo de los nervios.

Jace se pasó una mano por el pelo y estuvo tentado de tirar de él por la frustración.

—Mira, Ash. No te voy a desmerecer diciendo que tengo todas las respuestas, ¿de acuerdo? Pero si estás intentando decir que tengo alguna clase de complejo de héroe en lo que a Bethany respecta, estás equivocado. Me interesé en ella desde el primer momento en que la vi en la fiesta de Mía y entonces no sabía nada sobre su vida. No sabía que era una sin techo o que su situación fuera tan mala. Solo sabía que la quería. Y eso no cambió cuando averigüé todo lo demás. En todo caso me hizo estar más decidido a formar parte de su vida.

La expresión de Ash se volvió pensativa pero se quedó en silencio mientras Jace luchaba por explicarle su reacción con Bethany.

—¿Cuán superficial sería mi comportamiento si me alejara de ella una vez averiguara que su situación no es la mejor del mundo? ¿Como si de repente no fuera suficiente para mí? Eso no debería importar, ¿no? Si estaba interesado en acercarme a ella antes de saberlo, eso no debería cambiar solo porque no puede medirse con mi estatus financiero o porque no tenga un lugar donde dormir.

—Señor —murmuró Ash—. Ahora me siento como si solo midiera apenas unos pocos centímetros.

Jace dibujó una sonrisa en la boca. Todo iría bien. Ash era un blando en el fondo. Especialmente en lo que a mujeres se refería. Podría no haber actuado así, pero Jace sabía que había sido simple preocupación por él. Lo entendía. Lo valoraba. Pero Ash tenía que entender que esto no era un simple caso de caridad.

—Supongo que no me invitaréis a otro trío —dijo Ash secamente.

Jace gruñó y Ash levantó las manos.

—Lo pillo. Ella es tuya.

—No tiene gracia —añadió Jace seriamente—. Me gustaría olvidar que ese trío pasó alguna vez. Y cuando veas a Bethany, y la verás, no quiero que esto sea un tema de conversación. Va a ser extremadamente incómodo. No quiero que se sienta avergonzada. No quiero darle ninguna razón para que se eche atrás. Ya me está costando bastante que vea las cosas como yo las veo. Y de verdad que quiero olvidar el hecho de que la has visto desnuda. De que has tenido tu polla en lugares que, de ahora en adelante, son míos y solo míos.

Ash sacudió la cabeza, su expresión no tenía precio.

—Joder, tío. Vas en serio. O sea, en serio de verdad. Nunca pensé ni en un millón de años que te enamorarías de una mujer tanto y en tan poco tiempo. ¿Cuánto te llevó? ¿Cinco minutos? Maldita sea, debería haberlo sabido esa noche, ¿pero cómo? Jamás has actuado así con una mujer. Te mostraste malhumorado y posesivo desde el principio pero no lo tuve en cuenta.

Ash se echó hacia delante y posó los brazos sobre una mesa.

—Sé que te lo pregunté pero ahora tengo que hacerlo otra vez. Si te sentías así por ella, ¿por qué no me lo dijiste? Esa noche nunca debió haber ocurrido. Por el amor de Dios, ¿por qué dejaste que me la follara?

Jace cerró los ojos brevemente y cuando los volvió a abrir Ash estaba mirándolo fijamente. Había una confusión genuina en la mirada de su amigo. Y arrepentimiento. Aunque temía que esa noche iba a ser una astillita que nunca iba a desaparecer entre ellos, Jace no quería que lo fuera. Quizás estaba siendo tonto. Era un hecho que Bethany y Ash volverían a cruzar sus caminos otra vez. Si ella iba a formar parte de la vida de Jace —y eso era también un hecho— entonces Bethany y Ash se verían con mucha frecuencia. No iba a darle la espalda a una amistad que era más profunda que un lazo de sangre, ¿pero y si las cosas seguían siendo incómodas para siempre?

Ash se las apañaría. De eso Jace estaba seguro. Sin embargo, lo desconocido en esa ecuación era Bethany. ¿Cómo reaccionaría ante Ash? ¿Tenía sentimientos por él? ¿Aún lo deseaba? Era obvio que se había sentido excitada por ambos hombres cuando tuvieron sexo con ella. ¿Siempre se tendría que preocupar Jace de que Bethany mirara en la dirección de Ash o de que incluso fuera tras él?

Era más que suficiente para volverlo loco y era estúpido pensar tanto en ello. No estaba siendo justo con Bethany. Era obvio que estaba asustada por esa noche y por el hecho de que había hecho un trío con él y con Ash. No podía asumir lo peor de ella y sospechar de ella antes siquiera de darle una oportunidad. La relación estaría sentenciada por los celos y la desconfianza antes de tener oportunidad de empezarla.

—¿Jace? —preguntó Ash con voz queda—. ¿Por qué dejaste que ocurriera, tío? No lo entiendo. Tienes que saber que lo habría entendido. Me habría

sorprendido mucho, pero me habría alejado. Nunca dejaría que una mujer se entrometiera entre nosotros.

Pero Jace lo había hecho. Joder. Había metido a Bethany en medio porque estaba desesperado y la había visto dudar. Había estado tan asustado de verla alejarse que había accedido apresuradamente a algo que lo contrariaba absolutamente.

No había sido justo para Bethany y tampoco para Ash.

—La cagué —dijo Jace con el mismo tono de voz quedo—. Fue mi culpa. Pensé en ese momento que tenía que hacerlo. Antes de que pudiera adelantarme y acabar con ello, ella aceptó. Y una vez que ella aceptó, no sentí como si pudiera decir «oh, no importa, no vamos a hacer un trío, pero por cierto, voy a llevarte a casa y a follarte». Y luego ella pareció tener dudas y me entró el pánico porque no quería que se fuera. Era todo muy retorcido y se me fue de las manos antes de que pudiera arreglarlo. Y me arrepiento de cada mísero minuto.

Algo brilló en los ojos de Ash y se quedó en silencio. Se volvió a acomodar en la silla y apartó la mirada.

—¿Va a cambiar eso las cosas? —dijo finalmente Ash—. Entre tú y yo. Parece que Bethany va a estar contigo durante bastante tiempo. ¿Qué significa eso para nosotros debido a lo que pasó esa noche?

La intranquilidad asedió a Jace. Si pudiera volver atrás en el tiempo hasta esa noche, no le hubiera dicho nada a Ash. No le habría llamado la atención sobre Bethany y seguramente nunca se la habría follado con Ash.

Y ahora Ash le estaba poniendo voz a las mismas preocupaciones que Jace tenía también. Esto no era algo pequeño. No podía dejar que esta relación con Bethany arruinara su amistad con las personas que lo significaban todo para él. Pero tampoco podía dejarla escapar. Tenía que hacer que esto funcionara, lo que significaba que tendría que lidiar con la situación tan delicadamente como pudiera.

—Todo lo que cambia es que no vas a acostarte con ella otra vez —dijo Jace con más confianza de la que sentía. Esperaba que no se estuviera engañando a sí mismo—. Estoy seguro de que las primeras veces que estemos todos juntos será incómodo. Pero seguirá siendo incómodo si nosotros hacemos que sea así. Ambos estás en mi vida. No voy a elegir entre los dos. Espero que nunca tenga que hacerlo. Todo lo que puedo hacer es asegurarme de que no se convierte en ningún problema. Pero necesito tu ayuda. Tu... apoyo.

El alivio se hizo patente en los ojos de Ash.

—¿Vas a llamar a tu primer hijo como yo?

—Joder. ¿Quién es el que está yendo ahora rápido? Pisa el freno, Ash. No me voy a casar con ella.

—Por ahora —murmuró Ash.

—Aún tenemos que superar muchas cosas —añadió Jace con voz seria.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? Me has pedido apoyo, pero tío, ya sabes que eso lo tienes. Siempre lo has tenido. Eso no va a cambiar.

Jace vaciló por un momento mientras el alivio penetraba en su sangre como un alcohol potente. Luego le relató la cadena de acontecimientos que había tenido con Bethany de principio a fin. Cuando terminó, la expresión en el rostro de Ash cambió a una que se parecía más a un gruñido fiero.

—Hijos de puta —maldijo—. ¿Le pegan a una mujer indefensa porque el cabrón de su hermano ha cogido dinero prestado y ahora no tiene cómo devolverlo? ¿Y el cabrón dejó que fueran a por ella? Joder, mi familia puede que esté chiflada, pero ellos nunca me lanzarían a unos matones sin escrúpulos.

Jace se rio.

—Al menos, no todavía.

Un rayo de diversión iluminó los ojos de Ash.

—Cierto, dales tiempo.

Hubo una prolongada pausa. Un entendimiento que no necesitaba palabras.

—No me gusta que te vayas a involucrar. Yo conozco gente, puedo hacer que se ocupen de ello. Me aseguraré de que a los tipos les llegue el dinero y un mensaje de que no vuelvan a molestar a Bethany otra vez —dijo Ash—. Eso si tú quieres. Asumo que quieres que la deuda se salde.

—¿Conoces gente? —preguntó Jace, incrédulo—. ¿Qué demonios dices, tío? ¿Qué clase de gente conoces que puede hacerse cargo de una situación como esta? Y sí, cueste lo que cueste. Quiero que esa deuda desaparezca. No porque me importe una mierda el gilipollas de su hermano, sino porque quiero que Bethany esté a salvo y quiero alejarla de cualquier posible situación que la ponga en peligro.

Ash se encogió de hombros.

—Nunca se sabe cuándo puedes necesitar este tipo de contactos. Me deben un favor, de todas maneras. Les di buenos consejos sobre armas de fuego y les pagué la estancia en uno de nuestros hoteles.

—No voy a preguntar siquiera...

—Mejor así —dijo animadamente Ash—. No son gente a la que invitar el Día de Acción de Gracias.

—Sí, eso veo —murmuró Jace.

La expresión de Ash se volvió más seria.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cinco mil.

—¿Ya está?

Jace suspiró.

—Es una fortuna para Bethany. Como ella dice, podría ser un millón y sería lo mismo. Iba a traficar para conseguir el dinero.

Aún lo asustaba pensar lo que podría haber pasado si Kate no lo hubiera

llamado el día que Bethany volvió al centro de acogida. O lo que podría haber pasado si no hubiera vuelto. Podría haber estado ahora mismo en las calles y vulnerable ante Dios sabía qué...

—Dios santo —soltó Ash—. ¿Traficar?

—Sí, eso básicamente resume mi reacción.

—La mujer necesita una correa —murmuró Ash.

—Figurativamente va a tener una —respondió Jace con calma—. No va a ir a ninguna parte sin los hombres que he contratado para que la protejan, y cuando no esté con ellos, estará conmigo. Con suerte, hasta que soluciones lo de la deuda y esa amenaza pase. Pero aún no voy a hablar con ella del problema de Jack.

—Bueno, y tampoco parece que ella tenga muy claro que vais a ser pareja todavía —añadió Ash secamente.

—Lo tendrá.

Ash arqueó una ceja.

—Suenas muy confiado.

—No voy a considerar la alternativa.

—¿Y esa es?

—Que no forme parte de mi vida.

Hubo una pausa embarazosa y Ash se movió en la silla, incómodo.

—Mira, tío. Estoy pasándome de la raya con esto.

—Como si eso te hubiera frenado antes —dijo Jace secamente.

Ash se rio entre dientes.

—Cierto. No soy un buen admirador de los límites, particularmente cuando mi familia está involucrada.

Otra vez esa palabra. Familia. Y sí, Ash, Gabe y Mia eran su familia. Él había dicho antes que Mia era la única familia que tenía y no era cierto. Gabe y Ash... habían estado ahí. Siempre. Ayudándolo cuando sus padres murieron. Habían demostrado tener una lealtad con él que Jace nunca se habría imaginado.

Quizás era algo que había dado por hecho durante años. Había sido un gran error. Otra gente no tenía eso. El apoyo incondicional. Era afortunado.

—¿Cómo vais a funcionar? —preguntó Ash—. Tú y Bethany. Te conozco, tío. Tú y yo somos parecidos. Joder, Gabe también lo es. Estamos cortados por el mismo patrón. Nos gusta el control. La dominación. No somos de los de dar la mano a torcer. Podemos jugar a lo suave, pero eso es todo. Un juego. Al final, tú y yo sabemos que cualquier relación sería que tengamos va a ser controladora a más no poder.

Jace asintió. Ni siquiera intentó negarlo.

—Entonces, ¿así es cómo funcionará con Bethany? ¿Está preparada para ello? ¿Está preparada para conocerte a ti de esa forma? ¿Tiene siquiera ella alguna idea de cómo va a ser vuestra relación? Porque con una mujer que se asuste, no se va a ir muy lejos. Ella regresaría a su apartamento. Tú sabrías dónde ir a

buscarla. La llamas o vas a verla. Hacéis que funcione. Pero ese no es el caso con Bethany. Si se asusta, huye, y puede que no vuelvas a verla otra vez.

—Joder, ¿no crees que ya lo sé?

Le salió con más fuerza de la que había pretendido pero era un testamento de lo inseguro que se sentía en lo referente a esta mujer. De lo inútil que se sentía y de cómo Ash se las había arreglado para ponerle voz a su mayor miedo.

Si no hacía las cosas bien, si iba muy rápido, si hacía lo que fuera que asustara a Bethany, ella podría huir. Podría volver a la noche. A las calles, a donde esos hijos de puta —y un millón de otros— la acechaban. Donde él no podría protegerla, no podría cuidar de ella. Donde para él sería completamente imposible salvarla de los peligros de estar sola y desprotegida.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Ash quedamente—. ¿Cómo vas a jugar tus cartas?

—No lo sé —respondió Jace con resignación—. No tengo ni idea. Sé lo que quiero. Solo tengo que esperar llevarlo bien y que sea lo que ella quiera y pueda aceptar de mí.

Capítulo

17

Bethany se sumergió en la enorme bañera y sopló ligeramente sobre la espuma que se estaba formando cerca de su boca. Se sentía increíblemente relajada. Como alguien en alguna película. Se había recogido el pelo en la parte superior de la cabeza de una forma desordenada que había pensado que parecía sensual. Se había apartado los mechones que le caían. La espuma crecía sobre el agua y había velas encendidas alrededor de todo el perímetro. Parecía un perfecto tópico, pero no le importaba. Le otorgaba un placer caprichoso. Ella ya había aprendido hacía mucho tiempo a disfrutar de todos los placeres como fuera que vinieran.

El agua caliente la rodeaba, la calmaba y le relajaba todo los músculos. La hermana de Jace sentía una pasión especial por las velas, estaba claro. Velas femeninas que olían maravillosamente bien. Y eran bonitas también. Velas extravagantes que eran seguramente caras, no de esas baratas que se conseguían en una tienda de todo a un euro.

Y el baño de burbujas. Bethany había estado más que encantada cuando lo había encontrado en uno de los cajones del cuarto de baño. Eso también era caro. De una marca que conocía. Al principio dudó de si usarlo o no, pero la tentación había sido muy grande y lo había echado en la bañera encantada de la vida tal y como explicaba en el dibujo.

Cogió con la mano un poco de espuma y sopló de nuevo. Bethany se reía mientras las pompas se rompían y caían como hojas en otoño.

—Estás tan preciosa que hasta me duele el pecho.

Ella ahogó un grito y automáticamente se hundió más en el agua mientras llevaba la mirada hasta la puerta donde Jace estaba apoyado y tenía los ojos puestos en ella. Tenía las manos metidas en los bolsillos y su vaga mirada viajaba de arriba abajo por toda la bañera.

—¿Cuándo has llegado? —dijo Bethany en un chillido—. No te esperaba hasta dentro de una hora, al menos.

Él sonrió y se apartó del marco de la puerta para adentrarse en el cuarto de baño hasta llegar junto a la bañera. Bajó la mirada hasta ella.

—¿Me estás diciendo que no habrías estado en la bañera, mojada, si hubieras sabido que iba a volver tan pronto?

—N... no —tartamudeó.

—Es una pena —murmuró—. Me podría acostumbrar a encontrarte así.

Jace se sentó en el borde de la bañera y alargó la mano para tocarle la mejilla con los dedos, primero sobre la curvatura de sus pómulos y luego sobre el mentón.

—¿Todo bien por aquí?

Ella asintió, aún incómoda por su presencia en el cuarto de baño. Estaba en una posición vulnerable y eso la ponía nerviosa.

—¿Kaden y Trevor te han dado algún problema? ¿Estás cómoda con ellos?

Ella sacudió la cabeza y luego asintió para responder a ambas preguntas antes de volver a hundirse en el agua de la bañera. A lo mejor no estaba del todo cómoda teniendo a dos matones musculosos en el salón, pero no la habían molestado y habían intentado ser tan invisibles como pudieron. O tan invisibles como dos montañas podían ser, mejor dicho. Ella no quería parecer desagradecida. Que Jace llegara a esa clase de extremos para hacerla sentirse segura la abrumaba. La gente no hacía las cosas que él hacía por ella. Nada de su experiencia con la raza humana la había animado a creer que los caballeros de brillante armadura como Jace existieran de verdad.

Jace se rio entre dientes.

—Nena, si te hundes más te vas a ahogar.

Él bajó una mano y la metió dentro del agua. A Bethany se le cortó la respiración cuando Jace curvó sus dedos bajo uno de sus senos y luego le tocó el pezón con el pulgar. Este respondió de inmediato arrugándose mientras un éxtasis delicioso se le empezó a formar en el vientre y se expandía hasta la unión de sus muslos.

Su clitoris latió y se hinchó. Todo lo que el hombre tenía que hacer era tocarla y ella se descomponía. La respiración se le entrecortaba erráticamente y el agua cálida de repente pareció estar insoportablemente caliente.

—¿Hay espacio para dos?—murmuró Jace.

Ella abrió los ojos como platos y alzó la mirada hacia él, insegura de si había oído correctamente. Los hombres como Jace no se deleitaban en baños de chicas con espuma y velitas. ¿No? ¿Y ella quería que lo hiciera?

Porque los tíos tampoco se metían en una bañera con una mujer a menos que esperaran algo más que bañarse.

Era una pregunta con doble sentido.

Ella se relamió los labios y a que los tenía secos y lo miró nerviosamente.

—¿Es una pregunta muy complicada?

Ruborizándose, ella sacudió la cabeza y luego se sorprendió a sí misma al decir:

—Puedes entrar.

Estaba actuando sin pensar. Pero se sentía... más valiente con él. Lo que tenía gracia porque Jace todavía hacía que le revolotearan mariposas en el estómago con una simple mirada. Además la ponía claramente nerviosa, todavía estaba intentando averiguar cuáles serían sus expectativas con ella. Toda la situación parecía... una locura, por falta de una palabra mejor. Pero de alguna forma él se las arreglaba para hacerla sentirse segura de sí misma, y eso ya era decir bastante porque segura de sí misma no era un adjetivo que usaría normalmente

para describirse a sí misma.

Cauta, sí. ¿Desconfiada? Totalmente. Bethany había aprendido a sopesar cada situación y a cada persona. Siempre buscaba las verdaderas intenciones de cada una porque nadie hacía nada sin querer algo a cambio... pero hasta ahora, lo único que había sido capaz de ver que quería Jace era... ella. Y Bethany no tenía nada más que ofrecer.

La mirada de Jace era amable mientras le seguía acariciando el pezón con el dedo pulgar.

—¿Pero quieres que lo haga?

—S... sí—contestó ella con la voz ronca. Más segura de sí misma esta vez. Sí, sin duda era un adjetivo que estaba empezando a emplear. Le gustaba. Le gustaba la sensación de sentirse así.

La satisfacción inundó los ojos de Jace. Se levantó del borde de la bañera, se quitó la ropa y la arrojó encima del banco del lavabo. Bethany no pudo evitar admirar su cuerpo desnudo. Era tan guapo que se deleitó en él y memorizó cada detalle de su físico.

La apretada montaña de músculos que se marcaba en sus brazos, sus piernas, su pecho... El casi invisible vello negro que formaba una tentadora línea desde el pecho hasta el ombligo y luego la ingle. Y ese pelo moreno, desordenado que le caía por la frente y las orejas hasta cinco centímetros por debajo del cuello. Bethany se moría por enterrar los dedos en sus sedosos mechones, por entrelazarlos con sus manos tal como había hecho la noche que él y Ash habían tenido sexo con ella.

Era extraño que recordara cada detalle de él con tantos pelos y señales de esa noche y que Ash solo constituyera como un borrón en su memoria. Era la boca de Jace, sus manos, su pene, la sensación de su cuerpo cubriendo el de ella, duro y exigente, los que seguían penetrando su mente una y otra vez.

Y ahora le estaba tirando los tejos con ese aire de dominancia. Tanto lujuria como autoridad inundaban esos deliciosos ojos marrones. El color era tan oscuro que era difícil identificar qué era la pupila y qué el iris. Aun así, había ternura en su mirada, casi como si intentara esconder esa exigencia que era como algo natural en él.

—¿Entrenas?—soltó ella de repente.

Jace se detuvo en el borde de la bañera. Levantó la mirada hacia ella y luego sonrió.

—¿Te gusta lo que ves, nena?

—Eres muy guapo.

Por un momento él pareció casi avergonzado. Era una monería ver a un hombre de treinta y ocho años tan seguro de sí mismo y sereno perder el control por un momento. Ella le había hecho eso. Sí, la seguridad en sí misma era bastante buena por una vez en su vida.

—Tú eres la guapa, Bethany. Tan guapa y preciosa que no puedo dejar de mirarte. Me quedé ahí en la puerta y te observé durante un buen rato. Te podría estar mirando todo el día y nunca llegaría a cansarme.

El calor se apoderó de sus mejillas y ella se sumergió, tímida.

—¿Entonces entrenas?

—Sí. Hay un gimnasio en el edificio donde tengo mi apartamento y en el trabajo. Intento ir todos los días, pero eso no es siempre posible.

—Tienes un buen cuerpo —dijo tímidamente.

—Eres buena para mi ego.

Ella sonrió mientras él metía una pierna en el agua. Un momento después se giró de manera que estuviera frente a ella y se metió dentro del agua. Deslizó los pies hasta que llegaron a tocar su cintura. Luego buscó con las manos los pies de Bethany y los levantó por encima de sus muslos.

—Así está mejor —dijo.

—¿Ha ido todo bien en el trabajo? —preguntó ella en un intento de sacar un tema neutral.

Jace sonrió y luego se rio entre dientes. Ella alzó una ceja, confusa.

—¿Qué es tan gracioso?

—Suenas tan a ama de casa... preguntándole a tu hombre cómo le ha ido el día en el trabajo.

El calor abandonó sus mejillas. Bethany estaba segura de que había empalidecido y luego bajó la mirada, avergonzada por su presunción. E igual de rápido se quebró su confianza de antes, y a su vez dejó un gran agujero del que la inseguridad se adueñó.

—Eh —dijo Jace suavemente—. ¿Qué te pasa, nena?

Él se echó hacia delante e hizo que el agua se removiera y navegara a su alrededor. A Bethany le llegaba casi por el cuello pero de repente su mentón se elevó gracias a los dedos de Jace. Ella lo miró a los ojos de mala gana.

—Bethany, me ha gustado. ¿Tienes idea de lo mucho que quería y deseaba volver a ti? ¿De que he odiado cada maldito minuto que he estado alejado de ti? Conté los minutos hasta que por fin la conferencia hubo acabado. Joder, no quería dejarte sola aquí, para empezar.

El cariño volvió a inundar el rostro de Bethany y ella sonrió mucho más ampliamente esta vez. La confianza volvió a apoderarse de ella y alivió los resquicios de inseguridad que habían amenazado con atrincherarse.

Él alargó la mano y la atrajo hacia sí. Torpemente ella se puso de rodillas, por lo que el agua empezó a chorrearle por el cuerpo. La posición casi la obligó a quedarse sentada a horcajadas sobre él.

Bethany quedó con los pechos directamente frente a su rostro. A Jace no parecía que le importara.

El hombre le rodeó la cintura con los brazos fácilmente y luego se encontró

pegada firmemente a su pecho, los dos cuerpos mojados y resbaladizos.

Jace deslizó una mejilla por uno de sus senos y cuando llegó al pezón, lo succionó suavemente entre sus dientes y tiró de él a modo de experimento. Cuando ella gimíó, Jace chupó con más fuerza y encontró un ritmo que estaba destinado a volverla loca.

Bethany se contoneó entre sus brazos y contra su cuerpo. Estaba resbaladiza pero él la mantenía bien sujeta y no permitía que hubiera espacio alguno entre ambos.

Sin abandonar nunca el pecho de su boca, Jace movió una de las manos hasta el centro de sus piernas, donde tenía acunado el miembro contra su sexo. El otro brazo se quedó rodeando firmemente su cintura, sujetándola para que no se pudiera mover.

Acarició con los dedos esa piel tan sensible y golpeó suavemente su clitoris mientras iba moviéndose hacia abajo para encontrar la entrada de su vagina antes de jugar con ella. Le hacía círculos sobre su carne, la provocaba y le insertaba apenas la punta de un dedo antes de volverlo a sacar.

Bethany se sujetó bien a sus hombros y luego hincó los dedos en los músculos de su espalda. Las uñas arañaron su piel pero él no protestó. Continuó succionando un pecho y luego el otro para prestar igual atención a ambos.

Un suspiro profundo se escapó de la garganta de Bethany. El placer era plata fundida por sus venas mientras se extendía hacia todas las partes de su cuerpo. Nunca se había imaginado recibiendo placer en una bañera llena de espuma y agua caliente. Le daba la sensación de que era pecaminoso y bastante obsceno, aunque tremendamente delicioso.

Un cuento de hadas. Definitivamente una fantasía. Alguna extraña realidad alternativa porque las cosas como estas no ocurrían en la vida de Bethany Willis. Nunca lo habían hecho. Y nunca lo harían. Pero estaba bien vivir un sueño aunque fuera durante un rato. Tanto como durase.

En este sueño, Bethany era querida. Era deseada. Era igual a Jace. No había una disparidad abrumadora entre sus vidas o sus estatus. Encajaba en su mundo. Pertenecía a él.

Eso último hizo que su pecho le doliera aun cuando Jace deslizó dos dedos en su interior y provocó que otras partes completamente diferentes de su cuerpo le dolieran también. Jace alzó la mirada hacia la de ella, sus ojos eran muy penetrantes e intensos mientras introducía los dedos más en su interior. Le pasó el dedo gordo de la mano por el clitoris una vez más antes de separar los dos dedos que estaban dentro de ella, abriéndola.

Pertenecer.

Ella quería pertenecerle. Quería creer en algo más que estar una noche más en las calles y esperar a estar viva por la mañana.

Maldito fuera él por hacerla soñar, incluso por un momento. Esto no era real.

Él no era real. Bethany no tenía ni idea de a qué juego estaba jugando, pero no podía dejar que se lo acabara de creer. Le rompería el corazón. Jace la rompería en mil pedazos.

Los dedos se deslizaron más adentro y ella gritó cuando Jace presionó ese punto tan sensible que hizo que casi se corriera en el sitio. Bethany se estremeció descontroladamente entre sus brazos y se agarró con más fuerza a los hombros de Jace. Cuando se dio cuenta de que las uñas estaban básicamente lacerando su piel, apartó las manos rápidamente.

—Lo siento —dijo con voz trémula.

Jace quitó el brazo que rodeaba su cintura por un instante y agarró uno de sus brazos. Lo volvió a colocar en su hombro y luego hizo lo mismo con el otro.

—Me gusta —admitió con voz ronca—. Márcame, nena. Clávame esas uñas en la piel. Me encanta cómo se vuelven más afiladas cuando experimentas placer.

Bethany cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás cuando Jace deslizó los dedos bien en su interior otra vez y acarició las resbaladizas paredes de su vagina. Encontró su punto G de nuevo y volvió a ejercer la presión justa y necesaria.

Los muslos de Bethany se convulsionaron y ella se hizo agua, pero Jace la mantuvo bien cerca de él, sujetándola mientras apoyaba la frente contra la de él.

—Me pregunto cuán rápido puedo hacer que te corras —murmuró—. Eres tan increíblemente receptiva. Tan hipersensible. Cada vez que te toco, te entra ese pequeño escalofrío tan sexual que me vuelve loco. Tus pezones se endurecen y se ponen tan erectos que todo lo que quiero hacer es pasarme la noche chupándolos.

Bethany se estremeció entera al escuchar esas palabras roncadas y pícaras murmuradas tan cerca de su boca. Jace sonrió, engreído y guapisimo. Tan increíblemente petulante pero tan increíblemente guapo que la hizo derretirse.

—Sí, nena. Justo así.

Su dedo pulgar acarició su clitoris, añadiendo la perfecta cantidad de presión mientras sus dedos continuaban deslizándose en su humedad. Mordió el pezón con sus dientes y jugó con él, tentándolo, y luego tiró de él con fuerza mientras lo succionaba con ímpetu.

—Jace —susurró Bethany.

Era todo lo que podía decir. Su nombre. Su anclaje.

Apartó las manos de los hombros de él y las movió hacia su pelo para hundirlas bien entre sus revoltosos mechones. Le encantaba esa apariencia oscura y desordenada que tenía. Le encantaba su pelo. Hundió los dedos en su cabello y lo agarró con tanta fuerza que casi podría dejarlo calvo.

Bethany se elevó sobre la espuma y logró que el agua cayera en cascada por su cuerpo mientras cabalgaba sobre sus dedos.

—Eso es. Cabalga sobre mi mano, nena. Córrete para mí.

Bethany se removió hacia abajo, queriendo y necesitando más. Sujetó bien la parte trasera de su cabeza y lo mantuvo pegado contra su pecho mientras este chupaba y mordisqueaba su pezón. Cada vez que lo hacía, una oleada de placer le recorría las venas como si de fuego se tratara.

—A mi niña le gusta —dijo con la voz llena de lujuria y aprobación.

Oh, sí. Sí que le gustaba.

Su orgasmo se formó con fuerza. Tan rápido que la dejó sin aliento y tensa. Su cuerpo estaba tan lleno de tensión que era hasta doloroso. Se movió hacia arriba y luego de nuevo hacia abajo, buscando el máximo placer y satisfacción.

Sintió que tiraban de ella en una docena de direcciones diferentes. Su boca, sus manos, su cuerpo. Jace estaba en todos los sitios a la vez. Se estaba ahogando de placer. Se inundaba en sensaciones puramente pecaminosas.

Jace presionó el pulgar sobre su clitoris y luego hizo movimientos circulares con fuerza. Continuó acariciándola con movimientos tensos y circulares. La respiración de Bethany se entrecortó y luego al final se le paró cuando un grito se escapó de su garganta.

—Eso es —dijo Jace con voz suave. Sin embargo, sus siguientes palabras contradijeron esa gentileza. Eran autoritarias, roncas y exigían obediencia—. Córrete para mí, Bethany. Déjate ir ya.

Era inútil intentar controlarse. Sus palabras la bañaron entera y resquebrajaron esa tensión que se estaba formando y acumulando en la parte baja de su vientre. Rebotó contra su cuerpo con tanta fuerza como para hacerla retorcerse por completo. Se convulsionó contra Jace y se deslizó por su cuerpo al tiempo que apoyaba la cabeza en su hombro.

Jace la sostuvo pegada a él para que no se hundiera más en el agua. Ella escondió el rostro en su cuello mientras cogía aire con fuerza y su pecho se movía arriba y abajo contra el de él. Se sacudió y retorció mientras Jace hacía su magia con los dedos. Nunca jamás había tenido un orgasmo tan explosivo provocado por la mano de un hombre. Todo lo relacionado con Jace la trastornaba. No tenía control alguno cuando estaba con él.

Durante un buen rato, Jace la abrazó mientras deslizaba un brazo por su espalda y ella respiraba contra su cuello. Estaba derretida, temblando y completamente saciada. Derrotada. Tan lacia que no tenía forma de mantener el peso de su propio cuerpo.

Jace bajó la cabeza para besar y mordisquear uno de los hombros de Bethany, provocándole un escalofrío que recorría toda su espina dorsal.

—Tengo que sacarte de la bañera y secarte. Estás cogiendo frío.

—Está bien —murmuró.

Jace la colocó frente a él en la bañera mientras el agua volvía a apoderarse de su cuerpo. Luego se puso de pie y ella soltó un sonido de apreciación al ver su miembro erecto desafiando las leyes de la gravedad. Estaba duro e hinchado.

Bethany se relamió los labios inconsciente de que lo había hecho hasta que se percató de la expresión que Jace tenía en el rostro mientras la miraba directamente.

—Por el amor de Dios, nena —dijo con voz ronca.

Ella parpadeó y levantó la mirada inocentemente.

—¿Qué?

Jace gruñó levemente.

—Provocadora.

Sonrió mientras salía de la bañera y alargaba el brazo para coger una de las toallas que había dobladas sobre el banco del lavabo.

Aunque Jace se hubiera ido al trabajo antes, se había asegurado de que ella estuviera bien. Había desfilado una procesión de gente trayendo comida, artículos de baño y de casa y ropa de hogar. Cosas en las que ella nunca habría pensado. Pero Jace sí.

Sacudió la cabeza. El hombre era perfecto. ¿Tenía algún defecto? Bueno, además de ser tan mandón, de su actitud controladora, del hecho de que básicamente la había secuestrado, no aceptaba un no por respuesta.

Cuanto más pensaba en esos supuestos defectos, más creía en que no eran defectos en realidad.

Jace se rodeó la cintura con una toalla y luego alargó el brazo para coger la mano de Bethany. Cogió otra toalla con la otra mano y cuando ella estuvo de pie la ayudó a salir de la bañera, la rodeó con el calor de la mullida tela.

Rápidamente la secó y seguidamente le colocó bien la toalla sobre los hombros para que sintiera el calor antes de guiarla hasta el dormitorio.

—¿Te apetece algo en particular esta noche? —preguntó.

Había una pequeña bolsa al lado de la cama, Jace se agachó y sacó una muda interior y un par de prendas. Vio que eran unos vaqueros y una camiseta. Totalmente informal. Mentalmente repasó el contenido de su nuevo armario. Había un par de vaqueros un poco ostentosos con un increíble jersey con cuello de tortuga, una chaqueta y una bufanda que sería también informal pero que seguiría siendo elegante. Y botas. Tenía un par de botas forradas en piel que irían genial con los vaqueros.

—Algo para picar —dijo antes de pensárselo mejor. Luego se sonrojó. Jace no aparentaba ser el tipo de gente que le gustara picotear. Él era más de caviar. De filetes caros, de carne cara que ella no sabía siquiera pedir, y de platos con salsas que tampoco sabía pronunciar.

Sin embargo, actuó como si no hubiera notado su metedura de pata.

—Hay un sitio no muy lejos de aquí. Ash y yo llevamos a Mia allí no hace mucho. Es un pub que sirve una comida increíble tipo tapas. Los nachos están buenos. También tienen hamburguesas, alitas de pollo, y cosas por el estilo.

A Bethany la boca se le hizo agua.

—Suenan perfectamente bien. ¿Podemos ir?
Él sonrió y la estrechó entre sus brazos.
—Vístete y te llevo.

Capítulo

18

Jace estaba sentado en su oficina, completamente absorto en sus pensamientos. Había un montón de notas que le había dejado Eleanor, la recepcionista, de todas las llamadas que tenía que devolver. Correos electrónicos a los que responder. Informes financieros que estudiar. Tenía una videoconferencia en cuarenta y cinco minutos, pero su concentración estaba aparentemente de vacaciones.

Odiaba haber instalado a Bethany en un apartamento lejos de él. Cuando lo hizo, le pareció la mejor solución. No había querido abrumarla. Sabía que tenía que ir despacio —o al menos más lento— o arriesgarse a asustarla. Porque sabía que en el momento en que se mudara a su apartamento, a su espacio, a su cama, todo se habría acabado.

Así que aquí estaba, habiéndola instalado en el antiguo apartamento de Mia sabiendo muy bien que no iba a pasar mucho tiempo separado de ella excepto el que no tuviera más remedio para poder terminar su trabajo y realizar sus obligaciones. Pero si el tener un apartamento le daba sensación de poder y al menos la apariencia de poder tener sus propias elecciones, entonces podría lidiar con ello. Porque sabía que Bethany no tenía ningún poder ni elección. Ella era suya. Le pertenecía. Eso no iba a cambiar porque ella tuviera esa imagen y apariencia de independencia.

Jace estaba esperando el momento adecuado para mover ficha. Y entonces ella sería completa y enteramente suya. Y que lo aspasen si iba a dejar que pasaran tiempo separados.

La semana pasada había sido algo así como un infierno. Había estado viviendo a base de bolsas con mudas de ropa, pasando las noches en el antiguo apartamento de Mia porque era donde Bethany estaba. También tenía una rutina, la dejaba por las mañanas con Kaden y Trevor y luego los hacía desaparecer cuando llegaba por las tardes. Pero al menos estaba segura y controlada. Hasta que no la tuviera perfectamente instalada en su apartamento no iba a respirar tranquilo.

Un suave golpe sonó en la puerta de su oficina y Jace alzó la mirada y vio a su hermana, vacilante, junto al marco de la puerta con la mirada llena de precaución. Estaba como estudiando su estado de ánimo, y si Ash tenía razón, Mia tenía más que derecho a hacerlo después de que Jace la hubiera echado de malas maneras las dos últimas veces que había ido a verle.

—Hola, peque —dijo dejando que todo el afecto que sentía por ella saliera a la luz.

Ella se relajó y el alivio cruzó la expresión de su rostro mientras se adentraba en su oficina.

—Menos mal que estás de mejor humor —dijo.

Él se rio entre dientes pero luego se puso serio de nuevo mientras se levantaba y rodeaba su mesa para estrecharla en un abrazo de oso.

—Ash me ha dicho lo imbécil que he sido contigo. Lo siento, peque. Probablemente no te va a hacer sentir mejor que te diga que no me acuerdo siquiera de que vinieras a verme. Ash jura que sí y también jura que fui un completo capullo y que Gabe quería hacerme un arreglo en la cara por molestarte. Me lo merecía.

Una de las cejas de Mia se alzó con preocupación mientras Jace se apartaba y la instaba a sentarse.

—¿Va todo bien, Jace? Estás muy cambiado. Y no me has dicho nada sobre Navidad, que es por lo que vine a verte. A Gabe y a mí nos gustaría que Ash y tú las paséis con nosotros. Los padres de Gabe van a venir pero la mayor parte del tiempo solo vamos a estar nosotros. Como en los viejos tiempos —añadió suavemente.

Jace no había pensado mucho en Navidad. Todos sus pensamientos habían estado ocupados por Bethany. Bajó la mirada hacia el calendario de su mesa y se percató de que apenas quedaban unos días para que la Nochebuena llegara.

Sus primeras Navidades con Bethany. Bethany, quien no tenía nada. Quien nunca había tenido un árbol de navidad, ni regalos, que nunca había estado rodeada de familia ni buenos amigos. Al contrario, sus Navidades habían sido otro día más en las calles. Pasando frío y hambre. Unas fechas en las que debía sentirse incluso más sola que habitualmente.

Maldita sea, Jace no había puesto siquiera un árbol en su apartamento. No había previsto que ella tuviera uno en el suyo. No la había llevado de compras navideñas, ni tampoco al Rockefeller Center, tal y como había hecho con Mia tantas veces en el pasado para que viera el árbol.

Soltó la respiración y levantó la mirada hacia su hermana, que estaba sentada, mirándolo fijamente con la preocupación ahondándose en sus bonitos ojos marrones. Ojos que eran un espejo de los suyos.

—He conocido a una mujer —comenzó.

Las cejas de Mia se alzaron y se echó hacia delante en la silla.

—Guau, espera. ¿Has conocido a una mujer? ¿Una que no tiene nada que ver con las que os buscáis Ash y tú juntos?

Jace hizo una mueca con los labios.

—Por el amor de Dios, Mia. No voy a discutir mi vida sexual contigo. ¿Y qué sabes de Ash, a todo esto?

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor. No es que sea precisamente un secreto que ninguno de los dos haya ido por solitario en bastante tiempo.

Jace se avergonzó. Bueno, mierda. Lo último que quería era que su hermanita

pequeña pusiera sobre la mesa la tendencia que tenían él y Ash para montarse tríos.

—Y esa mujer. ¿Supongo que Ash no está en la ecuación?

Jace suspiró.

—Ahora no.

Mia hizo un gesto de sorpresa.

—Pero lo ha estado. ¡Qué incómodo!

—Bueno, podría serlo. Al menos al principio. Mira, Mia, ella es diferente.

Mia asintió con complicidad y una sonrisa curvó sus labios.

—Oh, Dios. Mi hermano mayor por fin ha caído. Esto es digno de una confesión.

Jace sacudió la cabeza.

—Solo escucha, ¿de acuerdo?

Como si sintiera la importancia del asunto, Mia dejó ese aire de provocación y su expresión se volvió más seria.

—¿Qué pasa, Jace? ¿Va todo bien?

Jace se pasó una mano por el pelo y se recostó en la silla.

—Como he dicho, ella es diferente, Mia. Muy diferente de ti y de mí. De Gabe o de Ash. Bethany es, era una sin techo.

La compasión inmediatamente oscureció los ojos de Mia. Otra cosa no, pero su hermana pequeña tenía un corazón tan grande como el mundo entero.

—Entonces, ¿cómo la conociste? —preguntó Mia.

—Estaba trabajando en tu fiesta de compromiso. Por supuesto, por entonces no sabía nada de eso. Para resumirlo todo, Ash y yo nos acostamos con ella aunque yo sabía que la quería para mí desde el principio.

—Eso es bastante retorcido —murmuró Mia.

—Dímelo a mí. En fin, ella desapareció a la mañana siguiente y me pasé dos semanas poniendo la ciudad patas arriba buscándola. El centro de acogida de mujeres me llamó cuando ella fue en busca de un lugar donde dormir. Unos gilipollas a los que su hermano debe dinero le habían dado una paliza.

La expresión de Mia se llenó de tristeza.

—¡Oh, no! Jace, ¿ella está bien?

Él asintió.

—Solo llena de arañazos. Eso fue hace una semana. Ahora está bien.

Mia frunció el ceño.

—¿Por qué no la he conocido todavía? ¿Por qué nadie la ha conocido todavía?

—En breve la conoceréis —dijo quedamente—. Quiero que pase las Navidades con nosotros. No quiero que esté sola y obviamente no quiero decirle que voy a pasar la Nochebuena con mi familia y hacerla sentir como que no significa nada para mí no invitándola también.

—Por supuesto que no. Por supuesto que nos encantaría que viniera —dijo

Mia atropelladamente—. Me muero de ganas. ¿Se está quedando contigo? Porque obviamente supongo que no la dejaste volver a la calle.

Jace gruñó.

—Dios, no. La he instalado, temporalmente, en tu antiguo apartamento.

Ella alzó las cejas.

—¿Temporalmente?

—Muy temporalmente —murmuró Jace—. Solo hasta que la instale conmigo.

Los labios de Mia formaron el mismo gesto de sorpresa que antes.

—Vas en serio con ella.

—¿Crees que la traería a cenar con nosotros si no fuera en serio? ¿Cuándo he arriesgado lo que tenemos entre tú y yo y Gabe y Ash trayendo a un extraño? Eres mi familia, Mia. Todos vosotros. Ni de coña voy a dejar que cualquiera entre en ese círculo cerrado.

—Entonces me muero de ganas de conocerla —dijo Mia suavemente. Luego su expresión se volvió más pensativa—. ¿Tiene amigos? Parece que no tenga a nadie. ¿Cuántos años tiene?

Jace sacudió la cabeza.

—Tiene tu edad. Ha tenido una vida dura. Nunca tuvo una oportunidad, en realidad. Pero es lista. Es dulce. Ilumina la habitación entera. No lo puedo explicar, Mia.

La sonrisa de Mia se ensanchó.

—Oh, Jace, ¡estoy muy feliz por ti! Y sí que parece que pueda necesitar pasar un día entre chicas. ¿Te parece bien si me paso por el apartamento algún día? Puede salir con mis amigas y conmigo.

Jace vaciló, odiando tener que decir lo siguiente. Pero Ash lo sabía y era casi por defecto que Gabe lo supiera también. Mia tendría que saberlo para que no metiera la pata en ningún momento.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —dijo lentamente—. Bethany ha tenido... problemas... en el pasado, de adicción. Puede que no sea una buena idea ponerle alcohol delante. Sé que tú y tus amigas os cogéis una buena cogorza cada vez que salís.

—Ella puede beber agua conmigo —soltó Mia firmemente—. De todos modos, no es que yo tenga mucha tolerancia al alcohol. Lo importante es que salga con chicas de su edad y que haga amigos. A menos que tengas un problema con eso.

Jace se encontró a sí mismo sacudiendo la cabeza.

—No. No tengo ningún problema. Te lo agradezco, Mia. Eres un ángel. Estoy seguro de que Bethany te lo agradecerá. Pero una advertencia. Ella es callada, reservada y muy tímida. Es fácil abrumarla y sé que tus amigas pueden llegar a ser un poco... pesadas.

Mia lo atravesó con la mirada.

—Son las mejores amigas y no van a ser malas con Bethany. Yo no las dejaría, si es que fueran de ese tipo de chicas.

Jace sonrió ante esa defensa tan feroz. Y no conocía siquiera a Bethany todavía.

—Confío en que cuidarás bien de ella. Pero, Mia, hay algo más que tienes que saber y que le diré a Gabe también.

Ella gimió.

—¿Tienes que meter a Gabe en esto?

—Cuando se trata de tu seguridad, sí.

Mia frunció el ceño y arrugó la nariz de forma adorable.

—Le he asignado un par de guardaespaldas a Bethany. Como ya te he dicho, unos gilipollas que quieren cobrarse el dinero que su hermano les debe le pegaron. No voy a arriesgarme hasta que la situación se resuelva. Lo que significa que si vas a salir con Bethany, esos guardaespaldas van también y os echarán un ojo a ti y a tus amigas. ¿Está claro?

Ella puso los ojos en blanco pero asintió.

—Me gustaría ver al pobre imbécil que intente acercarse a mí y a mis amigas —murmuró Mia.

Jace se rio entre dientes porque tenía razón. Pero aun así no iba a arriesgarse.

Mia se levantó y rodeó el escritorio de Jace para colocar sus brazos alrededor de su cuello. Lo abrazó con fuerza.

—Entonces, ¿tú y Bethany vendréis en Nochebuena?

Él la besó en la mejilla.

—Sí, peque. Cuenta con ello.

Cuando Mia se dirigió hacia la puerta, casi chocó con Ash mientras este entraba. Ash sacó las manos, la agarró por los hombros y luego se rio.

—Cuidado, cariño.

—Hola, Ash —contestó ella con voz alegre.

Ash depositó un beso en la parte superior de su cabeza.

—Tengo que hablar con Jace de algo. Te veo luego, ¿de acuerdo?

Mia levantó las manos.

—Sé cuándo me están echando. Supongo que iré a ver si Gabe tiene tiempo para mí.

Ash soltó una risotada.

—Como si no lo fuera a tener. Nunca.

Ella sonrió abiertamente, se despidió con los dedos de la mano y luego desapareció por el pasillo.

Ash se volvió hacia Jace y luego cerró la puerta. Jace levantó las cejas con gesto de interrogación mientras Ash se abría paso hasta la silla que Mia había dejado libre. Soltó otra carpeta encima de la mesa de Jace antes de sentarse.

Jace estaba empezando a odiar esas malditas carpetas. Nunca contenían nada bueno.

—La deuda del hermano de Bethany ya está saldada —dijo Ash sin preámbulos—. La buena noticia es que los imbéciles que le pegaron no estaban interesados en nada más que no fuera conseguir su dinero. Con intereses, por supuesto.

—Por supuesto —convino Jace ácidamente.

—Bethany debería estar a salvo ya.

Jace asintió.

—Gracias, tío.

—Pero hay algo más que deberías saber. No estoy seguro de lo que significa, pero me imagino que vas a necesitar toda la información que puedas obtener.

Los hombros de Jace se hundieron y se volvió a recostar en la silla.

—¿Y ahora qué?

—¿El hermano de Bethany? Jack Kingston. No es su hermano. No hay relación de sangre alguna. Pero son cercanos. Han estado en la calle juntos desde que dejaron su última casa de acogida. Bueno, no estaban siquiera en la misma casa de acogida. Debería decir desde que Bethany dejó su última casa de acogida, ya que Jack es mayor y había estado fuera del sistema por un tiempo. Aparentemente él la sacó, o al menos vino a por ella y huyeron. Han estado juntos desde entonces.

Jace frunció el ceño.

—¿Y qué estás sugiriendo con eso?

Ash levantó las manos.

—No estoy sugiriendo nada, tío. Te estoy contando los hechos para que los puedas tener a tu disposición. Bethany lo llama hermano. Pensé que deberías saber que no lo es. Ahora, lo que eso significa, no tengo ni idea. Pero deberías ser consciente del hecho de que ella podría estar marcándose un farol. Te seduce todo lo que pueda y las deudas de Jack están pagadas.

Eso lo cabreó pero sería estúpido si al menos no consideraba lo que Ash estaba diciendo.

—Gracias —murmuró Jace.

—Lo siento, tío. Sé que es una mierda. Puede que no sea siquiera verdad, pero tienes que conocer todas las posibilidades.

Jace asintió.

—Lo sé.

El teléfono móvil de Jace sonó y este bajó la mirada al aparato y vio el número de Kaden aparecer en la pantalla LCD. Levantó un dedo hacia Ash y luego se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

Estuvo escuchando por un momento mientras la sangre se le helaba. La ira

surgió poco después de que Kaden relatara su informe.

—Seguid en ello —ladró Jace—. Encontradla. Estoy de camino.

Bajó el teléfono y miró a Ash, que estaba escuchando lleno de confusión.

—Bethany se ha deshecho de sus guardaespaldas y ha desaparecido.

—Mierda —murmuró Ash—. ¿Qué vas a hacer?

—Si va a huir, mejor que me lo diga a la cara —soltó Jace con mordacidad

—. Me debe eso como mínimo.

Capítulo

19

Bethany se ciñó bien el abrigo y caminó a través del Madison Square Park. Ya había perdido la cuenta de los parques de la ciudad donde había buscado, esperando que fuera el definitivo donde encontrar a Jack. Lo había buscado por todos los lugares donde solía ir pero los había encontrado vacíos. Incluso había mirado en los refugios que ella y Jack frecuentaban, esperando que quizás tuviera un lugar cálido donde pasar la noche.

No había pretendido tardar tanto. Jace estaría enfadado. No, estaría furioso. Se había escapado de los dos guardaespaldas, los perros fieles de Jace, porque en serio, ¿qué podría haberles dicho? ¿Que estaba preocupada y planeaba ir en busca de su hermano por zonas de la ciudad que no eran tan seguras?

Le habrían quitado tan rápido esa idea de la cabeza que se hubiera sentido hasta mareada.

—Bethy, ¿qué estás haciendo aquí?

La voz de Jack cayó sobre ella como un látigo y Bethany se dio la vuelta, aliviada de verlo de pie protegido por las sombras de la noche.

—Jack, gracias a Dios —dijo en voz baja—. Estaba muy preocupada.

Se acercó a él con la intención de abrazarlo pero Jack se echó hacia atrás y le puso las manos en los hombros. Sus ojos inteligentes la observaron de arriba abajo.

—Se te ve bien —dijo quedamente.

Jack no le preguntó dónde había estado. No le preguntó nada. Solo se la quedó mirando y le dijo que se la veía bien, como si fueran viejos conocidos que se hubieran encontrado por casualidad en la calle.

Precipitadamente, Bethany se metió la mano en el bolsillo en busca del papel donde había escrito su dirección. Luego se lo tendió a él.

—Tengo un apartamento, Jack. Es bonito. En el Upper West Side. Podrías venir. Tendrías un lugar donde quedarte. Estarías a salvo allí.

Él se quedó mirando fijamente el papel durante un momento antes de cogerlo y metérselo en el bolsillo sin siquiera mirarlo.

—Oí que te habían hecho daño —dijo con la voz llena de dolor—. Tienes que saber que nunca tuve intención de que eso pasara, Bethy.

Bethany se puso rígida mientras la rabia que momentos antes no sentía comenzaba a poseerla.

—¿Cómo sabían siquiera sobre mí, Jack? ¿Por qué vinieron a mí a por el dinero que tú les debías? ¿Por qué lo cogiste prestado? ¿Cómo leches pensabas devolverlo?

Jack sacudió la cabeza, la pena y la fatiga se estaban amontonando en sus hombros hasta que consiguieron que se hundieran. Su expresión era seria.

Desesperada y tan gris como el crepúsculo que los rodeaba.

—Lo siento —dijo simplemente—. Te puse en peligro, Bethy. Es mejor que no estés conmigo ahora. Sea donde sea que te hayas metido... estás bien. Deberías mantenerte alejada de mí. Yo solo te voy a hundir más.

Ella sacudió la cabeza y se echó hacia delante para abrazarlo. Por unos cuantos segundos, se quedó así, abrazándolo, aunque los brazos de él estuvieran caídos en sus costados, rígidos, antes de que finalmente le devolvieran el abrazo y la estrechara entre sus brazos igual de fuerte.

—Siempre hemos sido tú y yo —dijo ella con la voz amortiguada por su harapienta chaqueta—. No te voy a dejar, Jack. Tú nunca me habrías dejado a mí.

Jack la apartó y le tocó la mejilla.

—Escúchame, Bethy. No es seguro para ti andar por aquí. Nunca ha sido seguro. Lo mejor que puedes hacer por mí es volver a tu apartamento en el Upper West Side. Vive tu vida. Ábrele los brazos a todo lo bueno. No hagas nada para estropearlo. Y sé feliz.

Las lágrimas llenaron sus ojos.

—¿Cómo puedo ser feliz cuando tú estás aquí fuera? ¿Se supone que tengo que ser feliz sabiendo que tengo un sitio seguro donde quedarme, comida para comer y una cama en la que dormir cuando sé que tú estás aquí fuera en la calle?

Jack sonrió torcidamente.

—Yo estaré bien. Siempre estoy a la caza de trabajillos.

—No estás bien —insistió.

Él suspiró.

—Quizás vaya a ver qué tal estás tú.

Ella se agarró a eso mientras la esperanza se apoderaba de ella.

—Hazlo, Jack. Prométemelo. No tiene por qué ser así. He conocido a alguien. Él es... es bueno conmigo. Las cosas ahora pueden cambiar.

Jack sonrió.

—Estoy feliz por ti Bethy. De verdad. Pero ¿cómo crees que se va a tomar el que otro hombre ande husmeando cerca de su mujer?

—Si él no puede aceptarte, entonces no quiero estar con él —siseó Bethany.

Jack le acarició la mejilla otra vez, su aliento era como una nube visible en el frío de la ciudad. Había empezado a nevar otra vez; los copos de nieve caían sobre ellos, aterrizando en sus hombros y empapando la fina y rasgada tela. El frío se apoderó de él y se asentó en la ciudad sin ninguna piedad. Bethany no podía soportar pensar en Jack en la calle, a merced del tiempo y de todos aquellos que quisieran hacerle daño.

—Por favor, Jack. Vuelve conmigo —le suplicó—. No puedes esconderte de ellos para siempre.

Una de las comisuras de sus labios se alzó.

—El problema está solucionado. Ya tienen su dinero. En su negocio, no son temas personales. No van a venir a por mí mientras tengan su dinero.

La confusión hizo mella en su entrecejo fruncido y ella empezó a temblar mientras el frío calaba incluso el grueso abrigo que Jace le había comprado. Las rodillas le tritaban y su respiración era entrecortada a través de sus labios insensibilizados.

—Vuelve con tu hombre, Bethy —dijo Jack con gentileza—. Tienes frío. Estará preocupado. No deberías estar aquí.

—¡Ni tú tampoco!

—Estaré bien. Siempre lo he estado.

Ella escrutó su mirada en busca de alguna indicación de que estuviera nublada por culpa de drogas o alcohol. Pero sus ojos estaban brillantes. El cansancio y la fatiga se hacían patentes en su frente, y lograban hacerle aparentar más de veinticinco años. No parecía un hombre joven. Parecía un hombre con el peso del mundo sobre los hombros. Un hombre mucho mayor para su edad, un hombre que había visto y experimentado más en su corta vida que otro que le doblara la edad.

—Haz esto por mí, Bethy. Sé feliz. Ten cuidado. Yo te buscaré algún día. Nos pondremos al día con nuestras vidas. Ahora te toca a ti seguir con la tuya. Yo ya te he retenido durante bastante tiempo.

Ella se quedó boquiabierta de estupefacción.

—¡No! —susurró—. Jack, tú me salvaste. Tú nunca me has retenido. Soy yo la que te he retenido a ti. Tú siempre has cuidado de mí, siempre te has preocupado por mí.

Él sacudió la cabeza e hizo el gesto de volver a la calle.

—Si crees eso, eres una tonta. Siempre has sido tú la que has cuidado de mí, Bethy. Siempre has recogido todas las piezas cuando me rompía. Siempre te has asegurado de que comiéramos, de que tuviéramos dónde dormir. Yo no te he hecho ningún favor.

Las lágrimas se le quedaron congeladas en las mejillas. Todo esto sonaba a despedida, como si se estuviera separando de él para siempre.

—Vamos. Cogeré un taxi para ti. ¿Tienes dinero?

Ella asintió de forma aturrida. Jace le había dado dinero y ella se sentía inmensamente culpable de haberlo usado para escapar de los hombres que había contratado para protegerla. Pero ahora, si iba a volver tenía que darse prisa. Jace estaría frenético, y ella tendría que enfrentarse a lo que había hecho.

Jack la acompañó hasta la calle y el brillo de las luces la cegó aunque ya tenía la visión borrosa debido a las lágrimas. Alzó la mano para llamar a un taxi que se acercaba y este ralentizó la velocidad mientras se paraba junto a la acera.

—Me hará feliz pensar que estás en un cómodo apartamento caliente y comiendo bien.

Ella se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza. Las lágrimas le caían por las mejillas mientras él le devolvía el abrazo.

—Te voy a echar de menos, Jack—dijo ahogadamente.

Y se dio cuenta de que era verdad. Incluso aunque conociera sus defectos. Incluso aunque supiera todo lo que habían soportado y a pesar del hecho de que había luchado por asegurarse de que tuvieran comida y dinero para los demonios que lo atormentaban. La culpa se asentó en su mente, asfixiante y pesada. ¿Cuánto había contribuido ella a su adicción?

Todo lo que sabía era que no podía decirle que no. No después de todo lo que había hecho por ella, de todo lo que había sufrido por ella. Una parte de Bethany sabía que si no hacía algo él habría empleado otros métodos más peligrosos para conseguir lo que necesitaba y Bethany no había querido que eso ocurriese. Y, aun así, de alguna manera no había servido de nada. Jack había cogido prestado dinero. Dinero que no había podido devolver.

Bethany frunció el ceño mientras entraba en el taxi.

—¿Jack?

—Sí.

—Dijiste que el dinero ya no era problema. ¿Cómo les pagaste?

El miedo la paralizó. ¿Qué había hecho?

Él se encogió de hombros y comenzó a cerrar la puerta.

—No lo sé. Cuando fui a pedirles un aplazamiento, me dijeron que la deuda estaba pagada. Yo no iba a pelearme con ellos. Solo quería que estuvieras segura y lejos de aquí.

Bethany se sentó, aturdida, mientras él cerraba la puerta del coche y luego desaparecía en la oscuridad. La garganta casi se le cerró y estuvo a punto de abrir la puerta de golpe y correr detrás de él porque temía que esta fuera a ser la última vez que lo viera.

El taxi arrancó y desistió de hacer justo eso. Bethany miró hacia atrás tanto como pudo antes de que el coche se mezclara con el tráfico de la ciudad.

Bethany bajó la cabeza y se rodeó fuertemente con los brazos en un esfuerzo por aliviar su creciente pena.

La ciudad pasó en un borrón de luces de semáforos, decoraciones navideñas, pitidos de los coches y luces de los mismos. No fue consciente de que habían llegado hasta que el taxista la avisó amablemente.

—Señora, hemos llegado.

Ella se despertó de la melancolía que la rodeaba y se echó hacia delante mientras hundía una mano en el bolsillo precipitadamente para pagarle al hombre.

—Gracias—murmuró antes de abrir la puerta y adentrarse en el frío.

Se apresuró hacia la entrada del apartamento solo para encontrarse con el portero, que parecía estar enormemente aliviado.

—Señorita Willis, gracias a Dios.

Bethany no registró que él dijera nada más pero arqueó las cejas, confusa, ante la idea de que estuviera aliviado. La acompañó hasta el ascensor y cuando las puertas se fueron cerrando ya tenía un teléfono móvil en la oreja.

Se arrastró hasta dentro del apartamento, su apartamento. Se sentía como un fraude. Ver a Jack esta noche le había devuelto la sensación de que no pertenecía a este lugar. No pegaba en este mundo. Y con total seguridad no se lo había ganado. No tenía siquiera un trabajo.

¿Cuánto más podría durar? ¿Cuánto más hasta que a Jace se le pasara el actual encaprichamiento? No estaba segura de qué era lo que él veía en ella o por qué siquiera se molestaba en ella. No cuando había muchísimas otras mujeres mucho más deseosas de estar en su lugar.

Si había algo que había aprendido la semana pasada cuando ella y Jace salieron, era que él provocaba el interés femenino. Y las mujeres estaban comprensivamente impresionadas de que Jace estuviera con alguien como Bethany. No es que ellas conocieran sus circunstancias, pero estaba bastante claro que no llegaba ni de lejos a su mismo estatus socioeconómico. Para ellas, Jace no estaba más que visitando los barrios pobres.

Bethany se encogió de dolor cuando se dejó caer sobre el sofá sin molestarse siquiera en quitarse el abrigo. Aún tenía frío, incluso arropada por la calidez de su apartamento. Sentía el frío por dentro, un tipo de frío que el calor del ambiente no podía arrancar.

Apoyó la cabeza sobre los cojines y cerró los ojos. Debería llamar a Jace. Probablemente había estado intentando contactar con ella. Pero en un momento realmente estúpido, se había olvidado el móvil en el apartamento. Había estado tan preocupada por escaparse de Kaden y Trevor que se lo había dejado en la mesa de la cocina.

Encogiéndose antes de tiempo por el rapapolvo que le iba a caer, se levantó del sofá y fue en busca del teléfono. Necesitaba al menos mandarle un mensaje para hacerle saber que estaba bien.

Un sentimiento mayor de culpa arremetió contra ella. Ahora, de vuelta en su apartamento, se dio cuenta de lo irresponsable y egoísta que había sido. Jace no había hecho nada más que ser amable con ella, y ella no se había llevado el teléfono para que pudiera saber que estaba bien. Quizás inconscientemente se había olvidado el móvil para evitar que Jace la hubiera estado atosigando desde el mismo instante en que Kaden le hubiera informado de su marcha. De hecho, se habría sentido mucho más culpable si hubiera ignorado las llamadas.

Encontró el teléfono justo donde lo había dejado: en la mesa de la cocina. Se quedó petrificada cuando vio la gran cantidad de llamadas perdidas y mensajes que tenía. De Jace. De Kaden. De Trevor.

Lo dejó de nuevo sobre la mesa porque no quería siquiera mirarlos, pero

tenía que hacerle saber a Jace que estaba bien.

Con un suspiro, lo volvió a coger justo cuando la puerta se abrió de golpe y Kaden y Trevor entraron en el apartamento. Sorprendida, soltó el teléfono y dio un paso hacia atrás precipitadamente antes de darse cuenta por completo de quiénes eran.

—Gracias a Dios —murmuró Kaden—. ¿Estás bien? ¿Alguien te ha hecho daño?

Ella sacudió la cabeza en silencio y los miró con estupor al ver la expresión en los ojos de Kaden y Trevor. Entonces, sin decir una palabra más, Kaden sacó su propio teléfono.

—Señor Crestwell. Sí, la tengo. Está de vuelta en el apartamento. Parece estar bien. No he tenido tiempo de interrogarla. Sabía que querría saberlo. De acuerdo. Le veo ahora.

Kaden cerró el teléfono y luego dirigió su furiosa mirada en dirección a Bethany. Trevor se quedó justo detrás de él con los brazos cruzados sobre el pecho y con el rostro enfurruñado como queriendo gruñir.

Kaden avanzó hacia ella hasta que la cocina le pareció pequeña y asfixiante.

—¿Te importaría decirme qué narices pensabas que estabas haciendo? —dijo echando humo.

—Yo...

Él levantó la mano; obviamente no había terminado.

—Trevor y yo estábamos frenéticos. El señor Crestwell se estaba volviendo loco. Nos contrató para que te protegieramos. Nos contrató para proporcionarte seguridad. ¿Te importa decirme qué es lo que se supone que tenemos que hacer nosotros cuando te escabullas como lo has hecho hoy?

—Lo siento —susurró.

Las lágrimas le quemaban los párpados pero Bethany parpadeó con fuerza, decidida a no romperse frente a esos hombres.

—Lo sientes —soltó una gran exhalación—. Te podrían haber violado, matado, o herido terriblemente. Elige la opción que quieras. Y aun así lo sientes. ¡Dios santo!

La sangre se le heló en las venas. Ella comenzó a explicar que había estado perfectamente segura justo cuando la puerta se volvió a abrir de un bandazo y Jace entró con el rostro serio y duro como una piedra. Su gesto era frío. Inamovible.

Echó una sola mirada en su dirección antes de desviar la atención hasta Kaden y Trevor.

—Gracias. Os podéis ir los dos ahora. Yo me encargo a partir de ahora.

—¿Venimos mañana por la mañana? —preguntó Kaden.

Jace vaciló durante un largo rato.

—Os lo haré saber.

Bethany no podía respirar por el nudo que se le estaba formando en la garganta. Se había acabado. Jace la iba a echar. Habían terminado. Estaba cabreado. Aunque era lo mejor. Cuanto más se alargara ese cuento de hadas, peor sería cuando terminara. Era mejor acabar ahora antes de que se olvidara de cómo era su vida en realidad.

Kaden y Trevor abandonaron el apartamento tras enviar en su dirección miradas cargadas de significado. Ambos decían lo mismo. Estúpida. Tonta.

La boca le tembló y mantuvo los labios juntos. No iba a humillarse. Se enfrentaría a esto con tanta dignidad como pudiera obtener.

Con cuidado volvió a dejar el teléfono en la mesa de la cocina y luego caminó hacia el dormitorio; la mirada de Jace la siguió a cada paso.

—Cogeré mis cosas —dijo con voz queda—. Estaré fuera en unos minutos.

Entró en el dormitorio, luchando contra el arrebato de lágrimas que bañaba su rostro. Y luego se dio cuenta de que no tenía nada que coger. Nada que llevarse. Todo lo que había era de Jace. Cosas que él le había comprado. Incluso aunque se las llevara no tendría dónde ponerlas.

Entonces una mano firme se posó sobre su hombro. Jace la giró bruscamente para que quedara frente a él y repentinamente pareció atónito al ver sus lágrimas.

—¿Te importaría decirme de qué narices va todo esto? —exigió Jace.

—Sé que estás enfadado —dijo en voz baja—. Estaré fuera en unos minutos. Te agradecería que me pidieras un taxi, pero, si no, puedo caminar.

Jace apretó la mandíbula y una mirada de completa furia se apoderó de sus ojos.

—¿Piensas que te estoy echando? —preguntó en un tono incrédulo.

Ella se encogió.

—¿No lo vas a hacer?

Él maldijo.

—Maldita sea, Bethany. Tú y yo tenemos una larga charla por delante. Ha sido una mierda de día y que me jodan si va a terminar contigo dándome calabazas.

Ella parpadeó de sorpresa.

—¿No quieres que me vaya?

—¿Te parece que quiero que te vayas?

La boca se le secó.

—Pero estás tan enfadado. Y... y no les dijiste a Kaden y Trevor que volvieran mañana.

—¿De qué me iba a servir? —le soltó—. No estás precisamente respetando su protección.

Bethany se ruborizó y desvió la mirada.

—Lo siento.

—A la mierda, Bethany. Pensé que me habías dejado. ¿Qué era lo que se suponía que tenía que pensar? Te largaste. Sin una nota, y sin llamar. No querías contestar el teléfono ni mis mensajes. Estaba paralizado por el pánico porque no te podía encontrar en ningún sitio.

—¡No! —soltó ella con la voz llena de tristeza—. ¡No te estaba dejando! Solo necesitaba hacer algo. He vuelto.

Asintió.

—Sí, has vuelto. Y esa es la única razón por la que no me estoy volviendo loco ahora mismo. Pero tampoco te excusa del hecho de que te fuiste a Dios sabe dónde sin los hombres que contraté para que te protegieran. Te dejé completamente claro que no podías ir a ningún sitio sin ellos. ¿Qué parte de eso no has entendido?

Jace la agarró con más fuerza por los brazos y la acercó a su pecho. Bethany levantó la cara y lo miró con ojos agradecidos, las lágrimas ya estaban más que olvidadas. Estaba furioso, desde luego. Pero no por la razón que ella pensaba. ¿Pensó que lo había dejado?

Bethany alzó una mano para tocar su rostro cuando vio por primera vez el miedo que acompañaba su ira.

—No te estaba dejando —susurró.

—Y menos mal —murmuró—. Pero ¿Bethany? Tú y yo tenemos mucho de que hablar. He intentado hacerlo lo más delicadamente posible, pero a la mierda. No voy a hacerlo más. Esta vez lo vamos a hacer a mi manera.

Capítulo

20

Jace tuvo que soltarla y retroceder para poner distancia entre ellos. Respirar le dolía. Tenía el pecho tan tenso que parecía que lo estuvieran sujetando con tornillos.

Tenía que calmarse.

Lo primero era lo primero. Antes de que pudiera funcionar o que su relación evolucionara... joder, había sido paciente durante una semana. Sí, no era mucho tiempo, ¿pero para él? Podía haber sido perfectamente un año. Nunca había esperado tanto tiempo para tener algo que quisiera. Pero antes de que pudiera soltar los términos de su relación, tenían que discutir la razón por la que se había ido, sin ningún tipo de protección, y sin decirle nada a nadie.

Eso le volvía loco. Por el espacio de unas pocas horas había estado fuera de su control. Más allá de su habilidad para darle lo que necesitaba, para protegerla. Aún no podía revivir esas horas en la cabeza sin perder la cordura.

Quizás Ash tenía razón. Quizás estaba completamente obsesionado. Pero «obsesión» parecía ser un término demasiado suave para lo que pensaba y sentía con respecto a Bethany.

¿De dónde salía? ¿Era así cómo se sentía Gabe con Mia? ¿Por qué había perdido el control con ella y por qué había estado tan decidido a que nadie se interpusiera entre ellos?

Jace no tenía una explicación. Algunas cosas simplemente eran tal cual, como esta obsesión que tenía con Bethany. No iba a luchar contra ella. Maldición, no podía. Estaba completamente a su merced en lo que a ella se refería, y perdía toda razón. Ni siquiera tenía la capacidad de tomar decisiones racionales.

Señor, si esto era lo que el amor y las emociones le hacían a un hombre, no estaba seguro de quererlo. Pero quería a Bethany. Con cada aliento. Con cada pensamiento coherente. La quería y no iba a dejarla marchar sin haber luchado primero por ella.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando tuvo mayor control de sí mismo.

Él se la quedó mirando y buscó algún signo que le indicara que estaba herida o aturrida. Pero todo lo que vio fue inseguridad mientras temerosa lo observaba con ojos heridos y grandes. Dios. Había pensado que la estaba echando cuando él era el que pensaba que lo había abandonado a él.

—Estoy bien —dijo en voz baja—. Jace, lo siento. Sé que lo que hice fue estúpido.

—¿Estúpido? Sí. Eso lo describe bien. Dios, Bethany. ¿Te haces alguna idea de lo que podría haber pasado? Sé que has vivido en esas calles y que es solo por la gracia de Dios que no te hayas convertido en una estadística más de una ciudad llena de malas estadísticas. ¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde fuiste? ¿Qué pensabas que

estabas haciendo?

Ella se hundió en el sofá como si las piernas no quisieran sostenerla más. Las manos le temblaban y se quitó el abrigo para dejarlo seguidamente en el butacón que tenía a su lado. Jace no se podía sentar todavía. No se había calmado lo suficiente. Así que se puso a andar arriba y abajo frente a ella, expectante.

—Tenía que encontrar a Jack—dijo con voz queda.

—Jack

La palabra sonó explosiva en el salón. Maldito Jack. Había arriesgado su vida porque tenía que encontrar a Jack. Un hombre que la había lanzado a los lobos. A quien no le importaba ella lo más mínimo cuando había pedido dinero que sabía que no podía devolver y luego la había dejado con el marrón.

—Tenías que encontrar a Jack—repitió.

—Estaba preocupada —dijo, casi suplicante—. Es todo lo que tengo, Jace. Y con esos hombres...

Jace resopló profundamente.

—Exacto, Bethany. Precisamente por esos hombres es exactamente por lo que no deberías haberte ido sola. ¿No se te ocurrió contármelo? ¿Contárselo a Kaden y Trevor, que están contratados para protegerte? ¿Piensas que los contraté porque sí? ¿Crees que tengo por costumbre contratar seguridad profesional para seguir a la gente que no me importa?

Ella bajó la mirada y Jace continuó; necesitaba sacarse toda la furia de encima y las imágenes de ella tirada en la acera, sangrando.

—Y él no es lo único que tienes. Me tienes a mí.

Bethany volvió a levantar la mirada, con los ojos llenos de tristeza.

—No me refería a eso de esa forma, Jace. Por favor, créeme. Sé que puedo parecer muy desagradecida. No tenía intención de hacerte sentir como si no fueras importante. Solo me refería a que él es la única familia que tengo. Durante mucho tiempo, solo hemos estado él y yo.

—Él no es tu hermano —dijo Jace con tensión, haciendo referencia al otro problema que lo había estado molestando desde que Ash le había dado esa información.

Maldita sea, la advertencia de Ash no hacía más que repetírsele en la cabeza una y otra vez. ¿Estaba tomándole el pelo Bethany? ¿Estaba siendo la víctima de una trama montada por dos amantes de la calle para aprovecharse de él? Mirándola fijamente a los ojos no parecía que fuera así. Pero bueno, a lo mejor era una actriz maravillosa. No había culpa en su expresión mientras revelaba que sabía que Jack Kingston no era su hermano. O quizás él estaba viendo solo lo que quería ver.

Solo había tristeza.

—¿Estás jugando conmigo, Bethany? —preguntó en un tono tan bajo que denotaba peligro—. ¿Es esta una trama que tenéis montada tú y Jack? ¿Le diste el

dinero que te dejé?

El poco color que tenía en el rostro de repente se esfumó. Era tan desolada la mirada que se instaló en sus ojos; estaba llena de completa desolación y absoluta culpabilidad. En ese momento supo que había estado terriblemente equivocado de siquiera sugerir tal cosa, incluso aunque nunca se lo hubiera tragado, para empezar. Lo había dicho debido al miedo, a la ira y a su frustración. Había sentido la necesidad de replicarle mordazmente, de hacerle sentir, solo por un momento, lo que él estaba sintiendo. Se arrepintió por completo mientras la veía titubear, con el rostro pálido como si le hubiera dado una bofetada.

Bethany se puso de pie inestable ya que las rodillas le temblaban. Casi se cayó al suelo y Jace se lanzó a por ella pero Bethany se echó hacia atrás, el color había abandonado sus mejillas. Su expresión lo asustó. Más que su desaparición. Más que la idea de que estuviera jugando con él. Sus ojos se veían atormentados y traicionados, tan heridos que Jace se preguntó si volvería a recuperarse de nuevo.

Con paso vacilante caminó hacia la cocina, sus andares eran como los de una persona mayor. Sus hombros estaban hundidos en una postura de derrota y su mirada esquiva. Tenía los brazos sobre su vientre como si se estuviera defendiendo de un puñetazo en el estómago.

Jace la observó con creciente miedo mientras abría uno de los cajones de la cocina. Un momento más tarde, sacó un sobre que le resultaba bastante familiar. El sobre del banco que le había dado cuando había sacado el dinero. Dentro había varios miles de dólares en billetes, mayormente de veinte. Se lo había entregado lleno hasta reventar, y aún seguía así.

Lo trajo hasta donde él estaba pero no lo miró a los ojos ni una vez. Se lo tendió, la mano le temblaba tanto que Jace se la cogió para que parara. Cuando ella intentó deshacerse del agarre, él la asió con más fuerza y la mantuvo ahí temiendo que si la dejaba ir nunca la volvería a recuperar.

—Usé cien dólares —susurró—. Lo siento. Cogí un taxi hasta el centro de la ciudad. Pensé que sería más rápido. No quería desaparecer por mucho tiempo porque sabía que te preocuparías. Así que cogí un taxi hasta allí y luego volví. Déjame propina. Quizá no debería haberlo hecho. Pero sé lo que es necesitar dinero y los taxistas no siempre consiguen una buena propina.

Estaba balbuceando. Lo hirió escuchar en su voz el dolor que había causado su juicio erróneo.

—Nena —susurró.

Él la estrechó entre sus brazos, pero ella estaba rígida como un palo.

—Nena —repitió—. Dime por qué te fuiste. Dime por qué no pudiste contármelo.

Incluso mientras hablaba, retrocedió con ella entre sus brazos. Se dejó caer en el sofá con ella sentada en su regazo. La rodeó con ambos brazos para que no

podiera levantarse, y, a juzgar por su expresión, aún tenía mucho camino por recorrer para hacer que se quedara por voluntad propia donde se encontraba.

—Tenía que decirle que tuviera cuidado —susurró—. No quería que esos hombres le hicieran daño y sabía que no podría pagarles. Y tenía que decirle... lo nuestro. Se preocuparía cuando no me viera. Yo básicamente desaparecí y no quería que pensara que estaba muerta o que simplemente había pasado página y lo había abandonado.

Jace sabía que el problema ya estaba resuelto pero no Bethany. Y ahora tenía curiosidad —una curiosidad genuina— por saber por qué había dejado el sobre lleno de dinero aquí. Había suficiente en ese sobre como para haber pagado la deuda de Jack y aun así lo había dejado en el apartamento.

—Había suficiente dinero en ese sobre como para pagar la deuda de Jack— dijo Jace con voz queda.

La suya era un mero susurro.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué no se lo llevaste?

Ella se tensó otra vez, pero cuando él no dijo nada más, sus hombros se desplomaron y lo miró con ojos llenos de decepción.

—Nunca haría eso —dijo suavemente—. No era mi dinero. No lo habría cogido para pagar la deuda de Jack. Jack se metió él solo en esa situación. Si yo tuviera el dinero, se lo daría. Sin reservas. Lo que es mío es de él. Pero ese dinero no era mío. Yo nunca me aprovecharía de ti de esa forma. Tú has sido muy bueno conmigo, Jace. No quiero pagarte esa amabilidad con mentiras aunque lo que haya hecho hoy ha sido justo eso.

Jace suspiró.

—La deuda de Jack está saldada. Los hombres ya no están interesados en ti o en Jack. Tienen su dinero y eso es todo lo que querían. Por ese motivo les dije a Kaden y a Trevor que no estaba seguro de que los fuera a necesitar mañana. No porque te fuera a echar.

Su ceño se arrugó y los labios se curvaron hacia abajo tristemente.

—¿Qué has hecho, Jace? —susurró.

—Me hice cargo del asunto.

Ella sacudió la cabeza.

—No. No era tu problema. No quiero que te metas en él.

Las lágrimas brillaban en sus ojos y el corazón de Jace dio un vuelco mientras ella luchaba para evitar que se derramaran.

—Tú eres mi problema —dijo bruscamente—. Lo hice porque esos cabrones fueron a por ti por ese dinero. Eso no lo voy a permitir. Haré todo lo que tenga en mi mano para que estés a salvo. No hay absolutamente nada que puedas decir para que cambie de opinión con respecto a eso, así que ahórrate el aliento.

Deslizó los dedos por el mentón de Bethany y luego la acarició con el borde

de uno de sus carnosos labios.

—Ahora que ya nos hemos quitado eso de en medio, hay más cosas que necesitamos discutir. Pero quiero tener esta conversación contigo desnuda. En mi dormitorio. Y centrada en mí y yo en ti.

Sus ojos denotaban asombro pero sus mejillas siguieron sin tener color alguno. Entonces la miró con intensidad.

—¿Confías en mí lo suficiente como para hacer lo que te estoy pidiendo, Bethany?

Era una prueba. No porque estuviera siendo un cabrón, sino porque necesitaba saber si tenía su confianza. Estaba a punto de dar un paso enorme en lo que sería una relación exigente. Jace tenía que saber que ella podía con ello. No se iba a poder controlar mucho más.

Ella se relamió los labios y bajó el mentón, pero él no le dejó apartar la mirada. Quería ver cada pensamiento que se le pasara por los ojos. Cada reacción. Cada duda y cada pregunta.

—¿Todavía estás enfadado conmigo? —le preguntó suavemente.

Sus ojos estaban afligidos y ella parecía preocupada.

—Estoy enfadado, sí. No contigo. Estoy frustrado. Pero, de nuevo, no contigo. Nuestra relación es lo que me está frustrando ahora mismo. Estoy controlándome mucho, Bethany, y me está matando.

Ella echó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos sintiéndose confusa.

—¿Por qué te estás controlando?

Él gimió.

—Porque no quiero asustarte, nena. Va a ser intenso. Abrumador, incluso. Estoy intentando todo lo que puedo llevar las cosas lentas porque quiero cuidarte. Asegurarme de que estás conmigo en cada paso del camino.

—Estoy contigo —dijo ella quedamente.

—No, nena, no lo estás. Aún no.

—Entonces dime. Muéstrame. ¿Cómo puedo saber lo que necesitas de mí si no me lo dices? Me has dado muchas cosas, Jace, pero no estás cogiendo nada para ti. Y yo necesito ser capaz de darte algo. No tengo nada más que tú. No hay nada que te pueda dar excepto a mí misma, y tú no lo quieres todavía.

—Lo quiero —dijo con ferocidad—. No hay nada que quiera más. Pero, nena, tienes que estar segura de esto. Aún tenemos que ir tomándonoslo poco a poco, pero esta noche voy a dar un paso grande si es que estás preparada para ello.

—¿Cómo voy a saberlo si no lo intentamos? —susurró ella.

Los sentidos de Jace se pusieron en alerta. Todo su cuerpo se tensó y una satisfacción salvaje lo cogió por la garganta.

—Levántate y ve al dormitorio —dijo con un tono de voz controlado.

La calma descendía y él tomó el control. Tenía que hacer esto bien. No podía

dejar que se fuera todo al garete. No cuando Bethany estaba depositando toda su confianza en él.

—Desvístete y arrodillate en la alfombra junto a mi cama. Espérame allí.

Capítulo

21

Bethany se quitó la ropa, la dobló y la guardó en el armario antes de dirigirse a la gruesa alfombra que había junto a la cama. Vaciló durante un largo rato mientras se quedaba mirando fijamente el suelo.

Sabía el significado de arrodillarse. De esperar a que Jace entrara en el dormitorio. Era una señal de sumisión. Le estaba pidiendo que se sometiera a él, que confiara en él. ¿Lo haría?

Sus primeros pensamientos retrocedieron a la primera noche. La noche en la que había tenido sexo con Jace y Ash. Cuando Ash hubo recitado con bastante brusquedad los términos de lo que conllevaría estar con ellos. Eran hombres dominantes, pero Jace era quizás incluso más. Ash parecía ser más despreocupado, mientras que Jace era... intenso.

¿Había estado luchando contra su naturaleza todo este tiempo que había estado con ella? ¿Había contenido su verdadero ser por miedo a asustarla y a que lo dejara?

Su humor mejoró. Jace no la había forzado. Bueno, sí que había sido exigente y fuerte. No hay duda de ello. Pero había un deje de control en sus acciones, y Bethany tenía la impresión de que si Jace no se estuviera conteniendo, las cosas se podrían haber vuelto mucho más intensas.

¿Podría soportar eso? ¿Que controlara todos los aspectos de su vida? ¿Que dictara cada movimiento dentro y fuera de la cama? ¿Sería tan malo?

En cierto sentido, ella se deleitaba en la idea de ceder todo el control. De tener a alguien —un hombre fuerte y dominante como Jace— en su vida y que cuidara de ella. Que tomara decisiones. Que la mimara a más no poder.

Ella nunca había tenido eso, pero lo ansiaba.

Bethany no era nadie que deseara y buscara independencia o ser autosuficiente. Ella había sido independiente desde que era una niña. Había sido autosuficiente toda su vida. Nadie había cuidado de ella, excepto Jack Y ella había hecho por él tanto como él había hecho por ella. Solo por una vez quería que alguien cuidara de ella. Solo de ella. Que acarreará todas las cargas que tuviera. Que tomara decisiones. Y quería simplemente vivir. Disfrutar de no tener que preocuparse por cómo lograría su próxima comida, por si tenía sitio donde pasar la noche. Quería ternura.

Quería... amor.

Bethany inspiró con fuerza ante esa particular revelación porque era peligroso querer algo que bien podría ser que nunca tuviera. Jace la deseaba, sí. No tenía duda de ello. ¿Pero por cuánto tiempo? Él no podía amarla. No la conocía. No confiaba siquiera en ella.

Lo que ellos tenían era físico y evidentemente ella se sentía atraída por el

lado protector de Jace. Así era él. Pero sabía que ella no era su igual sin importar lo que él dijera. Había un océano que los separaba. Eran tan diferentes que no podía siquiera relacionarse con su vida, y ella sabía que él claramente no se relacionaba con la suya tampoco.

Bethany se quedó mirando la alfombra de nuevo con las manos apretadas contra sus costados.

Y luego, antes de ser plenamente consciente de lo que estaba haciendo, se arrodilló lentamente.

Jace se encontraba en el marco de la puerta, observando mientras una miriada de emociones cruzaba el rostro de Bethany. Era obvio que estaba debatiendo su decisión. Podía ver la confusión y la tristeza en sus ojos. Pero también veía necesidad.

No se había dado siquiera cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que sus pulmones protestaron y le ardieron. Inspiró por la nariz sin apartar la mirada de Bethany. Ella no sabía siquiera que él la estaba observando. Casi con total seguridad la haría sentirse incómoda el saber que Jace podía ver su vulnerabilidad con tanta claridad.

Pero luego se puso de rodillas lentamente y el alivio se apoderó de su pecho, robándole así el aire.

Se estaba sometiendo. Y él sabía perfectamente que ella entendía el significado de arrodillarse tal como le había pedido. Había visto todo el proceso mental que había llevado a cabo en esos preciosos y expresivos ojos.

Jace se sentía débil del alivio.

No, no todo estaba resuelto. No lo tenía todo en el bote. Aún tendrían que recorrer un camino muy largo, pero era un paso gigantesco adelante en la progresión de su relación.

Era un comienzo.

Caminó hacia delante y Bethany alzó la cabeza para encontrarse con su mirada. Jace no quería nada más que barrer ese miedo e inseguridad de sus ojos, pero sabía que solo el tiempo podría conseguirlo. Tiempo y paciencia. Tenía que estar dispuesto a esperar tanto como a ella le llevara aceptar el lugar que tenía en la vida.

Tenía toda una vida de sentirse infravalorada para superar y eso no iba a ocurrir en un día, ni en una semana, ni siquiera en un mes. Pero que lo aspasen si no iba a intentar todo lo que estuviera en su mano para mostrarle que no se iba a ir a ningún sitio.

Alargó la mano para tocarle la mejilla y dejó que sus dedos se deslizaran por su sedosa piel.

—Eres tan hermosa —dijo con voz ronca—. No puedo decirte cuánta satisfacción me da verte arrodillada aquí, esperándome. Por el placer que te voy a dar.

Los ojos de Bethany se llenaron de cariño, que logró sepultar parte de la inseguridad que sentía. Sonrió vacilante con una sonrisa tan dulce y tímida que hizo que a Jace le temblaran las rodillas.

Dios. ¿Qué tenía esta mujer para que le inspirara tal abrumadora respuesta en él? Quizás nunca lo sabría. Quizás esto era lo que pasaba cuando conocías a tu otra mitad.

Jace casi se avergonzó ante lo cursi que sonaba ese pensamiento, pero no podía explicarlo de mejor manera. Las mujeres con las que había estado antes eran de relleno. Él había estado allanando el terreno, esperando. Para Bethany.

Había visto a Gabe sobrevivir a un matrimonio que no se había forjado sobre un amor profundo y duradero. Había visto a su amigo tirarse a multitud de mujeres. Y no fue hasta que vio a su amigo con Mia, cuando Jace se dio cuenta de lo vivo que estaba su amigo.

Eran almas gemelas.

Gabe y Mia eran almas gemelas. Se veía en cada mirada, en cada caricia. En cada momento que Gabe la desnudaba con los ojos.

Y ahora todo lo que había encontrado tan desconcertante en Gabe y en Mia estaba aquí justo frente a él.

—¿Confías en mí, Bethany? —preguntó Jace mientras pasaba una mano por su pelo y tiraba de él ligeramente para que su cabeza quedara echada hacia atrás.

Los ojos de uno estaban fijos en los del otro y Jace vio la duda reflejada en los azules de Bethany. El corazón se le encogió. No se había dado cuenta de lo mucho que quería que confiara en él. De lo importante que eso era para él.

Le estaba dando vía libre. Le estaba cediendo el poder a él. Se estaba sometiendo a él.

Pero sin su confianza, ¿qué tenía realmente?

—No conozco las reglas —dijo ella con voz queda—. Sé que me estás pidiendo que me... someta. A ti. Pero no sé cuáles son las reglas, Jace. ¿Necesito tener permiso para hablar libremente? ¿Para decirte lo que estoy pensando? ¿Para responder honestamente a la pregunta que me acabas de hacer? No sé cómo funciona esto y no quiero estropearlo antes de que empecemos.

Jace se dejó caer de rodillas hasta quedar a su misma altura. Ni de lejos iba a tener este tipo de conversación en una posición de dominancia. Era demasiado importante.

Le cogió el rostro con ambas manos y depositó un beso en su frente. Solo un pequeño beso y luego se apartó.

—Nunca vas a tener que pedirme permiso para decirme lo que estás pensando.

¿No se daba cuenta de que sus pensamientos eran su forma de escapar? Jace tenía que saber lo que estaba pensando para poder abrirse camino hasta su alma

y su corazón.

Bethany tragó saliva de forma exagerada y luego inhaló con la nariz estrepitosamente.

—Creo que la pregunta más importante es si tú confías en mí.

Jace la miró con estupor y por un momento no supo cómo contestar.

A ella le temblaron los labios pero siguió adelante. Estaba claramente asustada pero a la vez decidida a decir lo que pensaba.

—Llegaste a pensar... cosas bastante malas sobre mí, Jace. Sé que lo que hice no ayudó, pero sacaste unas conclusiones que me dicen que piensas lo peor de mí. Sé que no nos conocemos bien. No me conoces. Pero que pensaras que estaba jugando contigo, que te estaba robando...

Bethany terminó y cogió aire profundamente como para serenarse.

Luego lo miró directamente a los ojos, su rostro denotaba seriedad y una completa vulnerabilidad.

—¿Por qué querías acostarte conmigo siquiera? —susurró—. ¿Por qué querías... esto...? —Se pasó una mano por el cuerpo y luego a su alrededor, indicando claramente su posición. Su sumisión—. Sé que este... acuerdo... o relación, lo que sea que estemos haciendo requiere mucha confianza por mi parte. Pero tu confianza tiene que involucrarse también. Además del hecho de que no me puedo imaginar por qué querías tener sexo con una mujer de la que piensas tan mal, ¿por qué querría yo entregarme a un hombre que me encuentra tan... repugnante?

Jace apretó los dedos sobre los hombros de Bethany y se obligó a sí mismo a relajarse. Le iba a hacer daño y él no quería herirla nunca. Apartó las manos, no confiaba en sí mismo, en que no fuera a estrujarla todavía más.

Ella pareció dolida ante su distanciamiento y Jace soltó un gemido. No lo estaba haciendo nada bien. Cada caricia, cada palabra que salía de su boca. Todo lo hacía mal. La estaba jodiendo y esto era demasiado importante. Lo era todo para él.

Por primera vez en su vida, estaba asustado. Porque sabía que si no manejaba la situación, la perdería. Y esa no era una opción. Sin importar lo que le llevara, sin importar lo que tuviera que hacer, ella tenía que formar parte de su vida.

Dios santo, estaba cerca de suplicar, y él nunca había suplicado por nada.

Se aclaró la garganta y luego se volvió a apoyar sobre los talones. Todas las palabras que necesitaba decir se atropellaban en sus cuerdas vocales.

Luego se puso de pie y le tendió la mano. Ella lo miró confusa pero deslizó su mano sobre la de él. Otro símbolo de confianza. Confianza que no había podido corresponder o transmitírsela a Bethany.

Se sentó en el borde de la cama y estrechó el cuerpo desnudo de Bethany contra el suyo, acunándola y sentándola sobre su regazo para que estuviera cerca, tocándolo.

Jace descansó el mentón sobre su pequeño hombro y luego depositó un beso sobre su piel. Inspiró hondo para captar su olor y poder saborearlo.

—Lo siento.

Ella se quedó petrificada y mirando directamente a la pared más alejada. Jace deslizó un dedo por debajo de su barbilla para obligarla a mirarlo.

—Tienes razón. Dije y pensé cosas horribles. No fui justo contigo. Tenía miedo, Bethany. Estaba aterrorizado —se corrigió—. Reaccioné mal. Esto es un territorio nuevo para mí. Yo nunca he estado tan... Nunca he estado tan mal por una mujer en mi vida. Estoy acostumbrado al control. Eso lo sabes porque ya te he dado pistas. En el espacio de esas pocas horas, no tuve control alguno. No podía protegerte. No tenía control sobre lo que te ocurriera. Me entró el pánico y lo pagué contigo.

—Lo entiendo —dijo ella suavemente.

Él sacudió la cabeza.

—No, no lo entiendes. Y no deberías tener que hacerlo. Ya me explicaste lo que ocurrió, y aunque no esté de acuerdo con lo que hiciste, no tenía motivo alguno para acusarte de todo lo que te dije. Tengo temperamento, nena. Ya conocerás esa parte de mí también. No estoy acostumbrado a las cosas que están más allá de mi control. Pero lo que necesitas comprender es que nunca te voy a hacer daño. O al menos intentaré lo mejor que pueda no hacerlo. Físicamente, nunca va a ocurrir. Pero digo cosas porque estoy cabreado. Estaba asustado y no sé controlar eso bien. No te puedo garantizar que nunca vaya a pasar, pero tienes que saber de antemano que no voy a decirlo con intención. Sé que estoy pidiendo mucho, pero necesito que puedas ser capaz de ignorarme cuando esté cabreado y diga cosas que te duelan. Intentaré no hacerlo, pero me conozco. Mis amigos me conocen. He sido un gilipollas con la gente que más me importa. Tú. Gabe. Ash. Mi propia hermana. Pero sé que te duele. No estás acostumbrada a mí. No puedes ver lo que hay detrás de la furia y las cosas que digo en caliente. Pero me conocerás, Bethany. Me conocerás porque no voy a irme a ninguna parte, y lo que hay entre nosotros solo va a ir a más. Necesito que creas en eso. Necesito que lo quieras tanto como yo porque eso me dirá que vas a estar conmigo para sortear los problemas juntos.

Sus ojos lo miraban conmocionados. Su expresión era de completo asombro. Ella se cogió a uno de sus brazos; los dedos lo sujetaban con tal fuerza que Jace dudaba de que fuera consciente de su gesto.

Abrió los labios y él esperó a que reorganizara sus pensamientos. Podía verla procesar todo lo que había dicho. Dios, ni siquiera él estaba seguro de haberlo procesado todavía. Decir lo que le salía del alma no era algo que tuviera por costumbre hacer todos los días. O nunca, mejor dicho. Nunca se había sentido tan vulnerable en su vida y no le gustaba ni un poquito.

Se sentía como si alguien lo hubiera abierto por la mitad y estuviera

sangrando frente a ella.

—¿Y qué quieres de mí? —susurró—. Es decir, lo que de verdad quieres. ¿Qué soy para ti, Jace? ¿Un lío? ¿Una sumisa temporal? ¿Un caso de caridad? Tienes que entender que yo también esté asustada. No sé qué es lo que quieres de mí. Has hecho tanto por mí, pero estoy asustada de aceptarlo todo porque en todo lo que puedo pensar es en que si me echas mañana, va a ser mucho más difícil volver a mi vida. Preferiría no haberte conocido nunca a tener que saborear nuestra relación para que luego repentinamente me quede sin nada y tenga que volver a la existencia que he llevado hasta ahora.

» La que he vivido la mayor parte de mi vida. Incluso las partes de mi vida en las que no estaba en la calle no han sido felices tampoco. Fueron años de supervivencia, de esperar a que algo mejor ocurriera y normalmente nunca lo hacía. Me vale esa vida. Es todo lo que he conocido. Pero tú me estás enseñando una vida muy diferente.

Su voz se entrecortó y el dolor atravesó el pecho de Jace, casi logrando asfixiarlo. Quería estrecharla entre sus brazos y hacer que se callara, pero sabía que necesitaba decirlo. Ambos lo necesitaban para poder seguir adelante.

Las lágrimas llenaron sus ojos y parecía estar tan asustada que el corazón se le encogió una y otra vez.

—Tú me has enseñado cómo pueden ser las cosas —susurró—. Y lo quiero, Jace. No debería quererlo. No debería siquiera atreverme a soñar que algo tan bonito pueda ocurrirme a mí. Pero lo quiero igualmente. Pero si me lo vas a quitar, si esto es únicamente temporal, una diversión para ti, entonces no lo quiero porque me matará volver a la que ha sido mi vida.

Las lágrimas se deslizaron silenciosamente por sus mejillas. Para su sorpresa, Jace se percató de que sus propios ojos le picaban, como si alguien le hubiera lanzado arena a la cara.

—Y sé que suena una locura que te pida esto. Nos hemos conocido hace muy poco tiempo. Y no es justo que te lo pida. Pero necesito saberlo porque no puedo volver por donde vine tras haber soñado con cuán diferentes pueden ser las cosas. Tras haber soñado cómo es estar con un hombre como tú. Alguien tan inalcanzable para mí que no puedo siquiera concebir la idea. No me mientas. Necesito saber si eso es todo lo que significa para ti. Solo algo con lo que pasar el tiempo. Un nuevo reto. Por favor, respétame al menos en eso y déjame ir si nunca voy a significar nada para ti.

Sin poder escuchar más el dolor en su voz, Jace la abrazó tan fuerte que pudo sentir cómo su corazón latía contra su pecho.

—Dios, Bethany. Por Dios, nena, no sé siquiera por dónde empezar.

—Con la verdad —dijo pegada a su cuello.

Jace la alejó de él y deslizó las manos casi frenéticamente por sus brazos. Quería darle tanto. Confort. Tranquilidad. Las palabras le daban vueltas en la

cabeza pero tenía que solucionar esto. Le debía esas palabras. La verdad que había pedido, incluso si eso lo dejaba completamente desnudo frente a ella.

Inspiró hondo y la miró con intensidad, esperando que pudiera ver la sinceridad en sus ojos.

—La verdad es que nunca me he sentido así por otra mujer. La verdad es que estoy terriblemente obsesionado contigo. La verdad es que te quiero de cualquier forma que pueda tenerte. La verdad es que si me dices ahora mismo que nunca te podrías someter a mí, que nunca podrías darme lo que tanto quiero de ti, no me importaría. Te tendría de cualquier forma que pueda tenerte. La verdad es que no te voy a dejar marchar.

La esperanza se instaló en sus ojos, pero a Jace le dolió lo rápido que la hizo desaparecer. Como si tuviera miedo de permitirse esa emoción.

—Nunca voy a dejar que vuelvas a la vida que has tenido hasta ahora, Bethany. No importa lo que pase entre nosotros. E incluso si alguna vez decides que no soy lo que quieres o necesitas, no voy a dejarte volver ahí. Aunque no estés conmigo, siempre vas a estar protegida y tendrás todo lo que te haga falta. ¿Lo entiendes?

Ella asintió lentamente mientras se mordía el labio inferior. La fuerza que hacía con los dientes le iba a lacerar la piel y sangrar. Con suavidad, Jace hizo que abriera la boca y liberara el labio.

—¿Qué quieres, Jace? —preguntó de nuevo—. Necesito saber qué esperas de mí. No puedo vivir con la incertidumbre de no saber si lo estoy haciendo bien o mal o de si lo estoy estropeando todo.

Jace suspiró y sus manos recorrieron el cuerpo de Bethany. Tenía frío. Los escalofríos se extendían por su torso y su piel estaba fría al tacto. Todos los pensamientos sobre sexo se esfumaron. Su excitación se había apagado. No porque no la quisiera, ni tampoco porque no estuviera desesperado por poseerla, sino porque algunas cosas eran más importantes que el sexo y la satisfacción.

—Vístete, nena —dijo con voz amable.

Su mirada se llenó inmediatamente de miedo.

Él la besó en la frente.

—No has hecho nada mal. Tienes frío y necesitamos hablar —dudó durante otro momento—. ¿Quieres volver a mi apartamento conmigo? Te prepararé chocolate caliente y nos sentaremos junto al fuego para hablar. Me gustaría que pasaras la noche conmigo allí.

Para su sorpresa, ella le rodeó el cuello con los brazos y presionó su cuerpo desnudo contra el de él. Lo abrazó con fuerza.

—Me encantaría —susurró.

Capítulo

22

Bethany se acurrucó en el sofá de Jace y se quedó mirando las llamas que titilaban en la chimenea. Se había quitado los zapatos y había colocado los pies bajo su cuerpo mientras esperaba a que Jace volviera con el chocolate caliente que le había prometido.

Un momento después, el hombre se acercó al sofá y le dio la humeante taza. Él también iba descalzo y Bethany encontró esa imagen en vaqueros, con una camiseta informal y descalzo, extremadamente sexual. Ese hombre era guapísimo. De la cabeza a los pies.

Su pelo estaba exquisitamente revuelto y le llegaba hasta los hombros. Un mechón oscuro cayó por encima de su frente hasta que sus dedos se movieron para volverlo a poner en su sitio.

Se sentó a su lado en el sofá y se acercó a ella de manera que sus cuerpos se tocaran. Luego simplemente la rodeó con los brazos y la estrechó mientras ella le daba un sorbo al chocolate. A intervalos, Jace acercaba la boca a su sien para dar pequeños besos en la suave piel y luego en el pelo hasta apartarse finalmente cuando fuera a dar el siguiente sorbo.

Ella recordaría ese momento durante mucho tiempo. La simplicidad de estar sentados frente al fuego, descalzos y cómodos. Relajados. Simplemente estando. Sin estrés. Bueno, sin contar con la conversación que tenían pendiente. Pero ya había obtenido suficiente información de Jace en su apartamento como para saber que todo iba a ir bien. Bethany estaba tranquila, aunque aún tuviera preguntas incómodas por hacer. No obstante, de alguna manera sabía que todo iba a ir bien. Por primera vez desde que tenía uso de memoria estaba llena de ansiedad y no de miedo. No había resignación en sus circunstancias. Las cosas estaban bien.

Tenían asuntos que discutir. Ella más que nada quería saber cuáles eran sus expectativas, pero Jace había sido completamente sincero en lo de querer estar con ella. Lo creía. Y quizás eso la convertía en una idiota, pero no dudaba de que estuviera comprometido con lo que sea que hubiera entre los dos.

Y ella también.

Apoyó la cabeza en su hombro y suspiró contenta antes de que él apoyara su mentón sobre su cabello. Bethany saboreó el último sorbo de chocolate caliente, y cuando fue a dejar la taza en la cocina, Jace se la quitó de las manos y la dejó en la mesita que tenían frente al sofá.

Por un momento se quedaron en esa posición: ella en sus brazos y él en silencio estrechándola mientras Bethany miraba el brillo de la chimenea. Luego se movió para poder mirarlo a los ojos. Vio la expresión de su rostro y supo que él también se había dado cuenta de que había llegado el momento.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas? —dijo antes de que el coraje la abandonara.

Él le cogió la mano, le dio un apretón tranquilizador y luego asintió.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Bethany.

—¿Cómo era con las otras mujeres con las que has tenido esta clase de relación?

Jace soltó el aire de los pulmones en una larga exhalación y eligió las palabras con cuidado.

—Bethany, tú no eres como las otras mujeres.

Ella unió su suspiro al de él.

—Está bien, eso lo entiendo. No creo que pienses que soy como las otras mujeres. Esto no va de compararme o de que esté celosa ni nada. Pero necesito saber qué esperas. Sé que quieres que sea sumisa y que te gusta el control. Pero eso no me dice nada específico. Necesito saber cómo va a ser entre... nosotros, y que yo te pregunte que cómo era con las otras mujeres solo es para intentar entender cuáles son tus expectativas. Voy a ciegas y eso es lo que me pone nerviosa. No tú. No creo que me vayas a hacer daño ni que me asustes. Solo necesito saber qué es lo que se supone que tengo que hacer.

Él parecía estar incómodo. Suspiró de nuevo y luego se pasó una mano por el pelo, desordenándolo incluso más. Volvió a caerle por la frente y esta vez fue ella la que alzó el brazo para peinarlo. Su mirada se suavizó cuando ella lo tocó, casi como si le hubiera dado la tranquilidad que necesitaba con urgencia.

—Lo primero que tienes que entender es que Ash y yo... —terminó—. Señor, no hay forma de decir esto sin que suene retorcido.

—Simplemente dilo —le urgí—. No voy a enfadarme. ¿Cómo podría estarlo? No me has echado en cara mi pasado. ¿Cómo te podría recriminar yo a ti el tuyo?

—Eres increíblemente dulce —murmuró—. No sé cómo he podido ser tan afortunado. Cuando pienso en lo que podría haber pasado si no te hubiera visto esa noche. Si no te hubiera encontrado en el centro de acogida de mujeres... Me hubiera vuelto loco, Bethany.

Ella lo miró impresionada y el corazón le latió con más fuerza mientras las palabras le sonaban, cariñosas y muy dulces. Tenía que estar soñando. Nunca se hubiera imaginado poder encontrar a un hombre como Jace. Era tan honesto. Tan directo. No tenía miedo de compartir sus sentimientos. No tenía miedo de mostrarse tan vulnerable.

Él apartó la mirada, respiró hondo y continuó adelante.

—Ash y yo compartíamos mujeres. Hemos compartido muchísimas mujeres. Para nosotros era mucho más normal acostarnos con la misma mujer que ir por separado. Y no siempre han sido líos de una noche. Tampoco.

—Como yo —dijo ella suavemente.

Jace entrecerró los ojos.

—No. No como tú, nada que ver contigo. Tú eras diferente desde el principio.

—Sigue —le apremió, no quería distraerlo del tema principal de la conversación.

—La cuestión es que hicimos muchos tríos. No soy un santo, Bethany, y está más que claro que no he llevado la vida de un monje. Y como Ash te dijo esa primera noche, nos gusta ejercer el control. En todos los aspectos. Es una perversión. Me pone. Pero va mucho más allá, al menos para mí. Y quizás esa es la razón por la que nunca he tenido ninguna relación seria de uno a uno con ninguna mujer. Siempre y cuando se quedara solo en la perversión de los tríos, parecía que encajaba mejor. Resultaba ser más como un juego y nadie se lo tomaba en serio. Pero para mí, es serio. Es lo que soy. Es lo que necesito. Y si quieres, o necesitas una explicación de por qué, lo siento, pero no te la puedo dar. Es lo que es. Nunca había conocido a ninguna mujer que me hiciera considerar suprimir esa parte de mí mismo. Hasta que llegaste tú.

Su cuerpo se tensó, alarmado y la protesta vino de inmediato.

—Jace, yo no quiero que seas una persona diferente por mí.

—Pero no sabes dónde te estás metiendo —contestó en voz baja.

Ella se movió en el sofá, aliviada de que por fin estuvieran llegando a alguna parte. Se acercó más a él y lo miró intensamente a los ojos.

—Entonces cuéntamelo. Sácalo todo. ¿Cómo sabes lo que puedo o no puedo aceptar si no me dices cuáles son tus gustos o necesidades?

—Porque tengo miedo de que no quieras las mismas cosas que yo —admitió.

—Creo que puedo sorprenderte, Jace —dijo en voz baja—. Conoces mi... pasado. Te dije cómo eran las cosas.

Jace le rodeó el rostro con las manos, sus ojos de repente estaban llenos de fuerza.

—No, nena. No hay necesidad de sacarlo todo. No me gusta cómo eso te hace daño y solo consigues reafirmar en tu mente que de alguna manera no eres lo bastante buena para mí. Y eso son tonterías.

Ella sonrió, animada debido a la intensidad de su tono de voz.

—Lo que iba a decir es que no todo ese sexo fue aburrido. La verdad es que creo que lo he probado todo. No me vas a sorprender. Y necesito saber lo que esperas de mí para así decidir si puedo ser esa mujer que necesitas.

Jace se echó hacia delante hasta que sus frentes se tocaron. Su dedo trazó una línea sobre la curva de su mejilla y luego descendió hasta acariciar sus labios.

—Me gusta que una mujer esté completamente bajo mi control. Hay algo atractivo en tener a una mujer pendiente únicamente de mí para cuidar de ella, para darle placer, para todo, sea lo que sea. Me gusta mimarlas y consentirlas, pero también soy exigente. La cuestión es que sabía hace mucho tiempo que si alguna vez entraba en una relación permanente el control se extendería hasta

fuera del dormitorio y sobre todos los aspectos de nuestra vida juntos. No hay muchas mujeres que estén dispuestas a aceptar eso. Al menos no una mujer que esté ahí por las razones correctas.

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Las razones correctas?

—El dinero —dijo seriamente—. Cuando tienes tanto dinero como yo, hay muchas mujeres dispuestas a soportar lo que sea con tal de conseguir tener de todo. Esa no es la clase de mujer que yo quiero en mi vida o en mi cama de forma permanente. Quiero a una mujer que quiera las mismas cosas que yo. A la que le guste estar bajo mi control. Que pueda cuidar de ella. Que pueda compartir mis perversiones con ella. Quiero que ella me quiera solamente a mí, por lo que soy. No por mi dinero, y no quiero que nadie sufra en una relación que encuentre aberrante solo porque el precio es bueno.

—¿Y esas perversiones son...?

Se echó hacia atrás ligeramente pero ella lo cogió por los hombros y lo obligó a mirarla a la cara.

—Dímelas, Jace. No me vas a sorprender.

—Me gusta el dolor —dijo quedamente—. Infligir dolor.

Se le veía incómodo mientras la estudiaba para buscar cualquier reacción en su rostro, pero ella tuvo cuidado de no mostrar nada. En cambio, esperó a ver lo que tenía que decir después.

Como ella no respondió, Jace continuó tras haber relajado los hombros un poquito, casi como si hubiera esperado que reaccionara a la defensiva tras su confesión.

—No estoy diciendo que abuse de las mujeres. Por Dios, me pone enfermo solo imaginarme que pienses eso de mí. Sueno como un hipócrita. Soy exageradamente protector con las mujeres que están a mi cargo y aun así me gusta infligir dolor.

—¿Cómo?

Bethany se lo estaba preguntando calmadamente y Jace la estudió con intensidad, como si estuviera esperando que se levantara y saliera corriendo y gritando del apartamento en cualquier momento.

—Fustas. Azotes. Cinturones. Me gusta el sexo duro. Me gustan los juegos de rol. Me gusta el *bondage*. A veces me siento como el doctor Jekyll y el señor Hyde porque adoro a las mujeres con las que estoy. Las saboreo. Las toco, beso y les hago el amor. ¿Pero otras? Lo quiero a mi manera. De la forma que yo quiera. Atada e indefensa. Con el trasero rojo por los azotes. A veces el sexo se basa completamente en ella y su orgasmo. Pero otras solo es para mí.

—Eso no suena tan mal —dijo con calma.

—¿Entiendes que tendría el control absoluto sobre cada aspecto de nuestra relación, Bethany? ¿De verdad lo entiendes? Cada decisión la tomaré yo. Dónde

comemos, lo que comemos, adónde vamos, adónde vas. Cuándo tenemos sexo. Cuándo no tenemos sexo. Lo que llevarás puesto. Con quién hablarás. ¿Lo vas pillando ya? Soy un cabrón controlador y eso no va a cambiar. ¿De verdad estás dispuesta a adentrarte en algo como eso?

—¿Y si no? —preguntó, estudiándolo tan intensamente como él la escrutaba a ella.

—Entonces aceptaré lo que sea que puedas darme —contestó con voz queda.

Ella cogió aire hasta que se sintió mareada. Oh, Dios. Después de todo lo que había dicho. Después de todo lo que había explicado, era capaz de renunciar a ello solo para tenerla a ella.

Las lágrimas ardieron en sus ojos y tomó aire con más fuerza que antes a la vez que parpadeaba para hacerlas desaparecer. Fue inútil. Le quemaron hasta que finalmente cayeron por sus mejillas. Jace pareció asustarse, su expresión cambió a otra que era de puro odio hacia sí mismo.

—No llores, nena. Por favor, no llores —susurró bruscamente—. Lo solucionaremos. Te lo juro, y a verás como todo irá bien.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo entiendes.

—Entonces haz que lo entienda. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás llorando? No tiene que ser de esa manera. Solo estaba intentando hacer que me comprendieras realmente.

Ella estampó su boca en la de él. Jace pareció sorprendido pero no la apartó. Sus bocas se derritieron la una en la otra y las lenguas colisionaron, húmedas.

—Cállate. Solo cállate y bésame.

Él gimió.

—Dios, nena.

Bethany se arrancó la ropa, de repente desesperada porque no hubiera nada entre ellos. Le arrancó a él la suya hasta que finalmente Jace la ayudó y las prendas salieron volando por todas partes: en el suelo, detrás del sofá y en la mesita.

Bethany lo besó con avidez, con pasión. Dejó que toda la desesperación que sentía se hiciera palpable en el beso y en sus manos mientras estas recorrían su duro cuerpo. Su miembro erecto estaba rígido entre los dos, aplastado entre los dos vientres. Ella bajó la mano para agarrarlo mientras se arqueaba sobre él; lo quería dentro.

Se acordó de que era Jace el que supuestamente iba a estar al mando. Él era el que iba a llevar las riendas. Pero en ese momento no le importó. Ella solo sabía que lo quería y tenía que sellar esa conexión especial y hacer de ella algo más permanente. Tenía que enseñarle, con más que palabras, que ella quería lo que él pudiera darle. No solo lo que quería, sino también lo que realmente necesitaba.

Colocó el miembro en la entrada de su cuerpo y no vaciló al deslizarse sobre

él, envolviéndolo entero en un solo movimiento. La fuerza de la invasión le hizo contener un grito y las manos de Jace de repente se movieron hasta sus caderas, levantándola hacia arriba para aliviar la presión.

—Nena, no, no te lastimes.

Su voz sonaba forzada y era evidente lo mucho que se estaba conteniendo. Oh, no. Eso no era lo que quería. Ella lo quería todo. Todo lo que él tuviera para darle. Y no se iba a conformar con menos.

—Tú nunca me harías daño —susurró—. No de ninguna forma que yo no quisiera.

Él se rio entre dientes y luego deslizó las manos hasta su trasero, agarrándolo mientras Bethany se alzaba para volver a acogerlo entero. Esta vez no la contuvo y lo acogió en toda su extensión, hasta los testículos, con el trasero descansando sobre su regazo.

—Dios, me haces sentir tan inmensamente bien... —dijo en voz baja.

—Solo quiero que te recuestes y disfrutes —murmuró Bethany.

Los ojos de Jace brillaron mientras la miraba directamente. Luego aflojó la presión y se recostó contra el sofá a la vez que su cuerpo perdía toda la tensión que lo consumía.

—Eso puedo hacerlo.

Las manos recorrieron su cuerpo y finalmente rodearon sus senos. Bethany gimió mientras se alzaba y se dejaba caer de nuevo para llenarse profundamente de él. Se echó hacia delante y presionó su cuerpo contra el del hombre, dejando que sus manos quedaran atrapadas entre ellos.

El miembro de Jace era muy grande. Lo era tanto que hacía que fuera difícil moverse, pero ella se deleitó en esa tirantez. Cada embestida era una dulce agonía mientras él se abría paso entre su carne hinchada. Cada vez que los testículos colisionaban contra su trasero, ella jadeaba y cerraba los ojos. Estaba a punto de correrse y apenas acababa de comenzar.

—No te contengas, nena. Quiero ver cómo te corres. Eres tan inmensamente preciosa que duele con solo mirarte.

—No sin ti —dijo ella entre jadeos.

—Oh, yo estoy a punto. Lo estaba ya en el mismo instante en que tu sexo se deslizó sobre mi polla.

Sin necesitar más estímulos, ella aceleró el ritmo mientras se movía para tener mejor ángulo. Jace le sujetó los pechos con las manos y luego se llevó un pezón a la boca para succionarlo con fuerza. Seguidamente colocó las manos en su trasero y lo empujó, lo que consiguió que ella se estremeciera.

—Quiero el culo después —sus palabras retumbaron bruscamente desde su pecho—. Me muero de ganas de hundirme bien adentro en él. No tuve tu trasero esa primera noche. Estaba demasiado centrado en tu coñito. No quería que nadie además de mí estuviera ahí. Pero ahora es mío y quiero follármelo.

—¡Jace!

Sus palabras eróticas cayeron sobre ella como astillas y la empujaron a dejar atrás esa distancia que le quedaba para llegar al orgasmo. Arqueó el cuerpo y luego se convulsionó. No podía mantenerse recta, pero no tuvo que preocuparse por eso. Los brazos de Jace la rodearon y tomaron el control mientras se hundía y se retiraba de su interior, más rápido, con más fuerza hasta que no hizo más que gimotear su nombre.

Jace soltó un leve gruñido. Su agarre era castigador. A Bethany le saldrían moratones luego, pero no le importaba. Esto era lo que quería. Su posesión.

Bethany se rompió en mil pedazos. Ahí, entre sus brazos, con él introduciéndose en su cuerpo, totalmente suya. Era casi doloroso. Tan intenso que la habitación se volvió borrosa a su alrededor; su visión se fue perdiendo poco a poco.

Apoyó la cabeza en el hombro de Jace y jadeó en busca de aire mientras su cuerpo se convulsionaba y retorcia. Él la embestia, se movía con velocidad. El sonido de sus cuerpos al colisionar se escuchaba alto en sus oídos. Bethany se sacudió entera y aun así él seguía hundiéndose en ella como si estuviera intentando llegar al recoveco más profundo de su alma.

Luego Jace gritó. Su nombre. Bethany. Era dulce escucharlo en sus oídos; el sonido se deslizó sobre ella como la más fina y suave de las sedas. Su nombre. Ella le pertenecía.

Él se quedó relajado y la pegó más contra sí hasta que Bethany no pudo respirar. Sin embargo, no se quejó. No dijo ni una palabra mientras se acomodaba tumbada sobre el cuerpo de Jace. Él la besó en el cuello, en la oreja, y luego le acarició el pelo con la nariz. Le llevó un momento darse cuenta de que le estaba susurrando al oído palabras cariñosas. Le estaba diciendo lo preciosa que era y lo feliz que se sentía porque fuera suya, por haber aceptado lo que él quería de ella.

Bethany le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó tan fuerte como él la abrazaba a ella.

—Me quiero quedar —susurró.

Él se quedó rígido contra su cuerpo y luego se relajó como si se sintiera aliviado. La besó otra vez y movió una de sus manos para apartarle el pelo de la cara. Luego la echó un poco hacia atrás para que sus miradas pudieran encontrarse. Los ojos de Jace eran intensos, casi negros mientras la miraba.

—Te vas a quedar, Bethany. Ahora eres mía. Aún no sé si sabes muy bien a lo que has accedido pero ahora no te voy a dar la oportunidad de poder echarte atrás. Me perteneces. Y no te voy a dejar marchar.

Ella depositó una mano en su mejilla tal como él había hecho con ella tantas veces antes. Le ofreció consuelo y tranquilidad. Jace se inclinó hacia delante y acarició su boca con la suya, una, dos y hasta tres veces, como si no pudiera

apartarse.

—¿Por qué llorabas, nena?

Solo de pensar de nuevo en todo lo que le había contado hacía que quisiera llorar otra vez. Al ver su mirada llena de alarma, ella se dio cuenta de que sí que había soltado una lagrimita.

—Oh, Jace —susurró—. No te puedes imaginar lo mucho que significa para mí que de verdad estés dispuesto a cambiar quién eres, lo que te hacer ser como eres, porque pienses que es lo que quiero. Y que me hayas enseñado tu corazón. Pero tienes que comprender que te quiero a ti. Con todo lo que significa. No quiero una versión rebajada de Jace. Te quiero a ti. Controlador, dominante, arrogante, cariñoso, protector... —su voz se fue apagando, sonaba ronca de la emoción y nublada debido a las lágrimas—. ¿Lo entiendes? —susurró.

Él la pegó contra él, aún bien enterrado en su cuerpo. Bethany podía sentir cada latido del corazón. Jace tembló mientras sus manos se enredaban en su pelo. Luego tiró de él lo suficiente como para que pudiera apoyar su frente sobre la de ella; sus bocas se quedaron cerca la una de la otra y sus miradas, conectadas.

—No sé lo que habría hecho si no te hubiera encontrado —dijo con una voz rigurosa—. Me mata solo pensar en ello. No sé lo que habría hecho sin ti. Eso también me hace volver loco.

—¿Lo entiendes, Jace? ¿De verdad? Te quiero a ti. Quiero tu dominancia. La necesito.

Él le acarició el pelo con la mano en un movimiento tranquilizador y le peinó los rizos.

—Ya me tienes, nena. Todo yo. Y espero que estés preparada para ello. Pero sea como sea lo vas a tener. Todo yo. Al cien por cien. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿El qué? —susurró.

La besó primero con cariño, con suavidad, hasta que se quedaron sin aliento. Cuando se retiró, los ojos le brillaban de satisfacción y alegría.

—Prométeme que si alguna vez es demasiado, si alguna vez estás abrumada, si alguna vez te presiono demasiado o voy demasiado rápido, que me lo dirás. Tienes que decírmelo. No podría seguir viviendo si supiera que lo que te estoy haciendo te asusta o, Dios no lo quiera, te hace daño. Yo nunca quiero hacerte sentir mal con lo que vamos a hacer.

Ella lo besó esta vez, saboreando la sensación de tenerlo junto a ella, entre sus brazos. Esto era real. Él era real. Estaba conmovida hasta lo más hondo de su ser por la magnitud de lo que estaba ocurriendo en ese momento. Él la quería. A ella.

—Te lo prometo —susurró contra sus labios.

Capítulo

23

Bethany esperó, sin aliento debido a la anticipación. Al nerviosismo. Su estómago estaba lleno de mariposas. Jace volvería a casa en cualquier momento. Le había mandado un mensaje para hacerle saber que estaba saliendo de la oficina. Nada más. Ninguna instrucción. Nada que le dijera los planes que tendrían para esa noche. Aunque de acuerdo con la larga charla a pecho abierto que tuvieron la noche anterior, seguro que sabía que ella estaba esperando con ansia que llegara.

Una señal de su aceptación. De su obediencia. De su voluntad y deseo de someterse a él. De seguir hacia delante en esa clase de relación que ambos querían. No solo lo que quería Jace. Significaba el mundo entero para ella, la hacía derretirse el saber que él había estado completamente dispuesto a suprimir sus propios deseos y necesidades si ella mostraba una mínima vacilación dentro de los parámetros de la relación que habían forjado.

Y quizás esa era una razón enorme por la que ella estaba tan dispuesta a aceptar sin reservas las cosas que le había pedido. Porque no las había pedido. No le había dado ningún ultimátum. Le había dicho cómo él quería las cosas pero justo después le había hecho saber que si no podía o quería seguir con ese estilo de vida que entonces sería él quien se comprometería y aceptaría lo que fuera con lo que ella estuviera cómoda.

Todo. Ella le iba a dar todo. Quería hacerlo feliz porque eso es lo que la haría a ella feliz también.

Se quitó la ropa y la guardó en uno de los cajones que le había dejado para su uso. Había insistido en comprar muebles para ella que fueran exclusivamente de ella. Pero por ahora, usar su espacio iba bien. Aún mantenían residencias separadas aunque cada vez más sus pertenencias se habían ido acumulando en el apartamento de Jace.

Controló la hora y supo que podría estar subiendo en el ascensor en ese mismo momento. Aceleró el paso hasta el salón y se arrodilló en la alfelpada alfombra en una posición que le permitiera ver las puertas del ascensor. Lo vería tan pronto como saliera, pero lo más importante, lo primero que él vería cuando entrara en el apartamento sería a ella. Esperándolo. Sometida. Dándole lo que él más quería.

Los minutos pasaban con agonizante lentitud. El silencio se instaló en el apartamento y solo se podía oír su suave respiración. Entonces se oyó el sonido del ascensor llegando a la planta. Su pulso se aceleró mientras las puertas se abrían y ella miraba al frente, ansiosa de ver su rostro, su reacción cuando la viera.

Jace entró en el apartamento con un maletín en la mano. Su mirada se posó

en ella de inmediato y el maletín se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo con un golpe suave.

—Nena —susurró.

Solo una palabra, pero expresaba una gran riqueza de significados. Sorpresa. Felicidad. Alivio. El cariño inundó sus ojos e inmediatamente se oscurecieron de deseo. Las facciones del rostro se suavizaron donde antes había habido arrugas en la frente y la mandíbula tensa. Había aparecido distraído, como si hubiera tenido un día frenético en el trabajo.

Todo se esfumó cuando avanzó, con la mirada únicamente centrada en ella y sin apartarla en ningún momento.

Se paró justo frente a ella y hundió la mano en su cabello. Le acarició la cabeza entre los mechones antes de rodear su mejilla y acariciarle la línea del mentón.

—¿Cuánto tiempo has estado esperando así? —preguntó suavemente.

Ella sonrió y se apoyó contra su mano, buscando su contacto. Estaba hambrienta de él. Un día entero esperando y esperando. Desesperada de necesidad. Quiriendo reafirmar lo que ya habían decidido la noche anterior.

—No mucho. Me mandaste un mensaje cuando saliste de la oficina. Esperé un poco y luego vine al salón, aquí, para poder verte cuando salieras del ascensor. Para que me pudieras ver —terminó quedamente.

—Nunca he visto una imagen más preciosa al volver a casa del trabajo, nena. Nunca pensé que volvería para encontrarme con esto. A ti. Así. Tan dulce y cariñosa. Haces que me olvide de todo lo demás, excepto tú y yo y el mundo que hemos creado.

—Bien —dijo ella con voz ronca—. Quiero eso para ti. Has hecho muchísimo por mí. Y quiero hacer lo mismo por ti.

Él sonrió y le rozó los labios con los dedos.

—Lo haces. Ya me has alegrado el día entero. Verte así... no puedo siquiera recordar la mierda de día o lo que ha pasado en el trabajo. No me importa nada. Porque ahora estoy aquí contigo y nada más importa.

—Ordéname lo que quieras —murmuró—. Dime lo que quieres, Jace.

Él vaciló ahí de pie, con los ojos tan expresivos, pero se quedó en silencio, como si tuviera miedo de dar voz a sus pensamientos. Luego finalmente habló, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Sé que hablamos de esto anoche, nena. Sé que tú aceptaste. Sé que lo saqué todo. Pero no quiero ir demasiado deprisa. Quiero darte tiempo a que te amoldes a mis expectativas. Quiero que estés segura de que esto es lo que quieres. Lo último que quiero es abrumarte. Quiero llevar las cosas despacio. Empezar de cero y luego ir avanzando poco a poco. No dudo de ti. No quiero que pienses eso. Voy a tener cuidado contigo porque me preocupo por ti. Me preocupo por nosotros. Quiero que duremos.

Su corazón se derritió, y el dolor se intensificó. Un nudo se le formó en la garganta y le resultó difícil hablar debido a la creciente emoción.

—¿No lo sabes ya, Jace? Cuando dices cosas como esas solo haces que quiera complacerte más. No tenemos que hacerlo todo el primer día de nuestra relación. Pero quiero mostrarte lo que puedo ser. Lo que quiero ser. Por ti. Pero no solo por ti. Por mí también. Quiero esto. Tú quieres esto. Los dos queremos esto. Así que dime cómo complacerte. Dime las palabras y empecemos algo nuevo y especial.

—Quiero follarte —dijo abruptamente—. Justo aquí, en el salón. Quiero que me chupes la polla estando de rodillas, tan guapa y dulce y con los ojos brillantes y sumisos. Y luego quiero inclinarte sobre el sofá, atarte las manos en la espalda y poseerte con fuerza tanto tiempo como quiera. Y luego, cuando me haya corrido, quiero tumbarte y hacerte el amor como nunca antes te lo hay an hecho. Quiero comerte ese coño y quiero chuparte los pechos hasta que estés preparada para explotar con fuerza.

—¿Eso es todo? —lo tentó ella.

Jace sonrió y parte de su preocupación abandonó su rostro.

—Todo, por ahora. Hay muchísimas más cosas que quiero hacerte y que te haré. Pero tenemos todo el tiempo del mundo y no quiero hacerlo todo el primer día. Nos lo tomaremos con calma y cuando esté seguro de que estás conmigo en la misma onda, llegaremos ahí, nena. No lo dudes. Voy a azotarte ese culito, a atarte y a follarte de todas las formas posibles que un hombre pueda follar a una mujer. Pero, por ahora, solo quiero esos labios tuyos alrededor de mi polla y luego voy a hundirme en tu caliente y estrecho interior.

Ella se estremeció, su clitoris se hinchó hasta que ella se retorció para aliviar el dolor.

Jace le envió una sonrisa cómplice y luego se llevó las manos a los pantalones. Se desabrochó el botón y luego bajó la cremallera. El chirrido sonó alto y claro en sus oídos. Jace se sacó el pene mientras se masturbaba con movimientos firmes, y seguidamente le levantó a Bethany el mentón con la otra mano.

—Abre la boca, nena. Acógeme entero y chúpame. Llévame al límite, pero no me voy a correr hasta no estar hundido hasta el fondo dentro de ti, hasta que no estés doblada por encima del brazo del sofá, con el culo en pompa y las manos atadas a la espalda. Entonces será cuando te llene entera de semen y se deslizará por el interior de tus piernas. Te voy a dejar tal cual para así poder alejarme y verte sabiendo que eres mía y que acabo de poseer lo que es mío.

Ella cerró los ojos mientras él se deslizaba dentro de su boca; las imágenes que había descrito bombardeaban su mente. Sus manos eran suaves al tocarle el rostro, pero sus movimientos no lo eran. Era una contradicción impresionante. Su contacto frente a la fuerza con la que poseía su boca.

—Así sí es como un hombre quiere volver a casa —susurró—. Con su mujer esperándolo de rodillas, queriendo únicamente complacerlo. Esperando sus órdenes. Aceptando cualquier cosa que él le diga que tenga que hacer. Joder, no se puede tener nada mejor, nena.

Ella sonrió alrededor de su verga; la satisfacción la asoló y se le encogió el corazón hasta que se quedó sin aliento. Le encantaba estar dominada por él de esa manera. Que estuviera tan ansioso por ella y que ella lo complaciera como ninguna otra mujer lo hubiera hecho.

Jace se movió rápido y luego ralentizó el ritmo, deslizándose más suavemente sobre su lengua y rozando la punta de su miembro por encima de sus labios antes de volver a introducirse en la humedad de su boca.

—Tan preciosa —murmuró—. Y mía. Solo mía. Me perteneces. Solo a mí. Nadie más tendrá nunca esto, lo que yo tengo. A ti, de rodillas, esperándome a que salga del ascensor. Si otros hombres supieran lo que tengo, serían unos malditos celosos hijos de perra. Eres una mujer por la que merece la pena luchar, Bethany. Los hombres matarían por poseer lo que yo tengo, incluso aunque fuera solo una hora.

Sus palabras calaron dentro de ella y las mantuvo en lo más hondo de su alma. Su pecho se tensó y en su garganta se formó un nudo que hizo que fuera complicado el acomodar toda su longitud.

Jace frunció el ceño y luego se retiró, dejó solo la punta de su miembro sobre el labio inferior de Bethany.

—¿Estás bien?

Ella asintió, incapaz de formular una respuesta coherente. ¿Cómo podía cuando estaba peligrosamente cerca de ponerse a llorar? De felicidad. Estaba abrumada y no en el mal sentido. Sino en el mejor. Estaba vencida. No tenía ni idea de qué decir, de cómo responder. Solo podía demostrarle lo que esas palabras significaban para ella.

Echándose hacia delante, tomó la iniciativa y lo envolvió por completo, pero luego inmediatamente levantó la mirada y midió su reacción para ver si su valentía lo había enfurecido. Él le pasó una mano por la mejilla y sonrió tiernamente, casi como si pudiera leer cada pensamiento y supiera exactamente cuán afectada estaba por todo lo que había dicho.

Le sujetó la cabeza, embistió una última vez más profundamente y empujó hasta lo más hondo de su garganta hasta que esta se convulsionó a su alrededor. Jace soltó un gemido y luego la soltó al mismo tiempo que sacaba su erección de la boca de Bethany. Entonces entrelazó los dedos con los de ella. La sujetó cuidadosamente hasta ponerla de pie y se quedaron así durante un rato mientras él se aseguraba de que podía mantenerse firmemente en pie.

—Al sofá —le dijo. Su orden sonó más fuerte y tensa que antes—. Quiero que te inclines sobre el brazo bocabajo y con la frente tocando la tela. El culo al

aire y los pies sin tocar el suelo.

Bethany tragó saliva e hizo tal como él le dictaba para colocarse de acuerdo con sus indicaciones. Él se alejó, sus pasos se dirigieron hasta el dormitorio mientras ella esperaba ansiosamente a que volviera. Cuando volvió, tenía en las manos una cuerda larga de lino. Bethany puso los brazos a la espalda y apoyó las manos sobre el culo.

Jace le cogió las muñecas y luego, sujetándolas firmemente con una mano, comenzó a enrollar la cuerda alrededor de ellas. Aunque la cuerda era suave y no hacía daño, él la ató con fuerza y de forma efectiva para que no pudiera moverlas.

—Verte así... Nena, no tengo siquiera palabras. Es una imagen con la que soñaré por las noches cuando estés entre mis brazos, durmiendo a mi lado.

Con la palma de la mano acarició la superficie de su trasero y luego con las dos manos, masajeándola bien y luego abriéndola hasta que su sexo quedó bien visible.

Se posicionó en su entrada pero se paró y mantuvo la punta de su miembro apenas en su interior.

—No voy a ser suave —la advirtió—. Te deseo demasiado, nena. Estoy teniendo pensamientos bastante brutos y oscuros en estos momentos. Esto va a ser follar. Follar a lo primitivo, perverso y duro. Cuando termine, entonces y solo entonces, me ocuparé de ti. Pero no te corras hasta entonces. Esto es para mí. Lo de después será todo tuyo.

Antes de que ella pudiera siquiera decir algo, se introdujo en su interior con un único movimiento lleno de fuerza que le quitó la respiración. Su sexo tembló y hormigueó. La excitación y el deseo se extendieron por su cuerpo a través de sus venas. La necesidad y las ansias eran más fuertes que cualquier otra necesidad que hubiera tenido nunca por meterse el siguiente chute. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir a esto sin correrse? Ya estaba lista para hacerlo en ese mismo instante, no cuando él terminara de saciar sus propios deseos y atendiera los suyos luego.

Él le dio una cachetada en el culo a modo de advertencia cuando se agitó de forma descontrolada.

—Controlalo, nena. No te corras aún. Desobedéceme y me olvidaré de llevar las cosas poco a poco y te azotaré con una fusta.

Ella gimió de frustración. En vez de disuadirla, su advertencia solo había avivado los fuegos de su lujuria y la había llevado más al límite.

Se mordió el labio y cerró los ojos; se centró intensa y únicamente en no ceder ante el orgasmo. Era lo más difícil que nunca antes hubiera intentado. Estaba increíblemente excitada y cada embestida enviaba olas de placer por todo su cuerpo.

—Quiero el culo también —gruñó—. Pero estoy muy cerca. Ya me lo follaré

a la próxima.

Gracias a Dios. No iba a durar ni un minuto más y Jace estaba moviéndose con mucha más fuerza ahora, endureciéndose más mientras crecía y aumentaba en su interior. Bethany cerró los ojos y tensó cada músculo de su cuerpo para contener el orgasmo. El alivio le recorrió las venas cuando él se echó hacia delante para cubrir su cuerpo y el semen comenzó a invadir las paredes de su vagina.

Ella se relajó en el sofá sintiéndose derrotada, y no se había corrido siquiera. Si él la tocara, todo se acabaría. Cada terminación nerviosa estaba teniendo un cortocircuito. Su piel estaba hipersensible. El clítoris le dolía y se sacudía. Solo una caricia. Todo lo que tenía que hacer era bajar la mano y tocarse y encontraría alivio.

Suspiró de frustración. Estaba tan al límite que su piel la sentía viva. Como si intentara levantarse y volverse del revés.

Jace depositó un beso entre los omóplatos y luego suavemente se retiró.

—No te muevas —le ordenó.

Ella escuchó sus pasos alejarse y volverse distantes. Un momento después había vuelto con una toalla caliente y le limpió el semen que recorría sus piernas. Luego, con cuidado, le desató las muñecas y acarició su aterciopelada piel con los pulgares.

—Ve al cuarto de baño y límpiate —la instruyó—. No es que sea muy fan de saborearme a mí mismo cuando te estoy comiendo a ti, nena. Cuando vuelvas, te estaré esperando en la cama. Quiero que te sientes en mi cara para poder lamerte ese dulce coñito.

Él la ayudó a ponerse de pie y sus piernas temblaron inestables mientras se dirigía al cuarto de baño para hacer lo que le había dicho. Se limpió con cuidado y asegurándose especialmente de eliminar cualquier signo de pegajosidad. Cuando volvió a entrar en el dormitorio, Jace se encontraba tumbado, desnudo, sobre la cama, con el pene yaciendo a un lado sobre uno de sus muslos, semierecto ahora.

Aún seguía siendo hermoso y su miembro increíblemente impresionante incluso en reposo.

Él le hizo un gesto con un dedo para que se acercara a la cama. Le tendió una mano para ayudarla y luego se escurrió hacia abajo hasta que sus pies colgaron por el borde de la misma.

—Gatea y pon las rodillas a cada lado de mi cabeza —dijo.

Era ridículo que sintiera timidez, pero estaba un poco avergonzada por tener que subirse a la cama, con actitud valiente, para sentarse en su rostro y para que su boca pudiera entrar en contacto con su sexo.

Bethany se puso de rodillas a varios centímetros de distancia de su boca. Cuando ella empezó a bajar, él le colocó una mano en la cadera y la paró.

—Usa tu mano y abre esos labios para mí —dijo con voz ronca—. Quiero que mi lengua toque cada centímetro y quiero que te corras sobre mí.

Ella cogió aire con fuerza; se sentía sometida tras haber pasado por todo lo que habían hecho en el salón. Y, ahora, esas palabras abruptas y evocativas le llegaron hasta el mismísimo centro de su cuerpo y su excitación brilló al instante.

Deslizó una mano vacilante por su vientre y luego entre los rizos que tenía entre las piernas hasta encontrar sus húmedos labios. Su dedo rozó el clitoris y Bethany gimió.

—Puedo oler lo cachonda que estás —gruñó Jace—. Tan inmensamente sexual. Ábrete para mí, nena. Me muero por saborearte, por comerte entera.

Ella abrió los labios con sus dedos y se mantuvo abierta antes de bajar sobre su rostro. En el instante en que hizo contacto con su lengua, se sacudió e intentó apartarse. Él la agarró con fuerza de las caderas con ambas manos y volvió a atraerla hasta su boca.

Se la comió como si fuera un hombre hambriento que no hubiera probado bocado en días. La lamió, la succionó, la relamió y deslizó su lengua por su interior y por todas las partes que encontraba entre su entrada y el clitoris. La llevó hasta un increíble frenesí antes de que ella empezara a cabalgarlo como si estuviera acogiendo su miembro otra vez en su interior.

Pero entonces deslizó los dedos entre los cachetes de su culo y los abrió tal y como ella lo había hecho con sus labios vaginales. El dedo índice se acercó a su entrada anal para jugar con ella. Lo introdujo un poco, lo mínimo. Ni siquiera dos centímetros. Solo la punta de sus dedos, pero fue suficiente como para lanzarla por el borde del precipicio.

Explotó en su boca. Empapó sus labios y barbilla con un repentino torrencial de humedad. Ella se movió y se sacudió, quería más de lo que su boca le estaba dando. Más de esos perversos dedos. Más de todo lo que tuviera que darle.

Se dejó caer hacia delante y los músculos se le hicieron gelatina por completo. Entonces, se dio cuenta, para su vergüenza, de que estaba probablemente asfixiándolo. Se enderezó, pero él la agarró por las caderas y la sentó justo bajo su barbilla de modo que su boca estuviera presionada contra su vientre.

Los fluidos brillaban sobre sus labios y su barbilla. Se pasó la lengua por ellos y eliminó los rastros de su orgasmo. Era locamente provocador y excitante ver a un hombre que disfrutara tanto dándole placer a una mujer. Se lo veía satisfecho y saciado, como un gato que hubiera conseguido su premio. Y, bueno, Bethany imaginaba que sí que lo había conseguido.

—Ven aquí —murmuró mientras la atraía hacia abajo para que quedara acunada entre sus brazos, yaciendo firmemente sobre su pecho. Jace se giró hasta quedar de lado, con ella escondida en el hueco de su cuello y sus manos agarrando posesivamente su trasero.

—Nochebuena es dentro de pocos días.

Ella levantó la cabeza porque era un cambio de tema brusco y la hacía sentirse cautelosa. Pero él la volvió a empujar contra él y mantuvo su rostro de nuevo escondido en su cuello.

—Me gusta cuando estás así —se quejó—. Tocándome. Tan cerca de estar derretida sobre mi piel. Como un tatuaje permanente. Me gusta llevarte a ti y nada más.

Ella sonrió contra su cuello.

—A mi niña le gusta eso —dijo de forma engreída.

—Sí, me gusta —dijo en voz baja.

—En fin, como iba diciendo, Nochebuena ya casi está aquí. La vamos a pasar en casa de Gabe y Mia, y los padres de Gabe estarán allí, y también Ash. Tienes un armario lleno de ropa pero quiero que elijas lo que te quieres poner.

Ella se quedó petrificada ante la sorpresa. Ese no era uno de sus acuerdos. Él tomaba todas las decisiones. Incluso las insignificantes como la ropa que llevaba fuera del apartamento. Ahora, para dar vueltas por la casa, ir al súper y hacer algún recado, se podía poner lo que quisiera. Pero cuando salían juntos, él elegía lo que se ponía, y tenía que admitir que tenía un gusto impecable.

—Quiero que estés cómoda y segura de ti misma —dijo en voz baja—. Y si no tienes nada en el armario que te sirva y que te haga sentir esas dos cosas entonces quiero que salgas y te compres algo. Sin discusiones. Tienes tarjetas de crédito. Tienes dinero en efectivo. Ya va siendo hora de que los uses.

—Gracias —susurró—. No por ofrecer comprarme más cosas. Estoy segura de que hay bastante donde elegir en ese enorme vestidor. ¡Tengo cosas que aún tienen hasta la etiqueta puesta! Pero gracias por esforzarte tanto en que no me sienta incómoda.

Él la apretó contra sí.

—No te quiero en ninguna situación en la que no te sientas bien, nena. Así que coge lo que necesitas. Elige algo que te haga sentir bien.

Ella levantó la cabeza a pesar de los esfuerzos de Jace por mantenerla pegada contra su pecho y lo besó con fuerza mientras le rodeaba el cuello con los brazos y deslizaba su lengua sobre la de él.

—Eres demasiado bueno conmigo, Jace —dijo con voz queda—. Pero le doy las gracias a Dios cada día por haberme hecho este regalo.

Capítulo

24

La ansiedad de Bethany estaba por las nubes. Se había vestido con extremo cuidado porque no quería decepcionar a Jace frente a su familia. Había podido elegir multitud de conjuntos de entre los de su armario; muchos, tal como le había dicho a Jace, aún llevaban la etiqueta, sin estrenar todavía. Había elegido un vestido plateado de noche porque parecía festivo y apropiado para Nochebuena, y tras debatir y sentir una inmensa culpa por dentro, había ido a comprar unos zapatos con tacones plateados y brillantes para que hicieran juego con él.

Jace había sentido su ansiedad y la había intentado tranquilizar de muchísimas maneras. Mientras había estado en el cuarto de baño recogiendo el pelo con una pinza plateada del mismo color que el vestido, él había entrado y le había colocado un precioso collar de diamantes alrededor del cuello antes de abrochárselo. Bethany se quedó mirando al espejo con la boca abierta.

—¡Jace! —protestó—. ¡Esto es demasiado!

Él sonrió, le dio un pequeño beso en el cuello justo debajo de la oreja y luego le rodeó la cintura con los brazos con una cajita que contenía unos zarcillos a juego en la mano.

—Entonces pensarás que esto sí que es demasiado, pero acostúmbrate, nena. No puedo dejar que mi mujer vaya a la cena de Nochebuena con mi familia y que ellos piensen que no te mimo con locura. Perdería toda credibilidad. Así que póntelos. Me gusta verte con mis joyas puestas. Y estás preciosa sin ellas, pero quiero que te sientas tan guapa como yo te veo. No hay mujer en el mundo a la que no le gusten los diamantes. No puedes ser una excepción.

Visto de esa manera, no había mucho más que pudiera decir.

Jace la besó otra vez y luego le dio una palmadita llena de afecto en el trasero.

—Nos tenemos que ir en cinco minutos, así que termina de arreglarte.

Ella suspiró cuando él se fue y luego volvió a mirar su reflejo en el espejo mientras sujetaba torpemente la caja para poder ponerse los pendientes en las orejas. Estaba sonriendo. Feliz. Sus ojos brillaban llenos de cariño. Jace siempre sabía cómo hacerla sentir más cómoda. Aunque aún seguía hecha un manojo de nervios.

Las Navidades no eran fechas importantes en su calendario. Al principio, particularmente el primer año que Jack y ella habían vivido en la calle, Jack había intentado y dado lo mejor de sí mismo para hacer que las festividades tuvieran espíritu navideño. Había conseguido un arbusto, que decoró y colocó en la esquina de un parque desierto usando papel de regalo que había desechado una tienda cercana.

Habían creado arcos, pequeñas estrellas y otras pocas figuras que no podían clasificarse exactamente como símbolos navideños, pero Bethany había querido a Jack por el esfuerzo que había hecho. También se las arregló para traer la cena, aunque nunca le dijo cómo y ella tampoco lo preguntó.

¿Dónde estaría hoy? Hacía frío y la nieve había comenzado a caer y a cubrir las aceras con un manto blanco. ¿Tendría algún lugar donde quedarse? ¿Estaría calentito? ¿Tendría algo de comer?

Se sintió extremadamente culpable mientras Jace la guiaba hasta el coche que los estaba esperando, calentito y cómodo, para llevarlos al apartamento de Gabe donde comerían, disfrutarían de la compañía de los seres queridos de Jace y celebrarían la Nochebuena. Bethany estaba bien cuidada. Jace se había preocupado de cada detalle y necesidad que tuviera. Y Jack estaba por ahí, solo, por primera vez después de todos los años que él y Bethany habían estado juntos.

Se llevó una mano al pelo por sexta vez desde que hubieron dejado el apartamento, preocupada de que el peinado se le fuera a caer en cualquier momento.

Jace le pasó un brazo por la cintura y la acercó a él para poder darle un beso en la sien.

—Estás preciosa —murmuró—. Deja de preocuparte. Te van a encantar, y a ellos les encantarás.

Bethany sonrió, o mejor dicho, intentó hacerlo. Ya era bastante malo conocer a su hermana, su prometido, que resultaba ser el otro mejor amigo de Jace y socio, y los padres de este último, como para saber que Ash iba a estar allí también. Esta sería la primera vez que lo viera desde la noche del trío y tenía un nudo enorme en el estómago.

¿Cuán raro sería saludar educadamente a un hombre con el que se había acostado junto a Jace? Jace no podía estar más cómodo que ella en ese aspecto. Le había dejado muy claros sus sentimientos sobre el tema. No quería siquiera hablar de ello, así que Bethany evitaba el tema y adoptó la firme negación de que nunca había ocurrido.

Todo eso cambiaría esta noche.

Entonces otro pensamiento le cruzó la mente. Uno que la aterrizó. ¿Qué pasaba si los otros sabían que se había acostado tanto con Jace como con Ash?

—Nena.

La voz suave de Jace se filtró entre sus pensamientos y ella se giró hacia él.

—Estás haciendo una montaña de un granito de arena.

Jace le dio un apretón en la mano y luego se la llevó a los labios para darle un beso. Besó todos y cada uno de los dedos para que se relajara y abriera el puño que había formado antes.

—Es Nochebuena. Quiero que disfrutes de la velada. Es nuestra primera celebración juntos —añadió con una sonrisa.

—Estoy aterrorizada —soltó de repente.

Jace suavizó su mirada y se deslizó por el asiento del coche para acercarse más a ella.

—No hay por qué estarlo. Te lo juro. Son excelentes personas. Son mi familia. No te pondría en ninguna situación que pensara que te va a hacer mal.

—Ash estará ahí.

Los ojos de Jace titilaron, pero se recuperó rápidamente. No obstante, ella había visto su reacción y sabía que no le hacía ni la más mínima gracia tener que verlos juntos, a Ash y a ella.

—Cariño, escúchame. Es inevitable que tú y Ash os relacionéis. Ambos sois importantes para mí. Lo que pasó, pasó. No podemos cambiarlo a pesar de lo mucho que me gustaría. Así que lo único que podemos hacer es enfrentarnos a ello y seguir hacia delante. Él no es un cabrón. No va a hacer que las cosas sean incómodas. Ash es el mejor amigo que tengo. Sabe lo que significas para mí. Por favor, Bethany, confía en mí cuando digo que todo va a ir bien.

Bethany bajó la mirada.

—Lo siento. Te estoy arruinando la Nochebuena antes de haberla empezado. Estoy asustada. No quiero decepcionarte. No quiero defraudarte. Y no quiero avergonzarte frente a la gente que quieres. En todo lo que puedo pensar es en que me van a mirar y lo van a saber todo. Sabrán que no soy lo bastante buena para ti. Sabrán que puedes encontrar a alguien mejor. Y no puedo soportar ver esas miradas en sus caras. Cómo te mirarán a ti, preguntándose que qué demonios estás haciendo.

El gruñido que soltó Jace fue instantáneo.

—Ahora me estás cabreando. Todo eso son tonterías, y te juro por Dios, Bethany, aunque sea lo último que haga, que voy a sacarte de la cabeza esos pensamientos estúpidos.

Ella cerró los ojos con fuerza, decidida a no hacer algo estúpido. Como llorar. Le estropearía el maquillaje que con tanto esmero se había aplicado. Maquillaje que Jace le había tenido que ayudar a elegir porque ella no tenía ni idea de lo que debía comprar o de cómo aplicárselo siquiera. Una maquilladora profesional muy paciente fue explicándole paso a paso y le mostró cómo y qué tenía que aplicarse y en qué orden. Luego se fue a casa con una bolsa entera de cosméticos, la mitad de los cuales Bethany no recordaba siquiera para qué se usaban.

—Nena, mírame.

No era una petición. Era una orden perfectamente articulada. Una que obedeció al instante. Aunque Jace aún se estaba conteniendo para hacer que ella se ajustara a la relación, los días posteriores a su larga conversación emocional sobre el curso que iba a tomar su relación, comenzó a mostrarse más y más cómodo demostrando su dominancia.

De forma gradual se había vuelto más contundente, no solo en la cama, sino también en su día a día. Al principio se preguntaba de verdad si soportaría su autoridad, pero, sin embargo, la había recibido con los brazos abiertos. Bethany se deleitaba en su existencia tan bien ordenada. Tan pronto como Jace hubo dado ese paso para demostrar su dominancia, una parte de ella había suspirado de alivio. Se había vuelto muy liberador pasarle toda la responsabilidad a alguien que se preocupaba de ella. Alguien que la cuidaba y que era increíblemente protector.

Le daba una sensación de seguridad que no había tenido el placer de disfrutar hasta ahora. La hacía sentirse... a salvo.

—No les estás haciendo ningún favor a Gabe, Mía y Ash pensando que van a sentirse así hacia ti. No son personas que juzguen, ni tampoco son unos esnobs. No les va a importar tu pasado o de dónde vengas. Todo lo que les preocupará será que me hagas feliz porque se preocupan por mí. Y por esa misma regla de tres, porque se preocupan por mí, te adorarán. Todo lo que te pido es que les des una oportunidad.

De repente se sintió avergonzada porque Jace tenía razón. No les estaba dando una oportunidad. Ya los había juzgado. Algo que era lo que más le asustaba que hicieran con ella.

—Estoy siendo una esnob a la inversa —dijo quedamente—. Tienes razón. No estoy siendo justa.

Él la abrazó otra vez y la besó en la sien.

—Estás comprensiblemente nerviosa. No te culpo por ello. Pero lo que estoy diciendo es que todo va a ir bien. ¿Confías en mí?

Ella asintió y él pareció aliviado.

Llegaron unos pocos minutos después y Jace la ayudó a salir del coche. Pasó un brazo con firmeza alrededor de su cintura y se aseguró de que no resbalara mientras se apresuraban a llegar a la entrada del edificio donde Gabe tenía su apartamento.

Las mariposas se apoderaron de ella, revoloteando en su estómago mientras subían en el ascensor hasta la última planta. Cuando las puertas se abrieron, un montón de olores deliciosos la asaltaron. Una mezcla de comida y lo que olía como a velas navideñas. ¿Menta y pino?

El interior del apartamento estaba iluminado con velas y en la esquina del salón se encontraba un árbol enorme de Navidad brillando con cientos de lucecitas. Todo el salón estaba decorado de acuerdo con la festividad y la chimenea estaba encendida.

—¡Jace!

Una mujer pequeña y de pelo moreno se precipitó hacia ellos e inmediatamente los envolvió en un enorme abrazo. La sonrisa de Jace apareció al instante mientras le devolvía el abrazo. Luego ella se apartó y le dedicó una

cálida sonrisa a Bethany.

—Tú debes de ser Bethany. Soy Mia, la hermana de Jace. He oído hablar mucho de ti. ¡Estoy tan feliz de que estés aquí!

Bethany empezó a tender la mano pero Mia la estrechó en un abrazo similar al que le había dado a Jace. Bethany, incómoda, se lo devolvió.

—Gracias por invitarme —murmuró Bethany.

—Eh, estáis ahí.

Bethany levantó la mirada y vio a un hombre alto y guapísimo acercarse por detrás de Mia y deslizar su brazo alrededor de su cintura. Lo recordaba de la fiesta. En realidad, los recordaba a ambos. Se los había quedado mirando melancólicamente mientras bailaban y pensó que se les veía muy enamorados. Sin embargo, no iba a atraer la atención al hecho de que había formado parte del servicio de su fiesta de compromiso, así que le devolvió una brillante sonrisa e hizo como si esta fuera la primera vez que los veía a ambos.

Gabe le dio una palmada a Jace en la espalda y luego se volvió hacia Bethany.

—Hola, Bethany. Soy Gabe, amigo de Jace y su socio. A punto de convertirme en su cuñado si la novia me hiciera el gran favor de dejar de torturarme y fijara por fin una fecha para la boda.

—Hola, Gabe —consiguió decir ahogadamente.

Los brazos de Jace le rodearon la cintura y la estabilizaron al mismo tiempo que le ofrecían apoyo en silencio. En ese momento lo quiso por eso.

—Ven a la cocina —dijo Mia—. Ahí es donde está todo el mundo congregado, bebiendo vino y picoteando de las bandejas de fruta y queso.

Cogió a Bethany por el brazo de manera que esta estuviera flanqueada por Jace y por ella y luego los condujo hacia la cocina.

El estómago se le encogió cuando se encontró con Ash en el marco de la puerta. Casi se dio de bruces con él mientras se apartaba hacia un lado para quitarse de en medio.

—Eh, tío —dijo Ash—. Me alegro de que pudierais venir.

Luego se inclinó hacia delante y besó a Bethany en la mejilla.

—Hola, Bethany. Estás preciosa.

Ella estaba segura de que se había ruborizado. Aunque lo intentó, no pudo controlar el inmediato terror que se apoderó de ella cuando se lo quedó mirando. Ash estaba actuando como si nada. Jace igual. Ella era la única que estaba comportándose como una idiota.

—Gracias —dijo mientras se obligaba a dibujar una sonrisa en los labios.

Ash le sonrió cálidamente y luego le cogió la mano para darle un pequeño apretón. Se volvió a inclinar hacia delante como si fuera a besarle la otra mejilla a modo de saludo y susurró algo para que solo ella pudiera oírlo.

—Todo va a ir bien, Bethany. No estés nerviosa.

Con ese simple gesto, Bethany se relajó y se permitió respirar hondo por primera vez desde que hubo dejado el apartamento de Jace. Esta vez su sonrisa fue genuina y le devolvió el apretón a Ash para darle las gracias.

Jace le envió una mirada de gratitud a Ash y la tensión se disipó. Jace le pasó un brazo a Ash por encima de los hombros y los dos se enzarzaron en un combate de lucha libre en broma.

—No han cambiado mucho las cosas por aquí —dijo una mujer mayor mientras se abría paso. Su sonrisa era indulgente y era obvio que miraba tanto a Jace como a Ash con afecto—. Estos muchachos aún se comportan como lo hacían de adolescentes.

Jace sonrió y la estrechó entre sus brazos.

—Hola, Mamá H. —La besó en la sien y luego se dirigió a Bethany—. Bethany, me gustaría que conocieras a la madre de Gabe. Señora H., esta es Bethany Willis.

Cuando la envolvieron en otro abrazo, Bethany sintió que la reserva que la había inundado antes se derretía lentamente ante el contagioso encanto de la familia de Jace.

—Es un placer conocerte, querida.

—Oh, hola. Aquí está el señor H. —dijo Jace.

Bethany miró más allá de la señora Hamilton y vio a un hombre mayor acercarse.

—Encantado de conocerte, jovencita —dijo con voz ronca—. Jace es muy afortunado.

Bethany se sonrojó y extendió su mano. Ignorándola, el señor Hamilton la envolvió en otro abrazo. Bethany nunca había estado alrededor de tanta gente tan espontánea y cariñosa. Era raro, pero al mismo tiempo le hacía sentirse... bien.

—¿Así que has cocinado tú, Mia, o has hecho trampa y lo has encargado a un *catering*? —preguntó Jace con voz provocadora.

Mia lo fulminó con la mirada.

—Hemos cocinado yo y la madre de Gabe. Y tengo que decirte que nos ha salido genial, aunque sea yo quien lo diga.

—Huele de maravilla —añadió Bethany rápidamente.

Mia sonrió.

—Gracias. Está bueno, lo prometo.

Luego Mia se volvió y comenzó a hacer gestos con las manos para echarlos de la habitación.

—Ya está bien, chicos, fuera de la cocina. Estáis en medio. Id al salón y hacer lo que sea que hagáis los hombres. Necesito otra media hora y luego podremos comer. —Miró a Bethany—. ¿Quieres quedarte con nosotras en la cocina? Siempre puedes ir con Jace, pero no mordemos.

Bethany se encontró sonriendo en respuesta a la abierta calidez y cariño de la

otra muchacha.

—Me quedo.

Jace la avergonzó cuando se inclinó hacia delante y posó sus labios en los de ella.

—No estaré lejos —murmuró.

Ella se sonrojó porque todos lo habían visto besarla. ¿Cómo podrían no haberse dado cuenta?

Mia sonrió e intercambió una mirada cómplice con la señora Hamilton. Ambas parecían estar encantadísimas.

Los hombres salieron de la cocina y dejaron a las mujeres solas.

—Está bien, siéntate, Bethany —ordenó Mia—. Usted también, señora H. Esto no me llevará mucho tiempo. Solo tengo que hacer la salsa. Lo demás está todo hecho.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —preguntó Bethany vacilante.

Mia sacudió la cabeza.

—Sentaos, sentaos. Tendremos una charla de chicas. Que por cierto, ya se lo he dicho a Jace, pero conociéndolo seguro que no te ha pasado la información. Tienes que salir de fiesta conmigo y mis amigas. Te encantarán. Están totalmente locas. Salimos de vez en cuando, nos lo pasamos genial y luego dejamos que Gabe nos lleve de vuelta a casa. Ya cometí el error de coger un taxi sola una vez para volver y digamos que Gabe no estuvo muy contento conmigo.

Los ojos de Bethany la miraron con asombro ante la invitación y el hecho de que Gabe hubiera estado enfadado con Mia.

Mia se rio.

—Se cogió un buen cabreo pero lo superó. Como ofrenda de paz, dejé que se saliera con la suya y ahora uno de los conductores que tenemos nos lleva a casa. Gabe está feliz, así que no hay problema.

—Yo no bebo, pero me encantaría ir.

La expresión de Mia se llenó de compasión y esta alargó la mano para coger la de Bethany.

—Tú y yo podemos beber agua. Yo no tolero el alcohol muy bien. Tuve una resaca terrible la última vez y ya ni lo pruebo.

Había algo en la mirada de Mia que molestaba a Bethany. Casi como si lo supiera... Por supuesto. Jace se lo habría dicho. De pronto el calor se apoderó de su rostro mientras un rubor se extendió por sus mejillas. La vergüenza lo siguió muy de cerca. Bajó la mirada y los hombros en un gesto protector e instintivo.

—¿Bethany?

La suave voz de Mia llenó el silencio.

—Lo siento. ¿Ha sido algo que he dicho? —preguntó Mia.

Bethany levantó la mirada y se encontró de cara con la preocupación que destilaban los ojos de Mia.

—Ha sido tu cara. Lo decía todo.

»Jace te lo ha contado, ¿verdad? —dijo Bethany de repente. Estaba impresionada por lo valiente que estaba siendo al soltarlo como si nada. No era típico de ella porque siempre evitaba los conflictos a toda costa, y tampoco había instigado uno nunca.

Fue entonces cuando Bethany se percató de que la señora Hamilton había abandonado la cocina en silencio. Mia rodeó la barra y se sentó en el taburete al lado de Bethany.

—Sí, me lo ha contado —admitió Mia calmadamente—. No creo que me lo hubiera dicho, pero cuando le sugerí lo de salir con nosotras, me advirtió. Es obvio que es protector contigo y sabe cómo somos mis amigas y yo cuando salimos. No quería que te presionáramos a hacer nada. Pero, Bethany, tienes que entender que lo que me dijo no me hace pensar mal de ti. No me hace pensar en nada más que en que mi hermano ha encontrado a una mujer por la que se preocupa profundamente y eso me hace feliz. Tú lo haces feliz a él. Así que me vas a gustar sea cual sea tu pasado.

Bethany tragó saliva y un nudo se le estaba formando en la garganta.

—Espero que sí lo esté haciendo feliz —susurró—. No tengo nada que ofrecerle.

Mia sonrió.

—¿Y tú crees que yo tengo algo que ofrecerle a un hombre como Gabe? Como si él no tuviera ya todo lo que pudiera querer o necesitar. Parece que solo me quiere a mí y es feliz solo con eso. Tengo la sensación de que Jace es igual.

Bethany le devolvió la sonrisa. Era difícil no querer a Mia. Era sincera; no había ni una pizca de falsedad en ella.

—Está bien, déjame que acabe con la salsa —dijo Mia mientras se acercaba a la cocina—. Los hombres empezarán a ponerse nerviosos y de mal humor.

Veinte minutos más tarde, todo el mundo estaba sentado en la mesa para cenar. El centro de mesa era precioso. Un hermoso centro navideño de color rojo vibrante con velas a cada lado. Elaborados candelabros se encontraban en el aparador y las luces otorgaban una iluminación íntima por toda la mesa.

Gabe y su padre ocupaban los dos extremos de la mesa con la señora Hamilton a la izquierda de su marido y Mia a la izquierda de Gabe. Bethany estaba sentada frente a Mia y tenía a Gabe y a Jace sentados a su lado. Ash estaba colocado al lado de Mia y frente a Jace.

La comida estaba deliciosa, pero Bethany se encontró perdida en el flujo de la conversación. El problema de no tener donde vivir ni dinero hacía que no tuviera nada en común con esta gente. No tenían intereses comunes, ni tampoco estaba al día de los eventos recientes. No tenía ni idea de deportes, ni del mundo de las finanzas, y mucho menos de gestiones empresariales.

Cuanto más avanzaba la cena, más insegura se sentía Bethany por su

prolongado silencio. Los otros estaban empezando a mirarla con preocupación, pero ella sonreía abiertamente, asentía y actuaba como si se estuviera concentrando en su comida. Y lo hacía. Incluso tras haber estado con Jace todo ese tiempo, aún tenía automatizado el no malgastar ni un bocado. Aún vivía con la idea de no saber cuándo podría volver a comer y por ello tenía que sacarle el máximo partido a la que estaba disfrutando ahora.

Como si finalmente sintiera lo incómoda que estaba, Jace alargó la mano por debajo de la mesa y le acarició el muslo antes de darle un pequeño apretujón en la rodilla.

Se acercó más a ella con la excusa de coger algo de la mesa y murmuró:
—Relájate, nena.

Bethany se quedó petrificada cuando pareció que Gabe lo había oído. Este miró en su dirección y suavizó la mirada.

Ella solo quería que el suelo se abriera y se la tragara la tierra. O mejor aún, solo quería volver a su apartamento. Sufría una sobrecarga sensorial. Había demasiada gente. Demasiada conversación. Bethany no estaba acostumbrada a asistir a eventos sociales.

No es que ellos fueran horribles o que no les gustara. Simplemente que era incómodo y se salía de sus límites. Se sentía completamente inadecuada a pesar de los repetidos intentos de Jace de hacer que de verdad sintiera que pertenecía a este lugar.

Y eso se lo hacía ella solita. Ni Jace, ni su familia, ni nadie la había hecho sentirse así. Era únicamente ella y su propia inseguridad.

—Me encanta vuestro árbol—dijo Bethany quedamente dirigiéndose a Mia.

Ella sonrió animadamente.

—A mi también. Adoro los árboles de Navidad. Jace siempre solía llevarme al Rockefeller Center para ver cómo encendían el árbol. Era una tradición por la que me moría de ganas. Fue donde Gabe me pidió matrimonio.

El corazón de Bethany le dio un vuelco ante el cariño instantáneo que se reflejó en el rostro de Gabe. Su mirada estaba fija en Mia.

—A mí también me gustan los árboles de Navidad—dijo Bethany tristemente—. Yo nunca tuve uno. Uno de verdad, me refiero. Ni un hogar de verdad.

Tan pronto como las palabras se escaparon de su boca, quiso morirse. No pudo contener su expresión horrorizada. No se podía creer que hubiera soltado eso así, sin más. No podía soportar ver las reacciones de los otros ante lo que había dicho.

Antes de decir nada más que la humillara, se levantó de su asiento. Jace alargó la mano para sujetarla, pero ella ya estaba fuera de su alcance. Abandonó la mesa y se dirigió ciegamente hacia la cocina.

—Dios... —murmuró Ash—. ¿Nunca ha tenido un árbol de Navidad?

Jace estaba de pie, dividido entre ir tras ella o darle un momento para que

recuperara la compostura. Miró a su amigo y luego las expresiones serias de los rostros de Gabe y Mia y la dulce compasión en los ojos de la señora Hamilton.

—Esto ha sido una tortura para ella —dijo Jace con voz queda—. Todo el día. Maldita sea, no debería haberla hecho venir.

—¿Hemos dicho algo malo? —preguntó Mia con ansiedad.

—No, peque, habéis estado bien. Os lo agradezco. Es solo que esto es difícil para ella. No está acostumbrada a todas las cosas que nosotros damos por hechas. No está acostumbrada a estar rodeada de gente, y mucho menos de gente que se preocupa por ella. Estaba atacada de los nervios por conoceros a todos. No quiere avergonzarme. —Terminó con una risa seca—. No piensa que sea lo bastante buena para mí.

—Mierda —murmuró Gabe—. Espero que pongas fin a esa estupidez.

—Creo que deberíamos irnos —mencionó Jace enviándoles una mirada de disculpa.

Mia asintió y Gabe se levantó y colocó una mano en el hombro de Jace.

—Si necesitas algo, háznoslo saber.

—Lo haré. Gracias por la exquisita comida, Mia. Te has superado.

—Dale a Bethany nuestro amor —añadió Mia suavemente.

Jace sonrió.

—Lo haré.

Capítulo

25

Jace sujetó a Bethany junto a su costado mientras se precipitaban hacia el frío y el coche que los esperaba. Ella no le había mirado a los ojos ni una vez desde que le había dicho que se iban. Mia y Gabe, Dios, incluso Ash — especialmente Ash— habían sido considerablemente amables con ella, abrazándola y besándola para despedirse y actuando como si nada hubiera pasado.

Pero Bethany se había sentido avergonzada. Era evidente en la rigidez de su cuerpo y en la angustia de sus ojos.

La guio hasta el interior del coche y la mantuvo cerca de él mientras avanzaban entre el tráfico. Ya le había dicho al conductor adónde ir cuando lo había llamado para que los recogiera del apartamento de Gabe. Bethany no se percató siquiera de que no estaban yendo en la dirección de ninguno de sus apartamentos. Quizás incluso pensara que iba a quedarse a pasar la noche con ella en el suyo.

Como si se fuera a quedar en otro lugar que no fuera su apartamento en la noche de Navidad.

Se estaba impacientando cada vez más con la distancia que se había creado entre ellos. Él la quería en su apartamento, en su espacio. En su cama todas las noches. No, no había habido ni una sola noche que hubieran pasado separados desde que la instaló en el de Mia, pero muchas de esas noches las habían pasado allí y no en el apartamento de Jace.

Su mente le decía que no fuera tan deprisa, que no la presionara tanto, que el resultado final podría ser desastroso. Pero su corazón solo la quería... a ella. En sus brazos, en su cama, en su vida. De cualquier forma que pudiera.

Cuando se pararon frente al almacén Saks de la Quinta Avenida, Bethany por fin se dio cuenta de que no habían vuelto a su apartamento. Levantó la cabeza y miró a su alrededor con consternación.

—¿Dónde estamos?

Él se inclinó para silenciarla con un beso. Luego abrió la puerta y tiró suavemente de ella para sacarla del coche.

—Jace, ¿qué estamos...?

Su voz se apagó cuando su mirada se posó en el árbol de Navidad que se alzaba por encima de la pista de patinaje. Las lágrimas llenaron inmediatamente sus ojos e hicieron que a Jace se le encogiera el corazón de dolor.

—Oh, Jace.

Ella se quedó en silencio con los ojos embelesados y rebosantes de felicidad. Se quedó allí, quieta, mirando fijamente el árbol y con su respiración saliendo de entre sus labios como nubes de vaho debido al frío.

—Vine aquí una vez —susurró—. Fueron mis primeras Navidades en la ciudad. Las mías y las de Jack. Caminamos cuarenta manzanas bajo la lluvia porque quería ver esto aunque fuera una vez.

Jace luchó por respirar al escuchar el dolor en su voz. Sus manos se llenaron de tensión y las cerró en puños.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, Bethany?

Ella tenía veintitrés. Tan joven y a la vez parecía mucho mayor. El tiempo la había endurecido con el cinismo de alguien con mucha más edad que sus tiernos años. Jace no estaba seguro de querer saber cuánto tiempo había estado en las calles.

—Cuatro años —murmuró.

Jace reprimió una maldición que se le había formado en los labios. Había estado viviendo en las calles de Nueva York durante cuatro malditos años. Apenas tendría diecinueve años. Una edad en la que la mayoría de las chicas estaban deseosas de empezar sus vidas. Recién salidas del instituto, en la universidad. Divirtiéndose. Comiéndose el mundo.

Ahora estaba más decidido que nunca a protegerla de todo lo malo que había en su vida. No permitiría que nada más la tocara. Solo quería que estuviera rodeada de buenas cosas. Recuerdos felices. Tenía que darle eso.

—Acerquémonos —dijo ella con la voz temblándole de la emoción.

Ella le cogió la mano y tiró de él hacia delante. Jace no pudo evitar sonreír de emoción. A Bethany los ojos le bailaban y el rostro entero le brillaba tanto como el árbol de Navidad.

Estaba tan preciosa cuando sonreía que hizo que el corazón se le encogiera. Y cada vez que sonreía siempre se le venía a la cabeza el hecho de que lo hacía muy ocasionalmente. Era otra de las cosas que estaba decidido a conseguir de ella. Quería darle una razón para sonreír cada mísero día.

Bethany se abrió paso entre la pequeña multitud y luego se detuvo en un lugar donde no tuvieran que encontrarse codo con codo con nadie más. Se quedó mirando el árbol en silencio y le soltó la mano para llevársela junto a la otra en su pecho.

Maldita sea, debería haberse asegurado de que traía los guantes consigo. Tenía las manos heladas. Y, además, no estaba vestida apropiadamente para estar en la calle con este frío. Bethany llevaba abrigo, pero era el más ligero de los dos que le había comprado. Había pensado que solo iban a ir del coche al apartamento y luego de vuelta.

Pero ella parecía que no se hubiera dado cuenta del frío. Su centro de atención se había desviado a los patinadores y sus labios presumían de una pequeña sonrisa llena de placer.

De repente su rostro se alzó y sus labios se abrieron de la felicidad.

—¡Jace, está nevando otra vez!

Levantó las manos al cielo y capturó los lentos copos de nieve que caían en sus palmas. Se derretían al instante pero ella seguía capturando más.

Se giró, riendo mientras le caían sobre la nariz y las mejillas y se quedaban atrapados en su pelo. Jace estaba paralizado ante la imagen de Bethany feliz. Estaba tan encantadora que lo dejaba sin aliento.

—¿Sabes que esta es la primera vez que he estado emocionada por la nieve? —dijo con melancolía—. Antes, sabía que si nevaba tendría frío y estaría empapada y nunca entraría en calor. Pero ahora puedo disfrutar de la belleza y la elegancia de una nevada porque sé que estaré seca y caliente después.

Esas simples palabras le llegaron hasta lo más profundo. Le dolió físicamente saber que había tenido una existencia solitaria y de lucha constante. Jace no sabía cómo había sobrevivido. Si pensaba demasiado en lo que le podría haber pasado, se sentía destrozado. Intentó centrarse en el hecho de que el pasado ya no importaba. De que estaba aquí con él ahora y que no la iba a dejar marchar. Que nunca tendría que volver a esa vida.

Pero no era tan simple, porque esa vida la había marcado, la había hecho ser quien era hoy. Tenía heridas que nunca se habían curado. Cicatrices que le llegaban hasta lo más hondo del alma. Inseguridades que solo el tiempo aplacaría.

La quería sentir pegada a él, así que la estrechó fuertemente entre sus brazos más para tranquilizarse a sí mismo que a ella. Bethany era mucho más tolerante con sus circunstancias pasadas que él.

—Gracias —susurró—. Nunca olvidaré esta noche. El árbol es precioso. Y he podido verlo con alguien que se preocupa por mí...

¿Preocuparse? A él no le preocupaba. Él la amaba. Con cada parte de su ser. Era descabellado. Una locura. Lunático, incluso. Cosas como esta no ocurrían en la vida real. Uno no conocía a una mujer y se enamoraba completamente de ella al instante tras haberla conocido hacía unas pocas semanas.

Pero sí que ocurría y a él le había pasado.

Señor.

—¿Jace?

Su voz preocupada se filtró entre sus pensamientos.

—¿Pasa algo?

Él deslizó una mano sobre su mejilla y luego inclinó el cuello para besarla.

—No pasa nada, nena. Las cosas no podrían ser mejores.

Ella sonrió y los ojos se le iluminaron y reflejaron el brillo de las luces. Luego se puso de puntillas y lo besó. Era raro que ella tomara la iniciativa en las muestras de afecto hacia él, no porque no lo quisiera, sino porque era reticente. Siempre insegura de hacer algo mal en el momento menos adecuado.

Jace vivía para momentos como este, cuando ella se olvidaba de preocuparse de hacer algo mal y se dejaba llevar.

Sus labios se movieron cálidos sobre los de él, un gran contraste con el frío del ambiente. Era increíblemente dulce. Jace le rodeó la cintura con los brazos y la alzó para que sus bocas quedaran a la misma altura. Ella se rio de felicidad cuando sus pies despegaron del suelo. Apoyó los brazos en sus hombros, le rodeó la nuca con las manos y luego lo besó otra vez.

—Esta ha sido la mejor Nochebuena de mi vida.

Él sonrió.

—Me alegro.

La expresión del rostro de Bethany se volvió más seria y la luz de sus ojos se apagó.

—Siento haber estropeado la velada en el apartamento de tu hermana.

—No has estropeado nada, cielo —le dijo con delicadeza—. Era pedirte mucho. Debería habértelos presentado por separado antes de lanzarte a los lobos en Nochebuena. No estaba pensando. Estaba demasiado ilusionado con la idea de que los conocieras y pasaras tiempo con ellos.

Ella presionó su frente en la de él y suspiró suavemente sobre sus labios.

—Estoy en ello, Jace. Te lo juro. Estoy intentando no pensar tanto las cosas y no asustarme. Quiero ser alguien de la que te sientas orgulloso.

Ante ese comentario Jace frunció el ceño con rapidez y fiereza.

—Estoy orgulloso de ti, maldita sea —gruñó—. No hay nada de ti de lo que me sienta avergonzado.

—De acuerdo, está bien, entonces quizá quiero ser alguien de la que yo me sienta orgullosa —susurró.

Jace la apretó contra sí y luego lentamente la volvió a depositar en el suelo.

—Un día te verás como yo te veo a ti, cielo. Aunque sea lo último que haga, voy a conseguirlo.

Ella volvió su rostro y luego sacó la lengua para capturar un copo de nieve. Su risa se oyó cuando este se derritió en su boca.

De repente no quería nada más que colocar su miembro justo donde el copo de nieve había estado. Derritiéndose en su lengua. Corriéndose por toda su boca.

A pesar del frío y de la nieve, el calor comenzó a apoderarse de su cuerpo. El sudor lo bañó.

—Nos vamos —dijo con esfuerzo.

—Está bien —susurró ella.

—A mi apartamento.

—De acuerdo.

—Voy a follarte hasta que pierdas el sentido, Bethany.

—Vale.

Su respuesta salió temblorosa y apagada pero sus ojos le contaron la verdadera historia. Estaba excitada. Y eso era todo el aliento que necesitaba.

La cogió de la mano y tiró de ella en la dirección donde habían dejado el

coche. Le llevaría toda su fuerza de voluntad no poseerla en el asiento trasero del coche. Esta noche la tendría a su manera. Y no es que la semana pasada no hubiera sido también a su manera; definitivamente había marcado el ritmo, el cómo y el dónde, pero aun así había sido... conservador.

Incluso tras saber claramente que ella estaba más que dispuesta a participar en lo que fuera que él quisiera hacerle, se había contenido porque estaba mortalmente asustado de cagarla.

Pero ya había tenido suficiente. Quizá si fuera más duro no estaría todavía tan insegura. Ella era una mujer que necesitaba estabilidad y seguridad por encima de todo. Necesitaba estructura. Una rutina. Todas las cosas que le habían sido negadas.

Necesitaba amor.

Su amor.

Entraron en el coche y todo el camino hasta su apartamento estuvo lleno de tensión y silencio. La tensión sexual vibraba y chispeaba en el ambiente, un aura tangible que los rodeaba. Los ojos de Bethany brillaban bajo la tenue luz que entraba de la calle. Su pelo estaba exquisitamente despeinado y sus labios hinchados por sus besos. Justo como a él le gustaban.

Dios, tenía que dejar de mirarle los labios. Su polla estaba a punto de explotar dentro de los pantalones. Tenía que centrarse en algo diferente porque todo lo que podía imaginarse eran esos labios rodeando su pene...

Bethany se pasó la lengua por el labio superior, un gesto nervioso que lo hizo gemir en voz alta. Ella pegó un bote cuando el sonido explotó de su garganta y él de inmediato alargó la mano automáticamente para tranquilizarla.

—Dios, nena, si supieras lo que estaba imaginándome con esos labios justo antes de que te pasaras la lengua por encima de ellos... Tengo un límite.

Un brillo especial se apoderó de sus ojos.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Él frunció el ceño.

—¿Cuánto necesitas?

Bethany deslizó una mano entre las piernas de Jace.

—Creo que eso depende de ti.

Jace balbució algo por el interfono.

—Toma la ruta larga.

—Sí, señor.

La mano de Bethany ya se había deslizado dentro de sus pantalones y de sus bóxers. Jace dejó escapar la respiración en un siseo cuando ella le rodeó el rígido miembro con los dedos. Luego se inclinó hacia delante y acercó su boca a la de él.

—¿Tengo permiso para chupártela?

Jace casi se corrió en el sitio. El aliento de Bethany colisionaba en su boca

cálidamente y le llevó cada resquicio del propio control que tenía no tumbarla bocarriba en el asiento y poseerla hasta que ambos se quedaran sin fuerzas.

—Joder, sí —soltó en voz baja.

—Ayúdame —murmuró mientras tiraba de su cremallera.

—Encantado de hacerlo.

Se bajó de un tirón los pantalones y escuchó cómo la tela se desgarraba. Se los bajó por los muslos y dejó que su verga hinchada y erecta saliera disparada hacia arriba.

—Dime cómo lo quieres —susurró ella.

Su mirada encontró la de él y Jace vio inseguridad en ella. Su corazón se ablandó. Bethany estaba intentándolo pero también estaba asustada e insegura. Ella quería su dominancia. La necesitaba. Tal como él la necesitaba a ella.

Enredó una mano en su pelo y la empujó hacia abajo hasta acercarla a la punta de su erección.

—Hasta el fondo —dijo.

Su lengua vacilante encontró la abertura donde su líquido preseminal ya goteaba y Jace gimíó cuando ella trazó una senda alrededor del glande. Apretó los dedos en la nunca de Bethany, y la masajeó y acarició para alentarla en silencio.

Bethany deslizó la boca por toda su extensión y centímetro a centímetro fue cubriéndola con su cálida y húmeda garganta. El placer era intenso. Casi insoportable. Increíblemente exquisito.

—Cuando te diga que pares, lo haces inmediatamente, ¿de acuerdo? —dijo él.

Ella levantó la mirada, lo que provocó que su pene se le escapara de entre los labios. Asintió.

—Eres increíble, nena. Pero si me corro ahora, voy a mandar a la mierda los planes que tengo para luego. Te dejaré que me chupes hasta que lleguemos al apartamento. Pero luego te voy a llevar directa a la cama para atarte, te mantendré ahí y te follaré hasta que grites mi nombre.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las pupilas se le dilataron y los labios se le abrieron para dejar salir un leve jadeo. Su pulso se aceleró contra los dedos que le sujetaban las muñecas. Jace sonrió ante su reacción. Claramente ya era hora de soltarse la melena. Ella estaba preparada. Y él estaba más que eso.

Pero aun así, le daría una última oportunidad para echarse atrás. Para decirle que no estaba lista. Él nunca la presionaría tanto ni tan rápido.

—Si no estás preparada para eso, tienes que decírmelo ahora, nena. Tienes que entender qué es lo que va a pasar esta noche. Me he contenido porque no quería ir demasiado rápido contigo. No quería abrumarte ni asustarte. Esta noche, no obstante, va a ser una historia muy diferente. Voy a usar una fusta contra ese precioso culo que tienes. Voy a marcarte. Voy a poseerte. Voy a follarte como nunca antes te hayan follado. ¿Lo entiendes? ¿Puedes aceptarlo? Esta noche

entras de lleno en mi mundo.

Ella asintió lentamente mientras abría desmesuradamente los ojos.

—Estate segura, Bethany. Estate segura de esto. Y si en cualquier momento ya no es lo que quieres, solo tienes que decirme que no. Es así de simple. Dime que no y me detendré. Inmediatamente.

—De acuerdo —susurró.

—¿Estás asustada?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Es esto lo que quieres?

Ella asintió.

—Nena, háblame. Estás empezando a preocuparme.

Ella sonrió entonces y el alivio que Jace sintió casi lo dejó sin respiración. No estaba asustada. De verdad lo deseaba.

—Te quiero, Jace. Al verdadero tú. No quiero que te contengas. Lo que tú quieres me excita. Solo espero que no te decepcione y o a ti.

Él gimió.

—Dios, nena, tienes que dejar ya esas tonterías. No me vas a decepcionar. El hecho de que te estés entregando a mí tan dulcemente, de que confíes en mí, de que me dejes hacerte todo lo que quiera, es un maravilloso sueño. Joder, no. No me vas a decepcionar. No sería posible.

Bethany se echó hacia delante para besarlo y envolvió los dedos alrededor de su erección una vez más.

—¿Cuánto tiempo tenemos ahora? —murmuró contra su boca.

Capítulo

26

Bethany se arrodilló en la alfombra de la habitación de Jace con todo el cuerpo en tensión debido a la ansiedad. Jace la estaba rodeando como un depredador acechando a su presa. Se sentía deliciosamente perseguida. Se estremecía de la cabeza a los pies de solo pensar en todas las cosas que Jace le había dicho que le haría esta noche.

Le había dicho la verdad a Jace cuando le contó que lo había probado todo durante la etapa de su vida en la que se había refugiado en el sexo. Con perversidades, sin perversidades, había estado abierta a todo. Sin embargo, la abrumadora diferencia radicaba en que nunca había hecho ninguna de esas cosas con una persona que de verdad se preocupara por ella y cuya prioridad fuera únicamente su bienestar y placer.

Se moría de ganas de experimentar todo eso bajo la mano de Jace. Le encantaba su dominancia, su fuerza y su autoridad sobre ella. Le encantaba su mano firme. Pero había sabido que se estaba conteniendo y que no le estaba dando todo lo que era él en realidad. Por fin, eso había terminado. O al menos esperaba que así fuera.

La adrenalina le recorrió las venas y la hizo sentirse tan colocada como nunca hubiera estado antes. Ninguna pastilla o droga le había hecho experimentar algo parecido a esto. Ojalá pudiera embotellarlo para poder tenerlo siempre.

Bethany dio un pequeño bote cuando la punta de una fusta de piel se paseó por su hombro y por entre sus pechos. No le había visto sacarla. Había estado demasiado perdida en su propia excitación.

Jace aún estaba vestido, y ella estaba completamente desnuda. Las mangas de su camisa estaban remangadas. A Bethany le gustaba esa imagen; parecía como si estuviera a punto de irse a trabajar y su primera tarea fuera ella. Se relamió los labios. De repente se encontraba nerviosa, asustada, excitada a más no poder e increíblemente cachonda.

Le pasó la punta de la fusta por encima de los pezones, por turnos. Estos se endurecieron mientras el cuero se restregaba sobre ellos, persuadiéndolos para que se pusieran más rígidos aún. Luego la llevó más abajo, hasta su vientre, y luego más aún hasta deslizarse por encima de su monte de Venus, luego por la curvatura de su cuerpo y finalmente entre sus piernas.

Ella jadeó cuando la deslizó entre sus labios vaginales, en su clitoris y sobre su humedad. Porque estaba húmeda. Muy húmeda. La acarició levemente mientras se dirigía más abajo hasta tocar la entrada de su sexo para luego subir una vez más y pasarla por encima del clitoris.

Su respiración se aceleró y ella cerró los ojos mientras inconscientemente se arqueaba hacia delante, incapaz de controlar su reacción ante las suaves caricias.

La fusta podía usarse para dar placer de la misma manera que para ofrecer dolor. El contraste la fascinaba. La hacía querer experimentar la sensación contraria. El picor del cuero sobre su piel, marcándola tal y como le había prometido.

Sus marcas. El sello de su posesión. La prueba de que le pertenecía.

Dios, sonaba tan bárbaro. Tan increíblemente delicioso y perverso. Poseída.

Protegida.

Amada.

Gimió suavemente mientras levantaba la fusta a través de los rizos de su entrepierna hasta volver a su monte de Venus. Luego alzó la punta hasta la boca de Bethany y esta abrió los ojos como platos cuando adivinó cuáles eran sus intenciones.

—Límpialo —le ordenó con voz ronca—. Lame tu flujo en el cuero, Bethany. Saboréate. Saborea tu deseo.

Vacilante, sacó la punta de la lengua y la acercó a la fusta. Los ojos no los apartó de él en ningún momento; buscaba su aprobación. Había satisfacción en el rostro de Jace. No había signo alguno de decepción.

Envalentonándose más, se metió la fusta más adentro en su boca y la succionó ligeramente sin bajar la mirada de sus ojos. Luego lamió la superficie y capturó con la lengua los resquicios de su almizcleña humedad.

Sin previo aviso, Jace separó la fusta y la chasqueó sobre uno de sus pechos, atrapando el pezón y la aureola bajo el impacto del extremo plano de la fusta.

El fuego —y la sorpresa— la pillaron desprevenida y Bethany ahogó un grito mientras se balanceaba sobre los talones. Era una sensación de lo más desconcertante. Dolor. Un escozor instantáneo. Y luego un dolor punzante que remitía lentamente y daba lugar a un cálido zumbido. Y era extrañamente adictivo porque Bethany quería más. Quería ese ardor porque sabía lo que seguiría después.

Sus pezones estaban ardiendo. Tan endurecidos, enhiestos y rígidos que parecían estar suplicando que la fusta los tocara. ¿Estaba loca? Estaba prácticamente suplicándole que le pegara de nuevo.

Él usó la fusta contra el otro pecho y el fuego tomó posesión de ese pezón. Bethany cerró los ojos y se balanceó, borracha del instantáneo hormigueo que se había instalado en su sangre.

—Estarías inmensamente atractiva con *piercings* en los pezones —dijo Jace con voz sedosa.

Ella abrió los ojos rápidamente ante la sorpresa. Jace no parecía ser la clase de hombre al que le gustara y apreciara los *piercings* en las mujeres con las que se acostaba.

—Nadie los vería excepto yo —murmuró—. Nuestro pequeño secreto. Y me volvería loco sabiendo lo que hay debajo del sujetador.

Ese comentario la hizo querer salir corriendo y encontrar el lugar más cercano para hacérselos. Solo que... uf. Sonaba doloroso, y no en el buen sentido.

—Súbete a la cama —le ordenó—. Ponte a cuatro patas, con el culo fuera del borde. Mantente así haga lo que haga. No tienes permiso para moverte. Sin embargo, si que lo tienes para hacer cualquier sonido que te plazca. Quiero escucharlos. Quiero escuchar cada jadeo, cada grito, cada gemido cuando la fusta golpee tu piel.

Apoyó las manos en el suelo para ayudarse a ponerse de pie sabiendo que no tenía ninguna estabilidad en las piernas. Ya estaba borracha de deseo. Se levantó de manera vacilante y él inmediatamente alargó la mano para sujetarla del brazo y asegurarse de que no se cayera. Cuando estuvo seguro de que estaba bien afianzada la soltó y ella se subió a gatas a la cama para colocarse exactamente como él le había ordenado.

—Ahora, apoya una mejilla en el colchón. Levanta el culo y baja la cabeza. Pon las manos delante de la cabeza y deja las palmas de las manos sobre la cama. Y mantenlas ahí.

Lentamente Bethany bajó la cabeza mientras su estómago se encogía debido a la vulnerabilidad de la posición. Estaba completamente indefensa.

Para su sorpresa, Jace se alejó pero volvió igual de rápido. Le cogió un tobillo y tiró de él con firmeza para obligarla a abrir los muslos de manera que su sexo estuviera totalmente desnudo y a su vista. Luego comenzó a enrollar una cuerda alrededor del tobillo. Bethany sintió que la apretaba fuerte para que no pudiera moverse, pero seguidamente se dio cuenta de que lo estaba atando al poste de la cama.

Ostras... ¡iba a estar completamente indefensa de verdad!

Cuando terminó con el tobillo, se movió hacia el otro y lo aseguró de la misma manera al cabecero. Estaba totalmente abierta, con ambos tobillos atados firmemente.

Bethany pensó que ya había terminado pero luego Jace rodeó la cama para llegar al otro lado de la misma y por el rabillo del ojo vio que aún seguía teniendo más cuerda en las manos.

En silencio, Jace tiró de ambas manos por encima de su cabeza para que sus brazos formaran una «V». Luego enrolló la cuerda alrededor de sus muñecas y las ató juntas. Bajó la cuerda hasta el suelo y la ató al somier de la cama de manera que estuviera estirada hacia delante. Las cuerdas estaban tirando de su cuerpo en varias direcciones diferentes.

La había dejado inmóvil. No tenía más elección que aceptar todo lo que él decidiera hacerle. Su única defensa era la palabra «no», y estaba decidida a no usarla. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza recurrir a esa palabra.

Bethany deseaba esto demasiado. Quería sentir toda la fuerza del deseo de Jace. Sin contenerse. Sin reprimirse.

Giró la cabeza hacia un lado, buscándolo, pero no lo pudo encontrar con la mirada. Sin embargo, estaba ahí. Cerca. Podía sentirlo. Toda la tensión de su cuerpo bullía por encontrar una salida.

Bethany se encogió cuando la punta de la fusta la tocó entre los dos omóplatos y luego trazaba una línea a lo largo de su columna vertebral hasta llegar a la hendidura de su trasero. Luego se separó de su cuerpo y ella contuvo la respiración. Sin embargo, Jace no la golpeó justo después. Esperó hasta que no tuvo más remedio que soltar el aire y luego el fuego se extendió por sus nalgas.

Jadeó y se tensó y seguidamente cerró los ojos cuando el ardor se volvió euforia, un placer cálido y pecaminoso. Un hormigueo embriagador le recorrió el riego sanguíneo, invadió su mente y llegó hasta lo más profundo de su alma.

—Háblame, Bethany. Quiero saber lo que estás sintiendo. En cada momento.

La voz ronca de Jace le hizo abrir los ojos. Parpadeó y luchó por encontrar las palabras. ¿Cómo podría?

Otro golpe, más fuerte y firme esta vez. El grito se le formó en la garganta y antes de que pudiera salir al exterior como signo de dolor, se transformó en un gemido de placer que provenía de lo más profundo de su ser.

—Dime —le ordenó de nuevo.

—Es dolor —dijo; su voz no sonaba del todo convincente.

La fusta abandonó la piel sensible y marcada de su trasero.

—¿Demasiado?

Había preocupación en su voz. Una promesa de que si decía la palabra, pararía.

—¡No!

Su protesta fue inmediata. Una negación. No quería que parara.

—Es dolor y luego placer —susurró—. Un placer exquisito e increíble. Como nada que haya sentido nunca antes. El dolor es solo dolor. Pero el placer es indescriptible. Me hace ansiar el dolor porque sé lo que le seguirá después.

—¿Y quieres que te dé eso? ¿Quieres que te dé más?

—Sí —dijo en voz baja—. Por favor. No pares, por favor.

Jace se inclinó hacia delante para besar la ardiente carne de su trasero. Sus labios tocaron su piel suave y le enviaron un escalofrío por todo el cuerpo. Luego se separó y bajó de nuevo la fusta para darle lo que quería. Dolor. Calor. Un fuego ardiente que se le metía bajo la piel y se expandía por cada músculo de su cuerpo.

Se sintió desfallecer cuando la embriagadora ola de placer se abrió paso como un incendio sin ningún tipo de control. Impredicible. Repentino. Abrumador.

—Te gusta el dolor —susurró Jace—. Me gusta proporcionarte dolor. Pero darte placer, verte arquearte para recibir el beso de la fusta, es mágico. Me muero por darte más.

Ella suspiró y cerró los ojos mientras esperaba la próxima ola de placer. Jace la premió con otro latigazo de la fusta. Más fuerte esta vez. Castigador y a la vez tan sumamente placentero.

—Veamos cuánto puedes soportar.

Su voz era inimaginablemente sexual. Avivaba las llamas del fuego que sentía en su interior hasta convertirse en un infierno. Hasta extenderse más salvajemente y rozarle cada resquicio de su piel. No se podía mover. No podía escapar. Era su cautiva. Una cautiva más que dispuesta. Y se vanagloriaba en cada demostración de dominancia.

Jace acribilló su trasero con diferentes latigazos. Algunos eran más fuertes, y otros más suaves. Nunca le daba dos veces en el mismo sitio. La puso frenética hasta llegar a jadear, suplicar e implorar una y otra vez. Bethany no estaba siquiera segura de qué era lo que suplicaba.

El dolor se había esfumado hacía rato. Solo sentía el más dulce de los placeres. Un éxtasis que nunca se hubiera imaginado. Nadie la había llevado a tan brutal viaje.

Luego unas manos autoritarias se posaron sobre su trasero y amasaron la hipersensibilizada carne. La abría y la extendía más. Su miembro viril tocó la entrada de su sexo y se impulsó hacia su interior con pequeñas pausas mientras se ajustaba a su tamaño.

Ella inspiró y se deleitó en la sensación de estar ardiendo, completamente abierta y tan deliciosamente llena.

Jace la embistió y deslizó las manos hasta su cintura para sujetarla, aunque no es que necesitara hacerlo. Ya estaba más que sujeta con las cuerdas. Sus piernas estaban totalmente abiertas y los brazos atados por encima de su cabeza.

Pero sus dedos se hincaron en su cintura y luego se deslizaron por las caderas para sujetarse profundamente mientras se hundía bien en su cuerpo.

No estaba completamente enterrado en su interior. Jace paró mientras respiraba de forma irregular y continuó hincando los dedos en su piel para marcarla tal y como lo había hecho la fusta con su trasero.

—¿Estás bien, nena? —susurró.

Ella no respondió. No podía. Pero no dijo no, así que él se hundió hasta el fondo en ella y selló sus cuerpos al pegar sus testículos contra el monte de Venus de Bethany.

Al principio la poseyó con gentileza. Se retiraba de su cuerpo solo para volver a enterrarse en ella de nuevo. Pero a medida que ella se iba humedeciendo cada vez más y el acceso a sus entrañas se hacía mucho más fácil, Jace aceleró el ritmo. Sus movimientos se volvieron más poderosos y Bethany sintió cómo su cuerpo se impulsaba hacia delante debido a la fuerza de sus embistes.

Jace estampaba sus caderas contra el trasero de Bethany. Se hundía bien en ella hasta tener la sensación de haber explorado una parte de ella que nadie había

tocado nunca antes. Cada vez que rozaba ese único punto, su cuerpo rebotaba y el placer se extendía por cada resquicio de su sistema al mismo tiempo que la llevaba peligrosamente cerca del orgasmo.

Era como si no tuviera control alguno sobre su propio cuerpo. Él lo ordenaba y lo poseía.

Jace se hundió en ella y soltó un profundo gemido mientras se movía hacia delante y hacia atrás. Su cuerpo se apretaba tan fuerte contra el de ella que las piernas de Bethany estaban aún más tensas debido a las cuerdas.

—¿Estás cerca, Bethany? Quiero que estés conmigo, nena. No me voy a correr sin ti.

El corazón de Bethany se derritió. Gran parte de esta escena era para él. Para sus deseos y necesidades. Y aun así estaba absolutamente centrado en el placer de ella. Le había preguntado constantemente para asegurarse de que no la estaba llevando muy lejos, de que estaba bien con todo lo que le estaba haciendo.

Los aleteos de su orgasmo habían empezado ya y hacía bastante. Básicamente se hubiera corrido ya si se hubiera dejado llevar por la urgencia. Pero había rechinado los dientes y lo había contenido. Quería correrse cuando él lo hiciera. Juntos.

—Estoy cerca —dijo débilmente.

—Dime qué quieres que haga, nena. Dime cómo ayudarte.

—Solo tócame —susurró—. Y poséeme con fuerza, Jace. No vayas con cuidado. Lo necesito rápido y con fuerza. Te quiero en lo más profundo de mí.

Su gruñido se hizo eco en la habitación; las abruptas palabras le habían hecho perder los últimos vestigios de control. Estaba loco. Frenético. Comenzó a embestirla tan fuerte y rápido como había pedido.

La estancia se volvió borrosa a su alrededor y el orgasmo fue tomando forma, intensamente, e inevitablemente se fue consolidando un poco más hasta que todo el cuerpo lo sentía como una gigante goma elástica estirada al máximo. Oh, Dios, no podría soportarlo mucho más. Necesitaba correrse y aun así la explosión no llegaba. Aún seguía creciendo más y más hasta que no pudo respirar, no pudo pensar ni procesar nada más que la acuciante tensión que se le estaba acumulando en el vientre.

Cerró los ojos con fuerza y las manos en puños por encima de su cabeza. Sus rodillas se hincaron en el colchón y su espalda se arqueó mientras ella levantaba la cabeza en un intento desesperado de aliviar el vicioso dolor que la asaltaba.

Jace la embistió de nuevo. Con fuerza. Casi salvaje. Dios, era frenéticamente salvaje. Cada poderosa estocada la dejaba sin aliento hasta que sus pulmones clamaban piedad.

Bethany apretó los dientes. La tensión se le estaba expandiendo de la cabeza a los pies. Tenía que correrse ya. No iba a poder soportarlo mucho más sin romperse.

Y, a continuación, en un tumultuoso foganazo, el orgasmo se apoderó de ella como una poderosa ola. Feroz. Poderosa. Absorbente. Su cuerpo salió volando en una docena de direcciones diferentes. Algo dentro de ella se liberó. Un alivio de toda esa increíble tensión.

Cayó sobre la cama, sin fuerzas y con la mejilla descansando contra el colchón. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo lacio mientras Jace continuaba introduciéndose en su interior. Cada embiste le enviaba un delicado estremecimiento, casi insoportable, a su sexo. Estaba hipersensible. Tanto que cada movimiento era una deliciosa agonía.

Bethany gimió y Jace se quedó quieto bien enterrado en su cuerpo. Luego ella lo sintió palpar en su interior, empañándola. Estaba resbaladiza debido al semen, pero aun así Jace se mantuvo ahí, con su miembro sacudiéndose hasta soltar la última gota.

Se echó hacia delante de manera que su cuerpo tapara cálidamente el de Bethany. La besó en el centro de la espalda, justo entre los omóplatos, mientras deslizaba las manos por sus costados y luego las bajaba de nuevo hasta las caderas.

—Eres tan hermosa —murmuró—. Nunca he visto nada tan hermoso como tú, atada a mi cama, abierta, esperándome y con el culo rojo por la fusta.

Ella se estremeció bajo su cuerpo y luego él se apartó y se retiró de su interior. Se incorporó. Sus pasos desaparecieron en la distancia.

Ella se quedó ahí, saciada, exhausta y con el cuerpo hormigueándole debido a lo que acababa de experimentar. Se quedó dormida; se movía en una niebla entre la consciencia y la inconsciencia. Insegura de saber cuánto tiempo había pasado de verdad, se espabiló cuando las manos de Jace se deslizaron de nuevo por su trasero. Cuando se inclinó hacia delante, su pene estaba rígido otra vez y eso la sorprendió. Más tiempo del que se había dado cuenta debía de haber pasado.

Jace la quería otra vez.

Sus manos y piernas le dolían de estar tanto tiempo atada tan fuerte con las cuerdas, pero no se quejó. Él ya se ocuparía de ella luego. Nunca la llevaba demasiado lejos. Parecía ser muy consciente de cuáles eran sus límites y había demostrado tener una paciencia extrema hasta llegar a este punto. Bethany confiaba en él.

—Voy a follarme este dulce culito —murmuró cerca de su oído—. He estado soñando con ello. Estás en la posición perfecta. Con las piernas abiertas. Bocabajo. Indefensa. No hay nada que puedas hacer. Voy a correrme por todo tu culito. Dentro y fuera. Estaré tan dentro de ti que me sentirás en tu vientre.

Un escalofrío se extendió desde los hombros hasta los pies. Pequeñas olas de frío aparecieron y recorrieron su piel hasta que cada centímetro de ella hormigueara sabiendo lo que iba a ocurrir después.

Jace se apartó de ella de nuevo y salió de la habitación solo para volver unos

segundos más tarde. Algo cálido goteaba justo encima de su hendidura. Luego le separó los cachetes y echó más sobre su ano. Sus dedos se deslizaban alrededor de toda la zona, extendiendo bien el lubricante y recreándose sobre su entrada antes de presionarla hacia dentro.

Un dedo se escurrió fácilmente y pasó la barrera de su ano; cubría la entrada y un poco de su interior. Luego añadió más lubricante y suavemente introdujo otro dedo. La estiró y abrió para así poder acomodar ambos en su interior.

Bethany gimió suavemente, el ardor dentro de su trasero era intenso y provocador. Como la fusta. Ambos eran placenteros, pero de maneras diferentes.

—Debería pasar más tiempo preparándote —dijo con la voz tensa—. Pero no puedo. Te deseo demasiado. Necesito que te relajes y trabajes conmigo, nena. Intentaré ir lento.

Retiró los dedos y luego añadió más lubricante y lo untó alrededor de su ano. Luego la redonda cabeza de su pene presionó contra su entrada. La presión se fue formando al mismo tiempo que su cuerpo se resistía y rehusaba dejarlo entrar.

Un leve gruñido se escuchó desde su garganta. Ella se estremeció de nuevo, excitada, ardiendo, quemándose. Solo por él.

—Déjame entrar, nena. Relájate. No luches contra ello.

Ella cogió aire y luego lo soltó en una larga exhalación mientras intentaba obligarse a seguir las instrucciones que él le daba. Soltó un gemido cuando él se impulsó hacia delante inexorablemente, abriendo el cuerpo de Bethany conforme avanzaba. Ella cerró la boca, preocupada de que parara. Pero no lo hizo. Parecía estar demasiado ido como para percatarse de ningún signo de angustia que viniera de ella.

Continuó ejerciendo una presión firme, y empujó y empujó hasta que finalmente el cuerpo de Bethany le abrió camino y se hundió a medias en ella. Las manos se agarraron a su cintura con más fuerza y dobló los dedos de forma intermitente.

—Dios, nena —gimió.

Se retiró. Su erección rozaba su carne hipersensible y dilatada. La salida fue potente y extremadamente placentera y el alivio fue enorme, pero luego se volvió a mover hacia delante y la resistencia natural de su cuerpo se disparó ante su invasión e hizo difícil y doloroso el avance de Jace para enterrarse hasta la base de su pene.

—Joder —dijo Jace con voz estrangulada—. Acógeme entero. Dios mío, Bethany. Lo que me haces...

Volvió a arrastrarse fuera de su interior lentamente y su ano tembló. Jace casi se salió entero, solo dejó la cabeza de su miembro dentro de la abertura. Esperó a que esta se cerrara y se ciñera alrededor del glande, y luego abruptamente la volvió a abrir al tiempo que la embestía y vencía la resistencia de su cuerpo.

Bethany abrió la boca para soltar un grito silencioso. La respiración alterada

le hacía expulsar el aire por la nariz, y, luego, al no ser capaz de coger suficiente aire por esa vía, se rindió y dio bocanadas. Su pecho se movía hacia arriba y abajo contra el colchón mientras luchaba contra el bombardeo de tantas sensaciones diferentes.

Dolor. Placer. Miedo. Excitación. Indefensión. Fuerza. Placer continuo.

Seguridad.

Confort.

Su posesión.

—Cuidaré de ti luego —murmuró mientras se echaba hacia delante y su miembro se introducía en la dilatada entrada—. Esto es para mí.

Y luego comenzó a embestir su trasero; sus muslos chocaban contra las nalgas y cada movimiento enviaba una onda expansiva por todo su cuerpo. Le dio unas palmadas y subió los cachetes para tener más acceso a su trasero. El movimiento dilató más la entrada alrededor de su erección y Jace dejó escapar un leve gemido.

Se elevó y se echó hacia delante. Cambió el soporte de su peso de manera que estuviera completamente inclinado sobre Bethany. Tapándola. Cubriendo cada centímetro de su espalda mientras sus caderas se movían dentro y fuera de su trasero.

Apretó los dientes sobre uno de los hombros de Bethany. Estiró las manos por encima de la cabeza de ella para encontrar las suyas. Arqueó las manos por encima de las muñecas que estaban atadas y las agarró con fuerza mientras seguía introduciéndose dentro de su cuerpo.

Chorros calientes de semen explotaron dentro de su trasero. Jace continuó embistiéndola, cada movimiento depositaba más emisiones en lo más profundo de su cuerpo. Siguió y siguió en lo que parecía ser un chorro que nunca se acababa. Continuó enterrándose en ella hasta que finalmente se desplomó encima, jadeando debido al esfuerzo.

Su miembro estaba acuñado dentro de su trasero y palpité con los últimos vestigios de semen. Parte de su semilla se había deslizado fuera de su culo debido a los fuertes embistes y goteaba entre sus piernas.

Jace se quedó ahí tumbado durante un rato, aún dentro de ella, mientras su respiración se calmaba y se serenaba sobre Bethany. La besó en el hombro y luego le pasó las manos por los brazos atados y por los costados.

—Eres tan hermosa —susurró—. Y mía. Eres mía, Bethany. Me perteneces. Solo a mí.

Ella no iba a discutir esa cuestión. Estaba perfectamente contenta de ser suya siempre y cuando él la quisiera. Sin embargo, no se detuvo a pensar en el poco tiempo que eso podría significar.

Jace se levantó en silencio de la cama con sumo cuidado de no despertar a Bethany, quien estaba profundamente dormida. No se había movido desde que la había desatado y la había llevado al cuarto de baño para bañarla y mimarla antes de dejarla en la cama para que descansara. En el mismo instante en que su cabeza tocó la almohada, se quedó dormida. Lo cual era bueno, porque le otorgaba el tiempo necesario para poder prepararle la sorpresa matutina navideña, para lo cual era necesario que Bethany estuviera completamente ausente.

Le había dolido escuchar que Bethany nunca había tenido un árbol de Navidad, pero lo que más le atormentó fue que él no había puesto uno en su apartamento. En su casa. No había puesto siquiera uno en el apartamento de Mia donde había estado pasando bastante tiempo. Los árboles siempre habían sido un detalle que no había olvidado cuando Mia estaba creciendo. La había llevado a ver cómo encendían el árbol del Rockefeller Center. Sin embargo, cuando fue haciéndose mayor y comenzaron a vivir en residencias distintas, no se había molestado siquiera en decorar su apartamento. No tenía mucho sentido ya que solo estaba él, y por esa misma razón no había pensado siquiera en poner uno para Bethany.

Después de llegar a casa y de que Bethany se hubiera quedado dormida tras haber hecho el amor, Jace había hecho algunas llamadas de emergencia y Gabe, Mia y Ash se presentaron con un árbol artificial y todo lo necesario para su ornamentación. En silencio lo decoraron en el salón. Jace dejó las luces encendidas para que Bethany las viera cuando se despertara y entrara en el salón a la mañana siguiente. Se moría de ganas de ver su rostro. Además, se aseguraría a partir de ahora de que todos los años no le faltara el árbol.

Fue hacia el armario y abrió el cajón superior para sacar el pequeño regalo que tenía envuelto para Bethany. Luego volvió a la cama y miró la ventana mientras los primeros rayos de luz iluminaban la habitación.

Estaba preciosa bajo la pálida luz del amanecer. Su pelo estaba desparramado sobre la almohada y los dedos asían suavemente las sábanas. Estaba en su cama, donde de verdad pertenecía.

Se subió a la cama y puso el regalo entre ellos mientras se quedaba tumbado sobre un codo, contento con poder observarla mientras dormía. Podía esperar. Le encantaba verla despertarse con los ojos adormilados y llenos de felicidad. Enturbiada a causa del sueño y con una leve sonrisa en el rostro. Así era cómo se despertaba cada mañana. Como si estuviera agradecida por cada momento que pasaba alejada de su antigua vida.

Le dolía que hubiera tenido que vivir así. Daría lo que fuera por poder

eliminarlo de su vida. Pero no podía cambiar el pasado. Aunque estaba más que seguro de que el futuro sí lo cambiaría.

Después de unos momentos, sin poder contener más la tentación, alargó la mano para delinear con un dedo las suaves líneas de su rostro. Siguió la curva de sus pómulos y disfrutó del tacto sedoso de su piel.

Los párpados de Bethany se abrieron e inmediatamente sus miradas se encontraron. Los ojos de Bethany eran suaves y muy dulces, nublados pero cálidos como si fuera la mujer más feliz del mundo. ¿A qué hombre no le encantaría que su mujer se despertara con esa mirada en el rostro? Como si no hubiera otro lugar en la tierra donde le gustaría más estar.

—Feliz Navidad —murmuró mientras se inclinaba para besarla.

—Feliz Navidad —le respondió.

Jace empujó el paquete a través de la cama para que estuviera justo frente a ella.

—Tengo un regalo para ti. Bueno, este solo es uno de todos los regalos que tengo para ti.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—Jace, dijimos que nada de regalos.

Sonaba genuinamente angustiada y a Jace el pecho se le encogió. Le puso un dedo sobre los labios para callarla.

—No, fuiste tú quien dijo que nada de regalos. Yo nunca dije nada —dijo amablemente.

—Pero yo no tengo nada para ti —soltó ella, agitada.

Jace sonrió y el corazón se le ablandó.

—Después de lo que me has regalado esta noche pasada, ¿de verdad puedes decir eso ahora?

Ella se ruborizó y bajó la mirada. Sin embargo, él no lo iba a permitir. Le puso un dedo debajo de la barbilla y la obligó a volverlo a mirar.

—Bethany, me diste algo más preciado de lo que yo podré darte jamás. Me diste tu confianza. Te entregaste a mí.

Sus mejillas estaban coloradas pero el placer relampagueó en sus ojos.

—Ahora abre el regalo. Te quería dar este por separado.

Bethany se impulsó hacia arriba de manera que pudiera sentarse con las piernas cruzadas frente a la caja. Se la quedó mirando como si le fuera a morder. Luego, vacilante, deshizo el lazo que tenía en la parte superior y rasgó el papel de regalo.

Le llevó dos intentos antes de poder abrir la caja y luego sacó una compleja gargantilla de piel con un enorme diamante en forma de lágrima justo en medio, diseñado para que descansara en el hueco de su garganta.

Jace había pasado bastante tiempo buscando la pieza de joyería adecuada. No era un simple collar. Estaba bastante lejos de eso. Era un sello de su posesión.

Una señal de propiedad. No es que le fuera a decir eso ahora, claro. Más tarde, cuando estuviera más cómoda en su relación. Por ahora, estaba contento con saber que él sabía lo que era y que ella lo iba a llevar puesto.

Había buscado gargantillas de diamantes. Había mirado piedras preciosas en una selección bastante variada de diseños decorativos. Pero nada había encontrado que le pegara a Bethany. Hasta que vio ese diseño rústico con cuero. Él encargó que añadieran la lágrima de diamantes porque elevaba la gargantilla de simple a elegante y cara. Algo más digno de la mujer que consideraba suya.

—Jace, es preciosa —susurró—. ¿Me la pones?

Mientras hablaba le tendió la gargantilla. Él la cogió mientras ella se daba la vuelta y le ofrecía su espalda. Bethany se recogió el pelo con una mano y él le colocó la pieza de joyería alrededor del cuello antes de cerrar la gargantilla por detrás. Le quedaba perfectamente. Totalmente ceñida a su delgado cuello.

Como se volvió a girar, Jace pudo ver el efecto completo y era magnífico. Su miembro se sacudió y su cuerpo volvió a la vida al ver el collar alrededor de su cuello. Era suya y ahora el mundo entero lo sabía.

Las bandas de cuero fluían en un diseño delicado, entrecruzándose mientras recorrían toda la longitud de su cuello. El diamante quedaba enredado en el centro y lograba que el collar pareciera refinado y delicado. Justo como Bethany. Era increíblemente perfecto. De hecho, ella era perfecta.

—Quiero que lo lleves siempre —le dijo en voz baja—. Nunca te lo quites, prométemelo.

Ella lo miró asombrada, pero su rostro ardía de felicidad.

—Te lo prometo.

Jace se inclinó y tomó posesión de su boca. La abrió y la saqueó con su lengua hasta que ambos estuvieron jadeando en busca de aire.

—Ponte una de mis batas para no coger frío. Iré a encender la chimenea y luego puedes seguir abriendo el resto de regalos.

Sus labios se fruncieron tristemente.

—Desearía que no me hubieras comprado regalos.

Él sonrió.

—Sé fuerte, nena. Tienes que acostumbrarte al hecho de que te voy a mimar cada vez que tenga la oportunidad de hacerlo. Darte regalos por Navidad es mi regalo. Verte feliz es el mejor regalo que haya podido pedir nunca. Verte abrir las cosas que he comprado para ti hará que estas Navidades sean las mejores que haya tenido en mi vida.

Ella lo sorprendió lanzándose a sus brazos. Lo derribó y lo tiró de espaldas sobre la cama. Lo abrazó con fuerza y le llenó el rostro de besos.

—Gracias. No sabes lo que esto significa para mí —susurró.

Él sonrió tiernamente mientras le apartaba el pelo del rostro.

—No tanto como lo que tú significas para mí. Te lo garantizo.

Jace le dio una palmadita en el trasero y luego dijo:

—Ahora ya es hora de levantarse. Tienes una sorpresa en el salón.

Ella soltó un suspiro exagerado.

—Jaaaace. —Su nombre salió como un lastimero quejido pero él simplemente sonrió y se la quitó de encima.

—Vamos. Es la mañana de Navidad. Ya es hora de que saques ese culo de la cama para que podamos celebrarlo.

Ella sonrió y se le iluminaron los ojos de emoción. A pesar de que había insistido en que no le comprara regalos, estaba más que claro que iba a sacarle el mayor provecho posible a sus primeras Navidades juntos.

Jace le acercó una bata para que no cogiera frío. No la quería vestida porque tenía planeado pasar todo el día en la cama justo después de que viera el árbol de Navidad y abriera los regalos.

Tras haberse parado solo a ponerse los pantalones de pijama, tiró de la mano de Bethany y la guio hasta el salón.

Ella se quedó completamente paralizada cuando vio el árbol con cientos de luces blancas y los regalos apilados debajo. Las lágrimas inmediatamente llenaron sus ojos y la boca se le abrió de la sorpresa.

Se giró hacia él con una expresión llena de felicidad y sorpresa.

—¿Cómo lo has hecho? Oh, Jace, ¡es precioso! ¡Me encanta!

Él la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente.

—Feliz Navidad, nena. Ahora ve a abrir los regalos.

Bethany se acercó al árbol corriendo como una niña ansiosa y emocionada en la mañana de Navidad. A Jace le dolía el corazón pensar que ella nunca había tenido esta experiencia, pero se alegraba muchísimo de ser él el primero que se la otorgara.

—Son tan bonitos que no quiero abrirlos —dijo con un tono de voz recogido y reverente.

Él se rio.

—La diversión está en romper el papel tan rápido como puedas.

Sin necesitar más aliento, ella comenzó a arrancar el papel de los paquetes y a exclamar de felicidad mientras los abría uno a uno. Su regalo favorito fueron los zapatos. Le había comprado una selección con tacones altos, brillantes y sugerentes. De todas las cosas que a ella le habían gustado esa primera vez que la había llevado de compras, los zapatos eran lo que más le había llamado la atención. Había mirado varios pares con tristeza y seguidamente se le paró el corazón al ver el precio que marcaba la etiqueta.

El segundo en su lista de favoritos fue la gran cesta de chocolates selectos de varios sabores.

Tras haber abierto todos los regalos, se lanzó a sus brazos y ambos terminaron en el suelo con él de espaldas y riéndose mientras ella le llenaba el rostro entero

de besos una vez más.

Jace levantó la mirada hacia ella y se deleitó en esa preciosa sonrisa y en la felicidad que brillaba con fuerza en sus ojos.

—Tengo que decir que estas son mis mejores Navidades —dijo él suavemente.

—Espera, esa es mi frase —protestó ella—. ¿Y cómo puedes decir eso? ¡No has tenido ningún regalo!

Él sacudió la cabeza solemnemente.

—Todo lo que quería está aquí entre mis brazos. Tú sonriéndome y mirándome como si te acabara de dar el mundo. Nunca habrá un regalo mejor que este, nena.

Bethany se removió en la cama cuando Jace se deslizó bajo las sábanas. Le dio un beso en la frente y murmuró:

—Duerme, nena. Yo tengo que ir a trabajar hoy, pero te puedes quedar aquí.

Ella se sentó y levantó la sábana para taparse los pechos. Era una idea absurda pensar que debía intentar cubrirse. Había pasado la mayor parte del día de Navidad desnuda. En los brazos de Jace. Le había hecho el amor hasta que ambos se habían quedado dormidos del cansancio.

Pero ahora se sentía insegura y un poco nerviosa. Su mano voló hasta la gargantilla que le había regalado y trazó las líneas del diseño de cuero con los dedos.

No se sentía cómoda quedándose en el apartamento de Jace todo el día cuando él no estaba allí. Ninguna de sus cosas estaban ahí. Era la casa de Jace. Definitivamente un piso de soltero. Olía a hombre. Y aunque ella no tuviera mucho, al menos el apartamento de Mia era muy femenino. Se sentía cómoda allí. Estaba empezando a sentirlo como algo suyo.

—En realidad, había pensado que podría volver a mi apartamento si vas a ir a trabajar —dijo quedamente.

Él frunció el ceño pero se recuperó rápidamente.

—Si eso es lo que quieres. Me pasaré por allí cuando acabe lo que tengo pendiente en la oficina. Podemos pasar la noche allí si quieres.

Ella asintió. A pesar de tener distintos lugares donde dormir, no había habido ni una noche que hubieran pasado separados desde que se conocieron. De hecho, quitando las horas en las que Jace estaba en el trabajo, habían sido inseparables.

—Si quieres te dejo allí de camino al trabajo.

—¿No haré que llegues tarde?

Él sonrió.

—Soy el jefe, ¿recuerdas? Puedo llegar cuando quiera.

—De acuerdo. En ese caso, sí.

—Dame cinco minutos para una ducha y luego ya es toda tuya.

Ella lo observó caminar desnudo hacia el cuarto de baño con toda esa belleza y rasgos masculinos expuestos ante sus ojos. Su pelo, que estaba totalmente revuelto debido al sexo, solo lo hacía más delicioso, si cabía.

Se paró en el marco de la puerta y la volvió a mirar con ojos ardientes, casi como si supiera qué dirección habían tomado sus pensamientos. Luego sonrió y su expresión cambió. A Bethany se le cortó la respiración porque su sonrisa era extraordinaria. Él no solía sonreír muy a menudo. Tenía una mirada más oscura. Casi siempre estaba serio. Pensativo. Pero cuando sonreía, Bethany no encontraba el aire para respirar.

Se sentó cuando él desapareció dentro del cuarto de baño. Sin embargo, había dejado la puerta entreabierta. ¿Era una invitación? Se relamió los labios cuando de repente sintió la boca reseca.

Si se duchaban juntos tardarían la mitad. O a lo mejor no. Porque si entraba en la ducha con él, estaba claro que iban a hacer de todo menos ducharse.

Que no tenía por qué ser necesariamente algo malo.

No, sería algo muy, muy bueno.

Lanzó las sábanas a un lado y se bajó de la cama, momento en el que le entró un escalofrío al haber dejado la calidez del lecho. Su calor aún estaba presente de cuando había estado tumbado en la cama con ella.

Vaciló por un momento sin dejar de mandarle miradas al cuarto de baño mientras esperaba a que el vapor de agua comenzara a salir de la ducha. Después de unos pocos minutos, Bethany oyó cómo el agua empezaba a correr y en silencio comenzó a dirigirse a la puerta.

La ducha era enorme. Lo bastante grande como para acomodar a dos personas. O incluso a tres. Estaba rodeada por completo de mamparas con múltiples grifos: uno encima de la cabeza y dos en la pared. El perfil de su cuerpo era visible a través del cristal empañado y pudo verlo enjabonarse mientras bajaba las manos más... y más...

Bethany abrió la mampara y entró en la ducha antes de perder el coraje. Jace abrió de repente los ojos y se rodeó el miembro con una mano. Parpadeó de sorpresa, pero rápidamente esa sorpresa se transformó en deseo. Sus ojos se derritieron y su mano comenzó a moverse a lo largo de su sexo.

Pasó de estar semiflácido a totalmente erecto en dos segundos. Si todavía quedaba alguna duda en su mente de que no la quisiera con él en la ducha, se esfumó cuando su cuerpo volvió a la vida frente a sus propios ojos.

—Eso me corresponde a mí —murmuró ella mientras deslizaba la mano sobre su erección y apartaba la suya en el proceso.

—Totalmente de acuerdo —contestó él.

El agua caía por su espalda y se deslizaba por su hermoso cuerpo. El pelo lo tenía empapado y Bethany pudo ver que era más largo de lo que parecía. Con el peso del agua no había ningún rizo rebelde que se alzara. Le caía por el cuello hasta llegar a los hombros.

—Eres guapísimo —susurró mientras se acercaba hasta que sus cuerpos se tocaran.

El agua la golpeó y la mojó también. El calor se extendía como una tentación exquisita.

El cuerpo de Jace se tensó y sus ojos se volvieron más rudos y oscuros. Le rodeó la cintura con los brazos y la acercó a su cuerpo mientras ella seguía acariciándolo con la mano.

—Tú eres la guapísima, Bethany. Nunca me cansaré de mirarte.

Ella sonrió y se puso de puntillas para poder besarlo.

—Nunca he tenido sexo en la ducha —dijo con voz ronca sobre sus labios.

—Entonces tendremos que remediar eso inmediatamente.

Ella se deslizó por el cuerpo de Jace hasta ponerse de rodillas mientras el agua seguía cayéndoles por encima. Levantó la mirada para ver que Jace tenía su mirada fija en ella. Luego la bajó para mirarse la entrepierna, donde Bethany lo había estado acariciando hasta conseguir que estuviera completamente duro.

Tan ligera como una pluma, acercó su boca a la cabeza de su miembro y le pasó la lengua por la sensible parte inferior. Algunas gotas de agua cayeron sobre su lengua y llenaron su boca mientras lo chupaba con más ímpetu.

Un gemido torturado sonó por encima del torrente de agua. Jace llevó las manos hasta el pelo de Bethany, que y a estaba empapado y echado hacia un lado de su cabeza. Le rodeó el rostro con las palmas de las manos y la sostuvo con fuerza mientras se introducía dentro de su boca.

Sus rasgos eran duros y se le habían formado arrugas en la comisura de los labios y en la sien. Bethany pudo ver cómo su pecho subía y bajaba mientras respiraba irregularmente y ella lo hundía más en su interior, hasta la campanilla.

Succionándolo ligeramente, lo metió incluso más adentro y le hizo el amor con valentía. Llegó hasta la parte trasera de su garganta y ella tragó. Esta vez Jace emitió un siseo. La violenta expulsión de aire se escuchó más alto que el agua al caer.

Le acarició la cabeza, luego las mejillas y las líneas de su rostro mientras su boca lo acogía. Sus caricias eran infinitamente suaves, tan tiernas que el corazón de Bethany le dio un vuelco a modo de respuesta.

Él era su adicción. Había reemplazado a todo lo demás. Con él, no había necesidad de echar mano a los mecanismos del pasado para lidiar con su vida. Él era su ancla. Él era lo que el sexo y las pastillas solían ser para ella. Un lugar seguro dentro de un mundo lleno de inseguridades.

¿Había simplemente intercambiado una adicción por otra?

El pensamiento se instaló en su mente. Una sombra que la hizo parar por un momento. Pero luego lo apartó, decidida a no dejar que el pasado arruinara lo que tenía con Jace justo aquí y ahora. Ya había terminado de vivir en el pasado, ¿no? Jace le había regalado una vida nueva. Le había hecho creer que estaban empezando de cero, que lo que había sido hasta ahora no importaba. Que lo que estaba por venir era lo importante.

Con todo lo demás que le había dado por Navidad, este era el regalo más preciado que ella hubiera podido desear recibir nunca.

Inspiró profundamente otra vez y vertió cada pedacito de su corazón y sus sentimientos por él en los movimientos. Esperaba que pudiera ver, que pudiera sentir lo que le estaba dando. Era lo único que tenía para darle. Esperaba que fuera suficiente.

El agarre de Jace se hizo más fuerte en su rostro. Luego bruscamente deslizó las manos por debajo de sus brazos. La alzó y su boca se encontró con la de ella en un choque pasional que la dejó jadeando en busca de aire.

Luego la elevó entre sus brazos y en un rápido movimiento se giró y la pegó contra la pared de la ducha.

—Rodéame la cintura con las piernas —gruñó.

La rotundidad de su deseo le provocó un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Su vientre se encogió y las mariposas comenzaron a revolotear en su estómago. Su miembro ya había encontrado su abertura, así que cuando ella juntó los tobillos en la parte baja de su espalda, él se impulsó hacia delante y se hundió por completo en ella con una sólida embestida.

Hincó los dedos en las nalgas de su trasero. Las masajéó, las amoldó y las abrió mientras volvió a introducirse en ella. Le pasó la boca de forma tentadora por el cuello y luego hundió los dientes en la sensible piel, lo que provocó que otro jadeo se escapara de su garganta.

La lamio mientras se abría paso dentro de ella una y otra vez y la hacía rebotar contra la pared de la ducha. Sus manos parecían estar en todas partes y su boca la estaba volviendo loca de lujuria. Tendría una marca en el cuello luego, evidencia de su posesión y de la violenta fuerza con la que la estaba poseyendo. Y aun así quería más. Más fuerza. Más ferocidad. Nunca sería suficiente.

—No voy a durar mucho más, nena —dijo bruscamente. Su voz sonaba tensa e incoherente—. ¿Cuánto te queda? Te quiero a punto.

Ella movió un brazo de los que tenía alrededor del cuello de Jace, donde se estaba agarrando con fuerza, y lo deslizó entre sus cuerpos hasta llegar a su clitoris. Tan pronto como se tocó, el cuerpo se le tensó como si sus músculos se hubieran enredado los unos con los otros.

—Estoy cerca —jadeó.

—Bien. Sigue así.

Se inclinó hacia ella y atrapó su mano entre ambos cuerpos. Bethany apenas tenía espacio para acariciar ese erecto bulto de nervios que tenía entre las piernas. Jace siguió embistiéndola, haciéndola rebotar contra la pared de la ducha e introduciéndose más profundamente en ella. Bethany se sentía agitada y llena de moretones. La fuerza con la que la poseía era abrumadora.

Era suya. Le pertenecía de verdad. A él.

Sus muslos se sacudieron y todo el cuerpo le tembló. El deseo subió por su vientre, intenso y provocador. Abrumador. Su clímax fue creciendo a una velocidad que era casi atronadora. Un gruñido penetró sus oídos. Los latidos de su corazón pegaban contra su caja torácica. Gritó roncamente y luego el gemido de triunfo de Jace se unió a los de Bethany.

Enterrado hasta lo más hondo, y con el pecho subiéndole y bajándole del esfuerzo, la besó en el cuello. En la mandíbula. Luego en los labios y su aliento se

mezcló con el de ella.

Vagamente Bethany se percató del agua que aún seguía cayendo sobre ellos. Del vapor de agua que los estaba ahogando, del aire tan húmedo que era difícil de respirar.

—Dios —murmuró Jace—. Me vuelves loco, Bethany. ¿Cómo demonios voy a conseguir moverme ahora y mucho menos terminar de ducharme e ir al trabajo?

Ella sonrió contra su cuello y luego se deslizó por la pared de la ducha para sostenerse sobre sus temblorosas piernas.

—Supongo que tendré que terminar de lavarte yo —murmuró ella.

—Oh, no —se quejó—. Voy a lavarte el pelo a ti y luego te voy a echar de aquí. Si me vuelves a poner las manos encima, nunca vamos a salir del cuarto de baño.

Su sonrisa se hizo más grande y se inclinó hacia delante para besarlo en su firme mentón.

—No voy a discutir con un hombre que quiere lavarme el pelo.

Capítulo

29

Cuando el coche de Jace se paró cerca del edificio donde ella tenía su apartamento, él actuó como si no quisiera dejar que Bethany se bajara. Se quedó agarrándole la mano durante un buen rato antes de inclinarse hacia delante para besarla. Con fuerza. Con posesividad. Bethany luchó por respirar calmadamente cuando Jace finalmente la soltó y su mirada brilló mientras los ojos se le oscurecían y se llenaban de deseo.

—Pasaré cuando termine el trabajo.

Ella asintió y luego abrió la puerta.

—Ten cuidado. La lluvia está apretando. No quiero que te mojes.

Bethany sonrió.

—Un poquito de lluvia de vez en cuando no hace daño a nadie, Jace.

—Aun así, hace frío. Te quiero dentro rápido para que no cojas un resfriado.

Ahora fue ella quien se echó hacia delante para besarlo y finalmente salió del coche. Tal como le había pedido, se apresuró a llegar a la entrada mientras esquivaba los goterones de agua que caían del cielo. Una carcajada abandonó sus labios y ella se deleitó en lo feliz y contenta que sonaba. Se giró dentro del portal para ver cómo el coche de Jace se adentraba de nuevo en el tráfico y se lo quedó mirando hasta que desapareció de su vista.

Estuvo a punto de darse la vuelta para subir a su apartamento cuando oyó su nombre.

Frunció el ceño y se volvió, y para su sorpresa se encontró a Jack a pocos metros de ella. Estaba empapado, sucio de barro y llevaba una mochila harapienta en la espalda.

—¡Jack!

Su nombre salió como un susurro y luego se abalanzó hacia él, adentrándose una vez más en el frío.

—Jack, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo has estado aquí?

Él le dedicó una media sonrisa.

—No estaba seguro de cuándo volverías. Le pedí al portero que llamara a tu piso ayer pero no estabas aquí. Así que me quedé por los alrededores esperando encontrarte.

—Oh, Jack, lo siento —su voz sonaba tristonera. La culpabilidad la inundó. Mientras ella había estado feliz y calentita, celebrando las Navidades con Jace y su familia, Jack había estado aquí, esperándola en el frío. Sin un sitio donde dormir o resguardarse del tiempo.

—No tienes que disculparte, Bethy. Si no es un buen momento puedo volver...

—¡No! —dijo con fiereza—. Entra. Necesitas salir del frío. No tenía ni idea

de que habías venido. Esperaba que lo hicieras. Si lo hubiera sabido, habría estado aquí.

Lo agarró de un brazo y lo arrastró hasta la entrada. Cuando se encontraron con el portero, ella levantó la barbilla, retándole a que se atreviera a juzgarlo.

—Este es Jack Es mi hermano. Le voy a dar una llave. Si yo no estoy aquí, y necesita subir, debe dejarlo pasar.

El portero asintió respetuosamente.

—Por supuesto, señorita Willis.

Se dirigió rápidamente con Jack hasta el ascensor e hizo una mueca cuando este empapó el interior de agua. Estaba temblando y se le veía más delgado que la última vez que lo había visto. ¿Había comido algo?

Debería haber cuidado mejor de él. Debería haberse esforzado más por asegurarse de que estaba bien. Ella tenía tanto ahora que le dolía pensar que Jack aún estaba en las calles. Y más cuando ella podía darle un lugar donde vivir y comer.

—Bonito apartamento —murmuró Jack cuando Bethany lo condujo dentro del piso de un empujón.

—Sí que lo es. Ve al baño y date una ducha caliente. Voy a buscar algo de ropa de Jace. Te estará grande pero al menos estará caliente y seca.

De nuevo puso esa sonrisa torcida mientras ella lo arrastraba hasta su dormitorio.

—Jace, ¿el tipo que te ha dado todo esto?

Bethany se ablandó y una sonrisa curvó sus labios.

—Sí. Es un buen hombre, Jack El mejor. Soy ... feliz.

Jack alargó la mano para tocarle la mejilla.

—Me alegro, Bethy. Te mereces ser feliz.

—Tú también —contestó ella firmemente.

La sonrisa que le regaló él fue más triste esta vez.

—Siento lo que pasó. Nunca quise que te vieras involucrada.

—Lo sé —dijo con voz suave—. Ahora ve. Dúchate. Yo prepararé algo de comer, ¿de acuerdo?

Cuando Jack desapareció en el cuarto de baño, Bethany sacó un par de vaqueros de Jace y una de las camisetas que había dejado en el apartamento. Encontró un par de calcetines que le estarían bien a Jack; quería que sus pies estuvieran calientes. Zapatos. Necesitaba comprarle zapatos nuevos. Los que tenía estaban raídos, las suelas se le estaban despegando y tenían agujeros. No eran barrera ninguna contra el frío.

Después de dejarle la ropa donde pudiera encontrarla, volvió a la cocina.

Sacó el beicon, unos huevos y un poco de jamón y queso. Una tortilla sería rápida de hacer y tenía muchas proteínas. Se puso a ello y para cuando Jack reapareció, vestido con la ropa de Jace, ya tenía su plato listo.

—¿Quieres zumo o leche? —preguntó cuando se sentó en uno de los taburetes de la cocina.

Él se encogió de hombros.

—No me importa. Lo que sea.

Después de debatir durante un momento, sacó dos vasos y le sirvió uno de cada. La nutrición extra no le iba a venir mal.

—No me puedo quedar mucho tiempo —dijo Jack. Ya estaba atacando la tortilla con ganas. Bethany se encogió de dolor al imaginar cuándo habría sido su última buena comida—. Tengo cosas que hacer. Solo quería verte y dejar mi mochila aquí, si te parece bien.

—Por supuesto que me parece bien —dijo—. ¿Por qué no te puedes quedar?

—Volveré. Solo que hay unas cosas de las que me tengo que ocupar y no quiero llevar la mochila conmigo. Me la podrían robar. Ya sabes cómo es esto. Siempre hay alguien que quiere lo que los demás tienen.

Estaba siendo ambiguo y eso la molestaba.

—¿Qué hay en la mochila?

Él ignoró su pregunta y luego se metió la mano en un bolsillo. Sacó un frasco con pastillas y a Bethany se le formó un nudo en el estómago.

—Las conseguí para ti, Bethy. Sé que las necesitas a veces.

Su corazón comenzó a latir cuando él deslizó el frasco por la encimera.

—No, Jack —sacudió la cabeza con un ademán—. Ya no las tomo. Lo sabes perfectamente. No puedo volver a eso. Nunca más.

—Aun así, estarán aquí si las necesitas.

—¿Cómo las has conseguido? —preguntó; el terror se había instalado en su pecho—. ¿Cómo has podido permitirte las? Dime que no has cogido prestado más dinero.

Jack levantó la mirada y se tragó el último trozo de tortilla que le quedaba.

—No he cogido dinero prestado. Alguien me debía un favor y me lo ha devuelto.

Bethany cerró los ojos.

—Jack, no puedes seguir haciendo esto. Sabes que no es bueno. No es una buena forma de vivir. No quiero que tomes drogas tampoco. Puedes superarlo. No tiene por qué ser así. Ahora ya no.

Su mirada se endureció.

—Tal y como hemos estado viviendo no se puede considerar vivir. Nosotros sobrevivimos, Bethy, no vivimos. Lo sabes. Y a veces las pastillas hacen que el sobrevivir sea más fácil. Además, puede que tú hayas subido en el estatus social, pero yo no.

—¡Eso no es verdad! —protestó—. Lo que es mío, es tuyo. Lo sabes.

Jack sacudió la cabeza.

—¿De verdad piensas que tu nuevo novio va a quererme a tu alrededor?

Piénsalo, Bethy. ¿Qué hombre querría al hermano sin techo de su novia como paquete extra? No puedes ser tan tonta.

Ella inspiró mientras el dolor comenzó a extenderse por su pecho.

—Sabes que no voy a elegir entre los dos. Sabes que nunca lo haría. Te quiero, Jack. Te lo debo todo. No voy a olvidarme de eso. Si Jace no puede aceptar eso, entonces él y yo no tenemos futuro.

Jack alargó la mano por encima de la barra y la puso sobre la de ella.

—No seas estúpida, nena. No tires por la borda la oportunidad que te ofrece la vida por mí. Tienes la oportunidad de hacer algo bueno. No lo arruines.

Las lágrimas inundaron sus ojos.

—No voy a olvidarte sin más. No soy así. ¿De verdad crees que podría vivir aquí, disfrutar de una nueva vida, mientras tú estás fuera en la calle? Si de verdad piensas eso entonces es que no me conoces.

La mirada de Jack se suavizó.

—Tú eres la única persona en este mundo a la que quiero y que me quiere. Y esa es la razón por la que quiero lo mejor para ti. Haz esto por mí, ¿de acuerdo? Solo necesito dejar mis cosas aquí durante unas horas. Volveré. Quizás podamos cenar juntos. Siempre pensé que sería guay tener una casa donde pudiera cocinar y fingir que somos gente normal como los demás.

Ella asintió mientras el pulso se le aceleraba en las venas. Llamaría a Jace. Él entendería que le pidiera la tarde libre.

—Puedo cocinar algo. Dime lo que te apetece y me aseguraré de tener las cosas necesarias para ello.

—Lo que quieras cocinar. Cualquier cosa. Sorpréndeme.

Extendió la mano para poder darle un apretón a la de Jack.

—Me alegro de que estés aquí. De verdad. He estado muy preocupada por ti.

—No deberías preocuparte por mí, nena. Sabes que puedo cuidar de mí mismo.

Él retiró la mano y luego se bebió ambos vasos del tirón antes de dejarlos de nuevo en la mesa, vacíos.

—Tengo que irme. Tengo cosas que hacer. Intentaré volver antes de que haya anochecido.

—Por favor, ten cuidado —le suplicó.

Él le envió esa sonrisa engreída otra vez.

—Siempre lo hago. Gracias por la comida y la ropa. He dejado la mochila en tu dormitorio. La cogeré luego, ¿de acuerdo?

Ella asintió y lo observó salir del apartamento tan rápido como había entrado. Luego descansó su mirada en el bote de pastillas que le había dado y lo guardó en uno de los muebles.

La preocupación y la ansiedad la carcomieron hasta que su estómago dio una sacudida. ¿En qué andaba metido Jack?

Bethany miró el reloj de muñeca y luego fue al cajón donde Jace le había dejado el dinero en efectivo. No estaba segura de dónde estaba el supermercado más cercano, pero le podía preguntar al portero. Con suerte no tendría que andar mucho. El tiempo era un asco y no quería malgastar dinero en un taxi.

Ya estaba dándole vueltas en la cabeza a todas las posibilidades. Le cocinaría una comida fabulosa. Todos los platos favoritos de Jack Y le haría sándwiches para que se los llevara porque sabía que no aceptaría quedarse. Podría comprar cosas que no se pusieran malas y meterlas en su mochila para que tuviera algo que comer durante algo más que unos pocos días.

Cogió unos cuantos billetes y los metió en el bolsillo de sus vaqueros y luego se dirigió a la planta baja para preguntarle al portero dónde estaba el lugar más cercano para comprar comida.

Bethany salió del taxi tras pagar el importe y se precipitó, bolsas en mano, hacia la entrada del edificio. El portero le había aconsejado que cogiera un taxi y ella había accedido al ver como había apretado la lluvia. Había cambiado de chispear a llover sin descanso. Sin duda no era el mejor tiempo para ir por la calle cargada de bolsas del supermercado.

Cuando abrió la puerta del apartamento y entró, se sorprendió de ver a Jace en el salón, con la expresión seria e imponente. Se acercó a ella antes de que esta siquiera tuviera tiempo de dejar las bolsas en la encimera de la cocina.

—¿Dónde narices has estado? —le exigió.

Ella mostró sorpresa y bajó la mirada hasta las bolsas de la compra.

—He salido a... hacer unas compras.

—¿Y hay algo más que quieras decirme?

La acusación en su voz le dolió. ¿Qué demonios se pensaba? ¿Creía que le estaba engañando? ¿Escapándose para ir a ver a su amante? ¿Cómo sabía que había salido, para empezar?

Él alargó las manos, hizo que soltara las bolsas de la compra y las dejó con un golpe seco en la encimera de la cocina antes de desviar hacia ella su mirada furiosa.

Su mente se quedó en blanco. Dio instintivamente un paso hacia atrás y Jace maldijo.

—No voy a hacerte daño, maldita sea.

—¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó—. Solo fui al supermercado. Estuve fuera durante una hora.

—¿Crees que esto es porque hayas salido a comprar?

Su tono de voz era incrédulo.

—¿Qué más se supone que he de pensar? Estás actuando de forma ridícula, Jace. Fui a comprar, por el amor de Dios.

—Intentémoslo así, entonces. Estoy en el trabajo en una reunión importante y me llama Kaden y me informa de que has tenido una visita.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Cómo sabe Kaden quién está en mi apartamento? Se supone que ya no me está protegiendo siquiera. —Sus ojos se entrecerraron cuando la comprensión lentamente se apoderó de ella—. Aún no confías en mí. —Casi la mató decir esas palabras: la verdad. Y eran la verdad. Jace estaba hirviendo de furia y había contratado a esos hombres para que la vigilaran—. Kaden estaba aquí no para protegerme, sino para espiarme.

—Parece que tenía una buena razón para ello —espetó Jace.

La esperanza murió dentro de Bethany. Giró su mirada llena de dolor hacia él; el dolor iba más allá de las palabras.

—Jack ha estado aquí. Pero tú eso ya lo sabes.

—Sí. Jack —le soltó—. ¿Qué narices estaba haciendo aquí?

Ella frunció el ceño y esta vez dio un paso hacia delante. La furia había cubierto sus rasgos faciales.

—Vino a verme. Estuvo rondando el día de Navidad, pero yo no estaba aquí porque estaba contigo. Tuvo que pasar el día solo. Sin comida. Sin un lugar donde estar caliente. Solo, Jace. En la calle. No necesito decirte lo maravilloso que eso convierte un día de celebración.

—¿Cómo ha sabido llegar hasta aquí? —le exigió.

Ella parpadeó.

—Yo le di la dirección.

—¿Y cuándo lo hiciste?

Se ruborizó.

—El día que fui a verle.

Los labios de Jace formaron una fina línea indistinguible.

—Lo invitaste.

Asintió.

—Por supuesto.

Jace maldijo de nuevo.

—No debe haber ningún «por supuesto» ahí, Bethany. ¿Qué demonios estabas pensando?

—¿Y a ti qué te pasa? —exigió—. ¿No se me permite invitar a gente a mi apartamento? ¿Lo entendí mal y en realidad no es para mí? ¿O es solamente para cosas que tú apruebes antes?

—Invítaste a un hombre que casi consigue que te maten. Hizo que te atacaran. Él es la última persona con la que debes relacionarte.

La sangre abandonó su rostro.

—Él nunca tuvo intención de que me pasara nada. Nunca haría nada que me hiciera daño.

El disgusto inundó el semblante de Jace y sobre todo sus ojos.

—¿De verdad, Bethany? ¿Y por qué supones que está aquí ahora?

A Bethany no le gustó su tono, ni su expresión. No le gustaba nada esta confrontación. Estaba muy enfadado. Una sensación enfermiza se instaló en la boca de su estómago y le formó una bola dentro del mismo.

—Vino a verme —dijo en voz baja—. Tenía frío y hambre. Le hice algo de comer. Salí a comprar para poder preparar la cena.

Jace alargó la mano por detrás del sofá y levantó la mochila de Jack. La cogió con un solo dedo y sus ojos se volvieron fríos y llenos de ira.

—¿Esa es la única razón por la que vino? ¿Dónde está ahora?

—No sé qué es lo que estás intentando insinuar. Dijo que tenía cosas que hacer. Quería dejar aquí la mochila porque no quería que se la robaran. No entiendes cómo funciona el mundo ahí fuera. Si alguien te ve con algo, te lo quitan. Te apuñalarán, herirán o matarán para quitártelo. Te pueden matar hasta por cinco dólares.

—Oh, no dudo de que alguien quisiera matar por lo que hay aquí dentro —soltó mordazmente.

Jace tiró de la mochila y la abrió por encima para que ella pudiera ver el interior. La poca sangre que le quedaba en las mejillas se esfumó y ella se mareó. Se balanceó vacilante hasta que tuvo que alargar la mano para sujetarse a la cocina para recuperar el equilibrio.

Drogas. Muchas drogas. Recetas médicas. Lo que parecía ser marihuana y más cosas que ella no tenía ni idea de lo que eran pero que no tenían muy buena pinta.

—He encontrado esto en tu dormitorio —soltó Jace—. Con esa mierda dentro. Espero por Dios que tú no supieras lo que contenía cuando aceptaste que la dejara aquí.

—No lo sabía —susurró.

—Joder, Bethany. ¿Cuánto más vas a dejar que te manipule? ¿Hasta que alguien te mate? ¿Cuánto te va a llevar abrir los ojos y ver la verdad que tienes delante?

—¡No me hará daño! —gritó—. ¡Déjalo ya!

Jace volvió a soltar la bolsa detrás del sofá; el cuerpo entero le temblaba de la ira.

—No voy a tener eso. No aquí. No donde tú estás. Siempre y cuando lleves mi collar, estás bajo mi protección. Él no tiene permiso para entrar aquí, Bethany. O bien se lo dices tú, o lo haré yo, y la próxima vez no vendré solo. Traeré a la policía y haré que lo arresten. No me importa una mierda que eso te enfade o no. Mi única preocupación eres tú. No me importa nada ese hombre que te tiene en tan baja estima como para exponerte de esta manera.

—¡No voy a elegir entre los dos! —gritó—. ¡No lo haré! No lo entiendes. No

puedo darle la espalda. ¡Y no lo haré!

—Así que así va a ser, entonces —dijo con seriedad.

—¡No tiene por qué ser así! ¿Por qué no te vas para que pueda solucionar esto con Jack? ¿Por qué no puedes confiar en mí aunque sea solo un poco?

—No es en ti en quien no confío —dijo igual de alto—. Maldita sea, Bethany, ¡usa la cabeza! ¿Sabes lo que pasaría si te encontraran con esta mierda? Serías tú la que iría a la cárcel, no tu preciado Jack. Te harían responsable a ti por su culpa, ¿y crees que eso haría que las cosas fueran diferentes?

Ella sacudió la cabeza.

—No. ¡No! Solo vete, Jace. Yo me ocupo de esto. Vete.

—Te olvidas de que este es mi apartamento —espetó.

Ella se puso más blanca aún, como si le hubieran echado lejía por encima. Perdió la sensibilidad en el cuerpo, de la cabeza a los pies. Luego se giró y se dirigió rígidamente a la puerta.

—Bethany, para.

Era una orden. Una que, por primera vez, ignoró. Cuando escuchó que comenzaba a seguirla, se echó a correr. Salió del apartamento y se dirigió al ascensor. Se metió en él oyendo la voz de Jace llamándola a gritos. Ella pulsó el botón de la planta baja repetidamente rezando para que las puertas se cerraran.

Lo hicieron cuando Jace se encontraba a dos pasos del ascensor y sus maldiciones resonaron en sus oídos cuando este comenzó su descenso.

Cuando llegó al vestíbulo, el portero intentó detenerla. Jace probablemente lo había llamado. Pero lo esquivó e ignoró sus súplicas para que se detuviera. Bethany salió a la calle y casi consiguió que la atropellara un taxi que logró pararse a apenas unos centímetros de sus piernas.

Antes de que el portero pudiera salir, corrió hacia el lado del acompañante y abrió la puerta.

—¿Estás loca? —gritó el taxista—. ¡Te podría haber matado!

—Solo conduzca —dijo ella ahogadamente—. No me importa adónde, pero sáqueme de aquí, por favor.

Bethany debió de parecer una demente. Las lágrimas que no se había percatado de haber derramado ahora dejaban un rastro húmedo en sus mejillas. El rostro del taxista se suavizó antes de girar y luego aceleró mientras les hacía un gesto con la mano a los otros conductores de atrás que se habían visto forzados a frenar bruscamente cuando él lo había hecho también. Las bocinas de los coches sonaron, pero gradualmente se fueron apagando en la distancia conforme se fueron alejando rápidamente por la carretera.

Bethany recorrió la última manzana hacia su apartamento, insensibilizada. Insensibilizada del frío. De la incesante lluvia que había empapado su ropa. No había llegado muy lejos con el taxi. No le había quedado mucho dinero suelto de cuando había ido a comprar. Así que había caminado y caminado, confusa y con un dolor que le atravesaba el corazón.

Jace tenía derecho a estar enfadado. Eso no se lo refutaba. Pero no le había dado siquiera la oportunidad de explicarse. Había estado tan furioso, y luego le recordó que él era el propietario del apartamento. Que ella estaba allí debido a su generosidad. Le recordó que no tenía nada. Nada más que la desesperanza de la situación de ambos.

Él no confiaba en ella. Se lo había dejado más que claro. Y ella no podía mantener una relación donde él pensara lo peor de ella a cada cosa que pasase. Nunca podría superar eso. Sin importar lo mucho que lo intentara ni lo mucho que se entregara a él, nunca conseguiría hacerse un hueco en su confianza.

No estaba segura siquiera de por qué había vuelto, pero necesitaba sus cosas. Se llevaría ropa. Obviamente no se la iba a llevar toda, pero sabía que necesitaba el abrigo. Y los vaqueros y las camisas. Podría llevarse la comida que había comprado para Jack y luego quizás esperar a que él volviera. ¿Habría vuelto ya? ¿Se lo habría perdido? Al menos tendrían algo que comer durante un tiempo. Podría mirar en los centros de acogida que frecuentaba y quizás, a lo mejor, uno de ellos tendría una cama libre.

O quizá debería llamar a Jace. Intentar explicárselo. Se merecía al menos eso. Necesitaba saber por qué nunca podría darle la espalda a Jack. Ella nunca se lo había explicado por completo. Nunca había compartido esa parte de sí misma.

¿Lograría entenderlo? ¿Podría llegar a entenderlo?

¿Qué bien haría si no iba a confiar en ella nunca?

Cuando entró fatigosamente en el edificio de su apartamento, el portero pareció alarmarse. Ella le hizo un gesto con la mano para que no se preocupara y se dirigió al ascensor. Solo quería estar en algún lugar cálido y seco, aunque fuera por un rato.

Tenía que haber alguna forma de arreglar esto. Jace era lo mejor que había tenido en la vida. Lo único bueno e intachable. Ella no quería que los problemas de Jack tocaran a Jace. Jace no se lo merecía. Él se merecía a alguien sin las manchas que ella llevaba en el alma. Alguien en quien poder confiar totalmente. Y era posible que ella ni siquiera lo culpara por la desconfianza que se había instalado entre ellos. Ella quería su confianza, quería que él tuviera fe en ella, pero en realidad, con todo lo que sabía y conocía de ella, ¿era siquiera razonable pedirle que lo hiciera con tanto fervor?

Una ola de tristeza se apoderó de ella y la abrumó. Bethany no quería ser esa persona que había sido durante mucho tiempo. Quería ser alguien merecedor de amor y confianza. Quería a alguien que creyera en ella. Había pensado que Jace podía ser esa persona, pero había estado equivocada.

Entró en el apartamento y se fue directamente a la cocina en un intento de prepararse un chocolate caliente. Cuando abrió el armario donde se encontraban las tazas, su mirada se posó en el tarrito de pastillas que Jack le había dejado. Por un momento bastante largo simplemente se lo quedó mirando. Y luego, como si estuviera aturdida, alargó la mano y lentamente rodeó el tarrito de plástico con los dedos.

Lo bajó y lo depositó sobre la mesa, frente a ella. Una pastilla. Solo una haría que las cosas fueran más manejables. La transportaría a un lugar más cálido y feliz. Le daría ese sentimiento de bienestar. Le daría la confianza en sí misma y un subidón más que necesario para poder tomar decisiones.

Se la llevaría de esta horrible realidad a la que estaba enfrentándose. Y lograría que sobreviviera a la inminente confrontación con Jace.

Antes de que pudiera pensar mejor en ello, abrió el frasco con las manos temblorosas y sacó una pastilla. ¿O debería tomarse dos? Había pasado un tiempo. Una eternidad, parecía, sin haberse tomado ninguna. Probablemente una la dejaría atontada. Dos la dejarían inconsciente.

Devolvió la segunda al tarro y se metió la otra en la boca. Cogió un vaso y lo llenó de agua. Se lo llevó a los labios y sorbió la cantidad suficiente de líquido para poder tragarse la pastilla. Y luego se quedó petrificada.

Oh, Dios. Oh, Dios. ¿Qué estaba haciendo?

Escupió el agua y la pastilla forzosamente en el fregadero mientras se agarraba al borde del mismo y los sollozos comenzaban a brotar de su pecho. ¿Qué era lo que casi había hecho?

Con rabia, cogió el tarrito y lo vació de pastillas por el desagüe al mismo tiempo que abría el grifo para que el agua se las llevara. Luego arrojó el tarro hasta el otro lado de la cocina y lo oyó caer al suelo. Entonces enterró el rostro en sus manos y lloró.

Oh, Dios. No podía hacerlo. Otra vez no. Nunca más.

Tenía que parar esto ahora. No era bueno para ella. Si su relación con Jace la iba a llevar a eso, tenía que terminarla. No podía hacerse esto a sí misma. No después de haberse esforzado tanto y durante tanto tiempo para levantar su vida y superar la adicción.

Puede que Bethany no tuviera mucho, pero al menos ahora su vida significaba algo.

Sin cambiarse, se apresuró hacia la puerta sabiendo que tenía que enfrentarse a Jace ahora antes de que perdiera todo el coraje. Tenía que romper y decirle que se iba del apartamento. Tenía que enfrentarse a Jace y cortar con él cara a

cara.

No le iba a dejar que se preguntara cuál iba a ser su destino o qué era lo que estaba haciendo. Volvería a su apartamento y le diría adiós. Y luego volvería a su vida. Puede que no fuera la mejor, pero era una que podía vivir con su orgullo y cordura intactos.

Al recordar que no tenía más dinero suelto en el bolsillo, volvió al cajón y lo sacó todo. Lo que le sobrara del taxi se lo devolvería a Jace. No iba a coger más de lo que fuera estrictamente necesario. Luego se acordó de que la mochila de Jack seguía en el sofá, así que se la echó al hombro antes de salir del apartamento.

Cuando llegó al vestíbulo, el portero parecía alarmado.

—Señorita Willis, ¿adónde va? Creo que sería mejor si esperara aquí.

Ella lo ignoró y se adentró de nuevo en el frío para coger un taxi.

—¿Dónde está? —exigió Jace tan pronto como entró en el edificio del apartamento de Bethany.

El portero suspiró.

—Intenté llamarlo de nuevo, señor. Regresó. Pero eso fue cuando lo llamé por primera vez. Pero luego bajó a los pocos minutos. Intenté detenerla. Estaba empapada y no se había cambiado de ropa. Se la veía molesta.

Jace cerró los ojos y maldijo sin tapujos.

—¿No tiene ni idea de adónde iba?

Desvió la mirada hasta la manta de lluvia mezclada con hielo que cubría las aceras. El estómago se le encogió al imaginarse a Bethany ahí fuera. Con frío. Molesta. Sola.

Probablemente iba de vuelta a los brazos de Jack. A su preciado y maldito Jack.

Dios, había metido la pata hasta el fondo. Había estado enfadado. Había desatado todo su miedo y furia sobre Bethany y ella había decidido desaparecer del mapa. Justo como él había temido que hiciera desde el principio.

—No, señor. Lo siento, pero no dijo nada cuando se marchó. Solo llevaba una mochila.

La sangre se le heló en las venas. Mataría a Jack si Bethany salía perjudicada por esto. Probablemente iba a volver con Jack, pero no había garantía ninguna de que Jace pudiera encontrarla ahora. Le había llevado semanas antes. Pero ahora ella no quería que la encontrara. Antes no había sabido que la estaba buscando. Ahora era consciente de que sí, si es que pensaba que se preocuparía lo suficiente como para ir tras ella. No le había dado ninguna razón para creer que le importaba lo necesario como para ir detrás de ella, y eso era lo que más lo carcomía por dentro.

Ahora se encontraba ahí fuera, en la maldita calle, con una fortuna en drogas legales a la espalda. La gente había matado por muchísimo menos.

Apuñaló al portero con una mirada cansada.

—Si vuelve, siéntela si tiene que hacerlo. Pero no permita que vuelva a irse otra vez. ¿Entendido?

El portero asintió.

—Sí, señor. Haré lo que pueda.

Jace hundió los hombros y se volvió hacia la puerta preguntándose dónde iba a ir a buscar a Bethany ahora. Su teléfono móvil sonó justo cuando iba a adentrarse en la lluvia, así que dio un paso atrás y levantó el teléfono. No reconoció el número.

—Jace Crestwell —dijo impaciente.

—Señor Crestwell, señor, ella está aquí en el edificio de su apartamento.

Jace reconoció la voz de Roger, su portero. El pulso se le aceleró y se zambulló en la lluvia al mismo tiempo que le hacía un gesto con la mano al conductor que había dejado aparcado el coche a corta distancia de allí.

—Voy para allá —dijo Jace—. No la deje ir a ningún sitio.

—Dese prisa, señor —dijo Roger en un tono más bajo—. Se negó cuando le dije que lo esperara en el apartamento. No quiere esperar siquiera dentro del edificio. Está fuera, bajo la lluvia, empapada y temblando.

—¿Qué?

Jace no podía controlar la furia de su voz.

—Señor, lo intenté. No está bien. Está molesta por algo. No es bueno. Necesita llegar aquí rápido. Le echaré un ojo hasta que usted llegue.

Jace maldijo y colgó el teléfono y luego le indicó a su conductor que volviera a su apartamento lo más rápido posible. Durante todo el camino, el pecho de Jace se llenó de miedo. Mentalmente repasó qué quería decirle y lo repitió una y otra vez en su cabeza. Pero de alguna manera no parecía que fuera suficiente. Sonaba a excusa mala. ¿Qué se suponía que tenía que decirle a la mujer que amaba, a la mujer con la que había metido la pata bien hasta el fondo?

Se sentó tenso y expectante, muriéndose un poquito más cada vez que el tráfico los hacía pararse. ¿Qué pasaba si no llegaba a tiempo? ¿Qué pasaba si llegaba allí, y tal como había sucedido cuando había ido al otro apartamento, ya se había ido? ¿Estaba destinado a perseguir para siempre un sueño elusivo? No podía permitirse pensar eso. Bethany era suya. No iba a dejarla ir sin luchar por ella. Quizás ella nunca había tenido a nadie dispuesto a luchar por ella, pero eso iba a cambiar.

Por fin, el coche aparcó. Jace salió disparado bajo la lluvia y se dirigió a la entrada mientras buscaba rápidamente con la mirada a Bethany. Su corazón latió con más fuerza cuando no la vio. Quizás el portero la había persuadido para que esperara dentro. O a lo mejor se había ido.

Casi había llegado a la entrada cuando la vio. Su corazón casi se paró cuando la encontró acurrucada en la pared del edificio. Estaba agachada con las rodillas pegadas al pecho y el pelo y la ropa empapados debido al agua que caía a su alrededor.

—Bethany.

Su nombre salió en una larga exhalación, un sonido susurrado que no estaba seguro de que ella hubiera oído. Era todo lo que pudo pronunciar ante el nudo que se le había formado en el pecho.

Se agachó y le tocó el brazo. Ella se asustó y levantó la mirada para encontrarse con la de él. Abrió los ojos asustados. Se podía ver el miedo en ellos, pero sobre todo estaban inundados por una pena, una abrumadora emoción que era como poder ver los rincones más oscuros de su alma.

La urgí a que se pusiera de pie y se encogió de dolor al notar lo heladas que tenía las manos y la piel. Estaba blanca como la cal y temblaba de forma violenta.

—Nena, vamos adentro.

Su voz sonó amable y gentil a propósito, tan suave como pudo ponerla mientras el pulso de la vena de la sien estaba a punto de explotarle.

Intentó guiarla hasta la puerta pero ella se soltó de su agarre y retrocedió un paso. Sus ojos heridos lo miraban brillantes debido a las lágrimas que reflejaban la luz de las farolas.

—No —dijo en voz baja—. Jace, no puedo. Vine porque te mereces que te diga esto a la cara y no simplemente desaparecer.

Él levantó la mano para pararla porque no podía soportar que terminara de decir lo que sabía que iba a decirle. Él nunca soportaría esas palabras de su boca. Su corazón estaba a punto de salirse del pecho y sus ojos le ardían mientras se quedó mirando la tristeza que ahogaba los suyos.

—Nena, por favor, necesito que me escuches. Pero tengo que sacarte del frío y de la lluvia. Estás helada. Vas a coger una pulmonía.

Ella sacudió la cabeza y se abrazó de forma protectora. Dios, ¿tenía miedo de él? ¿De verdad le había hecho pensar que le podría hacer daño de alguna manera? Quería vomitar solo de pensar que se pudiera poner violento. Ojalá pudiera volver a esos pocos minutos que había tenido con ella en el otro apartamento.

—No, solo escucha, Jace. Por favor. No hagas que esto sea más difícil. Tengo que hacer esto antes de que me pierda. Antes de que pierda el poco respeto que me tengo y que he logrado conseguir en el último par de años.

Su voz terminó en un sollozo que solo consiguió que Bethany diera bocanadas en busca de aire. Estaba temblando tanto que le llevó toda la fuerza que tenía y más no obligarla a la fuerza a entrar en su apartamento. Solo el mero conocimiento de que este momento, lo que sea que ella tuviera que decirle, era el

momento más importante de su vida le hizo darse cuenta de que no podía permitirse joderla otra vez. No como había hecho en el apartamento de Mia.

—Dime —la urgíó.

Las lágrimas caían desenfrenadas por sus mejillas y se mezclaban con las gotas de lluvia que chocaban con su rostro. El pelo lo tenía pegado a la cabeza y empapado. Las gotas de lluvia se quedaban atrapadas en sus pestañas y delineaban sus preciosos y torturados ojos.

Era lo más bonito que tenía en su mundo y estaba peligrosamente cerca de perderla.

—Jacktrajo un bote de pastillas esta mañana cuando vino. Me las trajo a mí.

Jace siseó mientras la rabia lo consumía. Quería buscar a ese hijo de puta y darle la paliza de su vida. ¿Cómo podía ser tan descuidado con Bethany? Una mujer por la que se supone que se preocupaba. Y Bethany no veía que Jack no iba a traer nada bueno. Nada, nada bueno. La imagen de él estaba fijada en el pasado.

—Le dije que no las quería. Nunca las quise. Estaba intentando ayudarme. En el pasado las habría tomado. Hubiera hecho lo que fuera por ellas. Pero ahora no. Soy mejor que eso. Pero luego tú viniste y tuvimos esa discusión tan horrible y me recordaste que no tenía nada.

—Dios, nena, eso no fue lo que quería decir —dijo ahogadamente—. Eso no era lo que quería decir para nada.

Ella continuó como si no lo hubiera escuchado. Parecía estar tan perdida en sus pensamientos que estaba siendo incoherente intentando sacárselo todo del pecho como si fuera un veneno del que tenía que liberarse.

—Y me fui porque me dolió tanto que no podía quedarme. Pero luego volví, porque sabía que no estaba bien la forma en que me había ido. Necesitaba dejar de huir y enfrentarme a ti. Hacer las cosas con lógica. Pero ahí estaba en la cocina, sintiéndome como si mi mundo estuviera a punto de acabarse. Tenía frío y quería una taza de chocolate caliente. Y cuando abrí el armario, ahí estaba el bote de pastillas mirándome a la cara y supe que si me tomaba una me sentiría mejor. Que sería más fácil lidiar con el desastre que es mi vida.

—Oh, Dios —dijo en voz baja—. Nena.

—Estuve así de cerca —dijo mientras separaba dos de sus temblorosos dedos a apenas dos centímetros de distancia—. Estuve a esto de cerca de hacerlo. Tuve la pastilla en la boca. Le di un sorbo a un vaso de agua con toda la intención de tragármela. Estaba a punto. Casi en la garganta. Pero luego me di cuenta de lo que estaba haciendo. De lo que casi había dejado que pasara.

Bethany ahogó la voz en un sollozo y luego bajó la cabeza mientras sus manos formaron dos puños a sus costados.

—Pero no lo hiciste —susurró Jace adivinando el desenlace.

—Pero casi lo hice —dijo con la voz llena de desolación—. La quería. La

necesitaba. Y la escupí en el fregadero. No puedo volver a eso, Jace. Tenemos que terminar ahora antes de que nos destruyamos el uno al otro. Si esto ocurre al estar contigo, no puedo seguir haciéndolo. No soy buena para ti. Yo misma no soy buena para mí —terminó en un susurro.

El miedo le invadió el cuerpo. Sacudió la cabeza, incapaz de sacar las palabras de su garganta cerrada. Estaba devastado por lo que casi había hecho. No porque la juzgara, sino porque la había herido tanto que casi había hecho lo impensable. ¿Qué hubiera pasado si no se hubiera detenido a tiempo?

El poco control que tenía pareció disolverse con la lluvia. Un sollozo se escapó por su garganta desde lo más hondo de su alma. A continuación se rodeó la cintura con los brazos y se cayó de rodillas al suelo antes de comenzar a mecerse una y otra vez.

Jace la siguió inmediatamente. La rodeó con los brazos y la abrazó fuertemente contra él, la besó en el pelo empapado y se meció junto a ella mientras la lluvia seguía cayendo incesante sobre ellos.

—Me odio por ello —sollozó—. Por mi debilidad. Por incluso sentirme tentada. Me odio por herirte, por decepcionarte. Pero no puedo darle la espalda a Jack. No espero que lo entiendas. Nunca te lo llegué a explicar.

Su ira por Jack, por la situación, le quemó por dentro con fiereza y dolor.

—¿Por qué arriesgas tanto por protegerlo? No hace más que traer problemas, Bethany. ¿Por qué continúas permitiendo que controle tu entera existencia?

Ella se separó de él con un empujón y se puso de pie.

—¡Porque soportó muchísimo por mí! —gritó mientras la lluvia resbalaba por su rostro y se mezclaba con sus lágrimas—. Hizo mucho por mí. ¡Cosas que no le podré pagar nunca! No lo entiendes. Nunca podrías entender lo que sufrió por mí.

La pena estaba tan patente en su voz que se ahogaba a cada palabra. Estaba desconsolada. Apenas podía mantener la compostura y estaba temblando de forma exagerada por culpa del frío.

Había algo en su voz, en todas esas palabras gritadas, que lo dejó helado. Hubiera lo que hubiese en su pasado, lo que la ligara a Jack, aún seguía torturándola día a día. Y fuera lo que eso fuese tenía que saberlo. Era clave para lograr entenderla a ella y el porqué seguía aferrándose a Jack con tanta fuerza.

—Entonces haz que lo entienda —le dijo con voz queda—. Pero vamos a ir a hablar dentro, donde se está caliente y después de que te hayas puesto ropa seca. Luego te escucharé y tú me lo explicarás. Lo solucionaremos. Juntos, Bethany.

Ella comenzó a negar con la cabeza pero él la ignoró y la cogió en brazos.

—No voy a aceptar un no por respuesta —soltó mordazmente—. Y no voy a dejar que desaparezcas de mi vida. Vamos a solucionar esto y me vas a decir por qué tienes esta lealtad ciega con Jack. Y te juro por Dios que cuando esto esté solucionado no te vas a ir de mi vida. No te vas a ir a ninguna parte que no sea a la cama conmigo.

Capítulo

31

Jace soltó un discernible suspiro de alivio tan pronto como las puertas del ascensor se cerraron detrás de ellos en el apartamento. Se había asegurado de que ella no se acercara lo más mínimo al ascensor. Y así sería durante bastante tiempo.

La llevó al cuarto de baño y después de sentarla en el retrete, se volvió para abrir el grifo de la ducha. Luego comenzó a quitarle la ropa mojada de inmediato. Sus manos temblaban, no de frío, y se sentía incapaz de hacerlas parar. Estaba completamente destrozado por la magnitud de lo que casi había conseguido. De lo que realmente había conseguido.

—Jace, por favor, solo deja que me vaya —dijo con voz suave y ahogada por la emoción—. No hay necesidad de prolongar esto. Solo deja que vuelva a mi vida y tú vuelves a la tuya.

Él le sujetó el rostro con las manos y la miró ferozmente a los ojos.

—No voy a dejar que te vayas. Nunca. No va a suceder. ¿Cómo se supone que voy a volver a mi vida cuando tú eres mi vida? Como si mi vida significara algo si tú no estuvieras en ella. Ahora nos vamos a meter en la ducha y a entrar en calor. Ambos estamos helados. Tú más que yo. Has estado fuera con este tiempo durante horas. Tendré suerte si no tienes hipotermia.

Ella abrió los ojos atemorizada y luego Jace la soltó y la puso de pie. Entonces se quitó su propia ropa y la empujó para que entrara en la ducha.

No podía controlar el temblor que había invadido a sus extremidades. Apenas podía mantenerla a ella de pie en la ducha, pero la ancló firmemente contra su cuerpo y usó el calor del agua y el de su propio cuerpo para hacerla entrar en calor.

Estaba como un bloque de hielo. El frío se le había metido tanto en los huesos que había incluso enfriado su sangre. Lo mataba que hubiera estado tanto tiempo bajo la lluvia, desolada, consternada, porque no había sabido lidiar bien con la situación. Le había hecho creer que no era nada. Que no tenía nada. Cuando ella lo era todo para él.

La amaba. Si antes había habido alguna duda al respecto, ahora ya no. Y uno no trataba a la persona que amaba tal como él la había tratado. No le había mostrado ningún tipo de comprensión. No la había escuchado, no había esperado a que le explicara nada. Durante todo este tiempo había sido paciente y había esperado a que ella fuera la que le explicara su pasado y compartiera esa parte con él. Y cuando había tenido su oportunidad, la había fastidiado.

Eso no volvería a pasar otra vez. Y no iba a permitir que se marchara de su vida cuando había esperado treinta y ocho años para que entrara en ella.

El calor se incrementó y los invadió. Jace por fin sintió cómo los temblores

que se habían apoderado del cuerpo de Bethany remitían mientras se relajaba entre sus brazos, calentita y maleable. Tan preciosa. Todo lo que había querido alguna vez lo tenía entre sus brazos en este instante. Y no lo iba a dejar marchar. Nunca había perdido una batalla en la que estuviera realmente interesado y esta era la más importante de su vida.

La besó en la sien y dejó que su boca se deslizara por su suave mejilla hasta llegar a la barbilla. Suya. Su mujer. Su amante. Su esposa, si por él fuera. La iba a atar a él tan fuerte que iba a respirar el mismo aire que él.

—¿Has entrado en calor? —murmuró en su oreja.

Ella asintió y Jace de mala gana la soltó de su abrazo y cerró el grifo. La sacó rápidamente de la ducha y le pasó una toalla por encima vigorosamente para que no cogiera frío otra vez. Cuando llegó al pelo se lo levantó y se quedó mirando la gargantilla que le había regalado por Navidad. No se la había quitado. Ni siquiera después de haberle herido los sentimientos. Dibujó su contorno con un dedo y luego se inclinó hacia delante para besarla en el hueco entre la oreja y la gargantilla, donde el pulso se aceleró bajo sus labios.

Ella retrocedió un paso con los ojos aún torturados y cautelosos.

—Jace...

—Shhh, Bethany. Solo dame un poco de tiempo. Necesitas estar seca y calentita y luego hablaremos. De todo. Y no me vas a dejar. Ni siquiera lo pienses. Te ataré a la cama sin sentir ni una pizca de remordimiento si es lo que tengo que hacer para mantenerte aquí.

Ella se mordió el labio, pero se quedó en silencio y dejó que le envolviera el pelo con una toalla. Luego cogió el albornoz que colgaba en la puerta y la ayudó a ponérselo antes de atárselo alrededor de la cintura.

Se tomó unos momentos para secarse él mismo y ponerse ropa seca antes de urgirla a salir al salón.

Encendió la chimenea y luego la sentó en el sofá.

—Dame un momento para que te prepare una taza de chocolate caliente y vengo.

Jace estaba vacilante y reacio a dejarla aunque fuera unos instantes, pero el hecho de que solo tuviera puesto el albornoz —algo que había hecho a propósito — lo tranquilizaba y le aseguraba que no iba a salir corriendo de su apartamento.

Aun así, esperó a que ella aceptara y cuando finalmente asintió, volvió a respirar aliviado.

Parecía que la leche estaba tardando una eternidad en calentarse en el microondas. Precipitadamente le echó la mezcla y lo endulzó justo como a ella le gustaba y luego volvió al salón donde Bethany estaba acurrucada en el sofá.

Tenía los pies escondidos debajo del cuerpo como si estuviera buscando más calidez y había cogido el fular que estaba en uno de los brazos del sofá y se lo puso en el regazo. Jace no estaba seguro de si necesitaba calor extra o de si

estaba añadiendo capas encima como medida de protección... contra él.

No iba a permitir ninguna barrera entre ellos. No más. Pero primero tenían que sacarlo todo a la palestra.

Le tendió la taza y ella la cogió con ambas manos para absorber el calor con las palmas. Jace se sentó en el sofá junto a ella y se giró para quedar frente a frente. Levantó una rodilla hacia atrás de manera que tocara la de ella. Bethany no se movió, algo que tomó como una señal positiva, pero sabía que tenía aún mucho camino por recorrer.

—Te debo una disculpa —dijo en voz baja—. Lo siento, Bethany. Perdí los papeles. Cuando pensé en todas las cosas que podrían haberte sucedido, me volví un poco loco y dije cosas que no quería. Nunca quise hacerte sentir como si no fueras nada o no tuvieras nada. Si no te crees nada más, de acuerdo, pero eso sí, créetelo.

La taza tembló entre sus manos mientras se la apartaba de la boca.

—Lo entiendo. De verdad. Pero, Jace, te he contado lo que casi hice.

Su rostro estaba inundado de dolor y vergüenza. Era casi su perdición. Sin ser capaz de poder mantener una distancia entre ellos, le cogió la taza de las manos y la dejó en la mesita antes de volver a acercarse a ella. Pasó un brazo por encima del sofá de manera que sus dedos tocaran el hombro de ella y luego le cogió la mano y le acarició la palma con el dedo pulgar.

—«Casi» es la palabra clave, nena. Casi te tomaste la pastilla. Pero no lo hiciste. Paraste. No lo hiciste.

Ella cerró los ojos y a Jace se le encogió el corazón cuando vio una lágrima caer por su mejilla.

—He recorrido un largo camino —susurró—. Hasta hoy. Hasta que he vuelto a ver esas pastillas. No pienso en ellas. Lo que quiero decir es que no había pensado en ellas. No las había querido. No desde que las dejé y logré mantenerme limpia. Sin embargo, hoy las quería más que a nada. Fue una reacción incontrolable.

Le entró un escalofrío y bajó la cabeza. Jace deslizó los dedos por debajo de su mentón y suavemente se lo levantó hasta que se vio obligada a mirarlo a los ojos una vez más.

—Nena, pero lo importante es que no lo hiciste —dijo con voz queda y enfatizando cada palabra—. No importa lo que querías ni lo que pensaste. No te la tomaste. Eso conlleva fuerza de voluntad. La venciste y ya no te tiene atada. ¿No te ha quedado claro hoy?

La esperanza que se reflejaba en sus ojos era tan conmovedora que casi lo partió en dos.

—¿De verdad piensas eso?

—Sí. No quiero que te sigas castigando por esto. Y de ahora en adelante, voy a estar aquí para ayudarte. No tienes que estar sola. No estarás sola. Te vas a

venir a vivir conmigo. He esperado. No quería presionarte demasiado pronto. Esa es la razón por la que te instalé en el antiguo apartamento de mi hermana. Pero ya se ha acabado. Vas a vivir aquí conmigo.

Ella abrió los ojos con sorpresa. Abrió la boca para protestar, pero él la calló con un beso.

—Eres mía, Bethany. Me perteneces. Yo te pertenezco. Tu sitio está aquí. Eso no es negociable.

—Pero Jack...

Jace se separó y parte de su buen humor se deterioró.

—Tenemos que hablar de Jack. Es peligroso para ti, Bethany. No voy a tolerar eso. No toleraré ninguna amenaza contra ti.

Su respiración salió de forma irregular y era obvio que estaba esforzándose por contener las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—No puedo darle la espalda, Jace. No espero que lo comprendas.

—Haz que lo entienda, por favor. Dime por qué. Dime qué es lo que te ata a Jack

Ella cerró los ojos y las lágrimas contra las que tanto había luchado se escaparon y deslizaron sobre sus mejillas en silencio, dejando un rastro plateado.

—Soportó mucho por mí. Me protegió. No te puedes ni imaginar lo que tuvo que soportar por mí, Jace.

Su pecho ardió y se le formó un nudo en la garganta. Sabía con seguridad que no le iba a gustar lo que estaba a punto de contarle, pero se quedaría sentado y la escucharía aunque sus palabras lo mataran por dentro. Este era su pasado y ella por fin se lo estaba contando todo. Le estaba confiando secretos que se había guardado para ella y el oscuro dolor que llevaba en sus ojos.

—Entrábamos y salíamos de nuestros hogares de acogida. No tenemos un lazo de sangre. Eso lo sabes. Pero congeniamos y nos unimos mucho y los servicios sociales intentaban no separarnos cuando era posible. Que no era siempre. Pero sabían que si íbamos juntos era más probable que no causáramos problemas, así que cuando podían intentaban encajar nuestra necesidad de estar juntos. Nosotros éramos nuestra única familia, solo nos teníamos el uno al otro.

Bethany hizo una larga pausa e inspiró hondo varias veces.

—Continúa, nena —dijo amablemente—. Te escucho. Nada puede hacerte daño ahora.

—Cuando tenía doce años, Jack tenía quince. Era grande para su edad. Sé que ahora no lo parece. Está demasiado delgado, pero cuando está sano y bien nutrido, es un tío corpulento y grande. Alto y con anchos hombros. En fin, estábamos en una casa juntos y el padre...

Jace se tensó y el cuerpo entero le hirvió de ira. No le gustaba la dirección que estaba tomando esto.

—El padre solía mirarme y eso preocupaba a Jack. Jack nunca me dejaba

fuera de su vista ni me dejaba sola con nuestro padre de acogida. Al final resultó que al padre no le importaba mucho si eran chicas o chicos.

Bethany sintió un escalofrío que había provocado la repulsión. Su rostro empalideció. La angustia radiaba de ella como si se tratara de ondas. Jace la estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza pidiéndole que continuara hablando. Le acarició el pelo en un intento de ofrecerle consuelo de cualquier forma que pudiera.

—Él lo soportó por mí —susurró—. Se puso en medio cada vez que el padre vino a por mí. Jack permitió que ese hombre abusara de él para que no pudiera hacerlo conmigo y, Dios, Jace, yo no puedo olvidarme de eso. No puedo. Estuvo aguantando eso durante meses hasta que por fin pudimos huir.

—Oh, nena. Lo siento mucho.

—Jack siempre ha cuidado de mí. Cuando me vi implicada en el accidente de coche. Antes de eso. Después. Siempre ha sido él el que se aseguraba de que tuviéramos comida y ropa. Cuando yo no pude conseguir más recetas médicas para los analgésicos, y por entonces aún sentía mucho dolor, Jack los conseguía para mí. Y luego, cuando me volví adicta, se arriesgó a que lo arrestaran y Dios sabe qué más para asegurarse de que tuviera lo que necesitaba.

Jace suspiró. Era una situación compleja, sin duda. Miraba a Jack con una luz nueva, pero eso no significaba que estuviera todo arreglado con el hombre que le estaba jodiendo la vida a Bethany ahora. Jack estaba metido en algo más grande que simplemente seguir con su hábito de conseguir recetas médicas. Estaba comprando, si no traficando con drogas duras. El tipo de droga que podía hacer que una persona terminara muerta o en prisión durante mucho tiempo. Ni de lejos iba a dejar que Bethany estuviera expuesta a eso.

—Entiendo por qué te sientes como te sientes, nena, pero escúchame. Jack ya ha ido más allá. Está metido hasta el fondo y te está poniendo en serio peligro. No puedo permitir eso. No lo permitiré. Nunca aceptaré nada que pueda terminar haciéndote daño. ¿Lo entiendes?

Ella se movió y levantó la cabeza para poderle mirar a los ojos.

—Lo entiendo, Jace. De verdad. No estoy excusándolo. No me gusta lo que está haciendo, pero la idea de que esté hambriento y con frío y que se esté exponiendo a esos peligros... me parte el corazón. No puedo evitar preguntarme si su vida sería así si yo no hubiera estado en medio.

Jace sacudió la cabeza y se aseguró de que ella viera su vehemencia.

—Tú no te puedes culpar por esto. No voy a dejar que lo hagas. Él te protegió. Siempre le estaré agradecido por eso. Pero nena, ni siquiera él te culparía por quien es ahora. Todos tomamos decisiones. Él tomó algunas malas, pero eso no significa que tú tengas que pagar por ello.

—¿Pero qué se supone que tengo que hacer? No puedo abandonarle. No puedo dejarlo solo y sin nada. No cuando yo tengo todas las cosas que él no tiene.

Jace se quedó mirando a esos ojos empapados de lágrimas y se dio cuenta de que ella no sería la mujer que él amaba si abandonara a su familia. Le acarició la mejilla para secarle la humedad que habían dejado las lágrimas y luego suspiró.

—Ya se me ocurrirá algo para Jack. Pero tienes que entender que si yo intervengo, significa que tú no te entrometes.

Los ojos se le llenaron de preocupación y bajó la mirada de nuevo.

—¿Podría...?

Se mordió el labio y se quedó en silencio.

—¿Podría qué, nena? No debes tener miedo de pedirme nada.

—Pero no tengo derecho a pedirte esto —dijo en voz baja—. Ya me has dado mucho y yo no te he dado nada a ti.

—Tú lo eres todo para mí. Todo, Bethany. Yo no digo eso muy a menudo. Y está claro que no se lo he dicho nunca a ninguna otra mujer. Maldita sea, nunca se lo he dicho a otro ser humano.

Ella se lo quedó mirando con tal confusión y asombro que Jace no pudo controlarse más. La estrechó entre sus brazos y contra su pecho y la abrazó con tanta fuerza que dudaba de que pudiera respirar siquiera.

—Pide, Bethany.

—Te iba a preguntar si Jack se podría quedar en el apartamento —susurró—. Solo durante un tiempo. Hasta que baje los pies a la tierra y pueda permitirse él uno.

Jace liberó a Bethany con cuidado de su abrazo y la alejó de él lo suficiente para que ella pudiera verlo. Su expresión era de completa y total seriedad mientras la miraba.

—Si tú te mudas conmigo, veré lo que puedo hacer con lo de dejar a Jack en tu apartamento.

Bethany no reaccionó ante el sutil chantaje. Aunque no es que hubiera sido muy sutil. Sin embargo, él no tenía ningún problema con hacer lo que fuera necesario para tenerla dentro de su espacio, en su cama y más arraigada a su vida.

—¿Harías eso por mí? —susurró.

Joder, sí. Y no sentiría ni una pizca de culpa en el proceso.

—Sí.

Ella se lanzó hacia él y casi lo tiró de espaldas.

—Gracias —dijo ferozmente—. No te merezco, Jace. Aunque le doy gracias a Dios todos los días por haberte puesto en mi camino.

Jace frunció el ceño ante esa afirmación, pero ya que no había opuesto resistencia a la idea de irse a vivir con él, no siguió tocando el tema.

—Me muero por decírselo a Jack —dijo—. No se lo va a creer.

Jace levantó las manos.

—Hay unas cuantas condiciones, Bethany.

Ella se quedó en silencio y lo miró de manera inquisitiva.

—No voy a permitir drogas en el apartamento. No voy a permitir que estén en ningún lugar cerca de ti. Si Kaden o Trevor las encuentran en cualquier momento, él se va a la calle. Y si ves a Jack, será con Kaden o Trevor o conmigo delante. En eso no voy a dar mi brazo a torcer. Estas son las condiciones.

Bethany estaba callada. Podía ver las ruedecillas girando y trabajando en su mente. Jace se encontró conteniendo la respiración y se preguntó si habría sido muy duro. Pero así era él. No podía cambiar eso, y no lo cambiaría por algo tan importante como era su seguridad.

—Está bien —dijo quedamente—. Se lo explicaré a Jack.

—No.

Ella alzó las cejas y luego las frunció, confusa.

—Yo se lo explicaré a Jack —afirmó Jace seriamente—. No te voy a poner en ninguna situación incómoda. Déjame que sea yo el cabrón. No tengo ningún problema con tener ese papel en lo que a ti se refiere.

—No eres un cabrón —rebató ella con una voz llena de fiereza que lo hizo sonreír.

—¿Eso significa que serías feliz de quedarte conmigo y que no piensas que sea un cabrón por manipularte para que te vengas a vivir conmigo?

Sus ojos se suavizaron y luego se rindió a su abrazo mientras su cuerpo se derretía como agua sobre su piel. Tan suave y cálida. Tan increíblemente perfecta. Las manos de Jace se deslizaron por su espalda y este deseó con todas sus fuerzas que el albornoz no la estuviera cubriendo.

—Yo nunca quise irme —dijo débilmente—. Pensé que eso era lo que tú querías.

—Shhh, nena, no. No digas eso. Nunca.

—Y me preocupo, Jace. Lo hago. Me preocupa la dirección que esto irá tomando y cuánto tiempo seguirás siendo feliz... conmigo.

El tácito miedo era tan evidente como si lo hubiera admitido en voz alta. Estaba preocupada de que esto fuera temporal para él y de qué pasaría con ella cuando, en su cabeza, él se cansara de ella y pasara página.

—Y aún me preocupa no ser lo bastante buena para ti —dijo con una voz rigurosamente vulnerable.

—Oh, nena.

Ella sacudió la cabeza y continuó.

—No encajo en tu mundo. ¿Cómo podría? Tengo miedo de que un día tú te des cuenta de eso.

Jace le acarició el rostro con la palma de la mano para dejar que siguiera apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Tú eres mi mundo, nena. Ya hemos tenido esta discusión.

Él pudo sentirla cerrar los ojos con fuerza y temblar. La abrazó incluso con más firmeza y la besó en su suave pelo.

—Quiero creer eso —susurró—. Porque eres mío, Jace. Y eso me asusta. Eres mi mundo entero. Todo lo que lo convierte en maravilloso. Lo mejor que me haya pasado nunca. He perdido mucho en mi vida, y he sobrevivido. Pero si te pierdo a ti, me devastaría como nada antes lo hubiera hecho. Posees mucho poder sobre mí y eso me asusta.

Jace cerró los ojos e inspiró hondo mientras sus palabras lo inundaban. No había dicho que lo amara, pero estaba convencido de que era solo porque ese era el último hueco que debía llenar. Una señal de su máxima sumisión. Un quizás de que todavía no estaba lista para eso. Podía esperar. Para siempre, si es que le llevaba tanto tiempo. Estaba más que contento con pasar los siguientes cuarenta años convenciéndola de que no se iba a ir a ninguna parte. Tarde o temprano escucharía esas palabras de su boca, y, ese día, cuando llegara, se quedaría grabado en su memoria para siempre.

—Nena, escúchame.

Ella se movió de nuevo y lo miró a los ojos. Jace le tocó la boca y le delineó el arco de los labios.

—La clase de poder del que hablas no va de tener control. Ni de tu sumisión. Va de mi dominancia. Es un poder emocional. Pero nena, tú tienes exactamente el mismo poder sobre mí. En lo que a nuestra relación respecta, tú tienes de lejos más poder que yo.

Sus ojos se abrieron como platos ante la sorpresa.

—Es verdad —dijo antes de que ella pudiera ponerle palabras a su protesta—. Tú tienes más poder, más control del que te puedas siquiera imaginar. Mi corazón está en tus manos. Y no es un farol. No estoy diciendo cosas que crea que quieres escuchar para manipularte. No puedo ser más honesto contigo. Soy tuyo, nena. Me pongo en tus manos. Mi corazón, mi alma y todo mi ser te pertenecen.

—Jace.

Su nombre salió en una ráfaga de aire mientras se lo quedaba mirando con tristeza en los ojos. Había formado un gesto de sorpresa con los labios y las manos le temblaban al mismo tiempo que las levantaba para tocar su rostro. Cuando lo tocaron, él se volvió hacia sus palmas y depositó un beso sobre la suave piel.

—¿De verdad? —susurró.

Él sonrió.

—No puedes pensar de verdad que tengo por costumbre decirle todo esto a cada mujer con la que me acuesto.

Ella negó con la cabeza.

—No, no me lo puedo imaginar.

—Entonces créetelo, nena. Mírame. Cree en ti. En nosotros. Esto es real. Tan

real como es posible serlo. Nada ha sido nunca más real en toda mi vida.

—De acuerdo —dijo con una voz tan baja y queda que le envió a Jace dulces escalofríos bajo la piel.

—¿Vas a venir a vivir aquí?

Asintió.

—¿Estás preparada para someterte a mí por completo? Y no solo en el dormitorio, nena. En todos los aspectos de nuestra relación.

Hubo solo una breve vacilación antes de que ella asintiera una tercera vez.

—Nunca vuelvas a desaparecer así, Bethany. No importa lo que pase, te quedas y luchas. Gritame, discute, tírame cosas, lo que sea que quieras hacer, pero nunca te alejes de mí. Quédate y lucha por lo que tenemos. Ya sabes que tengo mucho temperamento. Y sabes que digo estupideces que no quiero decir. Pero no puedes meterte el rabo entre las piernas y huir cada vez que la cosa se ponga difícil. Prométemelo.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y se inclinó hacia él con cariño y dulzura.

—Te lo prometo.

Capítulo

32

—Jace —susurró Bethany cerca de su oído.

—¿Sí, nena?

Bethany estaba acurrucada a su lado, con el cuerpo flácido y saciado debido al sexo. Si Jace había tenido dudas antes de lo que era hacer el amor, ya habían desaparecido. Se habían pasado horas y horas besándose, tocándose, descubriendo el cuerpo del otro, y Jace había estado especialmente contento debido al atrevimiento que Bethany mostraba en la cama.

Aún era adorablemente tímida y a veces vacilante, pero estaba cogiendo más confianza en sí misma y Jace se deleitaba en cada iniciativa que ella tomaba. No había habido lugar para la dominancia ni para su perversidad en el redescubrimiento mutuo de anoche. Él simplemente había vertido cada gota de emoción que sentía en el coito hasta que ambos estuvieron completamente agotados.

Bethany se apoyó sobre un codo y abandonó el hueco en el hombro de Jace donde su cabeza había estado apoyada. Jace quería volverla a atraer hacia él al no gustarle su repentino alejamiento de entre sus brazos, pero ella lo estaba mirando con el ceño fruncido. Algo estaba dándole vueltas en la cabeza y él no quería acallarla.

Bethany levantó una mano para tocar la gargantilla que llevaba alrededor del cuello y la recorrió con los dedos mientras parecía ordenar sus pensamientos.

—¿Qué significa esto para ti? —preguntó calladamente—. ¿Qué es en realidad? Me dijiste en el apartamento que siempre y cuando yo llevara tu collar estaba bajo tu protección. ¿Qué significa eso?

Él suspiró y odió la incapacidad de controlar su lengua cuando estaba enfadado. Esa no era la manera en la que quería explicarle el significado que tenía que llevara puesta la gargantilla que le había regalado.

—Es un símbolo de propiedad —dijo en un tono cauto—. Es un regalo que un hombre le da a su sumisa. A una mujer que quiere y que está bajo su cuidado. Significa que me pertenesces. Que te has sometido a mí.

Bethany frunció el ceño más profundamente y se quedó en silencio durante un buen rato.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando me lo regalaste?

Jace también se apoyó sobre un codo para quedar ambos a la misma altura de los ojos. Alargó la mano para tocarle la mejilla y le acarició la suave piel. Luego dejó que sus dedos viajaran hasta la gargantilla y hasta el diamante que yacía contra su garganta.

—Tenía miedo de que fuera demasiado pronto. De que no lo entendieras por completo. No quería presionarte. Tenía miedo de que no lo quisieras si sabías lo

que de verdad significaba.

Ella se mordió el labio, pensativa.

—Pero Jace, ¿por qué querías que lo llevara si ignoraba su significado? No tendría ningún valor hasta que yo supiera lo que significaba. Cualquier satisfacción que sintieras al verme llevarlo puesto debía de estar vacía porque yo no sabía lo que estaba llevando.

Jace arqueó los labios con arrepentimiento.

—Ahí me has pillado. Y tienes razón. Para mí era suficiente con ver que lo llevabas puesto alrededor del cuello y con saber yo lo que significaba. Pero tienes razón. Nunca tendría pleno significado hasta que tú reconocieras y aceptaras su verdadero sentido.

—Es importante para ti —dijo. No era una pregunta, sino la confirmación de un hecho.

Él asintió.

—Lo es. Pero a lo mejor no por las razones que crees. No es que sea el cabrón que te ha marcado como una posesión. La simple verdad es que me gusta vértelo alrededor del cuello porque yo te lo di y es un símbolo del regalo que tú me has dado a mí.

Bethany lo miró asombrada.

—No lo había considerado desde esa perspectiva.

Jace sonrió.

—No, aún estás convencida de que no me has dado nada y de que no tienes nada que darme. Pero eso no es verdad, nena. Me has dado el regalo más preciado que me podrían haber dado nunca. Tú.

Las lágrimas brillaron con fuerza en sus fieros ojos azules. Luego, para su sorpresa, levantó las manos hacia la gargantilla para desabrochársela. Dejó que se deslizara por su cuello y luego se la tendió.

El miedo se apoderó de él mientras se la quedaba mirando boquiabierto. ¿La estaba rechazando?

—No sabía lo que significaba antes —dijo, aún tendiéndole la gargantilla—. Quiero que me la pongas ahora cuando ambos sabemos lo que significa.

Su pecho casi explotó al formársele un nudo. La mano le tembló cuando se la cogió de los dedos. Se colocó de rodillas y luego dijo:

—Ponte de rodillas, nena. Arrodíllate aquí en la cama.

Ella se colocó frente a él, tan preciosa que dolía, con el pelo revuelto y los ojos adormilados. Ojos que estaban llenos de algo que no se atrevía a desear. Amor.

Sostuvo la gargantilla para que ella pudiera verla extendida en sus manos. Luego la miró a los ojos.

—¿Llevarás mi collar, Bethany? No es únicamente un símbolo de mi propiedad. Es un símbolo de tu regalo hacia mí, pero también de mi regalo hacia

ti. Te querré absolutamente y te protegeré. Me ocuparé de que todas tus necesidades se vean saciadas. Tu cuerpo será mío, pero el mío será también tuyo. Te amaré y adoraré con todo lo que es mío.

—Sí. Oh, Jace, sí —dijo en voz baja.

Deslizó la gargantilla una vez más alrededor de su cuello. Fue mucho más dulce esta vez porque, como había dicho, ahora ella sabía el significado que contenía. Aceptó no solo la gargantilla sino también a él. ¿Se podía pedir algo más?

La abrochó y luego le pasó los dedos por la parte frontal para tocar la lágrima de diamante que se encontraba enredada entre las tiras de cuero. Luego se inclinó hacia delante y reclamó su boca. Su lengua encontró la de ella con una pasión y un fervor que lo hizo incluso marearse.

—Te amo, Bethany.

—¡Jace!

Pero él no la dejó gritar. No en su cama y no mientras la abrazara. Él solo quería su felicidad, y siempre y cuando tuviera el poder de mantener esas lágrimas a raya, lo haría.

—Hazme el amor, nena. Una y otra vez. Esta vez sabiendo los dos que me perteneces en alma y corazón.

Ella puso los brazos alrededor de su cuello. Se tumbó de espaldas sobre el colchón y Jace se dejó llevar y la mantuvo firmemente pegada a la cama mientras devoraba su boca y la cubría con su cuerpo.

—Nunca me he sentido así por una mujer —murmuró contra su piel—. Nunca antes. Y nunca lo volveré a hacer.

—Jace —susurró con un deje ronco en la voz—. Ámame. Por favor.

—Lo hago. Lo haré. Te quiero. No tienes que pedirme eso, nena. Es tuyo o Soy tuyo. Eso no va a cambiar.

Él la besó en los pechos. Su lengua jugueteó con uno de los pezones hasta conseguir que se endureciera antes de desviar su atención hacia el otro. Lo lamio y luego lo succionó; le encantaba el excitado zumbido que emanaba de ella. El cuerpo se tensó debajo del suyo y Bethany se arqueó bajo su boca.

Enredó las manos en su pelo para mantenerlo firmemente pegado contra su pecho.

Jace sonrió.

—¿A mi niña le gusta?

Bethany gimió.

—Lo único que me gusta más es cuando pones la boca... ahí abajo.

Aún adorablemente tímida. A Jace le encantaba eso de ella. Lo vacilante que era para expresar cuáles eran sus deseos y necesidades.

—Que no se diga que no me esfuerzo por satisfacer a mi mujer —ronroneó mientras bajaba a lo largo de su cuerpo.

Le abrió los muslos y dejó a la vista su dulce sexo. Trazó una línea con un dedo sobre los delicados labios y la abrió incluso más para poder tener acceso a su carne hinchada y rosada. Brillaba, húmeda, y su miembro se endureció incluso más de solo imaginar su sabor en la lengua.

La lamio con fuerza, cubriéndola entera con su lengua desde la abertura de su cuerpo hasta su clitoris. Practicó movimientos circulares alrededor del botón aterciopelado y luego cuidadosamente lo colocó entre sus labios para succionarlo ligeramente.

Bethany se arqueó debajo de él y hundió más sus dedos en el pelo de Jace para mantenerlo pegado a ella. Jace se pegó un banquete con ella. Se la comió, la lamio, la succionó y deslizo su lengua en su interior para poseerla con húmedas caricias.

No podía obtener suficiente. Nunca tendría suficiente de su sabor, de su tacto tan suave y sedoso contra sus labios. Le encantaba cómo temblaba bajo su contacto, sus pequeños jadeos y suspiros. Nunca se había imaginado que estaría tan pillado por una mujer. No había mentido cuando le había dicho a Bethany que sostenía un gran poder sobre él. Un poder muchísimo más grande que el que él ejercía sobre ella. Porque sin ella, él no tenía nada.

Sin ella, su dinero, su riqueza, su prestigio, no significaban nada. Ella no se creía digna de Jace porque él tenía cosas materiales que ella no poseía. Pero lo que ella le daba a él era mucho más dulce, y no tenía precio ni medida.

—Jace —dijo en un suave gemido—. Cariño, por favor.

Era la primera vez que había usado ese apelativo con él y le gustaba. Le gustaba un montón. Nunca se había considerado un hombre que quisiera que su mujer lo llamara con nombres cursis. Él mismo nunca los había usado con ninguna otra mujer. Pero con Bethany, las palabras le salían con tanta facilidad... Los términos afectivos se le escapaban de los labios antes de que supiera que los estaba pronunciando.

—Dilo otra vez —dijo con voz ronca.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos estaban inundados de amor y de cariño.

—¿Decir qué?

—Me has llamado «cariño».

Una sonrisa se curvó en sus labios y los ojos le brillaron mientras ensanchaba la sonrisa.

—¿Te gusta?

—Sí —contestó él bruscamente.

—Cariño —susurró de nuevo Bethany.

Jace cerró los ojos y la lamio de nuevo, disfrutando del intenso estremecimiento que su boca la había obligado a sentir.

—Dime cómo lo quieres —preguntó—. ¿Quieres correrte en mi boca o me quieres en tu interior?

—¿Puedo elegir?

Había divertimento en su voz, así que Jace levantó la cabeza y vio un brillo provocador en sus ojos. Dios, le encantaba esto. La cómoda y fácil compenetración que se había forjado entre ellos. Bien se podía imaginar a sí mismo y a Bethany riéndose y amándose de esta forma durante las siguientes décadas.

—Sí, nena, puedes elegir. De una forma u otra, te vas a correr, así que spongo que vas a salir ganando sí o sí. Y yo también gano sí o sí. O bien te corres en mi lengua; no hay ninguna desventaja en eso. O bien te corres con mi polla tan dentro de ti que mis pelotas quieran introducirse en ti también. Y, obviamente, eso tampoco supone ninguna desventaja.

Ella se rio suavemente y volvió a descansar la cabeza en la almohada mientras un suspiro de alegría se le escapaba del pecho.

—Bueno. Es una decisión complicada porque tienes una lengua muy, muy hábil. Pero me encanta cuando estás en mi interior.

—No se diga más —gruñó mientras levantaba su cuerpo hasta que sus bocas quedaran a la misma altura.

La besó y acarició su lengua mientras la dejaba saborear su esencia y la dulce humedad que aún mantenía en su propia lengua.

—Ayúdame a entrar, nena. Guíame.

Jace casi perdió la cabeza cuando Bethany colocó los dedos alrededor de su rígido miembro y luego con su otra mano se abrió los labios vaginales y posicionó el glande sobre su abertura.

Se paró durante un momento y lo acarició ligeramente con los dedos hasta llegar a los testículos. Los masajéo y presionó suavemente hasta que estuvo a punto de jadear de necesidad. Estaba muy cerca de correrse sobre su sexo sin siquiera haberse introducido en ella.

Bethany le provocaba eso. Lo hacía volverse loco de necesidad. Lo hacía olvidarse del control y de la paciencia. Cerró los ojos y apoyó todo su peso en los antebrazos.

—¿Estás preparado? —le susurró.

—Pequeña provocadora —le respondió él.

Bethany sonrió y luego se arqueó para acogerlo centímetro a centímetro. Luego apartó la mano de él y le rodeó los hombros con los brazos para atraerlo hacia ella hasta estar completamente nivelado con su cuerpo.

—Tómame. Hazme el amor, Jace.

Él se deslizó en su interior lenta y suavemente. Empujó sus caderas hasta que estas tocaron la parte inferior de sus muslos. Bethany colocó sus talones alrededor de la espalda de Jace y se movió con él para encontrarse con sus embestidas.

Jace la besó en los labios, se movió hacia su comisura y luego le trazó una

línea de besos desde la mandíbula hasta la oreja. Le mordió juguetonamente el lóbulo y luego lo succionó entre sus labios imitando la atención que le había otorgado antes a sus pechos.

Se humedeció alrededor de su miembro y lo bañó de un calor instantáneo.

—A mi niña le gusta eso también —murmuró.

—Mmmm —gimió ella—. Mis orejas son muy sensibles.

Le lamio el lóbulo y luego le resiguió con la lengua la oreja entera hasta conseguir que se estremeciera debajo de él con violencia. Su sexo se contrajo y luego se tensó con más firmeza, que solo consiguió succionarlo más.

—Le gusta mucho, mucho —dijo con una risita.

Bethany le hincó los dientes en un hombro y ahora le tocaba a él el turno de estremecerse y tensarse encima de ella.

—Mmmm, a mi cariño le gusta eso —le dijo con suficiencia.

—Ya te digo. Me gustan tus dientes, tu boca, tu lengua. Cualquier parte de ti que pueda tener, nena. Me gusta todo.

—En ese caso...

Bethany trazó un camino de mordisquitos desde el cuello hasta su oreja y luego volvió a descender. Las terminaciones nerviosas de Jace crepitaron y se volvieron locas. Su pene salió disparado hacia delante, poseyéndola con tanta fuerza hasta que temió hacerle daño. Pero ya no tenía control alguno, su cuerpo había tomado las riendas sobre su necesidad e instinto de encontrar alivio.

—Ve acercándote —dijo rechinando los dientes—. Ve llegando, nena. Estoy cerca. No voy a durar mucho más.

Ella le pasó las manos alrededor del cuello y lo abrazó contra ella mientras levantaba su cuerpo como si buscara más.

—Te amo —susurró Bethany.

Las palabras volaron sobre su oído. Esas palabras. Dios, esas palabras. Era lo único que le quedaba recibir de ella. Esa única cosa que no le había dado hasta ahora. Era el sonido más precioso que hubiera escuchado nunca en su vida.

La euforia lo inundó y se extendió por los rincones más oscuros de su alma e iluminó con fuerza cada sombra.

—Bethany —pronunció ahogadamente—. Dios, nena, yo también te amo. Muchísimo. Córrete conmigo ya.

—Ya estoy ahí.

Esas dulces palabras. Ese «te amo» tan dulcemente susurrado aún se hacía eco en su mente y lo enviaba directamente en caída libre. Su semen manó de su miembro y salió disparado hacia el interior de su sexo. El calor y la fricción eran casi dolorosos debido a la intensidad de los movimientos. Y aún así siguió corriéndose y corriéndose; su orgasmo era una fuerza imparable. La empapó de su semilla y luego se hundió bien dentro de ella y se quedó allí tan profundamente como pudo. Permaneció ahí queriendo eternizarse en su vientre.

En ese momento maldijo el método anticonceptivo. Tenía una necesidad salvaje de darle un hijo, de dejarla embarazada de su hijo. El de ambos. Un hijo o una hija. La imagen de Bethany gordita y con su hijo en sus entrañas lo mantuvo duro cuando se suponía que debía ir perdiendo rigidez en la erección.

Se desplomó sobre ella y cayó sobre su delicada suavidad. Dios, le encantaba sentirla debajo de su cuerpo. Bethany suspiró de felicidad y lo besó en el cuello mientras le acariciaba la espalda de arriba abajo hasta el trasero.

—Si por mí fuera me quedaría dentro de ti para siempre.

Él la sintió sonreír bajo su piel.

—Dímelas otra vez—la urgió—. Quiero oír las palabras otra vez, Bethany.

Ella no vaciló. No malinterpretó lo que le había pedido.

—Te amo.

Jace cerró los ojos y respiró hondo. No podía pedir más que esto. Que lo que tenía justo aquí y ahora entre sus brazos.

—Yo también te amo, nena.

Capítulo

33

Jace se despertó con el sonido del teléfono. Se alzó y le echó un vistazo al reloj y luego blasfemó. Él nunca se quedaba dormido. Ni siquiera en la universidad, nunca había llegado tarde a una clase. Eran las nueve pasadas y no se había siquiera movido en la cama hasta ahora. Esta era la segunda vez que recordara levantarse tarde y desorientado. Y ambas veces habían sido tras pasar una noche emocionante junto a Bethany.

Bajó la mirada hacia donde la oscura cabeza de Bethany yacía apoyada en su hombro. Ella tampoco se había movido ni una vez. Habían hecho el amor incontables veces hasta que se hubieron quedado dormidos en un sueño profundo debido al cansancio.

Alargó la mano hacia la mesita de noche para coger el teléfono móvil y vio que Kaden lo estaba llamando.

—Jace Crestwell —descolgó.

—Señor Crestwell, pensé que le gustaría saber que Kingston ha regresado al apartamento.

—¿Está allí ahora? —preguntó Jace en voz baja.

—Sí, señor. Vino hace pocos minutos. Entró y aún no se ha ido.

—Asegúrate de que no lo haga —dijo Jace con sequedad—. Voy para allá.

—Sí, señor.

Jace colgó al mismo tiempo que Bethany se removió a su lado. Levantó la cabeza y lo miró con ojos adormilados.

—¿Va todo bien?

La besó en la frente.

—Tengo que salir un momento. —Vaciló por un momento—. Jack ha vuelto al apartamento.

Los ojos de Bethany se volvieron más alertas y perdieron el aire adormilado.

—Voy contigo.

Jace negó con la cabeza.

—No. Yo me ocuparé de esto, Bethany.

Ella comenzó a agitarse, así que antes de que pudiera levantarse y molestarse más, Jace dijo con firmeza:

—No quiero que te veas involucrada en esto. Teníamos un acuerdo. Necesito que confíes en mí. Yo me haré cargo.

—Está bien —cedió ella con voz queda.

Jace la besó otra vez.

—Todo irá bien, nena. Confía en mí.

—Lo hago —susurró.

—Mientras esté allí, me encargaré de hacer los arreglos necesarios para que

te traigan todas las cosas aquí.

Ella se mordió el labio.

—¿Te estás arrepintiendo?—preguntó cautelosamente.

Bethany negó con la cabeza.

—No. Lo quiero. Te quiero a ti. Y confío en ti, Jace. Por favor no pienses lo contrario. Esto es duro para mí. Jack es importante para mí. Ambos lo sois. Sé que él no es perfecto, sé que ha hecho cosas que no son... buenas. Pero solo quiero que esté bien y que tenga las cosas que la mayoría de la gente da por sentadas.

—Ya lo sé, nena. No te preocupes. Te llamaré cuando haya terminado con Jack, ¿de acuerdo? ¿Tiene tu móvil batería?

Ella se encogió de hombros y Jace puso los ojos en blanco.

—Lo dejaré cargando antes de irme. Lo encontrarás sobre la mesa de la cocina.

Apartó las sábanas y se bajó de la cama. Pero luego se volvió a inclinar porque quería besarla una vez más, quería saborear la sensación de tenerla bajo sus labios una última vez antes de que tuviera que irse para resolver el problema de Jack.

Esta no era una situación precisamente agradable. Pero por Bethany lo haría, aunque su preferencia fuera decirle a Jack que se alejara y desapareciera de la vida de Bethany a partir de ahora. En adelante. Sin embargo, Bethany nunca le perdonaría por ello, y Jace no iba a arriesgarse a perderla cuando ayudando a Jack podía marcar una pequeña diferencia en su vida en vez de tener que enfrentarse al otro hombre.

Una parte de él lo disfrutaba. Quería ver con sus propios ojos en qué posición se encontraba Jack con respecto a Bethany. Aunque Bethany lo considerara un hermano, Jace no estaba muy convencido de que los sentimientos de Jack fueran tan fraternales.

Eso se lo guardaría para él porque Bethany era inocente respecto a muchas cosas, Jack incluido, y nunca vería la situación de la forma que otra persona con perspectiva sí. Pero bueno, Jace tenía muy poca perspectiva en lo referente a ella.

—No quiero que te preocupes por esto, nena. Irá bien. Jack puede llamarte y tú puedes llamarlo. No me importa siquiera que lo veas siempre y cuando Kaden o Trevor estén contigo cuando yo no pueda.

—Gracias, Jace. —Sus ojos brillaban y se mostraban serios—. Significa mucho para mí.

—Te quiero —le dijo con voz ronca.

El rostro de Bethany se suavizó y la preocupación se esfumó de su mirada. Jace se dio cuenta entonces de la tranquilidad que esas palabras le daban y se prometió a sí mismo que no pasaría ni un solo día más sin que se las dijera.

—Yo también te quiero.

Se adentró en el cuarto de baño antes de poder decir a la mierda con Jack y volver a tumbar a Bethany en la cama para hacerle el amor durante el resto del día. Ya iba a llegar bastante tarde al trabajo, que era muy poco común en él. Llamaría a Eleanor de camino para avisarla. A pesar de haber terminado las festividades, en los negocios todo seguía y tenían entre manos múltiples proyectos. Proyectos que necesitaban la constante atención de él, Gabe y Ash.

Y si tenía que ser honesto consigo mismo —y lo era— sabía que habían pasado semanas desde que le dedicara plena atención al trabajo. Quizás nunca volvería a ser su prioridad número uno. Ahora tenía a Bethany y ella era lo más importante de su vida. No el trabajo, ni los negocios, ni siquiera la asociación con sus dos mejores amigos.

Cuarenta y cinco minutos después, se adentró con pasos decididos en el complejo de apartamentos y se reunió con Kaden en el vestíbulo.

—¿Aún sigue aquí? —preguntó Jace rápidamente.

Kaden asintió.

—Sí, señor. No ha bajado desde que llegó.

—Muy bien. Quiero que tú y Trevor vigiléis constantemente todo lo que hace. Incluso cuando se vaya. Quiero saber adónde va, con quién se ve y lo que hace. Y especialmente quiero saber si contacta con Bethany y cuándo lo hace, si la ve o si queda con ella. Bajo ninguna circunstancia quiero que la vea estando solo. Le he pedido a ella que no vea a Jack sin ti o sin Trevor o sin mí, pero si Jack intenta buscarla, ella podría no saberlo hasta que esté enfrente de sus narices. Y quiero que estéis en medio. Hay que protegerla a toda costa.

—Entendido —dijo Kaden seriamente.

Jace se encaminó hacia el ascensor y Kaden lo acompañó. Jace envió una mirada inquisidora en su dirección y Kaden apretó la mandíbula con firmeza.

—Señor, es lógico que si el hombre es un posible riesgo para la seguridad de Bethany, y usted va a enfrentarse a él, quizá también lo sea para usted. Me sentiría mejor si me permitiera estar presente cuando vaya a hablar con él. Por supuesto, mantendré una distancia prudencial y seré muy discreto con cualquier cosa que pueda escuchar.

Jace dibujó una sonrisa en su rostro mientras se subían al ascensor.

—Das buenos argumentos.

Subieron en silencio y cuando llegaron a la puerta del apartamento, Jace no anunció su llegada ni tocó el timbre. Simplemente metió la llave en la cerradura y entró.

—Bethy, ya era hora —dijo Jack desde el sofá del salón donde estaba repantigado—. Estaba empezando a pensar que nunca iba a disfrutar de esa cena que me habías prometido.

Entonces Jack alzó la mirada y sus ojos se volvieron cautos además de

entrecerrarse cuando vio a Jace y a Kaden.

—¿Dónde está Bethany?—exigió Jack

—A salvo —ofreció Jace secamente—. Y va a seguir así. Tú y yo tenemos una charla pendiente, Jack

—Estoy en desventaja —dijo Jack con voz lenta y pesados—. ¿Quién narices eres tú?

—Soy el hombre que pretende asegurarse de que te mantengas alejado de Bethany, imbécil arrogante.

Las cejas de Jack se alzaron.

—Así que tú eres su novio. Bonito apartamento le has dado a Bethy. Muy generoso de tu parte.

Jace entrecerró los ojos ante el sarcasmo que salió de la boca de Jack

—Ella ya no va a vivir aquí —dijo Jace.

Jace se levantó del sofá con los ojos llenos de furia.

—¿Qué le has hecho, maldito cabrón? ¿La has echado? Si le haces daño, te mataré.

Kaden se interpuso con una expresión amenazadora en el rostro. Jace levantó una mano y Kaden retrocedió una vez más.

—Bethany viene a vivir conmigo, y se va a quedar conmigo de ahora en adelante.

Algo brilló en los ojos de Jack. ¿Tristeza? ¿Envidia? Era difícil de decir porque el hombre apartó la mirada al instante.

—Eso está bien —dijo en voz baja—. Le dije que no se preocupara por mí. Ella se merece una vida mejor.

—Ahí sí que estamos de acuerdo —convino Jace.

—¿Estás aquí para echarme entonces? —preguntó Jack con la arrogancia de vuelta en su voz.

Jace respiró hondo. Tenía en la punta de la lengua decir que sí. Decirle que se fuera, que se alejara y que nunca se acercara a Bethany otra vez. Sería tan fácil. Pero si Bethany se enterara algún día, nunca le perdonaría y no estaba dispuesto a arriesgarse. Él la quería feliz y nunca sería completamente feliz a menos que dejara de preocuparse por el maldito Jack

—No —dijo al fin—. Te puedes quedar en el apartamento. Voy a hacer que lleven las cosas de Bethany a mi apartamento pero el resto las puedes usar tú.

Jack entrecerró los ojos sospechosamente.

—¿Y dónde está la trampa? Ni de coña un tipo como tú me daría a mí algo como esto. Tienes a Bethany. ¿Por qué querrías hacer esto por mí?

Jace avanzó con el pecho lleno de furia.

—Dejemos las cosas claras, Jack. No estoy haciendo esto por ti. Lo estoy haciendo por Bethany. Ella te quiere y se preocupa por ti. ¿Y la trampa? No hay trampa, pero sí que hay condiciones.

Jack sonrió con arrogancia y luego se dejó caer sobre el sofá.

—¿Cuáles?

—No traerás drogas al apartamento —gruñó.

El rostro de Jack empalideció y por primera vez se le vio claramente incómodo.

—Sí, sé lo de la mochila. La tengo, y no la volverás a ver. Debería partirte la cara por traer esa mierda al apartamento de Bethany. ¿Y en qué demonios estabas pensando trayéndole calmantes cuando sabes perfectamente bien que había estado enganchada? ¿Qué clase de imbécil le hace eso a alguien por la que se supone que se preocupa?

Jack tragó exageradamente y se puso más blanco aún.

—Tengo que recuperar esa mochila. No lo entiendes. Soy hombre muerto si no la consigo. La dejé aquí porque era más seguro así.

—Más seguro para ti a lo mejor, imbécil. Pero no para Bethany. Se podría haber visto involucrada de nuevo en algo peligroso por tu culpa.

Jack se puso de pie de nuevo apresuradamente.

—Mira, tengo que conseguir esa mochila. La tengo que entregar. Después de eso, no volverás a ver esa mierda nunca. Te lo juro. No la traeré aquí. No la llevaré cerca de Bethany. Acabaré con eso. Pero si no entrego esa mochila mañana, mi vida no valdrá una mierda.

—Dame una única buena razón por la que eso debiera importarme —soltó Jace mordazmente.

Jack se encogió y luego apartó la mirada.

—Porque conocen la existencia de Bethany.

Jace se lanzó contra él con rabia y lo agarró por la andrajosa camiseta que llevaba. Lo estampó de nuevo contra el sofá y se inclinó sobre él hasta quedar a apenas unos centímetros del rostro de Jack.

—¿Qué cojones has hecho?

Jack cerró los ojos.

—Tenía que darles algo que pudieran usar contra mí como fianza y Bethany es todo lo que tengo. Ella es lo más importante para mí.

Un leve gruñido se hizo eco en la habitación y le llevó un momento a Jace darse cuenta de que lo había emitido Kaden, quien se encontraba a apenas un paso de distancia rojo de ira.

—Maldito cabrón —lo insultó Jace.

—Mira, solo dame la mochila y desapareceré de su vida —dijo Jack—. No me volverás a ver, ni sabrás nada de mí. Nunca.

Jace lo empujó de nuevo con suficiente fuerza de tal modo que Jack se golpeó el cuello contra el sofá y su cabeza rebotó.

—Aunque nada me gustaría más que desapareciera y te quedaras bien alejado de la vida de Bethany, eso le dolería y ella es lo único por lo que me

preocupo. Por una vez, piensa en alguien que no seas tú —espetó Jace con disgusto.

—Estoy pensando en ella —rebatió Jack quedamente—. Ella te tiene a ti ahora. No me necesita. Nunca me ha necesitado. Le gusta pensar que yo cuidé de ella, pero eso no es verdad. Siempre fue ella la que cuidó de mí. Se merece algo mejor que una vida en la calle con un gilipollas como yo.

Jace desvió la mirada y se dirigió a Kaden.

—¿Puedes ir a mi apartamento y coger la mochila? Solo quiero que se la traigas aquí. Después, Jack se quedará solo. No quiero que te involucres. Y no quiero que esa mierda se quede aquí. Si no se va tan pronto como se la des, entonces quiero que se la entregues a la policía.

Kaden asintió y Jack empalideció de nuevo.

—Dalo por hecho —dijo Kaden lacónicamente. No despegó los ojos de Jack en ningún momento, ni siquiera cuando intercambió esas palabras con Jace.

—Te puedes quedar aquí —le dijo Jace a Jack—. Puedes contactar con Bethany. Puedes verla. Pero solo si Kaden, Trevor, o yo estamos presentes. Si traes drogas al apartamento o si las traes cerca de Bethany, haré que te arresten tan rápido que no sabrás siquiera qué está pasando. ¿Está claro?

Jack asintió.

—Además, si alguna vez le vuelves a ofrecer drogas a Bethany, te partiré la cara. ¿Eso también te queda claro?

—Sí —murmuró Jack.

—Tengo que ir a la oficina —le comunicó a Kaden—. Te daré una llave de mi apartamento pero voy a avisar a Bethany de que vas para allá. No quiero que sepa nada de la mochila. Solo cógela. Está junto a la puerta en el suelo.

Kaden asintió y cogió la llave de seguridad del ascensor que Jace le lanzó.

Seguidamente Jace fijó su mirada en Jack y puso énfasis a cada una de sus palabras.

—Te puedes quedar aquí, pero no es una estancia gratis. Baja a la tierra y consigue un trabajo. No me importa de qué. Yo me hago cargo de los suministros y dos veces a la semana te entregarán la compra de la tienda de ultramarinos. Lo demás corre de tu cuenta.

—Sé bueno con ella —dijo Jack con voz queda.

De nuevo en sus ojos se reflejó ese brillo que le decía a Jace que Bethany significaba más para él que una simple hermana.

—Tienes que comprender que lo mío con Bethany no es algo temporal —dijo Jace sin importarle si estaba siendo cruel. Jack tenía que entender en qué posición se encontraba Jace y que Bethany nunca iba a ser una posibilidad para él.

—Sí, lo pilló —murmuró Jack—. Sabía que nunca tendría una oportunidad con ella, pero siempre ha sido mía.

—Ya no —espetó Jace—. Ella es mía y yo protejo lo que es mío. Intenta

hacerle daño alguna vez y te hundiré.

—Solo hazla feliz. Es todo lo que pido.

—Tú también puedes hacerla feliz si centras la cabeza y limpias tu mierda —
puntualizó Jace.

La resignación se arremolinaba profundamente en los ojos de Jack. Por primera vez, Jace pudo ver los demonios que consumían al otro hombre. Demonios que una vez lograron carcomer a Bethany también.

—Lo intentaré —dijo sin emoción.

Capítulo

34

Jace y Bethany pasaron la Nochevieja con Gabe, Mia y Ash. Las cosas fueron menos incómodas para Bethany esta vez, pero Jace seguía echándole un cable. Jack era una constante preocupación para ella y Jace maldecía al maldito egoísta por hacerla pasar por esto.

Al día siguiente de que Jace le hubiera devuelto la mochila, Jack desapareció y no había regresado al apartamento desde entonces. Ni tampoco había llamado a Bethany ni había intentado ponerse en contacto con ella de manera alguna. Jace sabía todo esto porque Trevor vigilaba de cerca el apartamento y Kaden a Bethany desde una distancia discreta.

A pesar de haber dejado claro que Kaden tenía que seguir todos los movimientos de Jack, este debió de darse cuenta porque se aseguró de desaparecer por completo y de que sus pasos no fueran rastreados.

Así que mientras Jack estaba fuera de circulación haciendo lo que sea que estuviera haciendo, Bethany se moría de preocupación por él.

Jace había necesitado la ayuda de Gabe, Mia y Ash para intentar darle a Bethany una Nochevieja en la que se relajara y disfrutara de la velada. Se habían reunido en el apartamento de Jace —había pensado que si se encontraban en un lugar donde ella se sintiera como en casa, a lo mejor las cosas rodarían más fluidas— y, para ello, decidió encargarse de la comida para picar favorita de Bethany. También se aseguró de tener suficiente refresco de cereza —el favorito de Mia— a mano, y descubrió rápidamente desde el primer sorbo que a Bethany también le encantaba. Inmediatamente tomó nota mental para comprarlo regularmente.

—Quería que fuerais los primeros en saberlo —dijo Gabe cuando la conversación se hubo dispersado.

Jace desvió la atención hacia su futuro cuñado. Él y Mia estaban sentados en un cómodo sofá de dos plazas, mientras que Jace y Bethany estaban acurrucados en el otro sofá. Ash ocupaba el sillón al otro lado de Jace y Bethany.

Habían comido hasta volverse locos y luego se habían relajado en el salón con bebidas y la televisión encendida para prepararse para ver la caída de la bola en Times Square. Mia había sugerido ir a la misma plaza para verlo, pero Gabe y Jace se negaron ya que no querían verse atrapados entre multitudes alocadas. También estaba el hecho de que Jace no tenía ni idea de dónde estaba Jack o de si había aclarado el tema de las drogas y no quería arriesgarse en lo que a la seguridad de Bethany se refería.

La mirada de Gabe se posó tiernamente sobre Mia, quien le devolvió la sonrisa con los ojos brillándole de la emoción.

—Hemos decidido por fin una fecha —informó Gabe después de una larga

pausa—. O, mejor dicho, Mia ha decidido una fecha —añadió secamente.

Mia le dio un golpe en el brazo como reprimenda y él se rio entre dientes mientras se restregaba el brazo fingiendo que le había dolido.

Bethany sonrió y se inclinó hacia delante con ilusión.

—¡Oh, eso es maravilloso, Mia! ¿Cuándo?

—Me va a hacer esperar hasta abril —dijo Gabe con un quejido—. Quiere tener una boda primaveral. Intenté convencerla para que nos fuéramos mañana y nos casáramos en Las Vegas el primer día del año. No se me ocurre una manera mejor de empezar el año que hacer que la mujer que amo sea oficialmente mía.

Mia se ablandó de pies a cabeza mientras miraba a Gabe a los ojos. Jace sintió un nudo en su propio pecho y volvió a estrechar a Bethany contra él para abrazarla con más firmeza.

Era genial poder pasar tiempo con la familia, con la gente que más le importaba en el mundo. El tener a la mujer que amaba entre sus brazos. El ver a su hermana con el hombre que la amaba y la adoraba inconmensurablemente.

El único que faltaba era... Ash. No era que no estuviera allí. Pero seguía soltero. De hecho, era el único solitario del grupo.

—Has dado un argumento muy romántico para esa fuga —murmuró Mia.

Los ojos de Gabe brillaron con picardía.

—¿Significa eso que lo estás considerando? Puedo hacer que llenen el depósito del avión privado y tenerlo listo en una hora.

Ella lo golpeó de nuevo y puso los ojos en blanco.

—No. Quiero una boda. Que mi hermano me lleve del brazo y todo lo demás. —Su expresión se llenó de anhelo—. Un vestido precioso, una hermosa tarta y que todo el mundo me vea convertirme en la señora de Gabe Hamilton.

—Y yo quiero que tengas todo lo que tú quieras —dijo en un tono serio que dejaba de lado toda pretensión de broma—. Todo lo que quiero al final es que seas mi esposa. Todo lo demás es simplemente el glaseado de esa hermosa tarta que quieres.

Ella ladeó la cabeza y lo besó. Jace puso los ojos en blanco en la dirección de Ash y este sacudió la cabeza a modo de respuesta.

—Esto significa que estaremos sufriendo todos los preparativos durante los siguientes cuatro meses —gimió Ash.

Gabe se rio y Mia miró amenazadoramente en la dirección de Jace y Ash. Luego desvió su atención hacia Bethany.

—Me gustaría que vinieras a mi boda, Bethany —le dijo suavemente.

Bethany se tensó y se quedó boquiabierta por la sorpresa. Se la veía genuinamente abrumada y se había quedado sin palabras. Jace la apretujó contra sí de forma tranquilizadora.

—Pero apenas me conoces —dijo Bethany—. No quiero que te sientas

obligada a incluirme porque yo y Jace...

Mia sonrió.

—No lo estoy. Quiero que estés allí. Es mi gran día, según Gabe, y toda mujer debe salirse con la suya en su gran día. Y yo quiero que estés conmigo.

Las mejillas de Bethany se encendieron pero sus ojos brillaron de placer ante la petición de Mia. Jace quería abrazar a su hermana pequeña por hacerla sentir importante e incluida.

—Entonces me encantaría —dijo Bethany con voz queda.

Mia le sonrió ampliamente.

—Y mientras estoy en modo mandona, mis chicas y yo vamos a ir a Vibe esta semana.

Antes de que pudiera continuar, Gabe soltó un gemido y Jace añadió el suyo propio.

—¡A callar los dos! —los regañó Mia. Luego miró a Bethany como disculpándose—. Como iba diciendo. Mis chicas y yo vamos a ir a la discoteca a bailar y nos encantaría que vinieras.

Bethany levantó la mirada rápidamente hacia Jace como si buscara su aprobación y él frunció el ceño.

—Por supuesto que puedes ir —susurró para que los otros no pudieran oírlo—. No tienes que pedirme permiso.

Bethany le envió una mirada que sugería que ella se estaba adhiriendo a las reglas de su relación. Algo que ambos habían acordado. Y Jace la quería por eso, por querer estar tan dispuesta a cederle poder y control a él. Pero no iba a ser un cabrón tampoco. Jace le daría la luna si ella se la pidiera.

Además, él ya sabía que Mia había planeado invitar a Bethany a salir una noche con las chicas. Cuando le explicó la situación con Jack y lo preocupada y deprimida que Bethany había estado las últimas semanas, Mia aprovechó la oportunidad para decirle que lo que Bethany necesitaba era una noche de chicas.

—Me encantaría —le dijo Bethany a Mia.

El rostro de Mia se iluminó de alegría.

—¡Bien! Entonces, está decidido. Pasado mañana por la noche saldremos. Me pasaré por el apartamento de Jace para recogerte y luego recogeremos a las chicas cuando vayamos de camino. Gabe nos cede un chófer para esa noche.

—Exactamente —murmuró Gabe—. Lo último que necesito es un puñado de muchachas borrachas bamboleándose por todo Manhattan.

Ash se rio entre dientes.

—No me digas.

—Nuestro apartamento, Mia —la corrigió Jace amablemente—. Es mío y de Bethany. No solo mío.

Mia se ruborizó y sus ojos se inundaron de preocupación.

—¡Por supuesto! Lo siento. Estoy tan acostumbrada a llamarlo tu

apartamento. Lo siento, Bethany. No estaba pensando.

Bethany se sintió avergonzada y le envió a Jace un gesto a modo de reprimenda que solo consiguió que sonriera. No estaba ni un poquitín arrepentido de haberle recordado a los otros qué lugar ocupaba Bethany en su vida.

—No pasa nada, Mia. Sabía lo que querías decir —dijo Bethany.

—¡Oh, mirad! —exclamó Mia—. Ya casi es medianoche. ¡La cuenta atrás ha empezado!

Sus miradas se posaron en la televisión justo a tiempo para ver cómo el reloj marcaba las doce.

—¡Feliz año nuevo! —gritó Mia.

—Feliz año nuevo —dijo Ash levantando la copa para hacer un brindis.

—Feliz año nuevo —repitió Gabe.

Jace se inclinó y acarició con sus labios los de Bethany.

—Feliz año nuevo, nena.

—Para ti también —susurró mientras le devolvía el beso.

—¿Sabes cuáles son mis planes para el primer día del año? —susurró Jace.

—¿Cuáles? —le preguntó.

—Hacerte el amor. Dicen que lo que sea que hagas el primer día del año lo seguirás haciendo el resto del año entero.

Ella sonrió.

—¿De verdad?

—Eso dicen.

—En ese caso, yo voto porque hagamos exactamente eso —dijo antes de besarlo de nuevo.

—No tengo ninguna queja.

—Y ellos dicen que nosotros somos malos —gruñó Mia tirando de Jace hacia atrás antes de que se perdiera por completo en el beso de Bethany y se olvidara de dónde se encontraban.

Le envió una mirada asesina a su hermana.

—Oh, por favor. Como si alguien pudiera ser peor que tú y Gabe.

Gabe parecía divertido pero mantuvo la boca cerrada.

—Intentad ser yo —murmuró Ash—. Señor, esto es como un lugar de retiro para parejas.

—Entonces encuentra a una mujer —dijo Mia como si nada.

Ash puso los ojos en blanco y luego se bebió de un trago la copa de vino.

—No tengo prisa, cariño. Además, ¿quién en su sano juicio querría acercarse a mi loca familia?

Mia ahogó un grito.

—¿Nos acaba de insultar?

Jace sonrió y quiso mucho más a su hermana en ese momento. Ash pareció sobrecogido por un momento y luego una sonrisa llena de cariño se abrió paso en

su rostro y sus ojos brillaron con afecto.

Mia le había recordado que ellos eran su familia. No su padre, ni su madre o los estúpidos de sus hermanos. Aquí, en esta habitación, estaba la verdadera familia de Ash. Los que lo apoyaban de forma incondicional.

—Nunca —dijo Ash—. Y gracias por el recordatorio, cielo.

Bethany miraba a los demás con algo parecido al asombro. Su sonrisa estaba llena de anhelo por lo que los otros compartían. Ese lazo irrompible. Uno que se había extendido hasta ella ahora, aunque aún no lo hubiera asimilado.

—Ellos también son tu familia —murmuró Jace en su oído.

Ella se giró hacia él con los ojos brillantes de felicidad por primera vez en días. Ya no estaban nublados de tristeza ni preocupación.

—Sí —soltó en voz baja—. Supongo que lo son, ¿verdad?

Él la besó prolongadamente y la abrazó fuertemente contra su pecho.

—Es una sensación buena, ¿a que sí?

—La mejor —respondió ferozmente—. Es algo que nunca me imaginé que pudiera tener. Aún no me lo puedo creer. Aún me despierto y tengo que decirme que esto está ocurriendo de verdad y no es un sueño loco al que me he aferrado.

Jace sonrió amablemente; el pecho le dolía de todo el amor que sentía por ella.

—Créetelo, nena. Es real y es tuyo.

Capítulo

35

—Me siento tan culpable —dijo Bethany.

Mia la miró con el ceño fruncido desde donde estaba sentada junto a ella en la limusina, confusa.

Bethany suspiró.

—No tengo ni idea de dónde está Jack. Si está vivo o muerto, hambriento o helado. Nada. Y aun así yo estoy siguiendo con mi vida, saliendo de discoteca con unas amigas. Me resulta tan... frío y cruel.

Mia alargó la mano y dio un apretón a la de Bethany.

—Oh, cariño, tú no eres para nada fría ni cruel. Date un respiro. Jack es un hombre adulto. Ha tomado sus decisiones, ya sean buenas o malas, y tienes que aceptarlo. No puedes vivir su vida por él. No puedes hacer que haga lo correcto. Pero lo que sí puedes hacer es vivir tu vida. Sé feliz y toma tus propias decisiones sin ningún tipo de culpa.

Bethany miró sin pestañear a la otra mujer, asombrada de ver cuánta razón tenía Mia.

—Soy una idiota.

Mia se rio.

—¿Primero eres fría y cruel y ahora eres una idiota?

Bethany soltó un profundo suspiro.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Jace me ha estado diciendo lo mismo, pero yo lo he ignorado. Y ahora lo dices tú y de repente todo tiene más sentido.

—Es porque soy más lista que Jace —dijo Mia con suficiencia.

Bethany sonrió sintiéndose más ligera de lo que lo había estado en toda la semana.

—Gracias por invitarme esta noche —dijo mientras se inclinaba hacia ella para abrazarla en un impulso.

Mia le devolvió el abrazo con fuerza.

—Gracias por hacer a mi hermano feliz.

Bethany se apartó y curvó los labios con arrepentimiento.

—Solo espero seguir haciéndole feliz. Lo quiero.

—Y él te quiere —dijo Mia como si nada—. Está más claro que el agua. Nunca lo he visto así por ninguna otra mujer. ¡Y tengo que decirte que es increíble de ver!

El coche se paró enfrente de otro complejo de apartamentos donde cuatro mujeres se encontraban esperando. Mia salió del coche y se llevó a Bethany con ella.

—Haré esto rápido. ¡Hace un frío que pela! —dijo Mia—. Bethany, quiero que conozcas a mis mejores amigas, Caroline, Chessy, Gina y Trish. Chicas, esta

es la novia de Jace, Bethany.

—Ah, maldita sea, Mia. Quieres romperme el corazón, ¿eh? —soltó Chessy de forma dramática.

Bethany miró con confusión a la guapa mujer.

Mia se rio.

—Ha estado encaprichada de Jace desde siempre. La está matando saber que está fuera del mercado.

Bethany soltó una carcajada.

—Lo siento. Bueno, en realidad no.

Las otras se rieron con ella.

—Yo tampoco lo sentiría —dijo Trish—. Jace es un buen ejemplar. Eres una mujer con suerte, Bethany.

—¿Y Ash qué? —preguntó Gina con esperanzas—. Entonces, ¿él también está fuera del mercado?

Los ojos de Mia se abrieron desmesuradamente.

—Oh, mierda. ¡No, no! Bethany solo está con Jace.

Las mejillas de Bethany se encendieron cuando esta se ruborizó furiosamente. Obviamente todas ellas sabían de la propensión de Jace y Ash por hacer tríos. Ahora pensaban que estaba liada con ambos. De ninguna manera iba a admitir que había tenido sexo con los dos hombres.

Los ojos de las otras chicas se agrandaron.

—Joder —dijo Caroline en voz baja—. Jace va en solitario ahora. Guau, Bethany. Debes de haberlo vuelto loco.

—Bueno, ya está bien, ya basta de atormentar a Bethany con las proezas sexuales de mi hermano —gimió Mia—. ¡Entremos en el coche y vayamos a divertirnos!

—Estoy de acuerdo —dijo Chessy—. Caro, ¿Brandon trabaja hoy?

El rostro de Caroline se iluminó.

—Sí, dijo que se ocuparía totalmente de nosotras.

Las otras se rieron mientras formaban una fila para subirse a la limusina.

—El novio de Caroline trabaja como segurata en Vibe —explicó Mia—. Viven juntos ahora y él es extremadamente protector con ella y, bueno, con nosotras también cuando salimos. No tenemos que preocuparnos de nada que nos pueda molestar. Brandon corre la voz entre los otros tíos que trabajan allí y tenemos trato vip al máximo. Lo que sea que queramos, lo tenemos, y todos nos echan un ojo. Gabe tuvo que discutir eso con Brandon hasta llegar a un acuerdo antes de dejar que volviéramos allí.

Esto último lo dijo poniendo los ojos en blanco y las otras estallaron en risitas.

—Quiero uno de esos hombres tan locamente sobreprotectores —gruñó Chessy—. Son geniales si lo miramos desde un punto de vista troglodita y cavernícola. Pero son la bomba en la cama, o al menos eso nos dicen Mia y

Caroline.

Se echó hacia delante para abalanzarse sobre Bethany.

—Y ahora te tenemos a ti para contarnos lo increíble que Jace es en la cama. No sabes cuánto tiempo he pasado fantaseando con ese dato desconocido.

—Pero, por favor, no nos digas que es todo superficial y aburrido —saltó Gina con un escalofrío—. Si es así, míentenos y déjanos vivir en nuestra fantasía un poquito más.

Bethany soltó una carcajada otra vez.

—¡Tías! —siseó Mia—. Dadle un respiro. Vais a asustarla antes de que lleguemos al club siquiera. Y si vuelve a casa y le cuenta a Jace todo esto, ¡nunca dejará que salga con nosotras otra vez!

—Dinos aunque sea algo, muchacha —le dijo Trish a Bethany.

Bethany sonrió.

—No es todo superficial y aburrido.

Todas gimieron.

—Eres mala. Provocándonos así con lo que nunca podremos tener —refunfuñó Gina.

Bethany se relajó y disfrutó de algo que nunca antes había experimentado. Amistades. Siempre habían sido Jack y ella. Nunca se había acercado a nadie y ahora sí quería hacerlo. Quería esta camaradería. Una noche con amigas. Era divertido.

Cuando pararon frente a la discoteca, la puerta se abrió y un hombre impresionante de apariencia latina con perilla y un pendiente le tendió la mano a Caroline para ayudarla. La estrechó inmediatamente entre sus musculosos brazos y le estampó un beso en los labios que hizo que todas las demás suspiraran y silbaran.

—Mierda —masculló Chessy—. Soy una perra envidiosa ahora mismo.

—Ese debe de ser su novio —le murmuró Bethany a Mia.

Mia sonrió.

—Sí, ese es Brandon. Está loquito por Caro y ella está igual con él.

—Señoritas —dijo Brandon ofreciéndoles la mano una vez hubo soltado a Caroline—. Vayamos adentro donde hace calor. Tenéis una mesa esperándoos y vuestra propia camarera para la noche. Los chicos estarán echándoos un ojo y si tenéis el más mínimo problema, venid a mí. Yo me encargaré.

—Joder —susurró Bethany—. ¡Me pone los pelos de punta!

—Como si no te dieran eso en casa —refunfuñó Gina mientras aceptaba la mano de Brandon.

Todas salieron y Brandon las escoltó hasta dentro.

La música rebotaba en las paredes y una cascada de luces fluorescentes e intermitentes casi dejó ciega a Bethany. No era su primera vez en una discoteca. Ya se había reunido con muchos hombres en sus días de sexo sin ataduras. Por un

momento, los recuerdos le robaron la respiración mientras la vergüenza y el dolor se precipitaban hasta su pecho.

Los clubes que ella había visitado no habían sido tan elegantes como este. Eran más como bares de mala muerte y lugares donde las mujeres como ella iban para pillar cacho esa noche.

—Eh, ¿qué pasa? —gritó Mia cerca de su oído.

Bethany sonrió.

—Nada de nada.

Barrió el pasado de su mente, decidida a no dejar que interfiriera en la diversión de esta noche. Ella era una persona diferente ahora. Tenía a Jace, quien conocía su pasado y la había aceptado de todas formas. Ya no tenía que ser esa persona. Podría ser quien ella siempre quiso ser.

Cuando llegaron a la mesa, una camarera sonriente apareció inmediatamente y Bethany se dio cuenta de que dos seguras se colocaban cerca de su mesa. Brandon no había mentido cuando dijo que se ocuparía de ellas.

Cuando la camarera llegó hasta donde Mia y Bethany estaban, esta última puso una mano encima de la de Mia.

—Tomémonos una. Sé que habías planeado beber agua conmigo, pero... ¿por qué no pasárnoslo bien?

La expresión de Mia se llenó de preocupación.

—¿Estás segura? No me importa beber agua contigo.

—Nunca tuve problemas de adicción con el alcohol —dijo Bethany amablemente—. Sé que Jace se preocupa, pero no tiene por qué. Ya no soy esa persona. Me alegro mucho de que me hayas invitado a salir con tus amigas. Pasémoslo bien. Dijiste que alguien nos llevará a casa luego, ¿verdad?

Mia sonrió.

—Por supuesto. No te extrañes que Gabe haga acto de presencia en unas pocas horas. El hombre todavía sigue enfadado por aquella vez que salí con las chicas y cogí un taxi sola, borracha como una cuba. Le parece bien que beba. Pero siempre se asegura de estar cerca para llevarme a casa después.

—¡Entonces hagámoslo! —dijo Bethany.

Mia se giró hacia la camarera.

—Yo quiero un Cosmopolitan. ¿Tú qué quieres, Bethany?

—Un Amaretto Sour, por favor.

Unos pocos minutos después, la camarera volvió con una bandeja de bebidas y Mia levantó su vaso para proponer un brindis.

—Bebidas arriba, chicas. ¡Esta noche vamos a pasárnoslo bien!

—¡Y a ponernos pedo! —interpuso Chessy.

—Brindo por eso —dijo Gina levantando el vaso.

Bethany se unió a la diversión y arrimó el vaso a los otros para brindar. Todas se rieron y se bebieron del tirón la primera bebida.

El dulce líquido en contacto con la lengua de Bethany dejó un rastro cálido hasta su estómago. Dejó el vaso vacío en la mesa y se sorprendió cuando vio que la camarera inmediatamente había traído una segunda ronda.

Mia se rio.

—Ella siempre se ocupa de nuestra mesa cuando venimos y sabe que hacemos un brindis con la primera copa y nos la bebemos del tirón, así que nos trae la segunda de inmediato. Ya nos conoce.

—Me parece bien —dijo Bethany al mismo tiempo que alargaba la mano para coger la siguiente bebida.

—¡Bailemos! —gritó Chessy—. La noche es joven y hay hombres esperando.

—Tú puedes ser mi pareja de baile —le gritó Mia a Bethany por encima de la música—. Bueno, tú, yo y Caro. A Brandon le daría algo si Caro bailara con otro tío. Las otras van a su bola.

—¡Suenan bien! —le devolvió Bethany.

Se fueron a la pista de baile y Bethany dejó que la música tomara el control de su cuerpo. Por el espacio de unas pocas horas, se pudo olvidar de Jacky y de sus preocupaciones. Recibió con los brazos abiertos la novedad de tener amigas, de pasárselo bien y de tener a un hombre maravilloso y encantador esperándola en casa cuando la noche terminara.

Ella, Mia y Caroline bailaron en un círculo estrecho, riéndose y dejándose llevar. Se contonearon muy cerca las unas de las otras. Tentaron a la multitud mientras se toqueteaban y meneaban y giraban al ritmo frenético de la música.

Tras bailar cuatro canciones, volvieron a la mesa, donde tenían nuevas bebidas esperándolas. Brandon estaba allí con los ojos oscuros brillándole de diversión.

Pasó un brazo alrededor de la cintura de Caroline y la atrajo hacia su costado.

—Nena, tengo que decirte que si tú y tus amigas no paráis ese baile tan sexual, yo y los chicos vamos a pasarlo mal quitándoos a los tíos de encima.

Caroline se rio y alzó la cabeza para besarlo.

—Tengo rondas que hacer. Volveré luego para ver qué tal estás.

Después de eso, la besó. Y no fue un simple pico. Fue sexual como el pecado, una marca de posesión que llevó a cabo con la lengua. Bethany no era tonta. Sabía que lo había hecho para que cualquier tipo que estuviera mirando supiera que Caroline era suya y que tenía que mantener las manos bien alejadas. También ayudaba que el hombre fuera tan grande y musculoso. Nadie en su sano juicio se metería con él en una pelea.

Caroline suspiró. Tenía los ojos ligeramente vidriosos, pero el alcohol no tenía nada que ver con esa ligera apariencia de embriaguez.

—Es increíble —les gritó a Bethany y Mia.

—Ya lo vemos —bromeó Mia.

—¡Bebamos! —dijo Caroline—. Tina va a venir con más. ¡Aquí no se desperdicia el alcohol!

Mia y Bethany se rieron y rápidamente vaciaron sus bebidas.

A las dos horas, Bethany estaba de alcohol hasta las cejas y riéndose exageradamente por todo lo que las chicas decían. Bailaron más, se volvieron más atrevidas en sus travesuras y ocasionalmente volvieron a la mesa a por más bebidas.

La tercera vez que fueron a la pista de baile, Bethany estaba claramente borracha. Mia no estaba mucho mejor que ella, por lo que Bethany pudo verificar, y se rieron tontamente sin parar mientras se toqueteaban y contoneaban las caderas. Los movimientos se volvían cada vez más provocativos.

—Me alegro tanto de que Jace no esté aquí para ver esto —dijo Bethany a voces por encima de la música—. ¡Creo que me mataría!

Mia soltó una risita y seguidamente sus ojos se redondearon.

—Oh, mierda.

—¿Qué?

—Iba a decir que me alegraba de que Gabe no hubiera llegado todavía pero, ejem, está aquí.

Bethany se giró y casi tropezó cuando las paredes siguieron moviéndose incluso cuando ella se hubo parado. Los tacones que llevaba, que por entonces habían parecido una buena idea porque eran muy sugerentes y tenían una altura suficiente como para lucir sus piernas perfectamente bien, de repente no parecían tan buena idea ya que había tropezado y casi se había lastimado un tobillo.

Se había sentido bien al arreglarse aunque no fuera a ir a ningún lado con Jace. Había escogido un vestido de noche matador y brillante que le quedaba que ni pintado y le otorgaba una apariencia llena de curvas. Aún seguía estando delgada —demasiado delgada debido a todas las comidas que se había saltado por culpa de la vida que había llevado— pero desde que había conocido a Jace, había ganado como cinco kilos, dos de los cuales se habían ido directamente a sus pechos. Pero Jace no es que se quejara de la nueva gordura que le había crecido en el pecho.

Se había aplicado cuidadosamente el maquillaje, se había recogido el pelo de manera informal pero elegante, lo que dejaba que algunos rizos le cayeran por el cuello y se había puesto unos pendientes enormes que había pensado que le quedaban bien.

Nada que ver con los harapientos vaqueros y andrajosas camisetas que había llevado durante tanto tiempo. Se sentía guapa. En realidad, se sentía... hermosa. Como si fuera digna de recibir la atención de un hombre como Jace.

—¡Oh, vaya! —dijo Mia agarrándola del brazo para que no se cayera de cara al suelo. Luego rompieron a reír y Gabe entrecerró los ojos cuando vio lo

borrachas que estaban.

—Yo voto porque no vayamos hacia él todavía —dijo Bethany—. Se le ve, eh, bueno... un poco intenso.

—No, no —dijo Mia, beligerante—. Démosle un pequeño espectáculo.

Bethany abrió los ojos como platos mientras se alejaban de Gabe.

—¿Crees que será una buena idea?

Mia se rio.

—Oh, sí. Porque, después, cuando me lleve a rastras a casa, estará tan excitado que no llegaremos siquiera a entrar por la puerta de su apartamento cuando empiece a arrancarme el vestido. Aunque me dejará los tacones puestos porque a mi hombre le vuelvo loco con estos tacones.

Bethany se quedó boquiabierta mientras se quedaba mirando fijamente la sonrisa pícaro de Mia.

Esta le guiñó un ojo.

—El sexo estando borracha es lo mejor del mundo. Me apuesto a que Jace hará lo mismo contigo. ¿Una mujer sexual y borracha con esos tacones y ese vestido puestos? Se te echará encima en el mismo momento en que pongas un pie dentro del apartamento.

Un escalofrío se extendió por los hombros de Bethany.

—Había planeado desembrigarame un poco antes de volver a casa. No quería que Jace supiera que me he emborrachado. Se preocuparía y probablemente no lo aprobaría. Pero si lo que me dices es verdad...

Mia se pegó al costado de Bethany y lanzó los brazos al aire.

—Oh, es verdad —gritó—. ¡No podrá resistirse!

—En ese caso, ¡bebamos un poco más! —la acompañó Bethany con otro grito.

—Después de que le hayamos dado a Gabe el espectáculo que no olvidará en un tiempo —dijo Mia guiñándole un ojo.

Bethany se rio y las dos se metieron completamente en el ritmo de la música. Caroline se unió a ellas un momento después con el rostro sonrojado y los ojos brillando de felicidad. Las tres dieron un espectáculo que luego avergonzaría a Bethany cuando se acordara, pero era muy divertido. No se acordaba de la última vez que de verdad se había dejado llevar y se lo había pasado tan bien.

Cuando la canción terminó, Mia agarró el brazo de Bethany y las dos se apoyaron la una en la otra mientras volvían a la mesa donde, predeciblemente, la camarera las estaba esperando con otra ronda de bebidas.

Los labios de Gabe se curvaron de la diversión cuando se balancearon hasta llegar a la mesa. Alzó una ceja cuando ambas, Bethany y Mia, cogieron cada una su bebida y la vaciaron en menos de dos segundos.

—Estáis teniendo una buena esta noche —observó. Su mirada se posó cariñosamente en Mia—. ¿Te vas a quedar dormida, cariño?

Mia sonrió descaradamente y luego se puso de puntillas para plantar un ardiente beso en la boca de Gabe. Luego deslizó los labios por su mejilla y le murmuró algo al oído que logró que el cuerpo entero de Gabe se tensara. Apretó la mandíbula y sus ojos se oscurecieron.

El estómago de Bethany se agitó de solo ver la reacción a lo que sea que Mia le hubiera dicho, y estaba convencida de que era algo bastante pervertido. Aparentemente tenía toda la razón sobre lo del sexo estando borracha.

Le hizo un gesto con la mano a la camarera y levantó su copa para que le trajera otra.

Gabe pasó un brazo por la cintura de Bethany y la acercó hacia él para que pudiera oír lo que le decía.

—¿Estás bien, cariño? ¿Cuánto has bebido?

Ella le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Estoy bien! Mia me dijo que nos íbamos a llevar de vuelta a casa esta noche. Así que no me tenía que preocupar por lo borrachas que nos fuéramos a poner.

Gabe afianzó el brazo en su cintura.

—Exactamente. Te llevaré a casa con Jace, así que haz lo que quieras. Solo quiero asegurarme de que lo toleras bien.

Ella sonrió otra vez.

—Eres dulce.

Él puso los ojos en blanco.

—Dulce no es una palabra que usaría para describirme.

No, Bethany suponía que no. El poder emanaba de él de la misma manera que lo hacía en Jace. Había un reflejo en sus ojos, particularmente cuando miraba a Mia, que la hacía estremecerse de la cabeza a los pies. Incluso ahora que tenía un brazo alrededor de Bethany para que no perdiera el equilibrio, tenía a su vez agarrada la muñeca de Mia con fuerza y se aseguró de que no hubiera mucho espacio entre ellos.

—Solo no te pongas enferma —le dijo—. Quiero que lo paséis bien y que no os tengáis que preocupar de nada más. Cuando estéis listas para marcharos, os llevo a casa.

—¡Gracias!

—¡Bailemos otra vez, Bethany! —gritó Mia.

Gabe gimió.

—Tengo que decirte, nena, que ese baile que estáis haciendo debería ser ilegal. Voy a tener que patearles el trasero a todos los tíos que estén mirando el tuyo.

Mia sonrió y luego tiró de la mano de Bethany para arrastrarla hacia la pista de baile otra vez.

Durante la siguiente hora, bailaron, bebieron y luego bailaron un poco más. Y después bebieron otra ronda.

La última vez que abandonaron la pista y volvieron a la mesa, Bethany sabía que no podría tolerar ni una bebida más. Estaba mareada y envuelta completamente en un halo de calor. Se reía de todo ya fuera divertido o no. Gabe tenía una expresión de diversión perpetua en el rostro y Brandon sonrió cuando volvió a ver cómo estaban.

—Creo que ya estoy lista —dijo Bethany sin aliento—. Pero no quiero arruinaros la noche a todos los demás. —Levantó la mirada hacia Gabe, que estaba sujetando a Mia y manteniéndola erguida. Ella misma estaba agarrada a la mesa, preocupada de que si se soltaba se caería al suelo en redondo.

—No, yo también —dijo Mia—. ¿Estás listo, cariño? —le preguntó a Gabe.

—Desde hace rato —gruñó.

Ella soltó unas risitas.

—Tenemos que llevar a Bethany primero. Me imagino que Jace estará hecho un manojo de nervios ahora mismo.

—Le mandé un mensaje —dijo Gabe secamente—. Ya sabe que debe esperarse.

—Déjame ir a por las demás —comentó Mia—. Caro se queda hasta que Brandon salga de trabajar.

—Iré llamando al coche —informó Gabe—. No salgáis de aquí sin mí. Os caeréis de narices al suelo.

Bethany sonrió y esperó, aún sujetándose a la mesa, mientras Mia iba en busca del resto del grupo.

—Esta noche ha sido muy divertida —le gritó a Gabe—. Gracias por llevarme a casa. Mia es genial.

Gabe sonrió, sus ojos estaban llenos de cariño y afecto.

—Me alegro de que te hayas divertido, Bethany. Y sí, Mia es la mejor. No es ningún problema llevarte a casa. Ni de lejos iba a dejar que volvieras a casa sola. Jace no lo permitiría tampoco. Si yo no hubiera venido a por vosotras, Jace lo habría hecho.

Mia volvió un momento después con Chessy, Trish y Gina. Estaban tan borrachas como Mia y Bethany y todas se reían tontamente como lunáticas. Gabe puso los ojos en blanco y luego le hizo un gesto con la mano a Brandon.

Brandon apareció con otro de los seguratas y guiaron a Chessy, Trish y Gina hacia la salida mientras Gabe cogió del brazo tanto a Mia como a Bethany.

Bethany se tambaleó y luego se rio cuando el brazo de Gabe se tensó alrededor de su cintura.

—Madre mía, pero ¿cuánto habéis bebido?

Mia lo miró con inocencia y luego levantó la mano e intentó contar. Tras tres intentos de quedarse mirando los dedos con confusión, bajó la mano con descaro y dijo:

—Mucho.

—Eso ya lo veo —dijo Gabe con una risotada.

Las acompañó hasta el coche y esperó pacientemente mientras Brandon y el otro segurata ayudaban a las otras chicas a entrar. Luego Brandon envió a Gabe una sonrisa compasiva.

—Buena suerte, tío. Parece que tienes las manos repletas.

—No me digas —masculló Gabe.

Sentó a Bethany y a Mia y luego lo hizo él al lado de esta última.

—Eres el mejor —dijo Chesy dirigiendo su sonrisa a Gabe.

—Totalmente —dijeron Trish y Gina al unísono.

—Le dijimos a Mia que si alguna vez te deja escapar, es una idiota —comentó Trish solemnemente.

Chesy asintió igual de solemne.

—Pero para que lo sepas, si ella alguna vez se vuelve idiota, yo estoy más que dispuesta a ocupar su lugar.

Las mujeres rompieron a reír mientras Gabe alzaba la mirada al cielo como si estuviera diciendo una plegaria.

Hizo las paradas de rigor para dejarlas en sus apartamentos y pacientemente las escoltó hasta dentro y se aseguró de que cada una estuviera a salvo antes de volver al coche.

—Es genial —le susurró Bethany a Mia mientras observaban a Gabe volver tras haber escoltado a Chesy hasta su apartamento.

—Sí —susurró Mia—. Soy muy afortunada de tenerlo.

—Somos unas tías con suerte —dijo Bethany—. Gabe y Jace son lo mejor.

—Sí —dijo Mia otra vez—. Pero bueno, nosotras también.

—Lo somos, ¿verdad?

—Totalmente.

Luego ambas rompieron a reír otra vez y siguieron haciéndolo cuando Gabe entró de nuevo en el coche.

Él sacudió la cabeza.

—No sé qué voy a hacer con vosotras dos, de verdad.

Un brillo travieso se reflejó en los ojos de Mia.

—Bueno, si tú no sabes lo que vas a hacer conmigo...

—No digas eso, nena —dijo bruscamente—. Tengo planes para ti.

Mia le envió una sonrisa cómplice a Bethany que gritaba claramente «te lo dije».

—Jace se reunirá con nosotros en el vestíbulo —dijo Gabe cuando casi hubieron llegado al edificio donde Jace tenía el apartamento.

El corazón de Bethany latió de ansiedad. Esperaba que Mia no se hubiera equivocado. Se puso repentinamente nerviosa y la boca se le secó.

Mia alargó la mano para darle un apretón.

—Confía en mí.

Bethany se lo devolvió y Gabe las miró a ambas con sospecha.

Cuando el coche se paró, Gabe salió y luego ayudó a Bethany a liberarse del cinturón del asiento trasero del coche. Se tambaleó sobre los tacones cuando empezaron a caminar hacia la entrada del edificio.

—Vas a matarte con esos malditos tacones —masculló Gabe.

—Pero son sexis —rebatió Bethany—. Al menos, eso pensaba.

—Sin lugar a dudas, cariño. Estás matadora con ellos. Jace se va a tragar su propia lengua. Pero si te matas antes de llegar hasta él, no habrán conseguido su propósito.

—Mía dijo que Jace querrá follarme con estos zapatos —dijo y luego se avergonzó al darse cuenta de lo que acababa de soltar.

Gabe se rio entre dientes y los ojos le brillaron de diversión.

—¿De verdad? Bueno, Mía es una experta en follar con tacones vertiginosos, así que si te lo ha dicho probablemente sea verdad.

Bethany sonrió descaradamente al mismo tiempo que entraban en el edificio. Jace los esperaba y sus ojos se entrecerraron cuando se percató de la poca estabilidad con la que caminaba.

—Gabe piensa que estoy sexy —anunció cuando Jace se paró frente a ellos—. Y ha dicho que me vas a follar con estos zapatos. —Bethany se paró y frunció el ceño, sus pensamientos estaban de repente confusos—. O a lo mejor fue Mía la que dijo que me ibas a follar. Da igual, el caso es que quiero que me folles con estos zapatos.

Gabe rompió a reír a su lado.

Una lenta sonrisa curvó los labios de Jace.

—Creo que eso se puede solucionar.

Ella asintió. Luego se giró y se puso de puntillas para darle un beso a Gabe en la mejilla.

—Gracias de nuevo por cuidar tan bien de nosotras.

Gabe se rio entre dientes.

—Cuando queráis, cariño. —Luego se volvió hacia Jace—. Será mejor que la agarres bien. Una vez la suelte, probablemente irá directa al suelo.

Jace se rio entre dientes también pero la agarró firmemente del brazo mientras Gabe daba media vuelta para alejarse.

—Gracias, tío. A la próxima es mi turno.

—Menos mal —masculló Gabe—. No tienes ni idea de a lo que me han sometido esta noche. Digamos que no había tío alguno que no estuviera babeando por sus travesuras.

Jace alzó las cejas y luego bajó la mirada hasta Bethany. Sus ojos eran inquisidores.

Ella le regaló una sonrisa deslumbrante y Jace le sonrió también a modo de respuesta.

—Tengo que decir que los zapatos sí que te quedan muy sexys —murmuró.

—Mia tenía razón —dijo Bethany con suficiencia.

Jace la acompañó hasta el ascensor y la ayudó a entrar.

—¿Tenía razón sobre qué, nena?

—Dijo que me verías la primera vez, borracha y con estos tacones sexys y querrias follarme al instante. Mientras sigo llevando los tacones.

Él se rio mientras las puertas del ascensor se abrían para dar paso a su apartamento.

—No puedo decir que vaya a discutirlo, aunque tampoco puedo decir que escuchar eso viniendo de mi hermana pequeña sea lo primero de mi lista de prioridades.

—Ella dijo que Gabe no llegaría al dormitorio y que se la follaría con los tacones puestos en la entrada —dijo solemnemente.

Jace hizo una mueca de estupor.

—Nena, tienes que parar. No quiero oír nada que tenga que ver con mi hermana teniendo sexo con un hombre y mucho menos quiero los detalles.

Ella se rio y luego se tambaleó cuando él la soltó.

—¡Uy! —exclamó al mismo tiempo que volvía a agarrarla de nuevo.

—¿Cuánto has bebido esta noche?

—Un montón —dijo con aires de suficiencia—. Quería tener sexo contigo mientras estaba borracha y quería que me arrancarás el vestido y me follaras con los tacones puestos al igual que Gabe hará con Mia.

Jace gimió.

—Nena, tienes que parar. Yo estoy más que encantado de follarte de todas las formas que quieras, pero, por favor, deja a Gabe y Mia fuera de esto.

Ella asintió.

—O quizás te folle yo a ti. —A Bethany se le iluminó el rostro ante esa idea y luego sus ojos se entrecerraron y miraron a Jace, su visión era borrosa—. ¿Puedo?

Él se rio y luego tiró de ella hacia el dormitorio.

—Claro que sí. Nena, puedes hacer todo lo que ese culito borrachín que tienes quiera. Yo estoy más que dispuesto a dejar que te aproveches de mí en tu estado de embriaguez.

Ella se bamboleó detrás de él para entrar en el dormitorio y se estremeció ante la sensual mirada que le regaló tan pronto como la puerta se cerró a sus espaldas. Los ojos de Jace estaban oscurecidos por la lujuria y la diversión, lo que le decía que todo lo que Mia había predicho era absolutamente verdad.

Se llevó las manos al vestido para desabrocharlo, pero apenas llegó a la cremallera y casi se cayó redonda al suelo cuando intentó subir los brazos.

—Déjame a mí —murmuró Jace—. Tú no tienes que hacer nada, nena. Voy a aprovecharme plenamente de tu estado de embriaguez y ya que has estado

planeando esto durante toda la noche, no voy a sentir ni una pizca de culpa por todas las cosas que te voy a hacer. Pero será mejor que lo recuerdes todo por la mañana.

Ella se estremeció de nuevo cuando Jace deslizó las manos por su espalda y comenzó a bajarle la cremallera del vestido.

—No estoy tan borracha —dijo, defendiéndose.

Jace se rio entre dientes. Su aliento le acarició el cuello desnudo antes de que posara la boca sobre su nuca, que logró enviar escalofríos a través de su cuerpo.

—Oh, sí que estás borracha. Y estás muy adorable. Voy a follarte la boca, a ti y a ese culito tan bonito que tienes. Si te duermes, no voy a quedar muy contento.

Bethany cerró los ojos y se balanceó vacilante hasta que Jace la cogió por los hombros y la sujetó contra su pecho mientras dejaba que el vestido cayera hasta el suelo. Ni en sueños iba a perderse esto.

—Me encanta la lencería —susurró él pegado a su oreja—. Y me encantan esos tacones incluso más. Y sí, voy a follarte con ellos puestos.

Un leve gemido de necesidad se extendió por su garganta.

—No veo que haya razón alguna por la que atarte esta noche —dijo Jace, divertido—. Estás tan indefensa como una gatita. Me gusta. Estoy pensando que tener una noche de chicas de forma más regular sería una muy buena idea.

Le desabrochó el sujetador y deslizó los tirantes por los brazos para luego arrojarlo a un lado. Le dio la vuelta para que estuviera frente a él y la hizo retroceder hasta tropezar con el colchón. La tumbó poco a poco y con una mano firme la empujó hasta quedar de espaldas y con las piernas colgando por el borde de la cama.

Se inclinó hacia delante, la besó justo debajo del ombligo y por encima del fino elástico de sus braguitas y luego con los dedos pulgares en los lazos tiró de ellos, abrió la tela en dos y dejó a la vista su sexo desnudo. Estaba reluciente. Bajó las manos y con los dedos alrededor de los tobillos los empujó hacia atrás para lograr que doblara las rodillas. Deslizó los dedos por el tacón de sus zapatos y los usó para separarle las piernas.

—He sido mala —dijo Bethany con un puchero.

Jace alzó las cejas y sus ojos parpadearon, divertidos.

—Oh, ¿de verdad? —pronunció arrastrando las palabras.

Ella asintió solemne.

—Muy mala —susurró como si fuera un secreto.

Luego arrugó el ceño y frunció los labios.

—Probablemente necesito que me castiguen.

Jace bajó la mirada, sus labios se crisparon mientras observaba cómo una amplia gama de expresiones cruzaba el rostro de Bethany. Estaba adorable y muy borracha. Y él estaba cachondo hasta decir basta.

—¿Qué has hecho para merecer un castigo?

—He flirteado —dijo en un tono casi inaudible. Luego frunció el ceño—. No, espera. Yo no he flirteado. —Sacudió la cabeza, insistente, y sus pechos se balancearon de una manera tentadora. Bethany se alzó y su expresión se volvió seria—. Los tíos flirtearon conmigo, eso sí. Pero Brandon y Gabe no dejaban que se acercaran. Pero Mia y yo fuimos malas. Bailamos y fue... bastante subidito de tono.

Jace cerró los labios con más firmeza para contener la risa.

—Eso merece un castigo, ¿verdad?

Se la notaba tan inmensamente ilusionada que Jace perdió la batalla y se rio.

Bethany entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—No tiene gracia —resopló—. Fui una chica muy, muy mala, y las chicas malas deben ser castigadas.

Jace asintió.

—No puedo discutirte eso, nena.

Su rostro inmediatamente se iluminó y él sacudió la cabeza mientras las carcajadas se le agolpaban en el pecho.

—Probablemente deberías azotarme —dijo adoptando una expresión de total y completa seriedad.

Jace deslizó las manos por el interior de sus piernas y ella se estremeció. Un escalofrío le recorrió rápidamente toda la piel.

—Tengo un pequeño conflicto —informó Jace imitando el mismo tono serio que ella—. Sí que es verdad que has sido una chica muy mala, pero también has sido muy, muy buena.

Sus labios se arrugaron para formar otro puchero y Jace se inclinó hacia delante para besar esos deliciosos labios.

—Creo que la solución es castigarte primero y luego recompensarte.

—Oh, eso es perfecto —dijo Bethany con la voz baja llena de emoción.

—Ponte de rodillas, nena —le ordenó en un tono que sabía que ella iba a obedecer.

Las pupilas se le dilataron y el calor se adueñó de sus mejillas. Los ojos se le oscurecieron de inmediato y los pezones se le endurecieron. Señor, no había siquiera empezado y simplemente su promesa de lo que iba a hacer ya había hecho que su cuerpo entero reaccionara. Era inmensamente perfecta. Perfecta para él. De hecho, estaba hecha para él. Nunca tendría a ninguna otra mujer que pudiera complementarlo tan bien como ella lo hacía.

Bethany tuvo dificultades para alzarse, pero luego una amplia y ridícula sonrisa se dibujó en sus labios, lo que provocó que Jace quisiera poseer y asolar esa boca. La agarró por las muñecas y la ayudó a sentarse, y luego ella, torpemente, se giró para ponerse sobre manos y rodillas. Se cayó de cara sobre la cama y una risita salió de su garganta que logró que todo el cuerpo se le sacudiera. Su trasero tembló y consiguió que el miembro de Jace se endureciera

hasta el punto de casi explotar. Oh, sí. Iba a tener su boca, su sexo y su dulce culo, e iba a follársela hasta que ambos quedaran inconscientes.

Una vez que Jace la colocó bien, Bethany se removió impaciente y se giró para mirarlo por encima del hombro; sus ojos brillaban de lujuria y excitación. Las manos de Jace se agitaron y él se aferró tan fuere como pudo a su autocontrol.

—¿Entonces qué es lo que va a ser, nena? —preguntó en un tono sedoso y provocador que sabía que la iba a volver loca—. ¿La mano? ¿La fusta? O... podríamos intentar algo nuevo.

Bethany se quedó completamente quieta.

—¿Nuevo? —salió como un suspiro exagerado y lleno de anticipación.

—No he usado ningún cinturón y tampoco madera. Tengo una pala de madera flexible. Te golpeará con la cantidad justa de presión y te enrojecerá ese precioso culo hasta que logre brillar en la oscuridad.

—¡Oh! —susurró; la exclamación salió como un leve gemido.

—Tú eliges, nena —murmuró—. Te daré eso. Te dejaré decidir esta noche. Estoy de un humor particularmente generoso. Porque... cariño, cuando termine con tu culo, voy a comerte y a saborearte entera y tú te vas a correr en mi lengua. Pero no habré terminado entonces. Ni de lejos. Porque después de hacerte llegar al clímax, voy a follarte la boca. Luego voy a follar ese coñito y seguidamente tu culo hasta que te corras gritando mi nombre.

—Dios santo...

Jace sonrió y le acarició dulcemente las nalgas mientras la anticipación se le amontonaba a cada segundo que pasaba esperando su respuesta.

—La p... pala —pronunció con la voz ronca—. Quiero la pala de madera.

—Excelente —ronroneó—. Muy buena elección. Tan buena que tu recompensa será doblemente placentera. Me complaces inconmensurablemente, Bethany.

Bethany se hizo de gelatina bajo sus caricias. Su cuerpo perdió toda tensión y rigidez mientras un suspiro de alegría llenaba los oídos de Jace. Ella se giró y volvió a mirarlo una vez más; su mirada era tan dulce y estaba tan llena de cariño que el corazón se le encogió.

Se inclinó hacia delante y la besó en el hoyuelo que tenía justo encima del pliegue de su trasero.

—Vengo en nada, cariño.

Sacó la delgada pala del armario y se tomó su tiempo en regresar a la cama para poder deleitarse en la imagen de Bethany a cuatro patas, con el trasero en pompa de una forma tentadora y esperándolo a él. Jace le acarició una nalga y luego hizo lo propio con la otra hasta que ella se arqueó bajo su contacto y tembló gracias a sus dedos.

—Dame tu dolor. Dame tu placer —gruñó—. Lo quiero todo, Bethany. Cada

sonido. Cada reacción. Lo quiero todo.

Le estampó la pala en el trasero y ella se encogió de dolor a la vez que ahogaba un grito de sorpresa. Jace sonrió. No era un sonido de dolor. Era un sonido de descubrimiento. De estar experimentando algo nuevo.

Jace volvió a azotarla más fuerte esta vez, y luego le infligió otro golpe en la otra nalga. Un brillo entre rosado y rojo comenzó a hacerse patente en su piel, volviéndola de color rosa. El contraste entre las zonas donde la piel aún seguía pálida porque aún no las había tocado y los lugares que había azotado era tentador. Se moría por enrojecerle el trasero entero.

Pero se controló. Quería que ambos experimentaran y sacaran el máximo placer de la situación.

—Diez—susurró—. Te voy a dar diez. Esto es nuevo para ti, nena. No quiero abrumarte. Solo te voy a dejar que saborees la miel con los labios. Cuéntalos para mí. Empieza en el uno ahora.

Chasqueó la pala encima de la parte más abultada de su trasero y la satisfacción se apoderó de él cuando el rojo se abrió paso de inmediato.

—Uno.

Salió como un gemido que hizo que sus testículos le dolieran.

—Dos—susurró.

Jace se obligó a ir más lento cuando se dio cuenta de lo rápido que le había administrado el tercero, cuarto, quinto y sexto golpe. Bethany se tensó de ansiedad; quería el séptimo, pero él le pasó la mano por encima de la enrojecida piel para suavizarla y mimarla.

—Por favor—suplicó.

Jace le dio lo que pedía. Siete. Ocho. Nueve y finalmente diez, siendo este mucho más suave que los otros. Bethany se relajó sobre el colchón y luego movió la cabeza para mirarlo con unos ojos ebrios y adormilados que estaban ahora intoxicados con mucho más que alcohol. Estaba hasta las cejas de lujuria y de esa neblina que la fina línea entre el dolor y el placer había traído. Se había marchado del aquí y ahora, del presente. Jace quería traerla de vuelta para poder así seguir ocupándose de ella de una manera completamente diferente esta vez.

—Date la vuelta, nena.

Él alargó la mano para guiarla mientras se giraba sin ningún sentido del equilibrio hasta caer de espaldas con una sonrisa adormilada curvando sus deliciosos labios.

—Voy a tener que ser mala más a menudo—ronroneó—. Me lo he pasado genial y luego he podido volver a casa contigo. La mejor noche de mi vida, sin duda.

A Jace el corazón se le derritió y se inclinó para estrecharla entre sus brazos. Quería abrazarla antes de hacer nada más.

—Siempre volverás a mí.

—Sí —coincidió felizmente ella.

—Me encanta oírte decir eso, nena.

Ella sonrió y luego alargó la mano para acariciar el pelo que tenía sobre la frente. Luego levantó la cabeza para besarlo y él aceptó su silenciosa invitación. Se alimentó de sus labios; la saboreó. Le hizo el amor con la boca tal y como iba a darse un banquete con la carne de entre sus piernas.

—¿Te estás despejando ya?

Bethany sacudió la cabeza y abrió los ojos para que él pudiera ver que aún seguían nublados con los restos de alcohol y ese halo de placer. No había mirada mejor en una mujer. Borracha de placer. Adormilada. Mirándolo como si fuera el único hombre del mundo. Como si nunca fuera a haber nadie más en su vida.

—Voy a comerte ese coñito ahora —gruñó contra su boca.

—Oh.

Su jadeo se escapó dentro de la boca de Jace y este se lo tragó entero al mismo tiempo que la respiraba hasta lo más profundo de sus pulmones y la saboreaba ahí, cerca de su corazón.

—Hinca esos tacones sexys en la cama, agárrate las rodillas y aguanta. Extiéndete y no muevas las manos. Ábrete para mí, nena. Me siento avaricioso hoy y quiero que te corras en mi lengua.

Ella arqueó su cuerpo e incómodamente hincó los tacones en el colchón. Dios, seguramente le haría sendos agujeros pero a él le importaba un comino. Compraría una cama nueva mañana. La fantasía de follársela con esos tacones tal y como ella tanto quería merecía la pena de tener que comprar un nuevo colchón. Después quería agarrarla de los tacones estando aún abierta mientras poseía su trasero. Joder, sí. Definitivamente merecía la pena cualquier estropicio que pudieran hacerle a la cama.

Las manos de Bethany se apoyaron en las rodillas y tímidamente abrieron sus muslos hasta dejar su húmedo sexo abierto y a la vista. El contraste de sus rizos oscuros contra su carne rosada e hinchada, mojada por su flujo, le hizo la boca agua. Jace se arrodilló en el suelo de manera que su cabeza estuviera en el ángulo perfecto y se acercó a ella. Se moría por penetrarla con la lengua.

En el mismo momento en que Jace la lamió, ella se movió hacia arriba y gritó su nombre.

—Las manos, nena —le ordenó—. Mantén las manos en las rodillas y mantente abierta para mí.

Ella hizo lo propio y Jace le dio un lametón largo y lento desde la entrada de su vagina hasta el clítoris, donde jugueteó con él y la provocó con movimientos circulares lentos antes de acariciarlo una y otra vez con la punta de la lengua.

Bethany se retorció y movió, inquieta, pero mantuvo las manos en las rodillas y los muslos bien separados.

Se humedeció mucho más mientras él la saboreaba y de vez en cuando

recorría todo su sexo ligeramente con los dientes hasta llegar a la abertura. La penetró con la lengua, la embistió y la lamió de dentro afuera, succionando su sabor y la dulzura de su excitación.

—Esto es lo dulce, nena. Soportaste el dolor, ahora ten lo dulce.

—Jace —susurró—. ¿No lo sabes? Todo lo que me das me provoca el placer más dulce que jamás haya experimentado. El dolor es placer. El placer es placer. Tu amor es más de lo que nunca hube soñado.

Sus palabras eran de lo más serias y tan increíblemente dulces que le cortaron la respiración a Jace. La saboreó. Se alimentó de ella. Bebió de ella y aun así seguía queriendo más. Quería darle esto a ella. Quería hacer que durara. Quería volverla loca de lujuria y que estuviera ebria no solo de alcohol.

—Quiero tu polla —dijo; las palabras sonaron torpes y densas. Jace no sabía si era el alcohol el que la estaba ralentizando o si era la intensa necesidad y excitación.

Levantó la mirada y luego sonrió cuando se encontró con la de ella, desenfocada. Lo estaba mirando muy fijamente, pero parecía tener dificultades en dirigir su mirada a donde quería. Qué imagen más tierna.

—La tendrás, nena, tan pronto como te corras. Vas a tener mucho más de mi polla antes de que acabemos esta noche.

—Ñam —soltó ella con una sonrisa descarada—. Quiero saborearte igual que tú me estás saboreando a mí.

Jace gimió. El alcohol claramente la hacía ser más desinhibida. Ella era adorablemente tímida, pero esta noche el alcohol la había llenado de coraje y él no sabía si iba a sobrevivir. Ya estaba a punto de correrse en los pantalones y no estaba siquiera cerca de adentrarse en su interior todavía.

Tenía que ir más lento. Se tenía que recordar aquello constantemente o si no iba a colocar esos tacones matadores por encima de sus hombros y se la iba a follar con todas sus fuerzas justo aquí y ahora. Y si Bethany supiera qué era lo que le estaba pasando por la cabeza, seguro que lo animaría a que hiciera justo eso mismo. Esta noche se estaba comportando como una golfa impaciente y avariciosa y le encantaba.

Bajó la cabeza de nuevo y comenzó a lamerla y a saborearla con más atrevimiento, aplicando más presión y tocándola en lugares en los que sabía que era más sensible. Jace conocía cada centímetro de su cuerpo. Sabía que le encantaba cuando deslizaba un dedo dentro de su vagina y le tocaba el punto G. Le encantaba cuando le hacía circulitos alrededor del clitoris; sin embargo, no le gustaba cuando se lo succionaba demasiado fuerte. Y le encantaba que le provocara y jugueteara con la entrada de su sexo tanto con su lengua, como con sus dedos o su pene. La forma más rápida de volverla loca era poseerla con movimientos poco profundos y muy cortos con apenas el glande de su miembro dentro de ella.

—Eres un genio con la boca —le dijo débilmente—. Le tengo que contar esto a Mia. Todo lo que dijo fue que Gabe se la iba a follar justo en la puerta, pero me apuesto a que ella no va a tener esto.

Jace levantó la cabeza y envió una mirada circunspecta en su dirección.

—Eso no ha estado bien, nena. Nada, nada bien.

Los ojos de Bethany danzaron alegremente y ella se rio tontamente. Soltó una rodilla momentáneamente y se llevó la mano a la boca para contener la risa.

—Las manos —gruñó Jace.

—¡Ay!

—No menciones a mi hermana cuando le esté dando a mi preciosa sumisa las órdenes, mientras estamos teniendo sexo. Nunca.

—Sí, señor —dijo con gazoñería—. O quizá debería decir, « sí, amo» .

—Bruja descarada —dijo sin malas intenciones.

Le encantó ese intercambio desenfadado. Le encantaba esa diversión y ese humor descocado que estaban disfrutando. Bethany se lo había pasado pipa esta noche y se le notaba. Estaba viendo otro aspecto de ella. La estaba viendo feliz. El pecho se le encogió porque justo aquí y ahora estaba viendo el futuro. Estaba viendo cómo serían las cosas entre ellos. Y le encantó cada maldito minuto. Lo ponía más hambriento, y en todo lo que a Bethany respectaba, Jace se volvía un bastardo avaricioso e insaciable.

La lamió con brusquedad desde la abertura vaginal hasta el clítoris, hizo varios movimientos circulares alrededor del erecto botón con la lengua y luego jugueteó con él repetidamente hasta que ella se retorció y se quedó rígida debajo de él. Le pasó un dedo por la carne mojada e hinchada y mientras seguía tentándola con la lengua sobre el clítoris, lo introdujo en su interior hasta el nudillo antes de doblar la primera falange para acariciar sus paredes vaginales.

—¡Jace!

—Quiero que te corras —le dijo con brusquedad—. Voy a llevarte hasta el límite y luego voy a dejarte seca mientras te vacías sobre mi lengua.

—Oh Dios... —pronunció débilmente.

Ella se convulsiónó alrededor de su dedo y lo bañó en un torrente de rápida humedad. Jace le acarició las paredes resbaladizas y aterciopeladas mientras su lengua seguía jugueteando con el clítoris. Cuando sus respiraciones se volvieron mucho más desesperadas, como si estuviera famélica de oxígeno, sacó el dedo y rápidamente lo sustituyó con su boca y hundió la lengua en su interior mientras la succionaba.

Bethany salió disparada como un cohete. Levantó las caderas y sus manos volaron hasta enredarse en su pelo. Se agarró a los mechones con tanta fuerza que era casi doloroso, pero ella lo mantuvo pegado firmemente contra su sexo como si tuviera miedo de que se fuera a separar de ella justo en mitad del orgasmo.

Se arqueó y levantó para pegarse más firmemente contra su boca; sus movimientos eran frenéticos. Jace la lamió y succionó. Se alimentaba de ella como si no hubiera comido en años. Cuando Bethany se empezó a relajar y su vagina comenzó a temblar, Jace suavizó sus ataques y la siguió ayudando a alcanzar el explosivo orgasmo que se estaba formando en su vientre.

Alternó los lentos y pausados movimientos de su lengua con tiernos besos sobre la carne contraída de su sexo.

—¿Puedo dormirme ya? —gimió Bethany.

Jace se rio entre dientes y luego levantó la cabeza para poder encontrarse con sus ojos. Bethany parecía estar más borracha que antes. Sus ojos brillaban, sus mejillas estaban ruborizadas y las palabras salían casi ininteligibles de sus rígidos labios.

—Aún voy a follarte, nena. Estés consciente o no. Aunque preferiría que estuvieras despierta para el evento.

—Mmmm, yo también. ¿Jace?

—Sí, nena.

—Estoy borracha.

Él se rio.

—Nunca lo habría adivinado.

—Pero ha merecido la pena que me folles con estos zapatos.

—Aún no te he follado, nena. Voy a por esa parte ahora.

Bethany soltó otro suspiro evocador.

—Me gustan estos zapatos.

Jace sonrió.

—A mí me gustan cuando te estoy poseyendo.

—¿Me vas a follar ya?

Jace se rio ante la impaciencia que desvelaba su voz. Luego se alzó y se cernió sobre ella. La respiración de Bethany se volvió más errática mientras lo miraba directamente a los ojos; el coqueteo había desaparecido y en su lugar solo vio lujuria.

—Voy a follarte esa boquita preciosa tuya tan pronto como me deshaga de la ropa.

Bethany se relamió los labios y su erección gritó por querer salir de los malditos pantalones.

—Date prisa —susurró.

—Eso puedo hacerlo —murmuró él—. Mientras me desvisto, quiero que te tumbes de espaldas, con la cabeza hacia mí, y deslízate hasta el borde de la cama para que el cuello quede en el filo. Espérame así. Voy a follarte la boca tal como si fuera tu culo el que estuviera en el borde de la cama, o tu carne hinchada la que estuviera abierta y esperando a que me la folle.

Aunque le había dicho que lo hiciera mientras se desvestía, se quedó junto a

la cama hasta que estuvo seguro de que Bethany no se iba a caer al suelo. La ayudó a colocarse y se aseguró de que estuviera cómoda antes de quitarse la ropa en tiempo récord.

Su pene salió disparado hacia arriba, dolorido después de haber estado tanto tiempo apretado dentro de sus malditos pantalones. Los testículos le dolían y ya estaba más que preparado para enterrarse bien adentro. Saber que había planeado poseerla de tres formas diferentes antes de que pudiera correrse en su culo hizo que moderara sus movimientos. Ambos iban a disfrutar de esto aunque lo matara en el proceso.

Le cogió el rostro con las manos y la mantuvo quieta en su sitio mientras su miembro se balanceaba justo sobre sus labios.

—Abre la boca, nena —le ordenó—. Quiero que te relajes y me dejes hacer todo el trabajo a mí. Quédate simplemente tumbada mientras me ocupo de ti.

Bethany abrió los labios al escuchar su orden y él se hundió en su húmeda calidez. La punta de su erección se deslizó por encima de su lengua y a Jace casi se le giraron los ojos. Señor, se iba a deshacer en dos segundos contados.

Jace se arqueó sobre ella y siguió moviéndose en una posición de completa dominancia. Flexionó las rodillas y se deslizó bien hasta el fondo por encima de su aterciopelada lengua. Llegó hasta la campanilla, luego descansó durante un momento antes de retraerse lentamente con movimientos sensuales. Bethany levantó los brazos hacia atrás y vacilante los envolvió alrededor de los muslos de Jace hasta depositar sus dedos levemente sobre su trasero, casi como si le estuviera pidiendo permiso para tocarlo. ¡Le gustaba demasiado como para decirle que volviera a poner los brazos delante, y ella estaba tan gloriosamente desinhibida, tan decidida a explorarlo y a deleitarse en su estado de embriaguez!

Soniditos sugerentes y suaves resonaban en su garganta y vibraban en su miembro cada vez que se hundía más adentro. Cuando los movimientos de Jace se volvieron más contundentes, los sonidos húmedos provocados al succionar llenaron toda la habitación. Era erótico. Todo lo que estaba ocurriendo esta noche lo llevaba al límite. Él nunca se había tirado a una mujer borracha antes. Había sido un rotundo no en sus normas porque nunca se había querido aprovechar de una mujer que no fuera plenamente consciente de sus actos.

Pero Bethany estaba con él. Ella sí que quería esto. Joder, otra cosa no, pero exigirle que se la follara con los zapatos, toda adorable y borracha y con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, sí que lo había hecho. Y él iba a darle lo que quería.

Jace cerró los ojos. Se meció sobre los dedos del pie a la vez que apretaba las manos que tenían sujeto el rostro de Bethany, seguidamente las deslizó hasta enredarlas en su pelo y tiró de ella para poder converger sus propios embates con los movimientos de su cabeza. Jace se acercó a su placer con estocadas lentas y profundas; sentía cada lametón, cada succión, cada vez que sus mejillas se

ahuecaban y luego volvían a la normalidad.

Cuando paró, la respiración salía irregular de su pecho. Bethany soltó un pequeño susurro de protesta cuando le apartó las manos de su rostro y Jace sonrió antes de inclinarse hacia delante para depositar un beso en esos labios torneados.

—Quiero follarte, nena.

Ella dibujó una sonrisa bobalicona en su boca y los ojos se le iluminaron.

—Yo también. ¿Cómo me quieres?

La simple petición envió una oscura felicidad a través de su cuerpo. Era tan sumisa, y estaba tan dispuesta a complacerlo...

—Gírate y dame esas preciosas piernas. Voy a envolverlas a mi alrededor y luego voy a agarrarme a esos tacones, te voy a abrir bien y te voy a follar duro.

Bethany se estremeció de forma descontrolada. Tenía los pezones tan deliciosamente enhiestos y endurecidos que Jace no pudo controlar la urgencia de ladearse hacia delante y succionar cada uno de ellos, por turnos, con la boca. Ella gimoteó y se arqueó hacia él mientras este la lamía y la provocaba.

—Te gusta, ¿eh? —le preguntó con una risita entre dientes.

—Ajá...

Jace la ayudó a girarse mientras sonreía a esos adormilados y embriagados ojos semicerrados. Bethany volvió a colocarse sobre la cama con las piernas totalmente separadas. Uno de sus zapatos estaba apenas sujeto por los dedos de los pies, así que Jace volvió a deslizarlo sobre su talón antes de agarrar ambos tobillos y tirar de ella para colocarla en el borde de la cama.

Dobló una vez más sus rodillas y se rodeó la cintura con las piernas a la vez que se enterró en ella en un solo movimiento. Bethany jadeó. Él jadeó. Estaba muy apretada, pero al mismo tiempo empapada y lo acogió fácilmente hasta los testículos. Jace se quedó así durante un buen rato para poder controlarse y no correrse.

Luego, tal y como le había prometido, echó las manos hacia atrás para alejar sus piernas, empujó las rodillas hacia su pequeño cuerpo y luego las abrió por completo. Deslizó las manos por encima de los brillantes y caros zapatos y agarró los tacones de aguja de diez centímetros.

—¿Preparada? —logró decir con la voz resquebrajada tanto o más de lo que su autocontrol amenazaba con agrietarse.

Bethany asintió solemne; sus ojos brillaban intensos debido a los efectos del alcohol.

Jace comenzó a poseerla con movimientos fuertes y rudos. Se internó en ella, colisionando los dos cuerpos, y se agarró con más firmeza a sus tacones. Su vagina se tensó y luego se contrajo repetidamente, señal de su inminente orgasmo. Pero él no quería que se corriera todavía. Aún no. No hasta que estuviera bien incrustado en su trasero. Si se corría de nuevo con tanta facilidad, no iba a estar preparada para acogerlo dentro de su ano. De ser así solo le

causaría incomodidad y Jace quería que esto fuera perfecto para ambos.

—Intenta aguantar, nena —susurró—. Voy a follarte un poco más. Me encanta tu coño. Pero luego voy a encargarme de ese dulce culito tuyo y será entonces cuando te puedas correr.

—Quiero estar arriba —dijo ella con otro puchero.

Jace alzó una ceja.

—¿Crees que puedes acogerme en el culo de esa forma?

El labio inferior se le arrugó más hasta que todo lo que Jace quiso hacer fue besarla hasta dejarla sin sentido y succionar esa deliciosa boca.

—Quiero estar arriba para follarte con mis tacones. Sé que dije que quería que tú me follaras con los tacones, pero estoy pensando que a lo mejor y yo podría follarte a ti.

Los ojos le brillaban de la emoción. Jace se cernió sobre ella y cubrió su cuerpo con el suyo mientras dejaba que los tacones cayeran desliziéndose sobre sus piernas. Acarició con la nariz sus pezones y luego los succionó, saboreando y provocando esos botones endurecidos con la lengua.

—Me encanta eso —suspiró ella—. Tienes una boca increíble. Incluso cuando no estoy borracha.

Jace se rio y se sacudió contra su cuerpo.

—Menos mal, nena. Odiaría saber que solo era bueno en la cama cuando estabas como una cuba.

Bethany lo empujó, impaciente, y él reprimió otra sonrisa. Supuestamente Jace era el que tenía que llevar las riendas, pero ella estaba decidida a salirse con la suya y quería hacerlo ya. ¿Y quién era él para contener a una bonita y lujuriosa mujer borracha que no quería más que salirse con la suya y hacer realidad sus perversidades con él?

Se levantó y alargó la mano hasta la mesita de noche para coger el lubricante. Volvió a subirse a la cama y se tumbó de espaldas con el cuerpo reclinado para ayudarla a colocarse encima de él.

Le tendió el bote y su expresión se volvió seria por un momento.

—Sé que estás pasándotelo pipa, nena, pero no quiero que te hagas daño. Asegúrate de que utilizas suficiente lubricante y ve acogiéndome despacio y con cuidado hasta el fondo.

Bethany le regaló una sonrisa deslumbrante que hizo que el estómago se le encogiera.

—Te quiero —dijo, alargando las sílabas hasta convertirlo en un susurro.

Jace se derritió entero.

—Yo también te quiero, nena. Ahora diviértete y fóllate a tu hombre. Yo me voy a quedar aquí tumbado mientras tú haces lo necesario.

—Oh, me gusta cómo suena eso —ronroneó.

Bethany se concentró, vehemente, en aplicar el lubricante sobre su miembro.

Cubrió cada centímetro de piel hasta que Jace estuvo a punto de perder la cabeza. Si no se daba prisa, no iba a llegar a hundirse en su interior antes de correrse.

Cuando ella pareció estar satisfecha con su esfuerzo, tiró el bote a un lado y luego le plantó las manos sobre el pecho mientras su mirada descentrada lo buscaba con una expresión completamente seria.

—No estoy completamente segura de lo que estoy haciendo —dijo como si le estuviera contando algo de vital importancia—. Puede que necesite tu ayuda.

Jace suprimió una risita entre dientes y luego bajó la mano para agarrarse el resbaladizo pene.

—Simplemente agárrate a mí tal y como lo estás haciendo ahora. Cuando te diga, empieza a bajar, pero tómatelo con calma. Yo me ocuparé de ti.

Ella suspiró y le mandó otra sonrisa deslumbrante y vertiginosa.

—Sé que lo harás. Me cuidas mucho.

Jace guió sus caderas hacia abajo con su mano libre y luego mantuvo su verga firmemente en posición. Bajó su mano para abrirle el trasero y empujó su glande contra su apretado ano. Ella abrió los ojos como platos cuando la punta de su erección hizo presión contra su diminuta entrada.

—Ya todo depende de ti —dijo.

Bethany apretó los labios para obtener más concentración e hincó las palmas de las manos en los hombros de Jace mientras comenzaba a deslizarse hacia abajo. Gracias al cielo, con la cantidad de lubricante que le había administrado y el hecho de que estaba duro como una maldita piedra, la penetró con facilidad. Ella se paró cuando estaba a mitad de camino, su expresión era casi cómica.

—Es enorme —susurró.

Jace se rio.

—No ha ganado centímetros mi polla, nena. Es del mismo tamaño que siempre.

—Puede, pero parece mucho más grande —refunfuñó.

Y luego se dejó caer hasta el fondo y lo acogió hasta los testículos. Jace gimió ante la repentina presión que lo rodeaba. Bethany lo estrujó como un puño; lo apretó y lo succionó como si quisiera tener cada gota de su simiente.

—Oh, joder —murmuró—. Necesito que te muevas nena. Será rápido.

Ella sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—No hasta que yo lo diga.

Jace arqueó una ceja, confuso.

—No te puedes correr hasta que yo lo diga —dijo fulminándolo con la mirada.

Él se rio de nuevo y la agarró de las caderas para mantenerla bien sujeta.

—Entonces mejor que sea pronto o vas a tener el trasero lleno de semen y no habrá nada que puedas hacer para evitarlo.

Ella pareció contrariada pero se sentó hacia atrás y deslizó las manos por su

pecho hasta llegar a su abdomen. Rotó a modo de experimento. Se retorció de una y varias formas diferentes hasta el punto de hacerle suplicar que parara. Iba a ser su perdición.

Luego encontró su ritmo y comenzó a moverse arriba y abajo. Dejaba que su polla se quedara medio fuera antes de volver a deslizarse hacia abajo por su piel para acomodarlo entero. Jace la ayudó a mantener el equilibrio para que no se cayera hacia un lado y levantó sus propias caderas para ayudarla con los movimientos.

—Eso es agradable —soltó Bethany en voz baja.

—¿Agradable? —se tuvo que reír otra vez—. Yo no lo llamaría agradable, nena. Es una maldita tortura.

Ella le dedicó una sonrisa torcida y traviesa con los ojos medio cerrados y con un aire sexual mientras lo estudiaba.

—¿Me puedo correr ahora? —le preguntó con otro puchero.

—Sí, siempre y cuando yo pueda hacerlo contigo.

—Necesito ayuda con eso —dijo—. Si levanto las manos, me voy a caer y no quiero.

El cuerpo de Jace se sacudió, divertido.

—No, yo tampoco quiero que te caigas. Sigue sujetándote, voy a ocuparme de ti, nena.

Movió una de las manos para poder acariciarle el clítoris con un dedo. Bethany inmediatamente se tensó encima de él y cerró los ojos lánguidamente.

—Preparada, te puedes correr ahora —declaró ella.

Si su polla no estuviera a punto de explotar, se habría reído otra vez, pero estaba demasiado ido como para reírse de lo adorable y encantadora que estaba siendo. En cambio, incrementó la presión sobre su clítoris y comenzó a levantar las caderas para enterrar su verga tan dentro de su trasero como pudiera.

Ella se corrió primero. Bethany echó la cabeza hacia atrás y su nombre salió de sus labios como un grito. Jace tuvo que estrecharla entre sus brazos cuando se cayó hacia delante con el cuerpo totalmente lacio y sin fuerzas. La abrazó firmemente mientras él seguía arqueándose contra ella. Cerró los ojos y apretó la mandíbula y luego soltó un gruñido que vibró en todas las paredes mientras explotaba en su interior.

Chorro tras chorro, Jace inundó su cuerpo. Se corrió con intensidad; parecía que nunca iba a parar. Sus testículos estaban tensos y su miembro rígido hasta rayar el dolor. Levantó las caderas una última vez y se quedó ahí por un momento con la espalda encorvada.

—Señor... —murmuró mientras volvía a desplomarse sobre la cama con el cuerpo de Bethany cubriendo el suyo.

Ella estaba caliente y saciada, sin fuerzas y era completamente suya. Su pene se movió en su interior y ella restregó el rostro contra su pecho.

—Tengo que hacer esto otra vez —masculló, las palabras apenas audibles—. Me gusta cuando me follas con mis zapatos sexys.

El cuerpo de Jace tembló y este reafirmó su agarre sobre ella. La abrazó con fuerza, pegándola contra él. No quería dejarla escapar nunca.

—Nena, a mí me gusta follarte de todas las formas que pueda, pero esos zapatos son claramente un añadido muy interesante. Te compraré un par diferente para cada día de la semana si esto es lo que me va a esperar después.

Capítulo

36

—¿Aún no hay señales de Kingston? —preguntó en tono grave.

—No, señor —respondió Kaden de forma abrupta—. Mandé a Trevor a rastrear por donde él y Bethany solían ir cuando ella estaba en la calle. No ha visto rastro de él y tampoco ha vuelto al apartamento.

Jace suspiró.

—De acuerdo, mantenme informado.

Cortó la llamada y se recostó en la silla de la oficina. Cuando levantó la mirada vio que Ash se encontraba en la puerta con el ceño fruncido.

—¿Problemas? —preguntó Ash mientras se adentraba tranquilamente para tomar asiento.

Jace negó con la cabeza.

—Bueno, sí y no.

Estudió a Ash de cerca y buscó esa rabia que siempre llevaba reflejada en los ojos cuando pasaba alguna festividad. Aunque la familia de Ash normalmente solo lo molestaba en Nochevieja, este año habían sido más persistentes incluso después de las festividades y no habían hecho más que agriar el humor de Ash.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —preguntó Ash.

—No hay mucho que discutir —murmuró Jace—. Kingston aún está desaparecido. Lo cual es bueno, no me malinterpretes. Me encantaría que desapareciera de la vida de Bethany permanentemente. Pero Bethany sigue muy preocupada y está empezando a exasperarse.

—¿No salió con Mia y su grupo de amigas?

Jace no pudo reprimir la sonrisa que se le dibujó en los labios al recordar a Bethany, borracha y adorable hasta decir basta y dispuesta a seducirlo. Su cuerpo volvió a la vida recordando la forma tan vigorosa en la que le había hecho el amor esa noche.

—Sí, salió con ellas hace una semana. Se lo pasó bien. Se puso de alcohol hasta las cejas y quiso que me la follara con los tacones —dijo Jace con una sonrisa.

Ash sacudió la cabeza.

—Muy mal, tío. Sé que no tengo siquiera permitido el pensar ya en Bethany, pero que me ofrezcas imágenes mentales de ella, borracha y tambaleándose con esos zapatos de infarto, es una injusticia.

Jace levantó las manos, agradecido de que ahora pudieran bromear sobre el hecho de que Ash se hubiera acostado con ella.

—El problema vino después de que se le pasara la resaca y folláramos otra vez —añadió, solo para molestar a Ash. Este le devolvió otra mirada asesina y Jace se rio entre dientes—. En fin, el problema es que cuando salió con Mia y las

chicas, no pensó en Jack. Y cuando se dio cuenta de que no había estado pensando en él, se sintió culpable. Y ahora está más preocupada que nunca porque ha desaparecido.

—Qué mierda —murmuró Ash—. Vaya gilipollas.

—A lo mejor está intentando hacer lo correcto. Entre tú y yo, sus sentimientos por ella no eran fraternales. Ella no lo sabe, pero bueno, Bethany es inocente para esas cosas. Ella lo ve como a un hermano. Eso sí que lo sé con certeza. No tiene sentimientos más allá de eso. Pero él, sin embargo, la veía como una mujer. Una mujer a la que quería. No le gustó mucho que se liara conmigo porque eso la ha alejado de él. Así que me imagino que o bien está enfadado, o no quiere verla sabiendo que no puede tenerla, o está de verdad intentando hacer lo correcto y ha desaparecido de su vida para que ella pueda seguir adelante y ser feliz. El problema con eso es que ella está preocupada y lo echa de menos.

—Vaya mierda para ti, tío —dijo Ash.

—Sí. Quiero que sea feliz, y para que eso pase, necesita saber que Jack está bien y a salvo.

—¿Y qué vas a hacer?

Jace se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera. Tengo a Kaden y a Trevor vigilándolo todo. Lo que no quiero es que aparezca ante Bethany cuando ninguno de nosotros esté con ella. No confío en él. No después de toda la mierda que ha traído consigo.

Ash frunció el ceño.

—¿Qué mierda? ¿Estás hablando de algo específico o de su costumbre de aparecer y desaparecer?

—No te lo conté —murmuró Jace—. Me había olvidado de que tú no sabías nada de lo que pasó ese día cuando todo se fue al garete y pensé que la había perdido para siempre. Dios. Eso sí que fue un auténtico lío.

—¿Qué narices me estás contando?

Jace suspiró y se recostó sobre la silla.

—Jack apareció en su apartamento cuando yo mismo dejé a Bethany allí de camino al trabajo. Recibí una llamada de Kaden diciéndome que Jack estaba allí. Así que fui, pero ella ya no estaba. Luego me encontré la mochila de Jack en el apartamento y estaba llena de drogas. Y estoy hablando de varios miles de dólares en esa mierda.

—¿Qué cojones?

—Sí. Esa fue mi reacción también. Así que luego Bethany regresó a casa y yo me comporté como un auténtico cabrón. Perdí los papeles. Dije un montón de cosas que no quería. La hice sentir como si no tuviera nada. Ella se fue antes de que pudiera pararla, por lo que me pasé el resto de la tarde volviéndome loco porque no la encontraba. Luego recibí una llamada diciéndome que había vuelto

al apartamento, pero cuando llegué, ya se había ido de nuevo. Después el portero de mi edificio me llamó para decirme que estaba allí pero que no quería entrar y que estaba fuera bajo la maldita lluvia y congelándose.

—Madre de Dios —murmuró Ash.

—Oh, ahí no termina la cosa.

Ash alzó una ceja.

—Sí, aparentemente cuando decido comportarme como un gilipollas, lo hago con todas las letras.

—Maldita sea.

—Sí, cuando llegué a mi piso vi que seguía allí. El alivio que sentí no tenía nombre. Pero entonces me di cuenta que estaba bajo la lluvia, con los ojos llenos de lágrimas y me dijo que se había terminado porque no soy bueno para ella.

Jace tuvo que hacer una pausa y serenarse, porque pensar en ello todavía le ponía la carne de gallina. Pensar en lo que casi le había hecho hacer aún tenía poder para ponerlo de rodillas. ¡La podría haber perdido tan fácilmente! Y todo porque estaba terriblemente obsesionado con ella y había perdido todo uso de razón. Su instinto había sido tirar de la cuerda demasiado fuerte, decir lo que había y adueñarse de la situación por completo.

—Estaba muy enfadada y molesta por nuestra discusión anterior, y esto no lo sabía yo en ese momento, pero nuestro buen amigo Jack, un hombre que supuestamente se preocupaba por ella, le trajo esa mierda a la que había estado enganchada a su apartamento. Un pequeño regalo para ella, aparentemente.

—No, joder, no —gruñó Ash.

—Ella le dijo que no lo quería pero lo dejó allí. De modo que cuando ella volvió al apartamento después de estar andando bajo la lluvia y llorando por todas las gilipollecas que yo le dije, estuvo a punto de meterse esa mierda. La tuvo en la boca, estuvo a punto de tragársela, pero luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo y tiró todo el bote por el desagüe.

—Bien por ella —murmuró Ash.

—Sí. Es fuerte. Ella piensa que es débil, pero en realidad es toda fuerza.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Ash.

—Estaba tan devastada por lo que casi había hecho que se fue directa a mi apartamento para romper conmigo. Estaba lista para volver a su antigua vida porque al menos entonces sabía quién y qué era ella. No pensaba que fuera lo bastante buena para mí. Y ya no podía soportar la presión emocional que le provocaba nuestra relación.

—Joder, tío, suena grave. Lo siento.

—En realidad con la perspectiva de ahora, probablemente fue lo mejor que nos haya pasado. Me obligó a escucharla y también aprendí de su pasado y de todo lo que tuvo que pasar y por qué es tan inmensamente leal a Kingston. Pero fue tan duro por entonces que aún me asusta cuando pienso en lo cerca que

estuve de perderla.

—Estás enamorado de ella —dijo Ash con voz queda.

—Por supuesto que estoy enamorado de ella. ¿No es obvio?

—No, quiero decir que ella realmente es la mujer para ti. Admito que tenía mis dudas, pero ella es la elegida, tío. Estoy feliz por los dos. Y siento haberte dado tanto la murga al principio. Le debo a Bethany una enorme disculpa.

Jace lo miró con una sonrisa torcida en los labios.

—Sí, lo es. Nunca habría creído posible enamorarse de una mujer tan rápido como yo me enamoré de ella, pero Señor... Fue como si te golpeará un rayo. La mejor y peor sensación del mundo. No es muy divertido estar así de loco por una mujer, ni sentir esa inseguridad de saber que si no voy con cuidado y despacio la puedo perder.

—Sí, pero no, gracias —dijo Ash con amargura—. Supongo que yo seré el único que haga honor a nuestro lema «juega duro y vive libre».

—Cabrón. Solo espera a que te pase a tí, tío. Gabe y yo nos partiremos el culo en tu cara.

Ash resopló.

—Podéis esperar sentados.

—¿Y qué ha pasado con la familia maldita? ¿Por qué te siguen dando la vara?

Ash suspiró.

—No quiero hablar de ellos. Me arruina el día.

Jace continuó mirándolo, expectante.

—La misma mierda de siempre. Aparentemente nuestro querido abuelo no se está sintiendo bien. Está convencido de que va a estirar la pata algún día de estos. Pero bueno, ha estado diciendo lo mismo durante años. Y su deseo es tener a su querida y adorada familia con él en su lecho de muerte. Mamá y papá solo están preocupados de que si no voy, el viejo los quitará del testamento y por eso están todo el día detrás de mí queriendo que vaya a las cenas familiares y ponga buena cara con el resto del clan. Sanguijuelas egoístas, eso es lo que son.

Jace hizo un mohín.

—Lo siento, tío. Es una putada.

—Dímelo a mí.

—¿Les has dicho que se vayan a freír espárragos?

Ash se quedó en silencio y bajó la mirada.

Jace inmediatamente se inclinó hacia delante.

—¿Les dijiste que se fueran a freír espárragos, verdad?

Ash suspiró.

—Me gusta el viejo. Fue el único que se preocupó por mí. Si fuera solo mi madre, mi padre y mis hermanos, sí, les habría dicho que se fueran a tomar por saco.

—Joder, lo vas a hacer, ¿verdad? ¿Vas a ponerles buena cara a todos por él?

—No sé lo que voy a hacer todavía —masculló—. No lo he decidido. Me han invitado a que vaya a cenar la semana que viene. El abuelo va a estar allí. Toda la maldita familia entera estará allí.

—Voy contigo —dijo Jace rápidamente—. Gabe también. Y Mia.

Ash volvió a levantar la mirada hacia él; un amor feroz se reflejaba en sus ojos verdes.

—Ya sabéis que os quiero, tíos. Siempre me habéis cubierto las espaldas. Nunca lo olvidaré. Pero ahora Gabe y tú tenéis a Mia y a Bethany. No quiero que ninguna de las dos, ni tú ni Gabe, os veáis expuestos a ese nido de víboras.

—Eso son tonterías —lo cortó impacientemente Jace—. Somos tu familia. Tu familia de verdad. Y la familia no deja que ningún miembro tenga que lidiar con esta encerrona solo.

—Ya soy mayor. Puedo soportar sus gilipolleces. Preferiría que Mia y Bethany no estuvieran expuestas a sus manipulaciones. Ya son malos en sus días buenos. ¿Puedes imaginarte lo que le harían a Bethany si se enteraran de su pasado? La destrozarían poco a poco y sin remordimientos. ¿De verdad quieres eso para ella cuando las cosas aún están tan recientes entre vosotros dos?

Jace lentamente sacudió la cabeza.

—No. No tenemos por qué traerla. Yo puedo ir contigo y dejarla en el apartamento. O haré que Mia pase la noche con ella. Lo único que quiero es que no vayas sin tener a nadie ahí apoyándote.

Ash se puso de pie.

—Te lo agradezco, tío. Más de lo que te imaginas. Pero algunas cosas las tengo que hacer solo. Y esta es una de ellas. Iré. Les dejaré claro que no pueden joderme como solían hacerlo. Haré acto de aparición por el abuelo, pero los demás me pueden chupar el dedo.

—Está bien, pero si cambias de idea ya sabes que Gabe y yo estaremos ahí contigo sin pedir explicaciones.

—Sí, lo sé. Y gracias.

Ash comenzó a caminar hacia la puerta pero luego se giró.

—¿Quieres que hable con mis contactos para ver si Kingston ha cogido prestado más dinero o si se ha metido en algún lío? Puedo tener a varios vigilando y ver si sale algo. Puede que incluso averigüe dónde narices se está escondiendo.

Jace vaciló, pero luego, finalmente, decidió negar con la cabeza.

—No. Algunas veces la ignorancia es una dicha. No quiero estar nunca en la posición donde tenga que mentirle a Bethany, y si supiera que Jack está metido en problemas, claramente le mentiría. No querría que se involucrara de ningún modo. Es mejor que ninguno de los dos lo sepa.

Ash asintió.

—De acuerdo. Avisame si cambias de parecer.

—Lo haré. Y... ¿Ash? Manténme informado de cómo van las cosas, ¿de

acuerdo? Quedaremos después de que tengas la cena con tu maldita familia. Tú, yo, Gabe, Mia y Bethany. Cenaremos todos juntos.

—Suenan bien. Te veo luego.

Jace vio a Ash salir con el rostro lleno de preocupación. No echaba de menos nada de los tríos que solían montarse, pero sí que echaba de menos tener esa conexión con Ash. Era retorcido, pero habían sido amigos que habían compartido casi todo durante un montón de años, y ahora de repente las cosas eran muy diferentes.

Mierda, si es que apenas había visto a Ash desde que conoció a Bethany. Tanto él como Gabe se habían centrado en la mujer a la que amaban, lo cual significaba que Ash había sido apartado de ese círculo cerrado en el que solía estar antes.

El teléfono de su oficina sonó y Jace lo descolgó. Unos pocos minutos después, se encontró blasfemando y dirigiéndose al despacho de Gabe.

—¿Qué narices pasa con el hotel de París? —exigió—. Acabo de recibir una llamada diciéndome que dos de nuestros inversores más importantes se han retractado.

Capítulo

37

Bethany descolgó el teléfono cuando sonó y pronunció un vacilante hola.

—Señorita Willis, el señor McIntyre está aquí. ¿Lo dejo subir?

Su pulso se aceleró. Jace no estaba en casa todavía y ya se había pasado de su hora normal de trabajo. ¿Quizás Ash había pensado que ya estaría aquí?

—Hum... claro —contestó.

Se limpió las manos nerviosamente en el pantalón y luego se reprendió a sí misma. Ash había sido la personificación de la educación y la amabilidad desde aquella noche en la que tuvo sexo con él y con Jace. No había razón por la que ponerse de los nervios cada vez que tuviera que hablar con él.

Unos momentos después, el ascensor se abrió y Ash salió.

—Hola, Bethany —dijo al mismo tiempo que le ofrecía una cálida sonrisa.

—Hola, Ash. Jace no está en casa todavía.

Ash frunció el ceño.

—Mierda. Pensé que estaría aquí. Necesitaba darle una carpeta. El acuerdo se nos va al garete. Puede que se haya tenido que quedar en la oficina más de lo que pensaba intentando que la situación vuelva a ir por buen rumbo.

Ella arqueó una ceja.

—Suenan bastante mal. ¿Lo es?

Él sonrió.

—Nada que no podamos solucionar. Cosas como esta ocurren todo el tiempo. Solo es otro día más en la oficina.

—Entra. No te quedes ahí. Mis modales son horribles. ¿Por qué no te sientas en el salón? Estoy segura de que vendrá dentro de nada. ¿Te gustaría tomar un chocolate caliente? Justo estaba preparándome uno.

—Claro —dijo, adentrándose—. ¿Vas a tomarte una taza conmigo?

Ella sonrió y se relajó bajo su fácil encanto.

—Sí, siéntate y prepararé dos tazas.

Se fue hasta la cocina para matar el tiempo y calentó dos tazas de agua para luego mezclar el chocolate. Endulzó el suyo pero luego se detuvo; no estaba segura de cómo lo quería Ash. Bueno. Se encogió de hombros y se lo preparó tal y como ella prefería el suyo.

Luego llevó las tazas hasta el salón y le tendió una a Ash.

—Gracias, corazón.

Él la miró por encima de su taza mientras ella se sentaba en el sillón, a una buena distancia de donde él se encontraba.

—¿Y cómo estás? —le preguntó con voz queda.

—Bien —respondió ella alegremente.

Ash le dedicó una mirada que claramente decía «no me lo creo».

Bethany suspiró.

—Estoy bien, de verdad. Preocupada por Jack, lo cual es estúpido, pero no puedo controlarlo, precisamente. Supongo que me siento culpable porque yo tengo muchísimo ahora y él sigue sin tener nada.

—Yo no llamaría exactamente nada a tener un sitio gratis donde vivir —replicó Ash secamente.

Ella hundió los hombros.

—Tienes razón. Y creo que eso es lo que me cabrea. Jace ha dado su brazo a torcer por él. Y lo hizo por mí. Sé que a Jace no le gusta. Y tiene todo el derecho del mundo a que no le guste, pero lo hizo por mí y lo hizo por Jack porque sabía que eso me haría feliz. Y me cabrea que Jack esté siendo tan estúpido.

Bethany gruñó y se dio cuenta de que estaba enfadada. Había estado tan muerta de preocupación y ansiedad que no se había percatado del hecho de que estaba cabreada con Jack por ser tan desdenoso con todo lo que Jace estaba haciendo por él.

—Podría al menos decirme cómo está, ¿sabes? —continuó, enfadándose más a cada minuto que pasaba.

—Sí. Es cierto —acordó Ash—. Pero, cariño, escúchame. Tienes que dejar de malgastar tanta energía emocional con este tío. Ya es mayorcito. No puedes tomar sus decisiones por él y, además, no deberías sentirte para nada culpable por haber mejorado tu vida y porque él rehúse hacerlo también.

—Tienes razón —murmuró—. Sé que tienes razón. Pero es duro, muy duro, dar un giro completo de ciento ochenta grados cuando él ha sido todo lo que he tenido durante los últimos años. Es normal que me preocupe por Jack porque siempre me he preocupado por él.

Ash se aclaró la garganta.

—En realidad, hay algo más de lo que quiero hablar contigo. Ahora es tan buen momento como cualquier otro porque estamos solos. Tú y yo nos hemos visto solamente un par de veces desde aquella primera noche, y no es exactamente un tema del que quiera hablar cuando estoy rodeado de gente.

El calor se le subió por las mejillas. Oh, Dios. Iba a sacar a relucir la noche del trío. La vergüenza se apoderó de ella y se encontró incapaz de devolverle la mirada.

—Cariño, mírame —dijo Ash con amabilidad.

Ella se puso de pie tras dejar la taza sobre la mesita y se volvió para observar la ciudad a través de la ventana. Fuera, las luces parpadeaban mientras el día daba paso a la noche.

—Bethany.

Pegó un bote cuando escuchó su voz muy cerca a su espalda. Ash la había seguido hasta la ventana y ahora no tenía más remedio que encararlo.

La tocó en el hombro y ella lentamente se giró para mirarlo a los ojos. Había

cariño y comprensión en ellos.

—Sé que probablemente tampoco pienses que soy lo bastante buena para él —habló en voz baja—. Especialmente por cómo nos conocimos. Esa noche...

Él posó un dedo sobre sus labios.

—Eso son tonterías —dijo abruptamente—. Te debo una enorme disculpa y te la voy a dar ahora mismo.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Por qué me tienes siquiera que pedir disculpas?

—Porque al principio no pensé que fueras buena para Jace. Soy su amigo y estaba preocupado.

Bethany asintió al mismo tiempo que el corazón se le hundía. Lógicamente, ella sabía que sus amigos no la hubieran acogido en sus vidas, pero sin saber cómo, escucharlo hizo que le doliera más que simplemente mantenerlo en el pensamiento.

—Estaba equivocado.

Parpadeó.

—¿Lo estabas?

—Estaba cien por cien equivocado, cielo. Eres lo mejor que le haya pasado nunca a Jace. Y he sacado el tema de esa noche, no para ponerte incómoda, aunque eso es exactamente lo que he hecho, sino porque no quiero que esta incomodidad que hay entre nosotros continúe. Jace es como un hermano para mí. Hemos sido amigos durante años. No quiero que eso cambie. Tú eres importante para él. Él es importante para mí. Por lo tanto tú también eres importante para mí.

—¿De verdad? —susurró.

Él sonrió.

—Sí, de verdad. No diré que no haya disfrutado esa noche. Eso es un hecho. Tú eres una mujer deseable y bonita. Eso no se puede cambiar. Y en realidad no quiero cambiarlo. Eres especial, Bethany. Pero también sé que Jace te quiere horrores y puedo ver que tú lo quieres a él también. Lo que me gustaría es que podamos poner esa noche en el pasado y pasar página. Me gustaría que fuéramos amigos.

Bethany sonrió y todo el semblante se le agrandó de felicidad.

—A mí también me gustaría eso.

Ash alargó la mano, le tocó la mejilla y la acarició desde el pómulo con el pulgar.

—Entonces solucionado.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La voz de Jace explotó en el salón y Bethany pegó un bote hacia atrás al mismo tiempo que la mano de Ash se apartaba de su rostro y ambos se giraban en la dirección de donde provenía la voz.

Los ojos de Bethany se llenaron de alarma mientras que los de Ash se oscurecieron de rabia. Jace parecía... furioso.

Jace pulsó el botón del ascensor e hirvió de impaciencia mientras subía hasta su apartamento. El día se había ido a la mierda en menos que cantaba un gallo con la retirada de los dos inversores que tenían para el proyecto de hotel en París. Maldita sea, había trabajado mucho y duro para conseguir su apoyo y ahora se habían echado atrás en el último minuto.

Él y Gabe se habían pasado la mayor parte de la tarde al teléfono intentando averiguar qué narices había pasado y se le había ido el santo al cielo. Todo lo que quería era ver a Bethany, llevarla a cenar y luego hacerle el amor durante el resto de la noche. Al día siguiente, por la mañana, iba a ser un asco porque con la retractación de sus dos inversores más importantes, era muy posible que los otros los siguieran también. Tenían que arreglar el problema y rápido. Aunque significara poner más dinero de su bolsillo para seguir adelante.

Las puertas se abrieron y lo recibió la imagen de Bethany y Ash de pie en el salón junto a la ventana. Y ella estaba sonriendo. Su rostro estaba iluminado como un maldito árbol de Navidad. Era la primera vez que la había visto sonreír de verdad y con tanto entusiasmo en una semana. Estaba mirando a Ash como si le hubiera regalado la maldita luna.

Y luego Ash le tocó la mejilla. No era un gesto casual para nada, y eso envió un aviso de alarma por todo su cuerpo. Había algo íntimo en ese contacto. Y esa mirada en el rostro de Ash... Tierna. Llena de afecto.

¿De qué coño iba esto?

Su mal genio explotó, resultado del mal día que había tenido, que había ido de mal en peor al encontrarse a Ash en su apartamento tocando a su mujer y ella sonriéndole de una forma que no lo había hecho con él en días. Todo en lo que pudo pensar fue en esa maldita noche. En la boca de Ash pegada a la piel de Bethany, su pene dentro de su boca, de su trasero. Los jadeos de placer que Ash le provocó. Lo volvió loco.

—¿Qué demonios está pasando aquí?—preguntó con acidez.

Ash y Bethany se giraron para mirarlo; la mano de Ash se separó de repente del rostro de Bethany. Los ojos de Bethany manifestaban alarma, mientras que los de Ash inmediatamente se volvieron enfadados. Tenía gracia.

—Ash ha venido a verte —dijo Bethany con un hilo de voz.

—Sí, ya lo veo —gruñó Jace.

—¿Sabes qué? Que te jodan, tío —espetó Ash—. No puedo creer que entres así, especialmente después de todo lo que nos hemos dicho hoy en la oficina. Además, no puedo creer que le faltes el respeto a Bethany de esta manera.

—Tal y como yo lo veo, yo soy el único al que le están faltando el respeto en mi propio apartamento —escupió Jace.

—Yo me largo —rugió Ash.

Se paró y le dedicó a Bethany una mirada de disculpa.

—Lo siento, cielo. De verdad. Si necesitas algo, llámame, ¿de acuerdo?

Que Ash sugiriera que Bethany lo fuera a necesitar como resultado de lo que sea que estuviera ocurriendo en este momento en su apartamento avivó mucho más el fuego que ardía dentro de Jace.

—Yo también lo siento —susurró Bethany.

Su rostro era una espiral de humillación y el rojo bañaba sus mejillas. Mientras Ash pasaba al lado de Jace, murmuró «Qué gilipollas», y luego se metió en el ascensor.

Cuando Jace volvió a levantar la mirada hacia Bethany, preparado para exigirle una explicación, las lágrimas brillaban en sus ojos y sus hombros mostraban su derrota. No podía siquiera mirarlo a la cara.

Se le hizo un nudo en el estómago e inmediatamente se arrepintió de la conclusión a la que había llegado tan precipitadamente. No podía siquiera llamarla conclusión. Se había insolentado porque ya estaba enfadado, frustrado y cansado. Todo lo que había querido era pasar una noche a solas con Bethany y había llegado aquí para ver a Ash comportándose de forma personal y cercana con ella.

Maldita sea, lo había vuelto a hacer. Había hablado sin pensar. Y ahora Bethany estaba al borde de las lágrimas. La había avergonzado y había cabreado a su mejor amigo. Parecía que el comportarse como un auténtico gilipollas fuera una práctica diaria.

—Bethany —dijo con voz queda mientras reducía la distancia entre ellos.

Ella se apartó en el momento en que intentó tocarla. Giró la cabeza; claramente intentando esconder las lágrimas. Y eso lo enfadó incluso más. No con ella. Sino consigo mismo. Porque la había fastidiado.

—Aún no confías en mí —susurró con un tono angustiado—. No sé por qué estamos haciendo esto. No puedo hacerlo, Jace. No voy a estar con un hombre que sigue pensando lo peor de mí cuando no he hecho nada para merecerlo. Te lo he dado todo. Mi confianza, mi corazón. Tú puede que me hayas dado cosas materiales, pero no me has dado nada que importe de verdad.

—¿Mi amor no importa? —exigió.

Esta vez lo miró a los ojos con los suyos llenos de lágrimas. Los de él estaban ferozmente decididos, y su boca, apretada en una fina línea.

—No puedes estar ahí de pie y decirme que me amas cuando piensas tan mal de mí. Puede que sientas lujuria hacia mí, puede que estés obsesionado. Pero obviamente no me amas.

—¡No me digas que no te amo!

Los latidos de su corazón rugían en sus oídos y el pánico se apoderó de su garganta. Él la amaba, y, por qué no, también confiaba en ella. Una vez se hubo calmado supo perfectamente bien que ni ella ni Ash estaban haciendo nada a sus

espaldas. Confiaba en ella y obviamente confiaba en su mejor amigo. Ninguno de los dos haría nada para traicionarlo.

Pero había reaccionado emocionalmente y se había enfadado con las dos personas que más le importaban. Porque era un cabezón con muy mal genio y con una propensión a contestar mal a las personas más cercanas a él.

Señor, tenía que poner en orden su vida empezando desde ya.

—Dices que me quieres, pero tus acciones me demuestran lo contrario.

Su voz sonó queda y resignada.

—Las palabras son solo palabras. La evidencia está en cómo actúas, en cómo reaccionas. ¿Qué demonios pasa contigo? No preguntaste siquiera qué era lo que Ash estaba haciendo aquí. No preguntaste por qué. Solo nos preguntaste qué narices estaba pasando aquí, con ese tono acusador y malpensado. Y no era una pregunta para la que quisieras una respuesta, de todos modos. Era más un « ¡Ajá! ¡Os he pillado con las manos en la masa!» .

Jace cerró los ojos.

—Lo siento, nena. Sé perfectamente que no estabas haciendo nada a escondidas. Lo supe entonces también. Estoy de mal humor, tuve un día de perros y lo he pagado contigo y con Ash.

—Discúlpate con él —dijo ahogadamente—. Lo has insultado de forma horrible. Es tu mejor amigo. Habéis sido los mejores amigos durante veinte años. Tú solo me conoces a mí desde hace unas pocas semanas, así que supongo que no puedo pedir más en lo que a confianza se refiere. Pero lo que has pensado de él no tiene excusa.

—Lo sé. Lo sé, nena. Y sí, obviamente le pediré disculpas, pero primero tengo que arreglar las cosas contigo.

—No puedes arreglarlo —dijo con tristeza—. Por mucho que repitas « te quiero» o « confío en ti» , decirlo más o menos no va a hacer que sea verdad cuando no lo es.

—¿Qué estás diciendo? —susurró. El miedo lo había paralizado.

—Voy a hacer las maletas e irme. Y no, no estoy huyendo o siendo irracional. Pero no me puedo quedar aquí. Ya no. Volveré al otro apartamento. De todas formas Jack no está allí. Ya pensaré qué hacer luego.

Cuando empezó a dirigirse hacia el dormitorio, Jace la sujetó del brazo y tiró de ella bruscamente para pegarla contra su pecho.

—No. No te vas a ir —le dijo con una feroz determinación—. No te vas a ir a ninguna parte. Ya hemos pasado por esto, nena. Quédate y lucha. Tírame algo. Gritame. Haz lo que tengas que hacer. Pero quédate y lucha por lo que tenemos.

Su mirada era de decepción y cansancio cuando levantó la cara para preguntarle:

—¿De qué me sirve a mí quedarme a luchar cuando tú no lo haces?

A Jace se le cortó la respiración. Luego afianzó el agarre sobre sus hombros e

hincó los dedos en su piel para intentar dejar de temblar.

—No te vas a ir a ningún sitio esta noche —gruñó—. Hace frío y está nevando. Te vas a quedar aquí donde estás segura.

Bethany cerró los ojos y apartó el rostro con un suspiro.

—De acuerdo. Pero dormiré en el sofá.

—Y una leche.

Le tocó con un dedo el collar y le dio un pequeño golpe al diamante.

—Duermes en mi cama. Eso no es negociable. Ni de coña vas a dormir en el sofá.

Sus hombros se abatieron incluso más y ella se alejó de su contacto. Sin decir una palabra más, caminó hacia el dormitorio y dejó a Jace dándose de hostias con cada respiración.

Dios. Tenía que alcanzar a Ash antes de que esto llegara muy lejos. Se había comportado como un auténtico mezquino. Dejaría que Bethany se calmara. Iría a por Ash, se disculparía y luego volvería con Bethany cuando las emociones no estuvieran tan alteradas. Y luego iba a postrarse como nunca antes y a jurar por todo lo sagrado que a partir de ahora iba a controlar su lengua en el futuro.

Sacó el móvil y marcó el número de Ash.

—¿Qué demonios quieres? —exigió Ash.

Jace hizo una mueca al escuchar la furia en la voz de su amigo.

—¿Estás muy lejos?

—Entrando en el coche.

—No lo hagas. Dile al conductor que dé la vuelta. Bajo enseguida. Reúnete conmigo en el portal.

—Vete a la mierda.

—Solo hazlo, Ash —dijo Jace con suavidad—. Tanto tú como yo sabemos que me he comportado como un imbécil. No voy a dejar que te vayas cabreado.

—Demasiado tarde para eso —espetó Ash.

—Estaré abajo en dos minutos.

Colgó y deseó con todas sus fuerzas que Ash no estuviera tan enfadado como para no querer volver. Jace ya se sentía como el gilipollas más grande del planeta.

Se precipitó hacia el ascensor y bajó. Cuando salió, se aseguró de colocarse donde pudiera ver si Bethany intentaba escapar. Cuando le echó una mirada a la puerta de la entrada, se sintió enormemente aliviado al ver a Ash entrando de nuevo en el edificio.

Cuando Ash vio a Jace, sus facciones se contrajeron y se dirigió hacia donde Jace se encontraba.

—¿Cuál es tu problema, tío? —exigió Ash—. No me puedo creer toda la mierda que has soltado. Además del hecho de que me has insultado en mi cara, le has faltado el respeto a Bethany. Una mujer que no ha hecho nada más que

quererte y aguantar todas tus tonterías desde el principio. ¿Quieres hablar de lo imbécil que fuiste el otro día? ¿Qué demonios ha sido eso que has soltado justo ahora?

Jace levantó las manos.

—Lo siento, tío. Sé que no estaba pasando nada. Lo sé. No lo cuestiono siquiera. No necesito saber lo que pasaba porque sé que fuera lo que fuese no tiene importancia. Tuve un día de perros y todo lo que quería era volver a casa para estar con Bethany y cuando entré y te vi tocarla, y luego su sonrisa... Dios, no me ha sonreído así en días. Estaba iluminada como un maldito árbol de Navidad. Tan brillante y hermosa que dolía hasta mirarla. Y yo simplemente me reboté. Fue estúpido. Ninguno de los dos os lo merecíais. Pero descargué mi rabia y frustración en vosotros dos.

Ash simplemente se lo quedó mirando un buen rato.

—Esto tiene que parar. Esta es ya la segunda vez que me atacas. No voy a aguantar una tercera.

—Lo entiendo —dijo Jace con voz queda.

—¿Qué cojones, tío? ¿De verdad pensaste que ella te engañaría? ¿O esta es alguna clase de respuesta retorcida al hecho de que me acosté con ella esa primera vez que estuvimos todos juntos? Porque ella no se lo merece. Bethany aceptó algo que le ofrecimos y la has estado castigando desde entonces. Si quieres culpar a alguien, mírate al espejo. Si hubieras sido honesto desde el principio, esa noche nunca habría sucedido y tú nunca tendrías el recuerdo de mí tirándomela.

Jace se encogió ante la abrupta valoración. Pero Ash tenía razón. Al cien por cien. Era retorcido, pero se dio cuenta de que Ash había dicho algo de lo que ni siquiera Jace se había percatado antes. Estaba castigando a Bethany por algo que no había orquestado. No soportaba verlos a los dos juntos porque le recordaba a esa noche. Y aunque había bromeado con Ash sobre eso en la oficina, fue porque Bethany no estaba allí.

—No, no creo que ella me engañara —dijo quedamente—. Y tienes razón. No se merece esto. Tú no te mereces esto. No podía dejarte ir sin disculparme. No quiero que esto siga poniendo distancia entre nosotros.

—Si no quieres que ponga distancia entre nosotros, entonces tienes que lidiar con ello, Jace. Porque Bethany y yo estamos bien. Aceptamos lo que ocurrió y estamos de acuerdo en pasar página. Ella aún se siente muy avergonzada por ello, lo que empeora lo que acabas de hacer. Nosotros lo hemos solucionado. Eso era de lo que estábamos hablando cuando tú entraste actuando como un imbécil.

Las cejas de Jace se alzaron.

—¿Qué quieres decir con que lo habéis solucionado?

—Quiere decir que le dije que no quería que se sintiera incómoda a mi lado y que quería que fuéramos amigos. Veo la forma en la que me mira cuando

estamos juntos y lo incómodas que son las cosas. Si tú y ella vais a estar juntos, pensé que era importante que enterráramos el hacha y que intentara hacer que las cosas fueran lo más cómodas y fáciles posible entre nosotros. Eso es lo que viste, Jace, y obviamente no a mí intentando ligarme a tu mujer.

Jace se masajeó las sienes.

—Lo siento. La he cagado otra vez. Te juro que parece que es todo lo que sé hacer.

—¿Y por qué estás aquí abajo disculpándote ante mí cuando es a Bethany a quien deberías estar suplicándole que te perdone? —le exigió Ash.

Jace expulsó el aire de los pulmones.

—Está molesta.

—Es comprensible.

—Sí, totalmente.

—Entonces, ¿por qué no estás arriba con ella? —insistió Ash—. Dime que no vas a dejarla marchar. Porque te lo estoy avisando ahora. Hazlo y entonces le entraré yo y no seré el cabrón que tú estás siendo.

Los orificios nasales de Jace se expandieron.

—¿Qué narices dices? ¿Entonces sí que tienes sentimientos hacia ella?

Ash sacudió la cabeza.

—Todo lo que sé es que es una mujer guapa, deseable y completamente dulce. Eso ya la pone automáticamente kilómetros por encima de las mujeres que nos tiramos normalmente. Yo estaría más que feliz de ver adónde nos llevaría una relación. Ya sé que somos compatibles en la cama.

—Vete a la mierda —rugió Jace.

Ash sonrió con suficiencia.

—Entonces deberías regresar al ascensor y asegurarte de que no te vaya a dejar.

Jace apartó la mirada.

—Hay algo diferente esta vez. No está tan enfadada como... derrotada. Es acojonante. Se puso al borde de las lágrimas pero intentó escondérmelo, así que no es que quisiera manipularme con lloros. Y estaba muy resignada y actuando como si nada. Fui demasiado lejos esta vez, Ash. La confianza ya ha sido un problema para nosotros antes. Mi boca se ha adelantado al cerebro en más de una ocasión y la he atacado. Le he dicho cosas que no quería y le hicieron daño. Justo como he hecho hace un rato. No estoy seguro de que las cosas sean tan fáciles de perdonar esta vez.

—Bueno, no lo sabrás hasta que subas —dijo Ash con calma.

—Entonces, ¿estamos bien tú y yo? —preguntó Jace en un tono quedo.

Los hombros de Ash se levantaron y luego bajaron mientras soltaba una exhalación profunda.

—Sí, tío. Estamos bien. Pero te juro por Dios que no vas a tener una tercera

oportunidad para decirme esas tonterías a la cara.

Jace asintió y luego levantó un puño. Ash lo chocó, con fuerza. Jace casi se encogió de dolor cuando los nudillos de Ash chocaron con los suyos.

—Ve a arreglar las cosas con tu chica —dijo Ash—. Porque si no, lo haré yo.

Jace gruñó y Ash se rio.

—Sabía que eso te motivaría —añadió Ash con la diversión patente en su voz.

Jace le dio un puñetazo en el brazo y luego volvió al ascensor.

—Hasta luego, tío.

—Cuéntame qué tal te va con Bethany —dijo Ash con voz queda.

—Lo haré.

Cuando Jace entró en el dormitorio, vio que Bethany ya estaba en la cama. Estaba echa una bola, acurrucada, con la espalda mirando hacia el centro de la cama de forma que quedaba de espaldas a él.

También llevaba puesto un pijama cuando nunca había llevado nada. Era una de sus normas. La primera que había roto tan descaradamente.

Jace suspiró. Sabía perfectamente bien que no le iba a decir nada por no obedecer la norma que le había dictado de no llevar ropa en la cama.

Se desvistió y luego se deslizó dentro de la cama junto a ella. Se acercó hasta que su espalda estuvo pegada a su pecho y le rodeó la cintura con un brazo para atraerla mucho más hacia sí.

Ella se puso rígida; la tensión echaba humo en su cuerpo.

—Tenemos que hablar, nena.

Bethany sacudió la cabeza.

—No. Esta noche no. No tengo nada que decir. Estoy demasiado molesta y terminaríamos diciéndonos cosas de las que luego nos arrepentiríamos. ¿No es eso lo que básicamente dijiste que te pasaba? ¿Que dices cosas que no quieres? Por una vez, quiero que digas algo que sí quieras. Estoy cansada de adivinar. Estoy cansada de tener que ir de puntillas, sin saber adónde vas a llevar las cosas o cómo reaccionarás o de qué manera retorcida vas a interpretar algo que no tiene en absoluto ningún significado.

Jace suspiró y la besó en el hombro antes de dejar los labios pegados a su piel.

—No has comido nada. Es temprano todavía.

—No tengo hambre —dijo en voz baja—. Por favor, Jace, solo déjame en paz. No me voy a ir a ningún sitio. No voy a huir. Vete a comer o a hacer lo que sea que quieras hacer y déjame que aclare esto yo sola.

Él volvió a tumbarse de espaldas y se quedó mirando al techo.

—No es que me apetezca verte aquí tumbada y herida por mi culpa, nena.

Bethany no respondió, pero Jace vio cómo sus hombros se sacudían

ligeramente y luego blasfemó en silencio. Estaba llorando. Y quería que la dejara en paz. No quería que la consolaran. No quería sus brazos alrededor de su cuerpo. No quería que la abrazara.

Cerró los ojos con fuerza. Sí, había metido la pata hasta el fondo. Incluso peor que la última vez. ¿Cuándo pararía de hacerlo?

¿Cómo podría siquiera irse al trabajo al día siguiente cuando estaba paralizado por el temor de que ella se fuera justo en el momento en que se quedara sola?

No podría vivir así. Y él sabía que ella tampoco. La estaba destruyendo con su desconfianza. Y, joder, él sí que confiaba en ella.

Quizás esto solo fuera producto de una relación que apenas llevaba unas cuantas semanas en marcha. Siempre había problemas que las parejas tienen que solucionar, ¿no? Él había ido rápido, eso lo sabía. La mayoría de la gente normal extendía la etapa de las citas y de conocerse un poco más que él. Pero bueno, él siempre había ido tras lo que quería con decidida determinación. Bethany no había sido diferente en ese aspecto.

Sabiendo que no se iba a quedar dormido tan temprano, se bajó de la cama. Bethany aún estaba de espaldas a él, pero sabía que todavía seguía despierta también. Su cuerpo estaba demasiado rígido como para que hubiera cedido al sueño.

—Voy a la cocina a por algo de comer —dijo con suavidad—. Me encantaría que vinieras conmigo. O puedo, si no, traerte algo yo a la cama.

Bethany lloriqueó ligeramente y a Jace se le encogió el corazón otra vez. Joder. Seguía llorando.

Se giró y salió del dormitorio; el miedo y los remordimientos lo inundaban a partes iguales. Le había dicho que confiaba en ella. En parte eso le estaba dando tiempo para que ella se aclarara a su manera. Mientras lo hiciera aquí, en su apartamento, en su espacio, en su cama, podría lidiar con ello. Le había dicho que confiaba en ella. Ya era hora de demostrarle que lo hacía de verdad.

Se preparó un sándwich, más para tener algo que hacer que porque tuviera hambre. Recordó cuando Gabe la fastidió bastante con Mia; ella le había dicho que si alguna vez tenía alguna esperanza de volverla a recuperar, tendría que irle de rodillas y arrastrándose. Y Gabe lo había hecho. Se había confesado delante de media Nueva York para poder volver a recuperar a Mia.

Jace no lo había terminado de entender por entonces. Había pensado que Gabe estaba siendo un poco demasiado dramático, pero ahora se daba cuenta de la desesperación que Gabe debió de haber sentido. Jace se arrodillaría y se arrastraría. Haría todo lo que fuera para conseguir que Bethany se quedara.

Después de horas de haber estado dándole vueltas y vueltas a cada palabra que quería decir, volvió al dormitorio y se encontró las luces apagadas. Se habría tenido que levantar para apagar las luces. Cuando se subió a la cama, pudo escuchar su suave respiración, pero lo que más le dolió fue el hecho de que

incluso durmiendo daba esos suaves hipidos, señal de que había estado llorando por un tiempo.

Se volvió hacia ella e inhaló su dulce aroma. Escondió el rostro en su pelo y le pasó un brazo alrededor de la cintura para acercarla a su cuerpo.

El sueño no vino hasta un rato después, pero, cuando finalmente lo hizo, estuvo lleno de pesadillas inquietantes en un mundo sin Bethany.

Capítulo

38

Bethany se despertó al sentir unos suaves labios rozar su hombro. Hizo un gesto de dolor cuando abrió los ojos y su cabeza comenzó a latir con fuerza. Tenía los ojos hinchados. La garganta, rasposa y dolorida de todas las lágrimas que había derramado la noche anterior.

—Nena, despierta, por favor.

La suave voz de Jace vagó por encima de sus orejas y cerró los ojos otra vez mientras otra ola de dolor se adueñaba de ella de nuevo.

—Bethany, necesito que me mires.

A regañadientes, se medio tumbó de espaldas para poder mirarlo a los ojos. Jace hizo una mueca cuando vio su rostro. Debía de tener un aspecto realmente malo al ver su reacción.

Jace pasó los dedos por su semblante y luego se inclinó para besarla.

—Nena, sabes que lo que hice estuvo mal. No fui justo contigo ni con Ash. Ya he arreglado las cosas con él, pero tengo que hacer lo mismo contigo.

Se quedó en silencio durante un momento como si le estuviera dejando digerir las palabras. Luego continuó.

—Tengo que ir a la oficina esta mañana. A menos que quieras que me quede y hablemos ahora. Nada es más importante que tú. Pero si necesitas más tiempo, iré a la oficina, haré unas cuantas llamadas, me pondré al día con Gabe y Ash, y luego volveré para que podamos solucionar esto.

Ella asintió; tenía la garganta demasiado en carne viva como para hablar.

—Quiero que descanses, tómatelo con calma hoy —añadió gentilmente—. Cuando llegue a casa, hablaremos. Y entonces iremos a por algo de comer. Pasaremos la noche juntos, solos tú y yo.

—Está bien —accedió ella con voz ronca.

Bethany volvió a ponerse de lado mientras él se alejaba de la cama. Y cerró los ojos otra vez para adentrarse en el negro vacío.

Sus pensamientos eran caóticos. Había estado pensando en la situación toda la noche. Solo una hora antes del amanecer había podido quedarse dormido por completo.

El problema era que no había nada que pudiera hacer para arreglar el conflicto que existía entre ella y Jace. O bien confiaba en ella, o no. No había solución mágica. Nada que pudiera hacer para cambiarlo. Dependía de él y si no confiaba en ella, nada de lo que hiciera o dijera podría cambiar ese hecho.

No tenía ninguna duda de que Jace estaba arrepentido de verdad por cómo se habían desarrollado las cosas la noche anterior. Pero eso no significaba que confiara en ella, ni tampoco que no fuera a ocurrir otra vez.

Lo escuchó prepararse en silencio para ir al trabajo. Cuando llegó la hora de

irse, volvió a la cama y se inclinó para darle un beso en la frente. Sus labios se quedaron en contacto con su piel durante un momento, como si fueran reacios a abandonarla.

Una parte de ella no quería que se fuera. Quería que se quedara y la abrazara para poder hacer como que este problema no existía entre ellos. La otra quería que se fuera para así poder tener tiempo para ella, para aclarar sus sentimientos encontrados.

Finalmente Jace se alejó tras haberle quitado el cabello que tenía sobre el rostro y la frente. Luego se oyeron sus pasos al salir del dormitorio hasta que debido a la distancia dejaron de escucharse.

Sus ojos ardieron con más lágrimas y los cerró con más fuerza, decidida a no sucumbir otra vez. Se había pasado toda la noche alternando entre enfado y profunda tristeza. Aún no estaba segura de cuál era el claro vencedor. Sus emociones eran un lío últimamente. Entre Jack y Jace se encontraba en la montaña rusa del terror.

Estuvo dormitando y comprobaba el reloj cada vez que se despertaba. Finalmente se dio cuenta de que quería que el tiempo pasara sabiendo que Jace volvería a casa mucho más temprano de lo usual.

Incluso después de todo lo que había pasado tenía ganas de verlo.

Suspiró. Bethany sabía perfectamente bien que lo perdonaría y que pasarían página. La pregunta era si Jace de verdad iba a hacer el esfuerzo de controlar su temperamento y de morderse la lengua en el futuro. Algunos dirían que Bethany tendría que ser más fuerte, pero a la mierda con eso. Nadie se merecía ser desollado vivo porque otra persona se encontrara de mal humor. Problemas tenían todos. Esa no era excusa para pagarlo con los demás.

La rabia sentaba mucho mejor que el patético agotamiento que había desplegado la noche anterior. Con la rabia podría lidiar con esto. La hacía sentirse más fuerte y menos vulnerable. La desesperanza y las malditas lágrimas eran para los débiles.

Pero también estaba el hecho de que la confianza llevaba tiempo. ¿Estaba siquiera siendo justa con Jace? Se habían conocido hacía muy poco tiempo y la confianza se ganaba. ¿Qué era lo que verdaderamente había hecho para ganársela en este tiempo?

La calma la invadió. Podrían solucionar esto. La confianza no era automática. Algunas veces llevaba meses, incluso años, conseguirla por completo. Nada en su vida o en su pasado era conveniente para ganar una fe instantánea. Y Jace lo estaba intentando. Eso lo sabía sin lugar a dudas.

Su teléfono móvil sonó y ella automáticamente alargó la mano para cogerlo. Miró la pantalla LCD mientras contenía la respiración; se dio cuenta de que deseaba que fuera Jace. Frunció el ceño cuando vio el nombre de Kaden como contacto identificado.

—¿Hola?

—Señorita Willis, soy Kaden. Intenté llamar al señor Crestwell pero no está disponible en este momento. Solo quería hacerle saber que el señor Kingston ha vuelto al apartamento.

Ella se sentó de golpe en la cama.

—¿Jack está ahí?

—Sí, señora. Volvió hace una media hora.

Apartó las mantas a un lado y sacó las piernas de la cama.

—¿Dónde estás tú ahora? ¿Sigues allí?

—Sí, señora.

—Voy para allá. Quédate ahí, por favor. A Jace no le gustaría que fuera sola. No dejes que Jack se vaya antes de que llegue, ¿de acuerdo?

Kaden vaciló por un breve instante.

—De acuerdo. Estaré aquí y subiré con usted. Esas son las condiciones.

—Por supuesto —respondió precipitadamente—. Salgo ya.

Cortó la llamada y se apresuró a salir de la cama para vestirse. Tenía un aspecto horrible pero no iba a perder tiempo duchándose e intentando tener mejor apariencia. Puede que Jack no se quedara allí durante mucho tiempo. ¿Quién sabía en lo que estaba pensando?

Unos pocos minutos después, bajó al vestíbulo y le pidió al portero que llamara a un taxi. Veinte minutos más tarde, llegaba al complejo de apartamentos. Kaden la estaba esperando justo fuera de la entrada principal.

—¿Aún sigue aquí? —preguntó sin aliento mientras se acercaba corriendo a la puerta.

—Sí. Subiré con usted. Le dejé un mensaje a la recepcionista del señor Crestwell, pero me dijo que estaría en reuniones a puerta cerrada todo el día.

—Sí —murmuró Bethany mientras se montaban en el ascensor—. Está bastante ocupado esta mañana.

Usó su llave para entrar en el apartamento y Kaden la acompañó, quedándose a su lado.

—Jack—susurró cuando lo vio de pie junto a la isla de la cocina.

La cabeza de Jack se alzó y sus ojos reflejaron sorpresa cuando la vio.

Ella voló hasta él y lo abrazó con fuerza.

—Jack, he estado muy preocupada. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has llamado? ¿Por qué dejaste que pensara lo peor?

Jack se separó y le regaló una sonrisa torcida. Tenía un aspecto horrible. Estaba más pálido y más delgado. Más cadavérico. Y tenía dos manchas oscuras en los párpados inferiores que le dijeron que no había dormido en no sabía cuánto tiempo.

—Tenía cosas que hacer, nena. Te lo dije.

La ira se apoderó de su cuerpo.

—¡Eso son tonterías! Tenías un buen sitio donde quedarte. Jace hizo esto por ti. Todo esto. Y tú no te has parado siquiera a pensar que estaba muerta de preocupación por ti.

Los ojos de Jack se volvieron más decaídos.

—Él no hizo esto por mí, nena. Lo hizo por ti y ambos lo sabemos.

—¿Importa por quién lo haya hecho? —gritó.

—Sí, sí que importa.

Ella se giró, agitada, y miró hacia donde Kaden se encontraba con una expresión indescifrable.

—¿Puedes dejarnos un poco de privacidad?

Kaden no parecía muy alegre ante esa petición.

—No me hará daño —dijo, exasperada—. Puedes quedarte fuera. No habrá forma de que ninguno de los dos se vaya a ningún sitio si estás guardando la puerta.

Kaden bajó los hombros y luego de mala gana se fue hasta la puerta, salió y luego la cerró a su espalda. Seguidamente ella se volvió a girar hacia Jack.

—¿Qué demonios pasa contigo Jack? ¿Qué pasa con las drogas? ¿En qué estás metido?

Una expresión desalentadora se reflejó en los ojos de Jack.

—Deja que te prepare una taza de chocolate caliente. Yo ya me he preparado una. Podemos hablar entonces. Tienes frío y odio decir esto, nena, pero tienes un aspecto horrible. ¿Crestwell no está cuidando de ti como prometió?

La acusación en la voz de Jack solo la cabreó más. Comenzó a preparar la otra taza de leche con cacao y la dejó junto a la suya para añadirle la mezcla mientras ella se quedaba allí de pie, molesta.

—Jace está cuidando de mí perfectamente. No estamos hablando de mí. Estamos hablando de ti. Tienes la oportunidad de hacer algo mejor con tu vida. ¿Por qué estás tan decidido a no aprovecharla? Jace está dispuesto a dejar que estés aquí todo el tiempo que necesites. Puedes conseguir un trabajo de verdad. Salir de la vida en la que estás ahora.

Jack terminó de remover el chocolate y luego se giró hacia el fregadero para dejar la cucharilla dentro y luego recogió la leche. Bethany cogió una de las tazas de la mesa y caminó hacia el salón para sentarse en el sofá. Estaba enfadada y necesitaba controlarse. Pero la estaba carcomiendo. Este no era el Jack que ella conocía. Parecía darle igual lo que le ocurriera de una forma u otra. Le enfurecía saber que tenía una oportunidad para ser mejor ahora y que la estuviera simplemente mandando a tomar viento.

Le dio un sorbo al chocolate y permitió que dejara un cálido rastro por su garganta hasta llegar al estómago.

Jack vino y se sentó frente a ella en el sillón con su propia taza en las manos. Pero no bebió. Solo se la quedó mirando con ojos tristes.

—No te puedes preocupar por mí ahora, Bethy. Tienes una vida. Un hombre que se preocupa por ti. Tienes que centrarte en eso y dejar de preocuparte por mí.

Ella soltó un ruido de exasperación y vació la mitad de la taza.

—No puedo simplemente dejar de preocuparme por ti, Jack. Me he estado preocupando por ti durante demasiados años. Eso no se va porque mis circunstancias hayan cambiado. ¿Por qué no te preocupas más de ti mismo?

—Vine porque había planeado llamarte por teléfono desde aquí —dijo con voz queda—. Quería decirte adiós.

La señal de alarma se extendió por su espalda.

—¿Adiós? ¿Adónde te vas?

—Fuera —dijo simplemente, sin añadir nada más.

Bethany terminó el chocolate caliente y dejó la taza de nuevo en la mesita con un golpe.

—¿Dónde? —insistió—. ¿Cuáles son tus planes? No lo hagas, Jack. Por favor, te lo suplico. Quédate aquí. Te ayudaré a encontrar un trabajo. Puedes tener una buena vida. Puedes darle la vuelta a todo. Por favor, te quiero.

Él le dedicó una mirada llena de ternura.

—Tú no me quieres, Bethy. No como lo quieres a él. Veo cómo es él contigo. Te mereces eso. Te mereces más de lo que yo podré ofrecerte nunca. Que tú seas feliz y a es suficiente para mí. Eso es todo lo que siempre he querido.

—Solo porque lo quiera a él no significa que lo que siento por ti sea menos importante —dijo con énfasis—. Es una clase de amor diferente. Tú eres mi hermano, Jack. Mi familia.

—Yo no soy tu hermano —respondió él con un hilo de voz.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta. Le llegó de repente y se preguntó cómo había podido estar tan ciega. Inspiró hondo y la habitación comenzó a darle vueltas en la cabeza. Parpadeó para deshacerse del repentino mareo pero el salón seguía girando a su alrededor. Frunció el ceño y sacudió la cabeza para aclararse.

—Tienes sentimientos hacia mí —susurró—. No me ves como a una hermana.

—Ahora te das cuenta —dijo con un deje de amargura en la voz.

Ella bajó la cabeza y cerró los ojos pero luego le costó la vida volverlos a abrir. Dios, ¿qué le estaba pasando? De repente no podía pensar con claridad, no podía siquiera pronunciar las palabras que quería decir.

—Lo siento mucho, Jack —sus palabras fueron torpes y sentía la lengua demasiado grande en su boca—. Nunca lo supe. Nunca me di cuenta... Amo a Jace. Lo amo total y completamente. Te quiero a ti, por supuesto, pero no de esa manera. Lo siento mucho. Nunca tuve intención de hacerte daño.

La habitación estaba empezando a quedarse en blanco a su alrededor.

Bethany intentó ponerse de pie pero sus piernas no querían cooperar. Se tambaleó y se puso de pie con ayuda de sus manos. Vio la mirada llena de alarma de Jack y luego un miedo atroz se apoderó de sus ojos. Bajó la mirada para mirar su taza de chocolate caliente y luego alargó la mano para coger la de ella. Blasfemó cuando la encontró vacía.

—¿Jack?

Salió como un gimoteo. Algo iba mal. Terriblemente mal.

—No me encuentro muy bien —susurró.

Lo último que vio fue a Jack lanzarse hacia ella, pero no llegó a tiempo. Se cayó al suelo y el mundo se volvió negro.

Capítulo

39

—Señor Crestwell, siento interrumpirle, pero tiene una llamada urgente de Kaden Ginsberg. Le dije que estaba de reuniones pero insistió en hablar con usted de inmediato.

Jace se levantó rápidamente de su asiento y salió de la oficina donde él, Gabe y Ash estaban manteniendo una conferencia internacional con el grupo de inversores de su hotel en París. Tanto Gabe como Ash se levantaron, preocupados, pero Jace se fue raudo a su despacho sin pronunciar ninguna otra palabra.

—Crestwell al habla —ladró Jace cuando cogió el teléfono.

—Señor Crestwell, tiene que ir al hospital Roosevelt lo más rápido posible —soltó Kaden sin preámbulos.

La sangre se le heló en las venas y tuvo que sentarse antes de que las piernas le cedieran.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Es la señorita Willis. La llamé esta mañana para decirle que Kingston había vuelto al apartamento. La esculté yo mismo hasta arriba y me quedé con ella. Me quedé justo fuera del apartamento para que ambos pudieran hablar en privado. Cuando volví a entrar, estaba inconsciente en el suelo del salón.

—¿Qué cojones ha pasado? —explotó Jace.

—Señor, no pinta bien. Ella no está bien. Parece ser un caso de sobredosis —dijo Kaden con voz queda.

A Jace se le encogió el corazón y el pánico se instaló en su cerebro, dejándolo incapacitado para hablar o pensar. ¿Sobredosis? Oh, Dios. ¿Había intentado matarse? ¿La había llevado él a hacerlo?

—¿Sobredosis? —graznó—. ¿Estás seguro?

—No estoy seguro de nada. Llamé a una ambulancia pero su respiración era muy débil y apenas pude detectarla. Me asusté mucho. Le hice el boca a boca. Aún tenía un pulso muy débil. Cuando los médicos llegaron, le pusieron una mascarilla de respiración asistida y la metieron en la ambulancia tan pronto como pudieron. En estos momentos estamos de camino al hospital. Deberíamos llegar en un par de minutos.

—Voy para allá —dijo Jace secamente.

Colgó y se levantó de la silla. Se tropezó con Gabe y Ash, que estaban ambos en la puerta, escuchando.

—¿Qué narices ha pasado? —exigió Ash.

—Bethany va de camino al hospital. No pinta bien —les comunicó con la voz ahogada—. Parece una sobredosis.

—Mierda —soltó Gabe en voz baja.

—Tengo que ir con ella —dijo Jace intentando apartar a sus amigos.

—Joder, no. No estás en condiciones de conducir a ningún lado —rebatió Ash agarrándolo del brazo.

—Gabe y yo te llevaremos.

—No me importa una mierda quién conduzca. Tengo que llegar allí cuanto antes —rugió Jace.

—Tranquilízate, tío —dijo Gabe—. Contrólate. Lo último que necesitas en estos momentos es perder la cabeza. Respira hondo. Sé fuerte por Bethany. Te llevaremos. Ash, llama al chófer. El mío estaba pendiente de que le avisara. Había planeado llevar a Mia a comer después de las reuniones, así que está a la espera. Dile que se dirija a la entrada principal de inmediato.

—¿Cómo puedo relajarme cuando yo he sido el cabrón que le ha hecho esto? —preguntó Jace con voz atormentada.

—Dios —juró de nuevo Gabe.

—Vamos, estamos perdiendo tiempo —los cortó Ash.

Salieron del edificio y corrieron hasta el coche cuando el vehículo estacionó en la entrada. Gabe se sentó delante y dirigió al conductor mientras Jace se acomodaba con Ash en el asiento trasero.

Su mente estaba en blanco. Su corazón desgarrado. Lo único que podía sentir era un miedo paralizador que le ahogaba y no le dejaba respirar. Estaba completamente destrozado. En todo lo que podía pensar era en la última noche, en la mirada que denotaba su rostro, en la desolación de sus ojos y la acusación de que no confiaba en ella, de que nunca lo había hecho. En que le había dicho que quería cortar, irse. En que le había dicho que no quería dormir a su lado.

Los recuerdos lo invadieron. Bethany la primera noche que la había visto. Sus preciosos ojos. Su sonrisa arrebatadora. Cómo había respondido a sus caricias. Y ahora todo eso podía desaparecer de un plumazo porque había sido el peor de los cretinos. Podría haber evitado esta situación si se hubiera quedado con ella esta mañana. Debería haber aclarado las cosas con ella. Debería haberse asegurado de que le quedara claro que ella era lo más importante de su vida. Pero no lo había hecho y ahora Bethany se encontraba en una camilla dentro de una ambulancia luchando por su vida.

—Jace, tío, respira —murmuró Ash—. Mantente arriba. Tienes que ser fuerte por ella.

Alzó la mirada y se encontró con la de Ash. El frío y el atontamiento se habían apoderado de su cuerpo hasta llegar a bloquear todo lo demás.

—Yo le he hecho esto. Joder, yo la llevé a hacerlo. Tú estabas allí. Sabes lo que hice. Lo que os hice a ambos.

—Eso no lo sabes —espetó Ash—. Cálmate hasta que no sepamos qué ha ocurrido.

—Kaden dijo que apenas podía respirar. Tuvo que hacerle el boca a boca.

Los médicos tuvieron que ponerle respiración asistida. Kaden dijo que tenía pinta de tratarse de una sobredosis. Ahora dime. Después de la escena que presenciaste anoche cuando os acusé a ambos, de lo molesta y devastada que ella estaba porque fui un completo imbécil, dime que no he tenido nada que ver con lo que ha pasado. Esto es por mi culpa, tío. Me fui esta mañana cuando debería haberme quedado con ella para arreglar las cosas. Pero me fui porque quería dejarle un poco de espacio. Prioricé el trabajo, un acuerdo empresarial, en vez de estar por Bethany y de atender lo que ella necesitaba de mí. La dejé pensando que todavía no confiaba en ella. Tú no la viste. Sus ojos estaban hinchados de haber llorado toda la puta noche. Nos fuimos a la cama y ella me dio la espalda toda la noche. Maldita sea, me quería dejar anoche y yo no se lo permití. Ella quería dormir separada de mí y yo no lo permití tampoco. Así que se tumbó en la cama a mi lado y lloró porque soy un gilipollas arrogante que perdió los papeles por nada.

—Tío, tienes que calmarte —dijo Gabe con seriedad. Se giró en el asiento delantero y lo miró con dureza.

—No sabes qué ha ocurrido. Ninguno de nosotros lo sabe. Hasta que lleguemos allí y ella nos explique lo que ha pasado, no debemos precipitarnos con conclusiones infundadas. No puedes hacerle esto a ella.

—Apenas estaba respirando —soltó Jace—. Puede que ni siquiera siga viva cuando llegue. Dios, no puedo perderla. No así. Maldita sea, no soy lo suficientemente bueno para ella. Ella intentó decírmelo. Yo sabía lo que nuestra relación le estaba haciendo. Ya casi ocurrió una vez. Casi se tomó una pastilla cuando la hice enfadar la última vez. Pero me aferré a ella porque fui demasiado egoísta como para hacer lo contrario. Yo solo estaba mirando por mis deseos y necesidades y la necesitaba a ella más de lo que necesito respirar.

—Pisa el freno —ordenó Ash—. Hasta que no tengamos la historia completa, no puedes estar tomando decisiones estúpidas y precipitadas. Ella te necesita, tío. Te necesita más que a nada ahora mismo. Lo que sea que haya ocurrido, no es bueno y te va a necesitar a ti como apoyo. Sea lo que sea, lo arreglarás. Pero no será posible si ya te estás echando las culpas y diciendo que estaría mejor sin ti. ¿De verdad piensas que ella está mejor en la calle con el maldito Kingston, a quien obviamente no le importa una mierda la clase de vida que lleva? Joder, que le estaba dando drogas. ¿Te suena eso a la clase de hombre con la que Bethany tiene que estar?

—Yo le puedo dar una vida mejor. Pero yo no tengo por qué estar necesariamente en ella —dijo desoladamente—. Le hice daño. Le he hecho daño día sí, y día también. Nadie debería soportar esas tonterías. Le puedo dar una vida mejor y luego desaparecer. Dejarla tomar sus propias decisiones. Me aseguraré de que siempre tenga todo lo que necesite, pero quizás lo que menos necesite es... a mí.

—Te juro por Dios que te voy a partir la cara como no cierras esa boca — gruñó Gabe—. Ahora no es el mejor momento para rajarse. Échale un par de huevos y estate ahí con ella. Averigua lo que ha pasado y luego arréglalo. Bethany es frágil, pero ahora lo va a ser incluso más. No sabemos qué la llevó a hacer esto. Hay muchas preguntas para las que no tenemos respuesta. Y hasta que no consigamos esas respuestas, a quien ella más necesita es a ti. Que estés allí a su lado, apoyándola y queriéndola.

Jace se quedó callado. Cerró los ojos y se torturó con imágenes del cuerpo sin vida de Bethany. De su rostro pálido, muerta, con manchas negras bajo los ojos que aún mantendría de forma permanente de la noche anterior. De ella muriendo pensando que no la amaba ni confiaba en ella, o pensando que no era lo más importante de su vida. De ella muriendo sin haberle dicho cuán arrepentido estaba y lo mucho que la amaba.

Ella lo era todo para él y se iba a asegurar de que le quedara bien claro.

Gabe tenía razón. No importaba lo que hubiera pasado o por qué Bethany había hecho esto. Ella lo necesitaba. No iba a dejarla marchar a menos que lo convenciera de que de verdad no lo quería ni a él ni a su amor. E incluso entonces se aseguraría de que siempre tuviera todo lo que necesitara o le hiciera falta. Aunque le rompiera el corazón y el alma no formar parte de su vida.

—Voy a casarme con ella tan pronto como sea posible —declaró Jace con voz ronca—. Juro por Dios que si sobrevive a esto, voy a casarme con ella y a pasar el resto de los días asegurándome de que sabe dónde se encuentra mi corazón.

—Eso está mejor —dijo Ash.

Jace alzó su atormentada mirada hacia Ash.

—Lo siento, tío. Más de lo que puedas imaginar. No pensé que de verdad estuvieras flirteando con ella. Tuve un día horrible y hablé sin pensar. Quería pagarlo con alguien y tú y Bethany resultasteis estar allí a la hora menos adecuada.

Ash hizo un ruido de impaciencia con la boca.

—Ya hemos pasado por eso. Ya dijiste lo que tenías que decir anoche. Ya está. No te diré que vaya a tolerar esas tonterías otra vez, pero es agua pasada. Ahora solo tienes que arreglar las cosas con Bethany.

—Sí —susurró Jace—. Ojalá tenga la oportunidad. Dios, no la dejes morir. Tiene que vivir. Tenemos que seguir adelante. Por favor no la dejes morir.

La pena era asfixiante, lo dejaba sin aire. Era un peso que recaía sobre cada parte de su pecho hasta ser completamente insoportable. No podía perderla. No así. Nunca así. Jace no sobreviviría si ella moría.

—Necesitará ayuda —dijo Gabe en voz baja—. Terapia. Si intentó suicidarse, va a necesitar ayuda profesional.

—Tendrá todo lo que necesite —dijo Jace—. Y todo el tiempo que lo necesite.

Pero yo estaré con ella en cada momento. Nunca volverá a estar sola otra vez.

El conductor frenó de golpe justo en la entrada de Urgencias y Jace salió del coche y entró corriendo. Encontró a Kaden de inmediato. Jace agarró al hombre mucho más grande y alto que él de la camisa y se acercó a su rostro.

—¿Dónde está?

—Están atendiéndola ahora —contestó Kaden con seriedad—. El médico salió brevemente para preguntar por su familia. Le dije que estabas de camino. Dijo que se trataba de una sobredosis pero no pueden hacer que recupere la consciencia lo suficiente como para preguntarle qué ha tomado y cuánto.

—¡Joder! —explotó Jace.

Soltó a Kaden y luego caminó hacia el mostrador y hacia la recepcionista de ojos recelosos.

—Bethany Willis —soltó con vehemencia—. Quiero verla ahora.

Ella se levantó y rodeó la mesa al mismo tiempo que Gabe y Ash se acercaban por detrás de Jace.

—Señor, los médicos están con ella ahora mismo. Tendrá que esperar aquí.

—¡Y una mierda! Lléveme hasta ella. Tengo que verla. No va a morir sola. Tengo que verla.

Con gesto desesperado, la recepcionista miró a Gabe y a Ash, como si estuviera pidiéndoles ayuda para calmarlo. Menos mal que ninguno de los dos se movió ni emitió una sola palabra. Al contrario, se la quedaron mirando para demostrarle que Jace contaba con todo su apoyo.

—Belinda, déjelo pasar —dijo un médico que se hallaba a pocos pasos de distancia.

Jace inmediatamente se volvió hacia el médico.

—¿Está bien? —Su corazón latía frenético y su respiración era irregular; luchaba por permanecer erguido. Un miedo atroz se apoderó de él. ¿Y si el doctor había salido para decirle que había muerto?

—Venga conmigo —dijo el médico con voz queda.

Jace lo siguió, cada paso lleno de un temor atroz. Lo acompañó hasta una habitación donde Bethany yacía pálida y silenciosa en una cama. Alrededor de ella había varios médicos y enfermeras. Tenía un tubo metido por la garganta y otro por la nariz. Le estaban administrando algo que no tenía muy buena pinta por el tubo de la nariz.

—¿Está... todavía viva? —preguntó ahogadamente.

—Estamos intentando estabilizarla pero aún no ha recuperado la consciencia —informó el doctor—. No sabemos qué ingirió ni en qué cantidad, así que estamos trabajando a ciegas. Hemos intentado despertarla para que nos diga qué ocurrió, pero hasta ahora no hemos tenido suerte. Quizás usted pueda obtener una respuesta de ella.

Jace se precipitó hacia la cama y una de las enfermeras se apartó de en

medio para que pudiera llegar junto a Bethany.

Le levantó una mano y la rodeó con las suyas. Se la acercó a los labios y presionó la boca contra sus dedos. Las lágrimas le ardían en los ojos y Jace tragó saliva con dificultad, respirando hondo para no perder la compostura.

—Bethany, nena, tienes que despertarte —dijo con un hilo de voz.

—Tiene que hablar más fuerte —le aconsejó el doctor—. Sé que su instinto es ser suave, pero necesita recuperar la consciencia.

Jace se inclinó y la besó en la frente al mismo tiempo que le pasaba una mano por el pelo empapado.

—Bethany, nena, ¿puedes oírme? Tienes que despertar y hablar con nosotros. Estamos muy preocupados por ti, princesa. Vuelve a mí. Por favor, vuelve a mí.

Dejó de hablar cuando un sollozo se abrió paso en su garganta. Bethany yacía inmóvil, con todos esos tubos por todas partes.

—¿Qué pasa con el tubo de la garganta? —exigió Jace—. Si se despierta, le entrará el pánico. No podrá hablar con esa cosa.

—Ahora mismo esa es la única forma de que respire —comentó la enfermera amablemente—. Si empieza a despertarse, podremos quitárselo. Pero necesitamos averiguar qué se tomó y en qué cantidad.

Jace cerró los ojos cuando las lágrimas comenzaron a caerle libremente por las mejillas.

—Nena, por favor —dijo ahogadamente—. Despierta y háblame. Tienes que volver conmigo, Bethany. Estoy perdido sin ti.

Pegó su frente a la de ella y sus lágrimas se deslizaron sobre su piel.

—Por favor, vuelve a mí. Te amo. Podemos arreglarlo, nena. Solo, por favor, abre los ojos por mí. Te lo suplico. No me dejes. Por Dios santo, no me dejes.

Cuando se separó, los ojos de Bethany parpadearon lentamente. Jace podía ver lo difícil que era para ella abrir los ojos. Y luego vio el brillo azul de sus pupilas. Estaba claramente desorientada, y, seguidamente, el pánico apareció en su mirada.

La felicidad inundó a Jace y se volvió emocionado para decirse a la enfermera, pero todos ellos ya estaban en marcha, monitorizando sus constantes vitales antes de sacarle el tubo. Bethany luchó contra ello, atragantándose y sintiéndose aterrorizada. Jace le agarró una mano y la apretó hasta que, estaba seguro, le estaba haciendo daño.

—No luches contra ello, nena. Dales unos minutos. Se habrá acabado pronto, te lo juro. Te tuvieron que intubar para ayudarte a respirar.

Las lágrimas llenaron sus ojos. Los abrió desmesuradamente y luego se centró en él.

—Eso es, nena. Concéntrate en mí. Mírame y respira. Respira por mí —dijo con tono angustiado.

Unos minutos después, cuando el tubo desapareció, Jace tuvo que retroceder

durante un rato lo bastante largo para que los médicos pudieran asegurarse de que Bethany podía respirar por sí misma. Le colocaron unas gafas de oxígeno en los orificios nasales para remplazar la bolsa de aire que acompañaba al tubo en el pecho. Y luego finalmente se apartaron para dejar que Jace pudiera acercarse una vez más.

Bethany luchó por mantener los ojos abiertos. Jace pudo ver el esfuerzo que eso implicaba. Parpadeó varias veces con dificultad como si se fuera a quedar inconsciente otra vez, pero él avanzó y le ordenó que se quedara despierta, con él.

—¿Jace? —susurró, su voz sonaba casi ida.

—Sí, nena, estoy aquí.

Le cogió la mano y acercó el rostro al de ella para que pudiera verlo y sentirlo.

Bethany débilmente levantó una mano y le tocó la húmeda mejilla justo donde sus lágrimas habían caído y frunció el ceño.

—No entiendo. ¿Qué ha pasado? —susurró.

La confusión que reflejaban sus ojos era intensa. Le echó una mirada rápidamente al lugar donde se encontraba y distinguió el ambiente hospitalario y a todo el personal médico que se encontraba en la habitación.

—Nena, has sufrido una sobredosis —dijo Jace con suavidad—. Necesitamos saber qué tomaste y cuánto para que puedan ayudarte. Tienes que luchar, Bethany. No puedo y no voy a dar por perdido lo nuestro, ni a ti. Fuera lo que fuese que ocurriera, podemos arreglarlo. Te amo. Podemos superar esto, te lo juro. No me importa. Ocurriera lo que ocurriese, o por qué lo hiciste, no importa. Tú eres lo único que me importa.

Sus ojos se abrieron y luchó contra la sensación de aletargamiento que tenía en los párpados. Abrió la boca e intentó hablar. Volvió a pegar los labios y luego alargó la mano hacia él, con urgencia, frenética.

—Jace...

—¿Qué, nena? Háblame. Lucha. Por favor, por mí. Por nosotros.

—Yo no lo hice —dijo con ferocidad—. No me tomé nada. No lo haría. Tienes que creerme.

Él se la quedó mirando medio conmocionado.

—Nena, perdiste el conocimiento. Has estado a punto de perder la vida. Tienes que contarnos qué ha pasado.

—¡No sé qué ha pasado!

Su voz se alzó histérica. Ella se agitó y una alarma saltó, lo que provocó que una de las enfermeras se precipitara hacia delante.

—Señor, tiene que salir —dijo la enfermera abruptamente—. Los niveles de oxígeno de la paciente han bajado y sus constantes vitales están cayendo.

Lo apartaron a un lado cuando el equipo médico se acercó. Le pusieron una

máscara sobre el rostro, pero ella luchó contra ella y contra ellos.

—¡Jace!

—Estoy aquí, nena. ¡Estoy aquí!

—¡Yo no lo hice! Por favor, tienes que creerme —sollozó.

Entonces lo sacaron con firmeza de la habitación. Gabe y Ash estaban ahí para sujetarlo cuando lo obligaron a abandonar la sala.

La puerta se cerró de un portazo en su cara y Jace se giró al mismo tiempo que estampaba un puño contra la pared.

Gabe y Ash lo contuvieron antes de que pudiera golpear de nuevo la pared. Lo bloquearon y le obligaron a estarse quieto. Gabe se puso justo delante de sus narices.

—Relájate, tío. Tienes que permanecer calmado.

Jace se deshizo de ellos y volvió a encaminarse hacia la sala de espera, donde aún se encontraba Kaden.

—¿Dónde está Kingston? —rugió Jace.

Los ojos de Kaden se oscurecieron.

—No lo sé. No me preocupé de él cuando vi a Bethany en el suelo. Mi única preocupación era ella. La cargamos en la ambulancia y nos fuimos. Él aún estaba en el apartamento.

—Ve a por él y tráemelo —gritó—. No me importa un comino lo que tengas que hacer. Tráelo aquí inmediatamente.

—Voy a ello. Llamaré a Trevor. Él estaba de camino después de haberle llamado. Me aseguraré de que retiene a Kingston hasta que yo llegue.

—Bien —respondió con sequedad.

Kaden desapareció con brusquedad y Jace se dio la vuelta y se encontró con Gabe y Ash que lo estaban mirando con la mirada llena de confusión.

—¿De qué diablos iba eso, tío? —inquirió Ash.

Jace estaba hirviendo de furia. Sus puños se aflojaban y tensaban al mismo tiempo que intentaba recuperar el control de su ira.

—Bethany dice que ella no lo hizo. Que no se tomó nada.

El entrecejo de Gabe se frunció.

—¿La crees?

—¡Por supuesto que la creo! —explotó Jace—. Tú no la viste. Cuando se despertó, estaba muy asustada y confusa. Deberías haberle visto la cara cuando le dije que había sufrido una sobredosis. Se puso histérica. Sus constantes vitales cayeron en picado. Me sacaron de allí. Pero ella dijo que no se tomó nada. No sabía de qué cojones le estaba hablando. Ella me preguntó a mí qué fue lo que pasó.

—¿Entonces? —exigió Ash.

Los orificios nasales de Jace se abrieron y respiró hondo varias veces. Tenía que controlarse. Tenía que ser fuerte por Bethany.

—Eso quiere decir que si ella no se tomó esa mierda, entonces alguien se la tuvo que dar. Y Kingston era la única otra persona que había en el apartamento.

Capítulo

40

Jace paseaba agónico de un lado a otro de la sala de espera, sin saber cómo iba Bethany. Lo habían mantenido alejado de la habitación donde estaba mientras los médicos trabajaban en limpiarle el sistema circulatorio de las drogas que había ingerido. No sabía cómo o por qué Jack la había obligado a tomárselas, y no lo sabría hasta que el cretino apareciera. Sería un milagro si Jace no lo mataba antes de que pudiera sonsacarle una explicación.

Pero una cosa tenía clara: se habían acabado las contemplaciones. No iba a permitir que la situación continuara. Le importaba un comino lo enfadada que Bethany se pusiera, pero Jack iba a desaparecer del mapa. De hecho, iba a salir de sus vidas. Si Jack le había dado las drogas, Jace presentaría cargos y haría que lo arrestaran. Por lo que a él le importaba, se podía pudrir en la cárcel.

Mia había salido disparada hacia el hospital en el mismo momento en que Gabe la llamó, y se mantuvo atenta, expectante, con todos los demás. Se preocupaba de forma incesante por el estado de Jace, pero le dejó cierto espacio cuando Gabe le sugirió que dejara a su hermano tranquilo. Él le envió a Gabe una mirada de agradecimiento. Lo último que quería era pagarlo todo con su hermana cuando ella simplemente estaba intentando ayudar. Y apreciaba que todos estuvieran allí. Apreciaba su inquebrantable apoyo, aunque solo Dios sabía que no se lo merecía después de haberlos tratado como lo había hecho. Especialmente a Ash. Sin embargo, Ash no se había movido de la sala de espera en ningún momento. Estaba sentado igual de preocupado que el resto, temiendo continuamente por el estado en que se encontrara Bethany.

Entonces Kaden entró por la puerta y tiró de Jack a empujones para ponerlo delante de los demás. Kaden levantó una mano cuando Jace estaba más que dispuesto a lanzarse contra él, y llevó a Jack al interior de una sala de espera privada para las familias. Jace lo siguió justo detrás, con Ash y Gabe pisándole los talones. Ellos más que nada querían asegurarse de que no fuera a cometer un homicidio en un edificio público.

Tan pronto como cerraron la puerta detrás de ellos, Jace estampó a Jack contra la pared y acercó su rostro al de él.

—¿Qué hostias le has hecho, gilipollas?

El semblante de Jack se deformó de dolor. Estaba demacrado y ojoso. Completamente derrotado. Sus ojos estaban inyectados en sangre y ni siquiera intentó defenderse.

—¿Qué le has dado? —rugió Jace—. Ella está ahí luchando por su vida y necesitamos saber qué diablos fue lo que ingirió para que puedan ayudarla.

—Narcóticos —dijo Jack con voz temblorosa—. Una botella entera. Creo que había unas cuarenta o así. No lo sé exactamente.

—Iré a decírselo —informó Gabe en voz baja.

—¿Por qué se los diste? ¿Cómo narices se los tomó sin saberlo? Ella nunca se habría metido esa mierda.

—No eran para ella —añadió ahogadamente—. Nunca tendría que haberse los tomado. Cogió la taza equivocada. Era chocolate caliente. Se bebió la taza que no era.

—¿Qué? —rugió Jace.

—Se suponía que iba a ser yo el que me los iba a tomar —dijo Jack con resignación—. No esperaba que Bethany fuera a aparecer por el apartamento. No tendría que haberlo hecho. No tenía ni idea de que lo tenías vigilado.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿Que ibas a suicidarte?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo. Eché las pastillas en el chocolate caliente. Iba a dejarle una nota y luego me las iba a tomar sin dar mucho la lata.

—Estúpido idiota. ¿Dices que te preocupas por ella y pretendías hacerle pasar ese mal trago? ¿No has pensado en que la destrozarias si eligieras el camino fácil para quitarle de en medio y te mataras? Eres increíblemente egoísta y cobarde. ¿Te paraste siquiera a pensar en las consecuencias de semejante acto?

—Mira, te estaba haciendo un favor —contestó Jack, enfurecido—. Deberías alegrarte de que desapareciera del mapa.

—Me das asco —musitó hirviéndole la sangre en las venas—. Increíble. Esto no tiene nada que ver conmigo. A mí no tienes que gustarme, pero Bethany te quiere y yo la quiero a ella. Quiero que sea feliz. Eso es todo lo que me importa. Y que tú estés muerto no la va a hacer feliz.

El dolor y los remordimientos se apoderaron de los ojos de Jack.

—No era mi intención que pasara esto. Tienes que saber que yo nunca haría nada que le hiciera daño.

—¡Pero si el otro día le ofreciste drogas!

—Eso fue distinto. Ella nunca hubiera sufrido una sobredosis con ellas. Nunca había ingerido más de la cuenta. Solo tomaba algunas cuando las necesitaba. Y yo solo quería asegurarme de que tenía lo que necesitaba.

—Ella ya no las necesita. Nunca más —rugió Jace.

—¿Va a salir de esta? —preguntó Jack con miedo.

—Jace, tío, tienes que venir —dijo Gabe desde la puerta—. Ha entrado en parada cardíaca. Están intentando recuperarla ahora mismo.

Jace cayó de rodillas al suelo con el dolor atravesándole el corazón.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No puedo perderla! Maldita sea, ¡no es posible!

Ash estaba triste y pálido. Mía apareció de repente y lo rodeó con sus brazos, pero él estaba insensibilizado. No sentía nada más que una devastación abrumadora. Jack retrocedió cuando Kaden tiró de él hasta una silla y le ordenó bruscamente que no se moviera. Gabe se adelantó, su rostro era una máscara de dolor y compasión.

—No —susurró Jace, el sonido terminó ahogado en un sollozo.

Luego se puso de pie con el único pensamiento de que tenía que ir con ella. No dejaría que se fuera de esta manera. ¡Tenía que luchar! Por ella. Por él. Por ambos.

Se apartó del fuerte abrazo de Mia. Cuando llegó a la puerta, tanto Ash como Gabe intentaron retenerlo. Él los apartó de su camino contundentemente, desesperado por llegar hasta Bethany. No podía morir. No moriría sola rodeada de médicos. Rodeada de gente que no la quería como él.

Corrió hacia su habitación y abrió la puerta con ímpetu, ignorando las órdenes urgentes de las enfermeras para que se fuera.

—¡Bethany! —gritó. La sangre se le heló en las venas cuando los vio intentando resucitarla—. ¡No te rindas! —dijo con ferocidad—. No te atrevas a rendirte, nena. ¡Lucha, maldita sea! ¡Lucha!

Su mirada se quedó fija en el tubo que habían reinsertado en sus pulmones. En el médico haciendo las compresiones. En el oxígeno que forzaban a penetrar en su cuerpo. En la medicación que le estaban inyectando en vena.

Pero en lo único que se centró hasta el punto de dejar todo lo demás excluido fue en la línea horizontal que transcurría en el monitor cardíaco, que solo saltaba con las compresiones que le estaban aplicando en el pecho.

—No me dejes —dijo con angustia—. Nena, por favor, no me dejes.

—Señor, tiene que irse —le dijo una de las enfermeras en una voz baja cargada de compasión y comprensión—. Sé que quiere estar con ella, pero tiene que dejar que la recuperemos. Está estorbando aquí.

—No la voy a dejar sola —insistió Jace ferozmente—. Necesito estar con ella para que lo entienda. Para que sepa lo mucho que la amo. No dejaré que muera sola. No dejaré que muera, punto.

—Si quiere que viva, entonces márchese de aquí para que podamos hacer nuestro trabajo —espetó uno de los médicos—. Eso es lo que puede hacer por ella: dejarnos trabajar.

—Tío, vamos, dejemos que hagan su trabajo —dijo Ash con voz queda—. Lograrán recuperarla. Tienes que creer en eso. Lo mejor que puedes hacer es dejarles que hagan su trabajo.

Tanto Ash como Gabe agarraron a Jace y lo sacaron de la habitación a la fuerza.

—¡Bethany! —rugió Jace justo cuando la puerta se cerraba—. ¡No te atrevas a rendirte! Te quiero, maldita sea. ¡Lucha!

La tensión en la pequeña sala de espera estaba por las nubes. Jace estaba sentado, con la cabeza escondida en sus manos y los hombros hundidos. Había reproducido en su mente todos y cada uno de los recuerdos que tenía de Bethany desde aquella primera vez que la vio al otro lado de la sala donde se celebraba la fiesta de compromiso de Mia. Cada sonrisa. Cada risa. Cada vez que habían

hecho el amor. Cuando le puso la gargantilla esa segunda vez. La noche en que había estado borracha y tan adorable y la forma en que le había hecho el amor con tantos ánimos. Y el dolor y la pena en sus ojos la noche anterior cuando le había herido los sentimientos de forma imperdonable.

—Jace.

Levantó la mirada y vio que Mia se había sentado a su lado. Envolvió sus brazos alrededor de él y lo abrazó con fuerza.

—Se pondrá bien. Ella es fuerte. Ya ha salido de muchas situaciones complicadas. Es imposible que vaya a rendirse en esta.

Jace la estrechó entre sus brazos y la abrazó con la misma fuerza. Escondió el rostro en su pelo y simplemente se quedó así durante un rato. Con cada minuto que pasaba sin saber nada, ni una palabra, se moría por dentro un poco más.

—No puedo perderla, Mia. No puedo perderla.

—Y no lo harás —contestó Mia con ferocidad—. Ella es mucho más fuerte que todo eso, Jace. Saldrá de esta.

Jace levantó la cabeza por encima del hombro de Mia y fijó su mirada en Jack, que estaba sentado en la esquina con el rostro escondido entre sus manos. La ira volvió a apoderarse de él. Le llevó todo el autocontrol que tenía no lanzársele encima y destrozarlo con sus propias manos. Estaba furioso porque Jack hubiera sido tan descuidado con Bethany. No importaba que no hubiera tenido la intención de hacerle daño. Lamentablemente, había ocurrido y ahora podía perderla. Si eso pasaba, Jace no descansaría hasta que Jack hubiera pagado por lo que había hecho.

—Te quiero, peque —susurró Jace contra su pelo—. Gracias por estar aquí y por creer en Bethany.

—Yo también te quiero, Jace. —Su voz estaba cargada de tristeza y pena—. Y quiero a Bethany. Es perfecta para ti, y tú eres perfecto para ella.

—No soy perfecto para ella —rebatía en un tono apagado—. He hecho muchas cosas mal, Mia. Me mata saber todo lo que he hecho mal con ella. Si sale de esta, solo espero y rezo para que me perdone.

—Cariño, escúchame —dijo Mia, apartándose un poco. Le colocó una mano en el rostro, sobre el mentón. Sus ojos estaban llenos de amor y comprensión—. Todos cometemos errores. Mira los que cometió Gabe. ¡Estaba tan enfadada con él! Me destrozó cuando me apartó de su lado. Nunca he sentido tanto dolor como entonces en toda mi vida. Lo sabes. Me viste. Tú y Ash me llevasteis de viaje el Día de Acción de Gracias y viste cómo estaba todo el tiempo. Pero ¿sabes qué? Hizo lo que tenía que hacer. Y a pesar de lo que hiciera, eso no cambió el hecho de que lo amaba. Puede que me hubiera hecho daño y que estuviera cabreada, pero eso no quería decir que no lo quisiera. Ella te quiere —dijo Mia con suavidad—. Y eso no ha cambiado porque le hayas hecho daño. Tendrás la oportunidad de hacer las cosas bien, Jace. Tienes que creer en eso. Es lo que ella

necesita ahora más que cualquier otra cosa. Fe. Tenemos que creer en que va a salir de esta y necesitas creer en tu amor.

—Gracias —pronunció Jace con un hilo de voz—. Tienes razón. Sé que tienes razón. Va a salir de esta. Es una luchadora. Está clarísimo que no se va a rendir o si no ya lo habría hecho hace bastante tiempo. Y yo voy a estar con ella en cada momento. No voy a rendirme, igual que ella tampoco lo hará.

Mia sonrió y luego se echó hacia delante para darle un beso en la mejilla.

—Me gusta que estés enamorado, Jace. Te hace bien. Me alegro de que hayas encontrado a alguien tan especial. Te lo mereces por todos los años que sacrificaste por cuidar de mí.

Jace la agarró de la mano y la sostuvo entre las suyas mientras se dejaba apoyar por la familia y por el amor incondicional que lo rodeaba.

—Nunca fue un sacrificio, Mia. No me arrepiento de nada. He estado esperándola toda mi vida y ahora la he encontrado. Solo me alegro de que ambos seamos felices ahora y de que tengamos un futuro brillante que recibir con los brazos abiertos. Tengo muchísimas ganas de que me des sobrinas y sobrinos a los que mimar y malcriar. También tengo muchísimas ganas de tener yo mis propios hijos para poder hacer lo mismo.

La sonrisa de Mia era hermosa, le iluminaba todo el rostro.

—Es un pensamiento maravilloso, ¿verdad? El que vayamos a construir nuestras familias juntos. Seremos una gran familia.

—Sí que lo es —le respondió Jace con suavidad.

—¿Señor Crestwell?

Jace se giró y vio al doctor en la puerta.

—Puede entrar y quedarse con ella si lo desea.

Jace se puso de pie al instante, temiendo la respuesta a su propia pregunta.

—¿Está bien? ¿Lo... han conseguido?

La expresión del doctor era de alivio, pero seguía siendo seria.

—La reanimamos y conseguimos extraerle la mayor parte de las drogas que tenía en sangre. Está descansando ahora. Probablemente no se despertará hasta dentro de un buen rato, pero puede quedarse con ella si quiere.

No había más que decir. Se quedaría con ella hasta que se volviera a despertar y no la dejaría sola en ningún momento.

Antes de irse desvió su atención hacia Kaden y con ojos duros asintió en la dirección de Jack.

—Asegúrate de que no se va a ningún sitio. Todavía no he decidido lo que haré con él.

—Sí, señor.

Jace se apresuró a llegar a la habitación de Bethany. Estaba mucho más silenciosa que antes. Se le cortó la respiración en la garganta cuando caminó a través de la puerta y la vio en la cama tan pálida y quieta.

Se sentó junto a la mesa de noche y arrastró la silla hasta estar a la altura de su cabeza. Se la veía extremadamente frágil, como una muñeca de porcelana, tan quieta y callada. Levantó la mano para apartarle un mechón de pelo del rostro y dejó que sus dedos le acariciaran la piel.

El único sonido que se escuchaba era el monitor cardíaco y el ritmo estable de su corazón. Aún llevaba las gafas de oxígeno que la ayudaban a respirar por la nariz. Aparte de eso, ya no tenía nada más. Su respiración era tan ligera y suave que tuvo que inclinarse hacia delante para asegurarse de que aún lo hacía.

Pegó los labios sobre su frente y cerró los ojos mientras saboreaba el tranquilizador sonido que provenía del monitor cardíaco. Estaba viva. Respiraba. Su corazón latía. Era suficiente. A pesar de lo que pudiera ocurrir de ahora en adelante, siempre sería suficiente que estuviera viva y en su vida.

—Vuelve a mí, Bethany —susurró—. Te quiero mucho.

Capítulo

41

Los sueños de Bethany eran un tormento. O a lo mejor estaba despierta, pero no podía encontrar las fuerzas necesarias para abrir los ojos. Había tenido un sueño de lo más horrible. Ella había estado en un hospital y Jace se encontraba inclinado sobre ella con el miedo reflejándose en sus ojos. Y luego él le había dicho que había tomado una sobredosis. Que había tomado drogas y, ¡que había intentado suicidarse!

Le dolía el corazón. ¿De verdad pensaba que ella podría hacer algo como eso? ¿Y por qué parecía no poder despertarse para que ese sueño tan horrible desapareciera?

Ella quería a Jace. Quería que la abrazara y le aliviara ese dolor que tenía en el pecho. Que le dijera que nunca creería nada tan terrible de ella. Pero bueno, él no confiaba en ella todavía. La otra noche le había quedado claro.

Intentó abrir los ojos otra vez y deshacerse de ese pesado velo que la entorpecía. Le dolía. Dios, sentía como si alguien le hubiera clavado una estaca justo en el corazón. Pero luchó contra la sensación, decidida a liberarse de la bruma que la envolvía.

Sus ojos parpadearon lentamente, cada vez que lo hacía era como sentir martillazos. Arrastró los párpados hasta abrirlos por completo y, por un momento, un miedo atroz la invadió. Estaba oscuro y era un lugar que no le resultaba familiar. Y ese olor... era demasiado estéril. Como un... hospital.

Miró frenéticamente a los lados en un intento de buscarle el sentido al lugar donde se encontraba. Estaba en una cama extraña. No muy cómoda, tampoco. Un pitido rítmico sonaba con fuerza en su oído, y le hizo poner una mueca en los labios.

—¿Jace?

Su nombre salió más temeroso de lo que quería, pero estaba asustada y sola y ella quería a Jace.

Entonces un movimiento a su lado logró asustarla, y luego Jace de repente se cernió sobre ella con los ojos llenos de angustia y alivio.

—Bethany, nena, estás despierta. Gracias a Dios, estás despierta.

Su voz sonó arrastrada debido a la emoción. Como si hubiera estado llorando. Había tanto alivio y preocupación en esas simples palabras que se sorprendió y se quedó más confundida que nunca. ¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría?

Se relamió los labios secos y tragó saliva con dificultad. Su lengua parecía ser más grande de lo normal y la sentía como serrín en la boca.

—He tenido el sueño más horrible —susurró—. ¿Qué me pasa, Jace? ¿Dónde estoy?

Él la besó en la frente y Bethany pudo sentir cómo temblaba contra su piel.

Casi como si estuviera desesperado por intentar mantener la compostura. Luego tomó su mano y le dio un pequeño apretón. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una aguja intravenosa en el brazo.

—Has estado muy grave, nena. Casi te pierdo. Gracias a Dios que volviste a mí.

Quizás no había sido un sueño. Oh, Dios. ¿Significaba eso que había intentado suicidarse? La histeria se apoderó de su garganta y produjo un sonido estrangulado. Comenzó a sacudirse violentamente y Jace la estrechó entre sus brazos y la abrazó fuertemente contra él.

—Shh, nena. Todo va a ir bien ahora.

—Yo no lo hice, Jace —dijo de forma vehemente—. Por favor, tienes que creerme. ¡Yo no me tomé nada! ¡No lo haría!

Él le pasó la mano por el cabello en una caricia y la meció continuamente en sus brazos.

—Sé que no lo hiciste, nena. Lo sé.

Ella se quedó muy quieta y luego se apartó para poder verle la cara.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Me dijiste que no lo hiciste, así que supe que no lo habías hecho.

Bethany se relajó contra la almohada. Un alivio, dulce y embriagador, le recorrió las venas. La creía.

—Me crees —susurró. El alivio la estaba empezando a marear. Luego frunció el ceño y arrugó los labios, confusa—. Pero entonces, ¿qué ha pasado? No lo entiendo.

—¿Qué es lo que recuerdas? —le preguntó Jace amablemente.

Ella volvió a fruncir el ceño con mayor intensidad e intentó concentrarse, pero la cabeza le dolía demasiado.

—No lo sé. Fui a buscar a Jack al apartamento. Kaden me llamó. Dijo que había vuelto. Fui, pero me aseguré de que Kaden estuviera conmigo —se precipitó a decir.

Las manos de Jace se reafirmaron alrededor de las suyas.

—Lo sé, nena. Lo hiciste bien. Todo.

—Estaba muy enfadada con Jack. Le grité. Le pregunté por qué estaba tan decidido a mandarlo todo al traste. Me dijo que quería despedirse y cuando le pregunté adónde se iba solo me dijo «fuera».

Una mirada ceñuda oscureció el semblante de Jace.

—Me preparó un chocolate caliente. Eso es todo lo que recuerdo —dijo casi imperceptiblemente.

—Está bien, nena. Te vas a poner bien. Eso es todo lo que importa.

Ella levantó la mirada hacia él con la tristeza acumulándosele en el pecho. Las lágrimas le habían cerrado la garganta y apenas podía respirar.

—Jack—susurró—. Fue él, ¿verdad?

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas y un sollozo se le formó en la garganta.

Jace parecía atormentado y con los ojos torturados cuando le devolvió la mirada.

—Me temo que sí, nena. Lo siento.

Ella cerró los ojos.

—¿Por qué?

Jace respiró hondo y le acarició la mejilla para limpiarle las lágrimas.

—No tenía intención de hacerte daño, cariño. Es un idiota, pero no quería hacerte daño. —Vaciló durante un buen rato. Su rostro era una máscara de lamento—. Pretendía suicidarse.

—¿Qué?

El dolor explotó en su pecho. No. Él no lo haría. Pero entonces los recuerdos se filtraron en su mente. Jack, tan callado y resignado. Diciéndole que se iba a ir y cuando le preguntó dónde, respondiéndole con un simple « fuera ».

—¿Por qué haría algo así?

Jace sacudió la cabeza.

—No tengo una respuesta para eso, nena. Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Casi le corto los huevos por ello. Quería matarlo con mis propias manos por lo que te hizo. Casi pierdes la vida. De hecho, tuviste una parada. Gracias a Dios que pudieron recuperarte. Nunca podré perdonarlo por eso.

Ella se quedó callada mientras la tristeza la abrumaba. Esta vez Jack se había pasado de la raya. Había hecho algo que no podría reparar. Jace nunca lo perdonaría y ella no estaba tampoco segura de si lo haría. Había cruzado una línea y ya no había marcha atrás.

—¿Dónde está? —preguntó con voz queda.

—Aquí. En la sala de espera. Kaden lo está vigilando.

—No dejes que lo haga —susurró—. No dejes que lo vuelva a intentar.

Jace se deslizó dentro de la cama a su lado, con la cadera descansando contra su costado.

—Ahora mismo estoy más centrado en ti y en que te recuperes. ¿Cómo te sientes? ¿Hay algo que quieras que te traiga?

—Solo estoy grogui —contestó—. Con bochornos. Como si me diera vueltas la cabeza. Me cuesta concentrarme.

—Eso es normal —le dijo suavemente—. ¿Me perdonas, Bethany? ¿Estás dispuesta a darme una oportunidad para que haga las cosas bien entre nosotros?

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Jace cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, había una nube de emociones en ellos. Alivio. Tristeza. Preocupación. Miedo.

—¿Te haces una idea de lo mucho que me mata que me preguntes eso? ¿O del alivio que siento al mismo tiempo? Actúas como si no hubiera hecho nada malo. Como si no te hubiera hecho tanto daño cuando te dejaste la piel a llorar mientras estaba a tu lado, incapaz de hacer nada para evitarlo.

Respiró hondo y ella pudo ver lo alterado que de verdad estaba. Tenía un aspecto demacrado, y estaba ansioso, estresado. Como si no hubiera dormido en días.

—Nena, no tienes ni idea de lo mucho que me has asustado. Pensé que te iba a perder. Nunca le estaré más agradecido en mi vida a este equipo médico por no darse por vencidos y luchar por salvarte y traerte de vuelta conmigo.

Para su sorpresa, una lágrima se deslizó por su mejilla y él precipitadamente se la limpió a la vez que inspiraba hondo por la nariz.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?—susurró.

Jace sonrió agitadoamente, con el alivio aún patente en esos ojos oscuros.

—Más de veinticuatro horas, nena. Te trajeron de urgencias ayer por la mañana.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Tanto?

—Tanto —susurró—. Las veinticuatro horas más largas de mi vida.

—Lo siento —dijo con voz ronca, aún sorprendida por haber estado inconsciente durante tanto tiempo.

—¿Que lo sientes? —soltó una risa exagerada—. Nena, no tienes nada por lo que disculparte.

—Siento que estuvieras tan preocupado —le dijo con ansiedad.

—Mereció la pena porque te tengo conmigo otra vez. Nunca me dejes, Bethany. Quédate conmigo. Vive conmigo. Ámame.

—Sí que te amo, Jace. Lo siento...

Levantó los dedos hasta su boca y la silenció con su contacto.

—No te disculpes por nada más. Te vas a quedar tumbada ahí y vas a escuchar mis disculpas.

Se giró y se colocó encima de la estrecha cama para poder tumbarse junto a ella. Estaban apretujados y apenas cabían, pero él hizo que funcionara deslizando los brazos alrededor de Bethany para anclarla y pegarla firmemente contra su cuerpo. Le puso un brazo por debajo de la cabeza para que la tuviera apoyada contra su hombro. Luego soltó un suspiro y relajó el cuerpo. Por un momento se quedó en silencio, pero aún seguía temblando contra ella. La acarició, deslizó la mano por todo su cuerpo y la dejó justo encima de su corazón. Estiró al máximo los dedos como si quisiera corroborar los firmes latidos de su corazón.

Luego deslizó los dedos más arriba, hasta llegar a su cuello, y sintió las pequeñas palpitaciones que provocaba su pulso.

—No he sentido nunca nada más placentero, nena —susurró—. El latido de tu

corazón. Tu respiración. Nunca daré por hecho que siempre estarán ahí. Voy a despertarme cada día sabiendo que será el mejor de todos porque todavía sigues aquí, en mi vida, queriéndome, despertándote a mi lado.

Las lágrimas comenzaron a formarse en los ojos de Bethany y se derramaron por sus mejillas. El pecho se le hinchó por culpa de un silencioso sollozo y giró el rostro hasta esconderlo en el cuello de Jace; los hipidos chocaban contra su piel.

—Lo siento, nena. Siento mucho lo que pasó aquella noche. No tenía derecho a decir esas cosas. No te lo merecías. Ash no se lo merecía. Me descargué con vosotros cuando sois las últimas personas de la tierra a las que querría hacer daño.

—No pasa nada —dijo, sus palabras sonaron amortiguadas sobre el cuello de Jace.

—No, sí que pasa, nena. Pero te garantizo que no volverá a pasar otra vez. Nunca. Estoy seguro de que diré cosas que te lastimen. No juraré que eso no volverá a pasar. Pero nunca te haré sentir como te hice sentir esa noche. No vivirás un día más sin mi confianza. Confío en ti plenamente.

—Lo sé —dijo con voz queda—. Lo sé, Jace.

Él se quedó tieso.

—¿Cómo puedes saberlo? Está claro que no te he dado razones para creerlo.

—Creíste en mí cuando dije que no me había tomado esas pastillas.

Jace afianzó su agarre alrededor de Bethany.

—No, nena. Al principio sí que lo pensé porque era lo que me decían. Pero tú me lo dijiste antes. Cuando estabas fuera de ti. La única vez que recuperaste la consciencia tan brevemente. Me lo dijiste entonces y supe que no lo habías hecho.

Nuevas lágrimas surgieron de sus ojos y se derramaron contra el cuello de Jace.

—Gracias. No sabes lo mucho que eso significa para mí.

—Lo sé —contestó con voz queda—. Y siento haber tardado tanto tiempo en regalártela. Nunca más te la volveré a quitar.

Jace se giró para poder depositar un beso en su frente y dejó los labios pegados sobre su piel, suaves y cálidos. Ella cerró los ojos y saboreó la sensación tan buena de estar entre sus brazos. Estaba viva y Jace estaba a su lado. No podía pedir más.

—¿Me perdonas? —le preguntó de nuevo.

—Oh, Jace. Ya te perdoné. La misma mañana que te fuiste a trabajar. Sé que la confianza lleva su tiempo. Nosotros no llevamos tanto juntos. Nos enamoramos muy rápido y deprisa y todo era muy intenso. Y la confianza tarda en labrarse. Nos conocemos desde hace muy poco y aún estamos aprendiendo cosas el uno del otro.

—Eres tan dulce e indulgente —dijo con voz afligida—. No te merezco pero te necesito más de lo que necesito respirar. Y nunca te voy a dejar marchar, nena.

—No lo hagas, entonces —le susurró—. No me dejes marchar, Jace. Estoy perdida sin ti.

—Tú nunca estarás perdida, nena. Nunca más. Yo siempre te encontraré. No importa adónde vayas, yo siempre estaré ahí para traerte de vuelta a casa.

—Tengo hambre —murmuró—. ¿Me dejarán comer algo ya? ¿Cuándo podré volver a casa? ¿Hay algo... mal... en mí? ¿Estaré bien después de esto?

No pudo evitar que la ansiedad se palpara en su voz.

—No estoy seguro de cuándo podrás volver a casa. El médico dijo que te recuperarías por completo. Estarán haciéndote pruebas para asegurarse de que el hígado no se haya visto afectado pero no esperan que tengas secuelas permanentes. Y sobre la comida, iré a preguntarle a una enfermera. Si dicen que puedes comer, te pediré la comida más fantástica que hayas podido probar. Nada de comida de hospital para ti.

Bethany sonrió y el alivio se instaló en su pecho.

—Tengo que ir a decirles a los otros que te has despertado y que estás bien —dijo—. Mia, Gabe y Ash han acampado fuera en la sala de espera todo el tiempo que has estado aquí. Han estado muy preocupados por ti.

—¿Jace?

Él se sentó, percatándose de la preocupación que denotaba su voz. Bajó la mirada hacia ella y vio que esta también brillaba fulminante en sus ojos.

—¿Qué pasa, nena?

—¿Qué va a pasarle a Jack?

La expresión de Jace se volvió seria de inmediato.

—De eso no estoy seguro. Habría que dar parte a la policía. Desde un principio han registrado lo tuyo como un intento de suicidio.

Bethany empalideció al escuchar eso, aterrorizada de que alguien pudiera pensar que ella sería capaz de hacerse daño. La vergüenza se apoderó de ella, intensa y asfixiante. Ya había dejado atrás el pasado. Y ahora había vuelto justo al mismo punto de partida.

—No te pongas así, nena —dijo Jace suavemente—. Hablé con el oficial que lo investigaba. Sabe de Jack y cuán involucrado estaba. También sabe que no fue intencionado. No sé lo que eso significará para él, pero es serio. Tendrá que enfrentarse a las consecuencias de lo que hizo.

La tristeza crepité sobre su corazón y lo apretujó hasta que solo pudo sentir dolor.

—Veré lo que puedo hacer, nena. Deja que yo me preocupe de Jack, ¿de acuerdo? Todo lo que quiero que hagas ahora es centrarte en ponerte bien para que puedas volver a casa conmigo. ¿Confías en mí para que me haga cargo de

esto?

Ella asintió lentamente. Sabía que ya estaba fuera de su alcance. Ya no podía proteger a Jack. Había llegado demasiado lejos y ya no tenía poder en su mano para protegerlo de las consecuencias. Pero aun así, la entristecía que hubiera optado por terminar con su vida antes que aceptar las cosas que Jace había hecho por él. La vida era bella. Incluso cuando era mala, siempre había esperanza para ir a mejor. El futuro. Y Jack podría haberse labrado un futuro para él. Esa era su elección y Bethany no podía tomar esa decisión por él.

No podía vivir su vida en torno a Jack. Ella ya tenía una vida propia que liderar. Con Jace. Y quería un futuro mejor.

Ya era hora de dejar que Jack siguiera su camino.

—Sé que esto te duele, nena —dijo Jace suavemente—. Y lo siento. Haré lo que pueda por Jack, pero tienes que saber que estoy muy cabreado con él. Te podría haber matado. Se te podría haber llevado. Casi lo hizo.

—Lo sé —admitió con voz queda.

Jace se echó hacia abajo para besarla y luego se bajó de la cama.

—¿Estarás bien durante unos minutos mientras voy a decirle a los otros que estás despierta y a averiguar lo de la comida?

—Sí, estaré bien.

Jace caminó hasta la puerta y luego se detuvo un momento y se dio la vuelta para mirarla durante un buen rato como si quisiera memorizar cada rasgo de su rostro. Los ojos le brillaban llenos de amor y cariño, y también de alivio. Había tanto amor que ella no podía malinterpretarlo por ninguna otra cosa.

Bethany sonrió y vertió tanto amor como pudo en su propia mirada. Él lo recibió. Lo reconoció enseguida. Y luego le devolvió la sonrisa antes de volverse a girar y salir por la puerta.

Capítulo

42

Jace entró en la sala de espera a tiempo para ver al oficial de policía esposar a Jack con las manos en la espalda. Se acercó a ellos, olvidándose al momento de que había vuelto para informar a Mia, Gabe y Ash de que Bethany se había despertado.

—¿Puedo hablar con él un momento? —le preguntó al policía.

El oficial vaciló, pero luego dijo:

—Dos minutos. Tengo que llevármelo a comisaría.

Jace asintió y el policía retrocedió un paso, aunque seguía estando cerca y vigilaba a Jack.

—Quería que supieras que Bethany está despierta y que está bien —dijo Jace en voz baja—. También sabe lo que pasó y cómo.

El rostro de Jack se volvió serio y el arrepentimiento pareció torturar sus ojos. Luego miró a Jace directamente a los suyos.

—Cuida de ella por mí.

—Lo haré —dijo con sequedad.

—Y dile que lo siento —añadió con voz queda—. Dile que la quiero. Que siempre la querré.

—Si la quieres, aprovecharás esta oportunidad para enderezar tu vida —dijo Jace—. Si te comprometes, contrataré a un abogado para ti. Intentaré llegar a un acuerdo para que puedas ir a rehabilitación y tener la libertad condicional en vez de una sentencia de cárcel. No te garantizo nada. No quiero que estés cerca de Bethany. Ella ya ha salido demasiado mal parada con todo esto. Si todo sale bien, no me opondré a que mantengas el contacto con ella.

Jack se quedó mirando a Jace durante un buen rato.

—¿Harías eso por mí?

—Lo haré por Bethany —dijo Jace de forma envarada—. Solo por ella.

Jack asintió.

—Gracias, entonces. Lo haré. Ya es hora de que haga algo... diferente. Mejor. Casi mato a la persona que más significa para mí. No puedo siquiera empezar a decir lo que eso le hace a un hombre. No tocaré esa mierda otra vez. Jamás.

—Espero que estés diciendo la verdad. Espero que te reformes y te desintoxiques.

—Ya ha terminado el tiempo —dijo el oficial mientras se acercaba para guiar a Jack hasta fuera.

—Haré que un abogado vaya a verte —dijo Jace.

Iba en contra de cada instinto el no dejar que Jack se pudiera en la cárcel. Aunque no era que no lo fuera a hacer por un tiempo, igualmente. Sin embargo,

esto lo hacía por Bethany, porque sería ella la que lo pasaría mal sabiendo que Jack había ido a la cárcel por sus estúpidas acciones. Y él haría todo lo que estuviera en su mano para ahorrarle más dolor. Aunque significara ayudar al hombre que casi había acabado con su vida.

Era retorcido lo mirara como lo mirase. Su fuero interno le decía que se vengara. Que hiciera a Jack sufrir por lo que había hecho. Pero Bethany sufriría todavía más y Jace no lo soportaría.

—Eres un buen hombre —dijo Jack—. Serás bueno para mi Bethy. Quiero que sea feliz.

—Ella es mía —corrigió Jace.

—Pero fue mía primero —rebatía Jack suavemente.

Y luego el oficial se lo llevó y Jace se lo quedó mirando mientras este se alejaba arrastrando los pies como si se tratara de un hombre mucho mayor que el veinteañero que de verdad era.

—¿Jace?

Se giró y vio a Mia de pie a unos pasos de distancia, flanqueada por Gabe y Ash.

—¿Es verdad? ¿Está despierta? Te oí cuando hablabas con Jack.

Jace se relajó y luego sonrió a su familia.

—Sí, se despertó hace un rato. Hablamos. Estaba desorientada. No tenía ni idea de lo que había pasado. —Su sonrisa se esfumó—. Tuve que contarle lo de Jack.

La pasión se reflejó en los ojos de Mia.

—¿Cómo se lo tomó? —preguntó Gabe bruscamente.

—No muy bien. Está molesta —contestó Jace con un suspiro—. Pero es fuerte y se da cuenta de que ha hecho todo lo que podía por él.

—¿Podemos verla? —preguntó Mia.

—Sí, peque. Pero primero necesito ver si le permiten comer. Tiene hambre y le prometí una buena comida si la dejaban. Nada de comida asquerosa de hospital para ella.

—Ya me encargo yo y traeré también para todos —se ofreció Ash.

—Eso sería genial. Gracias. Estoy seguro de que todos tenemos hambre. Habéis estado aquí toda la maldita noche. Quizás sería mejor que os fuerais a casa y descansarais.

—Nos iremos a casa cuando veamos a Bethany. Quiero que sepa que tiene a gente que la quiere —dijo Mia.

Jace la abrazó.

—Gracias, peque.

Ella le dio un abrazo y luego se separó.

—Averigua si puede comer algo. Solo sé que yo sí que estoy famélica y que me encantaría hincarle el diente a parte de esa comida tan fantástica que le has

prometido.

Bethany levantó la mirada cuando la puerta se abrió y Gabe, Mia y Ash entraron. Unas sonrisas llenas de alivio se dibujaron en sus rostros cuando la vieron sentada en la cama. Jace le dio un apretón en la mano y sonrió.

—Parece que la comida ya está aquí.

Ash se adelantó con varias bolsas y cajas en las manos. Las esparció por la cama y luego caminó hasta el otro extremo para acercarse y darle un beso.

—Menudo susto nos hemos llevado, cariño.

Ella le sonrió y luego se vio apretujada entre sus brazos.

Tan pronto como Ash la soltó, Gabe le dio otro fuerte abrazo y luego Mia se lanzó sobre ella y la abrazó y comenzó a hablar sin parar hasta que a Bethany le dio vueltas la cabeza.

—Te he traído la cena. Bueno, la he traído para todos. No hemos comido mucho durante la vigilia —dijo Ash.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo con suavidad—. Significa muchísimo para mí tener a gente que se preocupa por mí. Nunca antes había tenido ese apoyo.

Jace apretó su mano. Ash suavizó su mirada mientras Mia parecía que iba a ponerse a llorar. Gabe le dio otro rápido abrazo y luego la besó en la parte superior de la cabeza.

—Eres de la familia —declaró Gabe—. Quizás no somos la familia más normal del mundo, pero tendrás que apegar con nosotros.

Ella sonrió.

—No puedo imaginarme una familia mejor a la que pertenecer.

Ash le alcanzó una caja pequeña de cartón con comida que olía de maravilla. La abrió y se dio cuenta de que la había llenado de comida para picar. Queso frito, pequeños rollitos de cangrejo, costillas a la barbacoa, patatas fritas, fideos asiáticos y sushi. Era tan increíblemente perfecto que no podía hacer más que quedársela mirando mientras su estómago protestaba por el hecho de que no hubiera hincado el diente todavía.

Sin embargo, cuando le dio una botella de zumo de naranja, perdió la batalla y rompió a llorar.

Ash parecía horrorizado. Mia y Gabe intercambiaron miradas nerviosas y Jace se inclinó hacia ella con la preocupación patente en los ojos.

—Nena, ¿qué pasa? ¿No es lo que querías? Te traeré lo que quieras.

—Es perfecto —dijo sorbiéndose la nariz—. Son mis platos favoritos y, además, se ha acordado del zumo de naranja.

Ash sonrió y Jace se volvió a echar hacia atrás, el alivio inundaba sus ojos. Llego Mia y Gabe rompieron a reír y Ash se les unió. No mucho más tarde Jace

empezó a reír entre dientes y Bethany igual, limpiándose las lágrimas de las mejillas.

—Dios, soy una idiota —dijo—. Tengo la mejor comida del mundo y va y empiezo a llorar como una tonta.

—Estoy contigo —dijo Mia, cogiendo un plato de esa deliciosa comida enviada del cielo—. ¡La mejor comida del mundo mundial!

Ash se sentó al final de la cama, su muslo pegando contra los pies de Bethany.

—¿Te han dicho cuándo puede volver a casa?

Jace suspiró.

—En casos como este, bueno, debería decir, cuando un suicidio se intenta de verdad, ponen al paciente bajo evaluación psiquiátrica, llaman al psiquiatra y esperan que dé el visto bueno, etcétera, etcétera. Pero en este caso, dadas las circunstancias, si todas las pruebas salen bien, se podrá ir a casa mañana. La policía ya ha tomado declaración a Kaden y se quedarán por aquí dando vueltas para verse con Bethany hoy un poco más tarde, pero ella no se acuerda de mucho, así que solo puede dar información de los acontecimientos que ocurrieron antes de perder el conocimiento.

Bethany suspiró y masticó uno de los palitos de queso mientras la tristeza se arremolinaba en su pecho. Jace le dio un apretón en la rodilla y continuó hablándole a los otros sobre todo lo que el médico había dicho.

—¿Está en la cárcel? —preguntó cuando Jace terminó.

Jace le dedicó una mirada llena de compasión.

—Sí, nena. Se lo llevaron justo después de que dejara tu habitación para ir a preguntar lo de la comida. Ha accedido a ir a rehabilitación. Le he ofrecido un abogado si iba a rehabilitación y si se reformaba. Si el abogado puede llegar a un acuerdo con el fiscal, obtendrá la libertad condicional con la condición de ir a rehabilitación.

—Gracias —dijo—. No tenías por qué hacerlo. Sé que estás enfadado y que tienes todo el derecho del mundo a estarlo. Pero gracias por hacer esto por él.

—Lo hice por ti, nena.

—Lo sé —susurró—. Y te amo por eso.

Los ojos de Jace se suavizaron como el chocolate al derretirse.

—Yo también te amo, nena.

Bethany contuvo un bostezo y se metió un rollito de cangrejo en la boca antes de saborear su exquisito sabor. Lo siguieron los fideos y luego se manchó los dedos de salsa barbacoa cuando devoró una costilla. Para cuando se zampó una cantidad considerable de la comida que Ash le había traído, los bostezos venían más rápido de lo que podía comer.

—Nos vamos a ir ya —dijo Gabe—. Bethany está cansada y todos nosotros estamos exhaustos también. Nos vamos a casa a descansar.

—Gracias por estar aquí —dijo Bethany otra vez—. Significa mucho para mí.

Gracias por preocuparos.

Gabe sonrió y le revolvió el pelo antes de doblarse para darle un beso en la mejilla. Mia le dio un abrazo gigantesco y luego Ash la besó en la frente y le dio otro fuerte abrazo también.

—Te veo luego, cariño. Descansa para que puedas irte a casa mañana.

—Eso haré —dijo con una sonrisa.

Todos abandonaron la habitación y Bethany se relajó de nuevo en la cama con la caja de comida aún descansando sobre su regazo. Jace se la quitó y la dejó a un lado, y luego manipuló el mando de la cama para que estuviera completamente reclinada.

—Ya es hora de que te vayas a dormir, nena.

—¿Te vas a quedar? —preguntó, preocupada porque fuera a irse y ella se quedara sola.

Él frunció el ceño.

—No me voy a ir a ningún lado. Voy a acurrucarme contigo en la cama y vas a dormir entre mis brazos.

Ella suspiró de alegría.

—Bien. No quiero estar sola esta noche. Los hospitales me dan repelús.

—No volverás a estar sola otra noche más en tu vida —le dijo con ternura y con los ojos llenos de amor y promesa.

Se acomodó en la cama con ella, completamente vestido, y se colocó de costado justo antes de tirar de ella para pegarla contra su pecho tal como había hecho antes. La besó en la sien y luego posó su mejilla en su frente.

—Te quiero —susurró ella.

—Yo también te quiero, nena. He estado a punto de perderte. No voy a volver a pasar por eso otra vez.

Ella sonrió y se acurrucó más en su abrazo; quería sentir la seguridad y la comodidad que su fuerte cuerpo le proporcionaba. Se encontraba donde de verdad realmente pertenecía.

—Jace, ¿adónde me llevas?

Él se rio entre dientes y guio a Bethany por el brazo mientras seguían internándose en lo desconocido.

—Lo averiguarás muy pronto. La venda está puesta, ¿verdad? No quiero fastidiar la sorpresa.

—Sí, está puesta —contestó con exasperación—. ¡No puedo ver nada! ¡Voy a matarme con estos zapatos!

—No pasará, nena. No dejaré que te caigas. Además, estás impresionante con esos tacones. Después te follaré con ellos puestos y nada más.

Un cálido rubor la recorrió de pies a cabeza. Sus pezones se endurecieron y su clitoris tembló de la anticipación. Jace le había comprado los zapatos más increíbles. Llenos de brillantitos con tacones tan altos que no había estado del todo segura de poder andar con ellos. Sin embargo, supo al instante que esos eran los zapatos con los que le haría el amor más tarde, así que iba a caminar con ellos sí, o sí.

—Te gusta la idea, ¿eh? —murmuró Jace.

—No es justo —se quejó—. ¡Me estás torturando!

Jace se rio de nuevo y luego se paró. Ella escuchó atentamente para intentar obtener alguna pista de dónde se encontraban, pero solo había silencio. Le había tapado los ojos con una venda antes de dejar el apartamento y la había guiado hasta el coche, que estaba esperando abajo. La ayudó a entrar y la obligó a llevar la venda durante todo el trayecto hasta llegar a donde fuera que la quisiera llevar.

Las últimas semanas habían sido increíbles, dignas de soltar suspiros de felicidad por doquier. Desde que le habían dado el alta en el hospital, Jace la había tratado como si fuera la cosa más preciada del planeta. Se había tomado una semana de vacaciones en el trabajo, dejando a Gabe y a Ash solos para solucionar el problema de París, que afortunadamente se había salvado gracias a un inversor que Gabe había localizado. Y se pasó cada minuto de cada día mimándola sin parar. Alimentándola. Haciéndole el amor. Consintiéndola a más no poder. Y ella no se había quejado ni un poquito. Esas semanas habían sido como obtener un pedacito de cielo.

Lo único malo durante todo ese tiempo había sido Jack. Pero incluso él tenía su lado positivo. Fiel a su palabra, Jace contrató a un abogado para él y este logró llegar a un acuerdo con el fiscal. Noventa días de rehabilitación y luego libertad condicional. Jace le había asegurado un trabajo cuando saliera y ya todo dependería de Jack si quería darle un cambio radical a su vida.

Bethany no tenía ni idea de si Jack seguiría igual, pero él era el único que

podía cambiar su vida. Nadie más podía hacerlo por él.

—¿Preparada para ver tu sorpresa?—preguntó Jace.

—¡Sí!

Jace alargó las manos para quitarle la venda y, en el mismo momento, apareció la imagen de Mia, Chessy, Trish, Gina, Caroline, Brandon, Gabe y Ash, todos alrededor de una mesa con una tarta enorme de cuatro pisos.

—¡Sorpresa! —todos gritaron—. ¡Feliz cumpleaños, Bethany!

Ella abrió la boca y se los quedó mirando absolutamente conmocionada. Luego se volvió hacia Jace al mismo tiempo que empezaron a cantar una versión desafinada del «Cumpleaños Feliz».

—¿Cómo lo has sabido?—susurró—. Ni siquiera yo me acordaba de que era mi cumpleaños.

—Tengo mis recursos —dijo con suficiencia—. No podía dejar pasar tu cumpleaños sin celebrarlo, nena.

Luego se inclinó hacia ella y le dio un beso lujurioso y con lengua. Con las carcajadas y los gritos de los otros de fondo incluidos.

Cuando por fin la soltó, se sintió aturdida y se quedó con una sonrisa estúpida dibujada en la cara. Se volvió hacia los demás con una sonrisa tonta y la felicidad llenó cada resquicio de su corazón.

—¡Chicos! ¡No me lo puedo creer! —exclamó.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo Ash acercándose para abrazarla.

Uno a uno, todos vinieron a desearle un cumpleaños feliz y la abrazaron y besaron hasta que estuvo exuberante de felicidad.

Jace la cogió de la mano y tiró de ella hacia la mesa.

—Hay otra razón por la que celebrar esta fiesta, pero primero tienes que abrir el regalo que te he comprado para que podamos llegar a esa parte —dijo Jace con una enorme sonrisa.

Había un brillo malicioso en sus ojos y se lo veía emocionado... y feliz. Entonces le tendió un regalo, una caja cuadrada con un impresionante lazo en la parte superior.

—¡Ábrelo! —gritó Chessy—. Ay, Dios. ¡Me muero por ver lo que es!

Los otros corearon gritos de aliento y Bethany rompió el precioso papel sintiéndose más emocionada que una niña en Navidad. Cuando abrió la caja y encontró otra pequeña cajita de joyería, su corazón empezó a latir con fuerza. Con dedos temblorosos, abrió la caja más pequeña y luego ahogó un grito cuando vio la sortija de brillantes que había dentro.

Cuando miró a un lado en busca de Jace, él ya se había arrodillado sobre una única rodilla y su mano fue en busca de la suya. Le quitó la caja de las manos y sacó la sortija de su estuche.

—Te amo, Bethany. Más de lo que nunca me pude imaginar que pudiera amar a una mujer. Estás en mi corazón y en mi alma y quiero pasar el resto de

mi vida contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se lo quedó mirando boquiabierta; el corazón iba a salirse por la boca. Las lágrimas empapaban sus ojos; lágrimas de felicidad esta vez, cuando durante tanto tiempo solo habían sido señal de tristeza. Quería que este momento durara para siempre. Siempre estaría grabado a fuego en sus recuerdos.

—Oh, Jace —dijo en voz baja—. Yo también te amo. Y sí, ¡por supuesto que quiero casarme contigo!

La habitación estalló en gritos cuando deslizó el anillo por su dedo. Las manos de Jace temblaban. La de ella temblaba. Era una maravilla que incluso hubieran podido sujetar el anillo sin tirarlo al suelo. Luego Jace se puso de pie, la estrechó contra él y le rodeó la cintura con los brazos. La levantó del suelo y comenzaron a dar vueltas y vueltas antes de parar y dejar que su cuerpo se deslizara para que sus labios se encontraran con fervor.

—Te quiero tanto —susurró—. Siempre te querré, Bethany.

—Yo también te quiero —le respondió con emoción. Luego puso los brazos firmemente alrededor de su cuello y lo apretujó tanto como pudo.

Jace se rio y dio vueltas de nuevo con ella.

—¡Cortemos la tarta! —alguien gritó.

Allí, rodeada de amigos y de su nueva familia, Bethany celebró su vigésimo cuarto cumpleaños. El mejor cumpleaños que había tenido nunca.

Tan pronto como partieron la tarta y la devoraron, la cortina del salón de fiestas del hotel Bentley se abrió y una orquesta que habían contratado comenzó a tocar.

Después de dos horas de fiesta, Bethany estaba rebosante de Amaretto Sours y estaba sonriendo tanto que hasta las mejillas le dolían. Bailó con todos: Gabe, Ash, Mia, Chessy, Brandon, Gina, Trish y Caroline. Incluso Kaden y Trevor se acercaron para desearle un feliz cumpleaños y para reclamar sus bailes también.

Pero luego Jace reclamó el suyo y la estrechó entre sus brazos al tiempo que la música empezaba a ralentizarse y a volverse más sensual.

Se besaron en medio de la sala, sin importarles los que estaban a su alrededor, y se miraron fijamente a los ojos.

—¿Puedo pedir otro regalo de cumpleaños? —preguntó vacilante.

Jace la miró con curiosidad.

—Nena, puedes pedir todo lo que quieras. Si está en mi mano dártelo, considéralo tuyo.

Bethany bajó la cabeza tímidamente pero él la obligó a volver a subir el mentón con sus dedos.

—Nena, ¿qué es? —le preguntó con suavidad.

Ella respiró hondo y luego lo soltó.

—Quiero estudiar, ir a clase. A la universidad. Graduarme. Siempre lo he querido pero no podía siquiera empezar a soñar con permitírmelo. Quiero sacar

algo de provecho de mi vida. Sé que siempre vas a cubrirme las espaldas, que siempre me vas a proteger y a dar todo lo que deseo. Pero quiero hacer más que simplemente quedarme en casa y ser la señora de Jace Crestwell. Quiero hacer algo. Quiero marcar una diferencia.

Los ojos de Jace se llenaron de cariño y le dedicaron una mirada tan llena de amor que Bethany se derritió al instante.

—Creo que es una idea maravillosa —susurró—. Puedes ser todo lo que quieras ser, nena. Solo prométeme que siempre serás mía sin importar lo que seas profesionalmente.

—Siempre —susurró.

Sus bocas se encontraron y él la besó con tanta ternura que unas lágrimas de felicidad brillaron en sus pestañas una vez más.

Los cuentos de hadas sí que existían para chicas como ella. Y había encontrado a su propio príncipe azul. Mientras Jace y ella daban vueltas por toda la pista de baile, Bethany bajó la mirada hacia los brillantes y sugerentes tacones de aguja que le había regalado.

Incluso tenía los zapatos que lo probaban.



MAYA BANKS ha aparecido en las listas de *best sellers* de *The New York Times* y *USA Today* en más de una ocasión con libros que incluyen géneros como romántica erótica, suspense romántico, romántica contemporánea y romántica histórica escocesa. Vive en Texas con su marido, sus tres hijos y otros de sus bebés. Entre ellos se encuentran dos gatos bengalíes y un tricolor que ha estado con ella desde que tuvo a su hijo más joven. Es una ávida lectora de romántica y le encanta comentar libros con sus *fans*, o cualquiera que escuche. Maya disfruta muchísimo interactuando con sus lectores en Facebook, Twitter y hasta en su grupo Yahoo!

A Maya le gustan más los gatos pero su hija les convenció a ella y a su marido de que lo que de verdad necesitaban era un perro. Elaboró una propuesta de dos páginas escritas a mano donde detallaba por qué tenían que tener un perro en casa, y después de aquello se embarcaron en la búsqueda del perro perfecto. El viaje para recoger al animal estaba a dos horas de distancia y a Maya la detuvieron por exceso de velocidad mientras iba, además, hablando por teléfono con su agente quien le estaba contando que había recibido una oferta de una editorial para publicar uno de sus libros... « El oficial de policía no se impresionó ni se apiadó lo más mínimo. Me puso la multa de todos modos. Por lo tanto, ahora le digo a mi hija que su perro se convirtió ¡en un capricho muy caro!»

Cuando Maya no está escribiendo, le encanta cazar y pescar con su familia. « A todos nos gusta el aire libre y realizar excursiones de caza toda la familia cada año. También nos encanta viajar. Una de las excursiones más recientes fue

a Escocia» .

Piensa que el aspecto más gratificante de su profesión de escritora es llegar a conocer a tantos lectores maravillosos. «No hay nada mejor que compartir libros con alguien que ama el género romántico tanto como yo» .

Notas

[1] Gran cadena de tiendas estadounidense que tiene como objetivo ayudar a las personas y familias que lo necesiten y se valen de las donaciones de otras personas. *Goodwill* en inglés significa «buena voluntad». (N. de la T) <<